

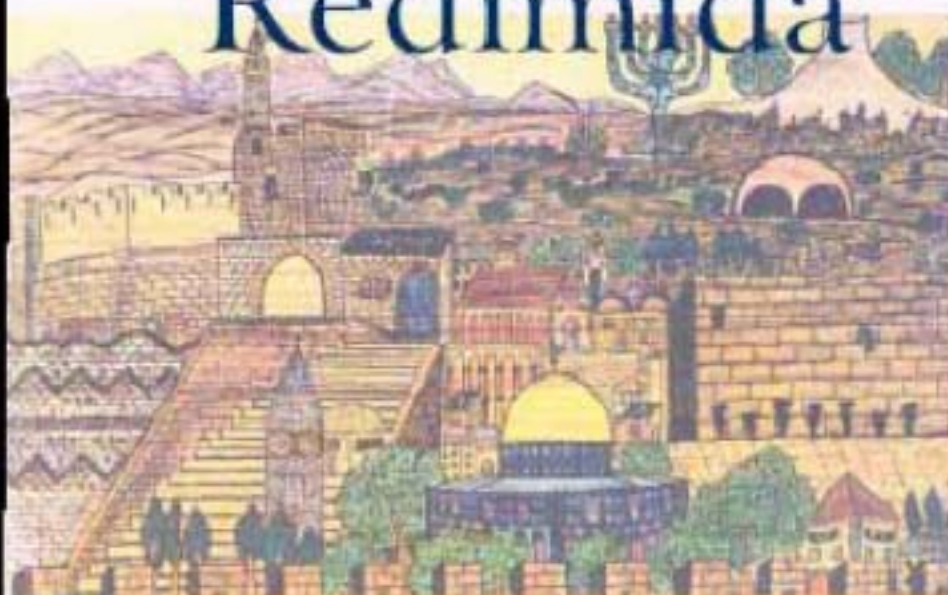


Comunidad Cristiana Eben-Ezer

C/ Sierra Tortejada, 2 28031 MADRID

www.eben-ezer.es.org

“Jerusalem Redimida”



Pr. Joaquim Yebra

"JERUSALEM REDIMIDA"

Joaquim Yebra Serrano.

"A mis hijos - Myriam, Joaquim, Rubén y Cristina- con mi deseo y esperanza de que nunca olviden las raíces de nuestra fe, ni se dejen deslumbrar por los imperios".

J.Y.S.

INDICE:

Palabras de Advertencia:.....	3
PREFACIO PARA SER LEÍDO:	4
¿POR QUÉ UN LIBRO SOBRE JERUSALEM?	7
SIÓN: MONTE E HIJA	14
JERUSALEM Y LOS PROFETAS	26
JERUSALEM Y EL MESÍAS	34
JERUSALEM Y EL TEMPLO.....	41
JERUSALEM Y EL ARCA DE LA ALIANZA	61
JERUSALEM Y LA CRISTIANDAD	73
JERUSALEM Y EL DÍA DEL SEÑOR	80
ORAD POR LA PAZ DE JERUSALEM	84
UN MURO: ¿LAMENTO O ESPERANZA DE SIÓN?	89
RETORNO A SIÓN.....	94

Palabras de Advertencia:

En este libro, y por respeto al Nombre de Dios, empleamos el término "Señor" cada vez que en el texto bíblico hallamos el "Tetragrama."

Respecto a "Jerusalem", usamos la ortografía castellana antigua, terminada en "eme", por ajustarse más al nombre original hebreo.

PREFACIO PARA SER LEÍDO:

Es para mí un honor inmerecido que el autor de este libro, “Jerusalem Redimida”, me haya pedido que escriba un prólogo del mismo. Lo hago gustoso y con todo cariño, porque me siento profundamente identificado con él en toda su exposición, dando gracias al Eterno por un hombre de la erudición bíblica de Joaquín y su profundo amor por Israel, el proyecto y pueblo elegido del Creador, para ser luz a las naciones a través de Su Mesías, bajo cuyo resplandor muchos hemos sido alumbrados y nos sentimos también parte de ese proyecto del Eterno, al ser injertados en el Buen Olivo.

Este libro ha sido escrito para aquellos a quienes les gusta ir un poco más allá en el estudio profundo de la Escritura. Es para aquellos a quienes les gusta “bucear”, porque no se contentan con estar siempre nadando sobre la superficie del agua; viendo siempre el mismo panorama que les rodea. Sí, este es un libro para buceadores que desean encontrar los tesoros escondidos en el fondo del mar de la Revelación Absoluta del Creador de los Cielos y la Tierra, Yahvé Elohim (El Eterno Dios), el Soberano y Poderoso Creador que se revela a Su pueblo Israel en la lengua pura que es el hebreo. (Sofonías 3:9).

Aunque Joaquín Yebra es un erudito bíblico “per se”, es también un profundo conocedor del hebreo bíblico, habiéndose preocupado además de conocer el arcano de la sabiduría de esa otra Torá Oral, compilada, primero en la Mishná y después en el Talmud, por los reconocidos sabios de Israel. Todo esto lo usa con tanta agilidad y sencillez que nos permite a todos –a los iniciados y a los no iniciados- entender sus explicaciones y enseñanzas, en las cuales nos podemos recrear una y otra vez, hasta llegar con él a las profundidades de las mismas, a las que él ya había descendido antes, pero que desea iniciarnos a todos los amantes del estudio de la Palabra Revelada, dada en hebreo en el Antiguo Pacto, para que comprendamos la infinitud del Eterno, Yahvé Elohim.

Además de estas aseveraciones, que para mí son irrefutables –y estoy seguro que el lector convendrá conmigo al final de su lectura- en que hay otra cualidad y característica que le distingue a Joaquín Yebra como siervo del Altísimo, y es que desde hace bastantes años se ha erigido en un firme paladín en la labor de desentrañar y enseñar las raíces hebreas de la fe cristiana en el idioma castellano, siendo éste su segundo libro, afrontando todos los ataques y críticas furibundas que semejante atrevimiento conlleva y genera en muchos que olvidan aquella promesa de bendición contenida en Génesis 12:3 –“Al que te bendijere, bendeciré, y al que te maldijere, maldeciré”-, además de ignorar las enseñanzas plasmadas por Pablo en Romanos 11:17 y Efesios 2:12-13, 19.

Pienso, personalmente, que aquellos que nos iniciamos atrevidamente en ese bendito estudio de la Escritura, desde la comprensión de la lengua hebrea, en la cual nuestro amado Maestro se dirigió a Pablo, el futuro apóstol de los gentiles (Hechos 26:4), nos sentimos atrapados en los misterios y profundidades de esa revelación, que en definitiva es desentrañar y conocer al Verbo encarnado, la Palabra preexistente, Yeshúa HaMashíaj (Jesucristo), para cuyo fin fue dada la Ley o Torá. (Romanos 10:4).

Siento también que esa preocupación y valentía del autor se debe a haber descubierto asimismo el cumplimiento profético de Hechos 3:21, cuando Pedro dice que es necesario que Él sea retenido en los Cielos hasta la Restauración de todas las cosas, y que a tenor de todo lo que está sucediendo en los últimos cincuenta y cinco años, desde el punto de vista profético, el Retorno de Israel a su tierra –el establecimiento del Estado de Israel- así como la recuperación de Jerusalem, en el año 1967, de manos de los gentiles, en cumplimiento de Lucas 21:24, se ha producido un avivamiento y reconocimiento, por parte de multitud de judíos contemporáneos, de Yeshúa (Jesús) como el Mesías prometido en el Antiguo Pacto, habiéndose levantado decenas de Congregaciones en las cuales está aconteciendo lo mismo que en los primeros tiempos del Cristianismo, cuando se reunían juntos judíos y gentiles, siendo un ejemplo la iglesia o congregación de Roma.

¡Jerusalem Redimida! ¡Qué hermosa y gloriosa perspectiva de futuro nos presenta a quienes estamos esperando nuestra redención final! ¡Cómo nos ayuda a adentrarnos en la revelación profética del fin de los días! ¡Cómo nos ayuda a asentar nuestro fundamento de fe bíblica retrospectiva! Y ¡cómo nos ayuda a otear el horizonte para afirmarnos en esa esperanza gloriosa del establecimiento del futuro Reino de Dios sobre la tierra, de verdadera Justicia y Paz impartidas por el Mesías: “Yeshúa HaMashíaj Mélej HaOlam” (Jesucristo, el Rey del Universo)!

Hermenéutica viene del griego “hermeneúo”, que significa “interpretar”, “traducir”. El autor, Joaquín Yebra, es un fiel traductor del mensaje bíblico en todo lo relacionado con Jerusalem. Yo diría que es literalista, no alegórico, aunque tampoco falta la alegoría en el momento oportuno, como le ocurriera a Pablo (Gálatas 4:21-23). Lo que sí es cierto es que nos presenta el más hermoso cuadro que pudiera pintarse sobre Jerusalem, la ciudad eterna del Dios de Israel, fundamento de Israel desde su Templo o Santuario, levantado para que el Eterno morara en medio de Su pueblo, y también cuna del nacimiento de la Congregación del Mesías, formada por judíos y gentiles, en cumplimiento profético de Isaías 49:6. La Iglesia de Jesucristo nace, crece y pone su fundamento en la ciudad de Jerusalem, nunca en Roma. Allí se presentó el Cordero de Dios cuatro días antes –el día diez del primer mes (Éxodo 12:3, 5)- y fue sacrificado el día catorce (Éxodo 12:6) y resucitó el primer día de la semana siguiente para ser así las Primicias de la Resurrección (Levítico 23:10-11). Todo esto sucedería en cumplimiento profético de Isaías 53, como Mesías Sufriente, pero allí también, sobre el Monte de los Olivos, al Este de Jerusalem, tendrá lugar Su llegada por segunda vez, como Mesías Triunfante, para reinar para siempre. ¡Qué hermoso cuadro nos presenta la Jerusalem Eterna, la Jerusalem Redimida! Su fulgor y grandeza tendrá lugar cuando finalmente se ejecute su Redención para obtener el título de Ciudad Eterna, por siempre y para siempre:

“Ven acá, yo te mostraré la desposada, la esposa del Cordero. Y me llevó en Espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalem, que descendía del cielo, de Dios, teniendo la gloria de Dios... y no vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el Templo en ella, y el Cordero. La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera. Y las naciones que hubieren sido salvas andarán a la luz de ella; y los reyes de la tierra traerán su gloria y honor a ella. Sus puertas nunca serán cerradas de día, pues allí no habrá noche. Y llevarán la gloria y la honra de las naciones a ella. No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el

libro de la vida del Cordero.” (Apocalipsis 21:9-10, 22-27).

Pedro Navarro Vírseada.

30-05-2003.

Oración por la paz de Jerusalem

Cántico gradual; de David:

“Yo me alegré con los que me decían:
A la casa del Señor iremos.
Nuestros pies estuvieron
Dentro de tus puertas, Oh Jerusalem.
Jerusalem, que se ha edificado
Como una ciudad que está bien
Unida entre sí.
Y allá subieron las tribus,
Las tribus del Señor,
Conforme al testimonio dado a
Israel.
Para alabar al nombre del Señor.
Porque allá están las sillas del juicio,
Los tronos de la casa de David.
Pedid por la paz de Jerusalem;
Sean prosperados los que te aman.
Sea la paz dentro de tus muros,
Y el descanso dentro de tus palacios.
Por amor de mis hermanos y mis compañeros
Diré yo: La paz sea contigo.
Por amor a la casa del Señor nuestro Dios
Buscaré tu bien.”
(Salmo 122).

“Israel, tienes la mejor colección de lágrimas del mundo”.
(León Felipe).

¿POR QUÉ UN LIBRO SOBRE JERUSALEM?

¿Por qué un libro sobre Jerusalem? Podrían darse infinidad de respuestas a esta pregunta. Hace casi tres milenios, el profeta Isaías escribió acerca de una “Jerusalem celestial”, urbe a la que la tradición de Israel le atribuyó dos niveles: Uno, trascendente, por el cual existió en el corazón de Dios antes de ser tangible en esta tierra; y el segundo, como vínculo que al final de la historia unirá a toda la humanidad. Este arquetipo, tristemente, fue desapareciendo en la cristiandad, en un proceso que comenzó con la destrucción de la ciudad en el año 70 de nuestra era.

Jerusalem fue de inspiración durante toda la Edad Media para muchas canciones de gesta. Recordemos la “Canción de Rolando”, el paladín de Carlomagno, en una bellísimo ciclo de poemas franceses medievales que comprenden el “Peregrinaje de Carlomagno a Jerusalem”. Hallamos también la dedicación a la ciudad en numerosas composiciones poéticas inglesas, así como entre varios de los deliciosos “Cuentos de Canterbury”, de Geoffrey Chaucer. En su prólogo se introduce a una treintena de personajes, entre quienes se halla un párroco que transforma su primaveral peregrinaje al sepulcro de Thomas Becket en un viaje espiritual a Jerusalem.

¿Por qué “Jerusalem Redimida”? Quizás porque ya en el Renacimiento italiano se escribieron epopeyas como “Jerusalem Liberada”, de Torcuato Tasso, en la que se hace una romantización de la Primera Cruzada, y se alaba a los portadores del ideal religioso que representa Jerusalem. Pero una década antes, encontramos a Jerusalem en la composición poética más antigua de las compuestas en el Río de la Plata. Se trata del “Romance Elegíaco”, de Luis de Miranda de Villafañe, clérigo que acompañó a Pedro de Mendoza en su famosa expedición. En sus coplas, Miranda compara en versos rudimentarios la hambruna de padeció la ciudad de Buenos Aires, allá por el año 1537, cuando fue sitiada por los querandíes, con las vicisitudes que padeció Jerusalem durante el sitio realizado por el general romano Tito:

“Allegó la costa a tanto
que, como en Jerusalem,
la carne de hombres también
la comieron.”

Después hallamos a Francois de Chateaubriand, entre los primeros románticos franceses, quien, en su afán por lo exótico, nos relata un “Itinerario de París a Jerusalem”. Pero creo que las palabras del P. Bernard Dupuy, ante el Congreso Mundial Judío en Francia, en el año 1979, son la mejor contestación que he podido hallar. Son palabras cortas, claras y concisas. Revelan que quien las pronuncia se ha hecho a sí mismo esa pregunta muchas veces: “Jerusalem es la ciudad donde nace la fe cristiana. Este hecho implica que el cristianismo no pueda definirse sin una relación profunda con el pueblo de Israel y con Jerusalem”. Otra respuesta podría ser que para un discípulo de Jesucristo es un inmenso honor y una gratísima satisfacción el ser invitado a enseñar acerca de las raíces hebreas de la fe cristiana. Ese fue mi caso cuando el pastor Miguel Díez, hermano y amigo, me invitó a escribir el libro que titulé “Olivo: Raíz y Ramas” (Editorial Remar, Vitoria, España, 1995). Y más profunda todavía la alegría de saber que hemos podido contribuir humildemente a despertar en muchos cristianos gentiles un sentimiento de amor para con Israel basado en la inmensa deuda de gratitud que se desprende de todo el Nuevo Testamento en general, y del capítulo 11 de la Carta de Pablo de Tarso a la iglesia en Roma, en particular. ¡Y qué decir de los sentimientos experimentados cuando conocimos a un matrimonio judío que habían leído nuestra pequeña obra, y el Señor les había conducido a descubrir a su Mesías en Jesús de Nazaret!

Situada entre la vertiente del Mar Mediterráneo y el Mar Muerto, en el vetusto camino de los Patriarcas, “Yerushalaim”, del hebreo “Yerú”, “casa”, “habitación”, “morada”, y “Shalom”, “paz”, castellanizada “Jerusalem”, se halla en la encrucijada de las grandes rutas, como confluencia de los puntos cardinales. En medio de la tierra prometida por Dios a Abraham y a sus descendientes en todas sus generaciones; sobre la tierra puesta por el Eterno como destino para los hijos de Israel; conquistada por el rey David hacia el año 1000 a.C., quien capturó la fortaleza Jebusea que la ocupaba en el extremo sur de la colina oriental, haciéndola su capital (2º Samuel 5:6 ss.; 1º Crónicas 11:4 ss.), por lo que se conoció también como “Ir David”, es decir, “Ciudad de David”, aparece primeramente en las Sagradas Escrituras como “Shalem”: “Entonces Melquisedec, rey de Salem y sacerdote del Dios Altísimo, Sacó pan y vino; y le bendijo (a Abraham), diciendo: Bendito sea Abram del Dios Altísimo, creador de los cielos y de la tierra; y bendito sea el Dios Altísimo, que entregó tus enemigos en tu mano. Y le dio Abram los diezmos de todo.” (Génesis 14:18-20). Sede del Primer Gran Templo por orden de Salomón, para ser santuario de oración para todas las naciones de la tierra; conquistada por el poderoso Imperio Babilonio en días del rey Nabucodonosor, en el 586 a.C.; devastada en la época del Exilio, como se lamenta el autor del Salmo 137; recuperada por el pueblo hebreo, a quien se le concedió permiso para regresar, cuando el Imperio Persa derrotó a los Babilonios; testigo de la construcción del Segundo Templo, unos cincuenta años después; sufridora de las dinastías hasmonea y herodiana; testigo de las palabras y las acciones de Jesús de Nazaret, y de la destrucción del Segundo Templo en el año 70 d.C. por el Imperio Romano; Jerusalem tiene delante de sí acontecimientos por venir que sobrepasan todos sus hitos históricos anteriores, por insoslayables que puedan antojársenos.

Sin embargo, Jerusalem se retrotrae al pasado más remoto, pues ya aparece su mención en las famosas epístolas de Tel-el-Amarna, en el siglo XIV a.C., e incluso en varios documentos egipcios de medio milenio antes. Durante estos últimos dos milenios, Israel fue dominada por los Imperios Romano y Bizantino (586 a.C. al 614 d.C.); el Persa (614 al 629 d.C.); de nuevo el Bizantino (629 al 638 d.C.); los Musulmanes (638 al 1099 d.C.); los Cruzados (1099 al 1291 d.C.); de nuevo los Musulmanes (1291 al 1517 d.C.); los Otomanos (1517 al 1917 d.C.); el Imperio Británico (1917 al 1948 d.C.), hasta el 14 de Mayo de 1948, cuando se declaró la constitución del nuevo Estado de Israel. Y durante todos esos años, no hubo un solo momento en el que no viviera algún contingente de judíos en la tierra de Israel. Sin independencia, sin posibilidades de auto-determinación, sujetos a las leyes de los imperios de turno, pero siempre representando al pueblo de Israel, como remanente fiel, mientras la mayoría de los judíos vivían o sobrevivían en lo que en hebreo se denomina “Galut”, el “Exilio” o “Díaspóra”, sin jamás olvidar su tierra, Jerusalem y el Templo; sin jamás desechar la esperanza de volver al solar de los padres, cantándolo y anhelándolo en cada Shabat, en cada festividad, en cada Pascua.

Desde hace más de un siglo y medio, los judíos fueron el principal contingente humano de Jerusalem. La aspiración hebrea de volver a la tierra de los padres, y a la ciudad bien amada, se manifiesta en el retorno de los caraítas, hace mil años aproximadamente. Ellos dieron el título de “Jerusalem” a todos los judíos que retornaron a la ciudad. Los anales de la historia del pueblo hebreo registran el anhelo por el retorno de parte de destacados hijos de Israel, como Iehudá Haleví, en el siglo XII, y Najmánides, en el XIII; los Jasideí Ashkenaz, y Ovadia de Bertinoro, en el siglo XV. Después hallamos la importante inmigración de Jazón Sión,

que llegaron en el año 1722, y las siguientes olas de “jasidim”, con los discípulos del Gaón de Vilna, y finalmente las inmigraciones más recientes, antes y después de la reconstrucción del Estado de Israel, para cumplir lo que el pueblo judío expresa en la frase “todos a Jerusalem, no para soñar, sino para cumplir con sus sueños.”

Jerusalem ha sido y es el centro de la oración del pueblo de Israel. De ahí que los sabios antiguos de Israel la denominaran “Ir Hakodesh”, “Ciudad de la Santidad”. Su universalidad radica en su propia vocación: Ciudad eminentemente judía, y, al mismo tiempo, ubicación del Santuario que Dios encomienda a su pueblo Israel para abrirlo y ofrecerlo a todos los hombres y a todas las naciones, incluso a los no presentes, a los que han de venir, pues ya están presentes en el corazón del Dios Altísimo. Recordemos algunas de las palabras de Salomón en el día de la dedicación del Templo:

“Toda oración y toda súplica que hiciere cualquier hombre, o todo tu pueblo Israel, cuando cualquiera sintiere la plaga en su corazón, y extendiere sus manos a esta casa, tú oirás en los cielos, en el lugar de tu morada, y perdonarás, y actuarás, y darás a cada uno conforme a sus caminos, cuyo corazón tú conoces (porque sólo tú conoces el corazón de todos los hijos de los hombres); para que te teman todos los días que vivan sobre la faz de la tierra que tú diste a nuestros padres. Asimismo el extranjero, que no es de tu pueblo Israel, que viniere de lejanas tierras a causa de tu nombre (pues oirán de tu gran nombre, de tu mano fuerte y de tu brazo extendido), y viniere a orar a esta casa, tú oirás en los cielos, en el lugar de tu morada, y harás conforme a todo aquello por lo cual el extranjero hubiere clamado a ti, para que todos los pueblos de la tierra conozcan tu nombre y te teman, como tu pueblo Israel, y entiendan que tu nombre es invocado sobre esta casa que yo edificué.” (1º Reyes 8:38-43).

Jerusalem se asemeja sobremanera a lo que el profeta Simeón proclamó el día en que tomó en sus brazos a Jesús niño, y bendijo a Dios diciendo:

"Ahora Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado en presencia de todos los pueblos; luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel." (Lucas 2:29-32).

En Jerusalem se cumplirán las más preciosas promesas bíblicas. Allí se producirá el reencuentro -como compartimos en nuestro libro con ese título- porque en Jerusalem se concretiza la última esperanza. Esa es la razón de nuestra obra: Porque Jerusalem sigue siendo hoy, cuando se cumplen ya más de 50 años de la fundación del nuevo Estado de Israel, misterio y realidad sobrecogedoras.

La literatura mística de la tradición hebrea ha desarrollado las designaciones de “Yerushalaim shel matá” y “Yerushalaim shel Ma’alá”, es decir, “Jerusalem terrenal” y “Jerusalem celestial”, respectivamente. Según el Midrash (Tanjumá, Éxodo, Pikuday 1), “por su gran amor por la Jerusalem terrenal, el Eterno hizo una Jerusalem de arriba en los altos cielos... No fue suficiente para Dios que sus hijos e hijas moraran en la Jerusalem de abajo, sino que el propio Señor quiso hacer de Jerusalem su morada celestial. Así fue como el Bendito edificó “Yerushalayim shel Ma’alah”. Pero no basta con que existan dos, una en el cielo y otra en la tierra. Por eso el Midrash Pesikta de Rav Kahana, 143b, enseña en el nombre de Rabí Eliezer ben Yaakov, que “Jerusalem está destinada a ser elevada, y a alzarse hasta llegar a tocar el Trono de Gloria.” Con razón dijeron los sabios antiguos de Israel que Jerusalem es el lugar místico donde la tierra y el cielo se encuentran, donde la gloria de Dios y la grandeza de sus hijos se vuelven una sola realidad. Su presencia evoca la visión eterna del esperado y anhelado momento de la redención final: “En aquel tiempo llamarán a Jerusalem: Trono del Señor, y todas las naciones vendrán a ella en el nombre del Señor en Jerusalem; ni andarán más tras la dureza de su malvado corazón.” (Jeremías 3:17). De ahí que la tradición enseñe que “cuando el mundo haya sido perfeccionado bajo el reinado de Dios, cuando el Mesías bendito venga, entrará por las puertas de Jerusalem, y dentro de sus santos muros comenzará una acción de gracias y un gozo tales que todos cuantos hayan vivido sobre la tierra volverán a aquel lugar sagrado.”

“Yerushalaim shel zaav”, "Jerusalem de oro", otra hermosa expresión del carácter de la urbe, no sólo es el símbolo de la ciudad celestial, sino también un centro urbano con calles y plazas y gentes, con problemas de estacionamiento de vehículos, con cuestiones municipales sin resolver, como cualquier otra capital del mundo, con estudiantes preocupados por sus exámenes, hombres y mujeres que nacen y se enamoran,

ancianos que enferman y mueren, vidas truncadas por atentados terroristas, y jóvenes en busca de empleo y vivienda. Por eso decimos que sigue siendo hoy “misterio y realidad”, porque lo misterioso y lo tangible y hasta lo prosaico se encuentran y funden. “Misterio y realidad” significan que Jerusalem es la capital eterna de Israel y el lugar del Templo, sobre el cual permanece el resplandor de la gloria del Señor. Lo secular y lo sagrado se mezclan formando un tejido hermoso, espiritualmente tangible y secularmente real, profano y místico, como si se tratara de un abrazo del tiempo y la eternidad, de la historia y el porvenir. La vinculación eterna de la Jerusalem terrenal como inspiración de la Jerusalem celestial, y de la celestial como ideal de la de abajo, las entrelaza y entremezcla, volviéndolas inseparables, más allá de todas las fronteras y límites del tiempo y del espacio. De ahí que, como canta el poeta israelí Iehudá Amijai, en su poema “Turistas”, la dicotomía de Jerusalem se expresa en la imagen que el bardo tiene de sí mismo, como de un hombre que camina del mercado hacia su casa, cargado con dos bolsas, y un guía turístico le señala con el dedo mientras explica al grupo de turistas a quienes acompaña, y les dice: “Un poco más a la derecha de aquel hombre con las bolsas se encuentra un arco de la época romana.” Y Amijai reflexiona y dice: “La redención llegará solamente cuando les digan: “¿Ven el arco de la época romana? No importa. Pero debajo, a la izquierda, hay un hombre sentado que compró fruta y verdura para su casa.”

Sin embargo, y a pesar de las bellísimas palabras para describir a Jerusalem en la Biblia, el Talmud y la tradición, más allá de todas las metáforas, la realidad es también que al norte de la ciudad, a menos que la tierra sea adecuadamente cuidada, todo sería un terreno pantanoso infectado por los insectos y el paludismo; el sur es tierra yerma y desértica; los vientos procedentes del Mediterráneo cubren las planicies costeras con un manto de arena; y la propia urbe está alejada y remota, asentada sobre colinas escarpadas, sin contar en la actualidad ni siquiera con una sola fuente natural de agua potable. Jerusalem no tiene petróleo, no es puerto fluvial ni marítimo, no se halla en medio de las grandes rutas comerciales, ni tiene particular valor desde el punto de vista táctico o estratégico; no es una urbe de grandes rascacielos, ni cuenta con una impresionante población. Y, sin embargo, no ha habido ni hay destino más querido y añorado en todo el mundo que la tierra de Israel, “la más santa de las tierras”, como dice el Midrash (Nu. R. 7.8), y la ciudad de Jerusalem, “el gozo de toda la tierra”, como canta la Biblia. (Salmo 48:2). Sin embargo, los enemigos del Dios Vivo y Verdadero, y de su pueblo, la quieren para destruirla, como la historia constata, y desearían borrarla de la faz de la tierra para hacerla olvidar.

Ha pasado ya más de medio siglo desde la proclamación de la independencia del Estado de Israel, aquel día 5 del mes de Iyar del año 5708 (14 de Mayo de 1948), después de concluir el mandato del Imperio Británico en el territorio que ellos denominaron “Palestina”, conservando la designación de “Siria Palestina” con que el Imperio Romano dio nombre por primera vez a la tierra de Israel. Y nosotros hemos esperado a que transcurriera un poco de tiempo para contribuir modestamente a esta celebración, cuando ya ha dejado de ser noticia en los medios y muchos se han olvidado de la efemérides, con una reflexión sobre el significado de Sión a la luz de las Sagradas Escrituras, y el hecho del retorno de millares de judíos a la tierra de los padres, lo que implica asumir la vocación de Israel y su responsabilidad ante el universo.

“Alcé después mis ojos y miré, y he aquí un varón que tenía en su mano un cordel de medir. Y le dije: ¿A dónde vas? Y él me respondió: A medir a Jerusalem, para ver cuánta es su anchura, y cuánta su longitud. Y he aquí, salía aquel ángel que hablaba conmigo, y otro ángel le salió al encuentro, y le dijo: Corre, habla a este joven, diciendo: Sin muros será habitada Jerusalem, a causa de la multitud de hombres y de ganado en medio de ella. Yo seré para ella, dice el Señor, muro de fuego en derredor, y para gloria estaré en medio de ella. Eh, eh, huid de la tierra del norte, dice el Señor, pues por los cuatro vientos de los cielos os esparcí, dice el Señor. Oh Sión, la que moras con la hija de Babilonia, escápate. Porque así ha dicho el Señor de los ejércitos: Tras la gloria me enviará él a las naciones que os despojaron; porque el que os toca, toca a la niña de su ojo. Porque he aquí yo alzo mi mano sobre ellos, y serán despojo a sus siervos, y sabréis que el Señor de los ejércitos me envió. Canta y alégrate, hija de Sión; porque he aquí vengo, y moraré en medio de ti, ha dicho el Señor.” (Zacarías 2:1-10).

Nos mueve a escribir estas páginas la realidad de esa nube de insostenible acusación contra Israel de ser “pueblo deicida”, y que paradójicamente ensombrece hasta el día de hoy la mente y el corazón de bastantes cristianos. Predicadores y teólogos siguen ignorando, cuando no burlándose, de la mística y la tradición judías, mientras siguen citando los textos de la patrística, repletos de antisemitismo avergonzante. Y es que las implicaciones de la restauración de Israel van más allá de cuestiones políticas e incluso religiosas. Para

quienes hacen una lectura demasiado simplista en su fundamentalismo, el retorno a Sión es sólo el cumplimiento de algunas profecías repartidas aquí y allá en las Sagradas Escrituras. En el otro extremo se hallan quienes consideran que el Estado de Israel sólo es una realidad de naturaleza profana y política. Esta falta de entendimiento conduce a muchos a juzgar el comportamiento del Estado de Israel según sus criterios prejuiciados y apriorísticos, ignorando unos y supervalorando otros la realidad de los vínculos imborrables entre el Israel de ayer y el de hoy. En este sentido, creemos muy acertadas las palabras del Rabino Henry Siegman: "La verdad de la cuestión es que Israel no sólo presenta un aspecto político, sino también implicaciones teológicas muy profundas que inciden en el mismísimo corazón de la problemática judeocristiana, por cuanto no han sido sólo los judíos quienes han retornado a Tel Aviv, sino al judaísmo el que ha regresado a Jerusalem".

No quiero tampoco ocultar otra razón para escribir estas páginas: Sigue resultando difícil para muchos cristianos gentiles asumir y acomodar a su fe y teología la realidad de los elementos fundamentales de la conciencia judía: La elección y su vinculación a la tierra. Tristemente, por causa de la nefasta teología de la substitución o reemplazamiento de Israel por la Iglesia, millones de creyentes se preguntan si sigue teniendo sentido la existencia de la nación judía y su arraigo a la tierra que recibió en herencia perpetua. Nosotros creemos que esta cuestión, no resuelta todavía en los corazones de muchos cristianos gentiles, ha sido una de las causas más antiguas en el antisemitismo de los dos últimos milenios, comprendida la "Shoá", literalmente "desastre", "ruina", "catástrofe", el monstruoso "Holocausto" de la judería europea durante la Segunda Guerra Mundial, programado y ejecutado por los nazis al mando del cabo Adolfo Hitler, desde su llegada al poder en el año 1933, hasta el final de la guerra en 1945. Aunque ésta no fue la primera matanza organizada de judíos en la historia europea, pues el pueblo hebreo sufrió innumerables pérdidas durante la época del Imperio Romano, seguida de las Cruzadas, y las matanzas de Chmielnicki en Ucrania, en el siglo XVII, entre muchas otras, el genocidio del Holocausto nazi en pleno siglo XX, y en el corazón de la nación más culta y civilizada de Occidente, sobrepasó toda la barbarie anterior y superó toda posibilidad de análisis consecuente hasta el día de hoy. Aquel monstruoso proceso comenzó con los acontecimientos conocidos como la "Noche de los Cristales Rotos", en el año 1938, cuando fueron destruidos muchos locales comerciales y hogares de familias judías. La política nazi basada en la pretendida superioridad de la raza teutónica, y el consiguiente desprecio de las demás etnias, tenidas por execrables, desembocó en la consideración de todos los no arios como "subhombres". Ideólogos a las órdenes de Hitler, a los que se sumaron médicos, científicos y letrados, llevaron a cabo lo que denominaron "Solución Final del Problema Judío", cuyo objetivo sería la destrucción total de la judería europea. Se realizaron detenciones masivas "justificadas" por leyes discriminatorias, como las de Nuremberg en 1935, coordinadas con la construcción de campos de concentración y exterminio en los territorios conquistados bajo el terror del Tercer Reich. En ellos, y muy especialmente a partir de 1939, se llevó a efecto un programa satánico de aniquilación de la población judía. En los campos de exterminio morirían millones de hombres, mujeres y niños, hasta un total aproximado de seis millones, lo que representaba un tercio de la población judía mundial, junto a unos quinientos mil gitanos, fusilados o gaseados, y luego incinerados en los crematorios instalados al efecto de borrar todas las pruebas, además del importante contingente de víctimas del hambre o de los trabajos forzados, amén de los eliminados mediante la práctica de la experimentación "científica" más salvaje imaginable. Cuando sumamos el número de gitanos, eslavos, y opositores políticos al régimen nazi, el número de éstos alcanza una cifra aproximada al doble de los judíos exterminados.

El profesor David Hartman lo expresa así: "La tragedia del Holocausto surgió del hecho de un mundo que realmente no veía al judío. En la civilización occidental el judío frecuentemente caminaba sin ser visto por los senderos de la historia. Muchos se apresuraban, casi se escurrían por las calles, porque sabían que era mejor para un judío no ser visto públicamente, pasar desapercibido. Los hebreos no eran vistos como un pueblo legítimo en la historia. No se reconoció como una comunidad espiritualmente válida. Y, naturalmente, no resulta difícil destruir aquello que uno considera que no tiene significación intrínseca" ("The Challenge of Jerusalem").

Evidentemente, el no reconocer el derecho legítimo a la existencia es una actitud que hace frontera con la violencia, la agresión y la destrucción. Además, ¿Qué necesidad hay de sentirse culpable por destruir algo que carece de valor? Auschwitz, y lo que representa, no habría podido darse sin dos mil años de no reconocer a los judíos el derecho a ser una comunidad espiritual. De aquí que el retorno a la tierra de Israel en general, y a

Jerusalem en particular, no representa sólo volver a la tierra de los padres, al solar patrio, a las raíces, sino fundamentalmente retornar a la historia.

Aunque el Estado de Israel no tenga ninguna implicación teológica para muchos judíos y cristianos, nosotros tenemos la certeza de que las implicaciones bíblicas van más allá de toda cuestión socio-política. No sólo se trata de un Estado soberano, sino el único al que se le ha cuestionado su derecho a decidir la sede de su capital, mientras que durante los largos períodos en que estuvo subyugada bajo la autoridad de diversos imperios, ninguno de ellos, incluido el Islam, jamás la hicieron capital, ni siquiera a nivel provincial. Esto no deja de ser realmente una evidente paradoja. De ahí que cuando oímos hablar del “sueño palestino de convertir a Jerusalem en su capital estatal”, nos preguntemos por qué nunca fue elevada la ciudad a semejante dignidad durante los setecientos años en que estuvo bajo dominación árabe, y los cuatrocientos en que estuvo bajo gobierno turco-musulmán. Recordamos los días no tan lejanos cuando en todos los mapas aparecía la designación de Palestina para la tierra de Israel, y Tel-Aviv como su capital. Sentimos profundamente que las Sociedades Bíblicas Unidas no hayan reparado en este hecho, y conserven hasta el día de hoy la nomenclatura más frecuentemente empleada por los enemigos de Israel en los apéndices cartográficos que suelen acompañar a numerosas ediciones de la Biblia.

Corría el año 1980 cuando Irak y Arabia Saudita encabezaban una enconada campaña para que se retiraran las escasas representaciones diplomáticas que todavía permanecía en Jerusalem. Reconocer a Tel-Aviv como capital significaba reconocer a una nación nueva, sin pasado, sin historia, sin raíces, cuyo único derecho a la existencia era una decisión política de las Naciones Unidas poco después del fin de la Segunda Guerra Mundial; pero reconocer a Jerusalem como capital era admitir que no se trataba de un país nuevo, de una creación artificial, sino del renacimiento de una nación que llevaba latiendo en el alma de millones de hombres, mujeres y niños en mil y un rincones del mundo, y que ahora se patentizaba. La misma Jerusalem que otrora fuera capital de Israel, renacía y recuperaba sus funciones. Al fin y al cabo, como manifiesta Siegman, "No sólo han retornado los judíos a Tel Aviv, sino que el judaísmo ha vuelto a Jerusalén." La vindicación de Jerusalem refuerza la legitimidad del Estado de Israel sobre el suelo de la tierra de los padres. De hecho, no es menester ser judío, ni israelí, para experimentar lo que venimos diciendo. El filósofo católico español Julián Marías lo expresa muy acertadamente en su libro "Israel, una resurrección", donde dice: "Sin Jerusalem como capital, Israel pierde su sentido histórico."

Finalmente, nos sentimos movidos a aportar un granito de luz y de verdad en medio de tantas tergiversaciones históricas que pululan en los medios de información en nuestros días, e incluso en obras de texto y consulta tenidas por prestigiosas. Dean Reynolds, en un programa televisivo dedicado a Jerusalem en la afamada cadena ABC, manifestaba que "para las negociaciones de paz, se les exige a los palestinos que renuncien a su sueño de hacer de Jerusalem la capital de su nación...", olvidando que durante los largos años de dominación musulmana, jamás lo hicieron, cuando tuvieron todos los poderes en sus manos, y que ningún monarca musulmán se interesó por visitar la ciudad, a excepción del Rey de Jordania. Pero la distorsión y tergiversación alcanzan su punto culminante cuando vamos nada menos que a la magnífica "Enciclopedia Británica", donde se nos dice que Jerusalem es una ciudad de peregrinaje para todos los musulmanes, y que éstos pronuncian sus oraciones mirando hacia ella, ignorando el hecho de que las plegarias en el Islam son dirigidas hacia la Meca.

Estas son nuestras razones para realizar un recorrido de la Biblia, aunque solamente sea parcial y a vuelo de pájaro, para contemplar el significado de Sión, Monte e Hija, y su relación con los Profetas, el Mesías, el Templo, el Arca del Pacto, la Cristiandad y el Día del Señor. No pretendemos ser exhaustivos, sino despertar un buen apetito en el lector para que acometa la gratificante labor de escudriñar las Escrituras, siguiendo el sabio consejo de nuestro Bendito Maestro.

Jerusalem volverá a ser el centro del mundo. Siempre lo ha sido en el corazón del Eterno -¡bendito sea!-. El Reinado del Mesías, desde la Jerusalem Redimida, será el lugar a donde acudirán todos los pueblos de la tierra para adorar al Dios Unico. Volver a la tierra de Israel es, pues, volver a las Sagradas Letras. Volver a Sión es volver al Dios Vivo y Verdadero.

El retorno a Jerusalem nos confronta a todos cuanto somos hijos de Abraham por la fe de Yeshúa, latinizado "Jesús". Y el reciente año de Jubileo nos ha apelado intensamente. Roma, "semper idem", como dice el

adagio latino, ha tratado por todos los medios de ensombrecer y ocultar a Jerusalem. Tristemente, para muchos cristianos desapercibidos y desconocedores de las raíces hebreas de nuestra fe, ha sido así. Los medios, consciente o inconscientemente, han colaborado en ese sentido. Por eso hemos tomado la decisión de escribir estas páginas, aunque nuestro alcance sea humilde y limitado, pero lo hacemos convencidos de que, como dice la expresión hebrea, “Le Shaná habaá Biyrushalaim habenuyá.....” "El próximo año va a ser un buen año. El próximo año estaremos en la Jerusalem reconstruida". Amen.”

*"Cantad al Señor, que habita en Sión; publicad
entre los pueblos sus obras
(Salmo 9:11).*

SIÓN: MONTE E HIJA

Muy cerca del centro de la tierra de Israel se encuentra la ciudad de Jerusalem. Su ubicación es simbólicamente representativa del papel de la ciudad en el orden global de la existencia del pueblo hebreo, por cuanto su importancia no se debe sólo a dicha situación geográfica tan favorable, sino que fundamentalmente se debe al deseo del propio Señor de tener "sus ojos abiertos de noche y de día sobre esta casa, sobre este lugar del cual has dicho: Mi nombre estará allí." (1º Reyes 8:29).

En la Biblia, se asocia a Jerusalem con Jebús (hebreo: "Yebus"): "Mas el hombre no quiso pasar allí la noche, sino que se levantó y se fue, y llegó hasta enfrente de Jebús, que es Jerusalem." (Jueces 19:10). "Entonces se fue David con todo Israel a Jerusalem, la cual es Jebús; y los jebuseos habitaban en aquella tierra." (1º Crónicas 11:4). "Mas a los jebuseos que habitaban en Jerusalem, los hijos de Judá no pudieron arrojarlos; y ha quedado el jebuseo en Jerusalem con los hijos de Judá hasta hoy." (Josué 15:63). "Mas al jebuseo que habitaba en Jerusalem no lo arrojaron los hijos de Benjamín, y el jebuseo habitó con los hijos de Benjamín en Jerusalem hasta hoy." (Jueces 1:21). Después, según "Pirkey Rabbi Eliezer 36, y Rashí sobre Deuteronomio 12:17", vendrían los hititas a establecerse en la región de Jerusalem.

El rey David estableció la capitalidad de Jerusalem hacia el año 1000-1010 a.C., y desde entonces, la ciudad ha sido el núcleo de la existencia del pueblo de Israel durante los largos siglos de exilio. Los judíos dispersos por todos los rincones del mundo la añoraron y celebraron con el corazón:

"¿Cómo cantaremos cántico del Señor en tierra de extraños? Si me olvidare de ti, de Jerusalem, pierda mi diestra su destreza. Mi lengua se pegue a mi paladar, si de ti no me acordare; Si no enalteciere a Jerusalem como preferente asunto de mi alegría." (Salmo 137:4-6).

Por los textos bíblicos de la conquista, de Samuel y de las Crónicas, sabemos que la creación de la capitalidad de Jerusalem fue el sello del Reino de Israel. Pero lo curioso es que la ciudad no perteneció a ninguna de las tribus hebreas; ni siquiera a la de Judá:

"Y congregó David a todo Israel en Jerusalem". (1ª Crónicas 15:3). Desde entonces todos los autores de los libros que forman la Biblia miraron hacia Jerusalem como concreción de su vida, de su fe y de su esperanza.

Luego, durante sus largos años de historia, y hasta la construcción del Segundo Templo, Jerusalem sería el centro de peregrinaje para todos los hijos de Israel, no sólo para quienes vivían en la tierra de los padres, sino también para todos los judíos de la Diáspora. De ello dan testimonio los escritos de Flavio Josefo ("Guerras de los judíos" I, 4, 13), Filón ("Leyes", 1,68), y, naturalmente, el Nuevo Testamento: "Moraban entonces en Jerusalem judíos, varones piadosos, de todas las naciones bajo el cielo". (Hechos 2:5). Cuando vamos a las páginas del Talmud hallamos testimonios de las importantes cantidades de judíos procedentes de todo el mundo que viajaban hasta Jerusalem para celebrar las grandes fiestas del Señor, particularmente con ocasión de la Pascua. De entonces nos llega una historia, quizá exagerada, de una Pascua durante la que el rey Agripa ordenó a los sacerdotes que contaran el número de corderos sacrificados, y la cifra total ascendió a un millón doscientos mil (Pesahim 64b). Los testimonios escritos de la época, un siglo antes de la destrucción del Templo, manifiestan que el número de gentiles que visitaban el Templo era bastante importante, y por el Talmud sabemos también que en los sacrificios diarios se hacía provisión de oración e intercesión por las "setenta naciones" del mundo, según la tradición noélica. No podemos silenciar este hecho: Mientras el mundo odiaba a Israel, un remanente hebreo era consciente de su sentido existencial y oraba por los gentiles.

La Jerusalem moderna está formada por tres sectores principales: El judío, el árabe y el cristiano. La Ciudad Vieja es el más antiguo, rodeado por las murallas construidas durante el período otomano. Dentro de sus muros, accesibles por las ocho puertas, se encuentran los barrios cristiano, armenio, musulmán y judío, coronándolo todo el monte del Templo.

Los cuatro kilómetros de murallas, que ordenara construir el turco Sulimán el Magnífico entre los años 1536 y 1539, son atravesados por cuatro puertas mayores: La "Puerta de Iafo", hacia el Oeste; la "Puerta de Damasco", hacia el norte; la "Puerta de los Leones", conocida también por "Puerta de San Esteban" o de "los Halcones", hacia el Este; y la "Puerta de Sión", al sur. Las otras cuatro puertas menores son la "Puerta Nueva" y la de "Herodes", hacia los barrios cristiano y musulmán; la "Puerta Dorada", que está bloqueada, y también se conoce como "Puerta de la Misericordia", hacia el este; y finalmente, la llamada "Puerta del Estiércol" o "de los Desperdicios", que abre el camino hacia el sur.

Al norte de la Ciudad Vieja, la Jerusalem Oriental, se encuentra la parte predominantemente árabe. La ciudad Nueva, al occidente de Jerusalem, extramuros, es el sector judío, cuyas primeras construcciones costeó en el año 1860 el filántropo británico Sir Moses Montefiore.

A mediados del siglo XIX, los judíos constituían la mayoría de la población de Jerusalem. El proceso del retorno a la tierra de los padres había sido estimulado por el Movimiento Sionista y por el Mandato para un Hogar Nacional Judío –año 1920- de la Liga de las Naciones. Después de la Guerra de Independencia (1948-1949), Jerusalem fue proclamada "Capital del nuevo Estado de Israel, pero temporalmente permaneció dividida hasta su reunificación en 1967, después de la denominada Guerra de los Seis Días. Tras 19 largos años de división por la ocupación jordana, se logró la reunificación de Jerusalem. En 1948 los jordanos destruyeron totalmente el barrio judío. Después vendría el deterioro paulatino del sector oriental de la ciudad bajo la administración jordana. Muchos antiguos edificios fueron dañados. Se construyeron almacenes en lugares históricos, establos en puntos considerados sagrados, e incluso urinarios en antiguos cementerios hebreos. Más de una cuarta parte de las viviendas carecían de suministro de energía eléctrica; dos tercios no tenían agua potable, y muy escasas viviendas contaban con acceso al limitado sistema de alcantarillado, auténtica reliquia de los siglos XVI y XVII, cuando los turcos gobernaban la ciudad y ampliaron los restos de la red de alcantarillado que se conservaba de la época romana. La Jerusalem de aquellos días, entre 1948 y 1967, era un foco de inmundicia e infecciones, de hedor nauseabundo, plagada de arroyos formados por aguas fecales y residuales que discurrían libremente a la intemperie. Nadie, en aquellos años, podría haber identificado la ciudad de Jerusalem con su esplendor en los tiempos del Primer y Segundo Templos. Pisada por los gentiles -babilonios, griegos, romanos, bizantinos, persas, árabes, cruzados, mamelucos, turcos y británicos- Jerusalem había sufrido una degradación que evidenciaba el mero afán de conquista de cuantos la habían sitiado y reducido. Habría que esperar hasta 1967 para que la ciudad de Jerusalem -Monte e Hija- volviera a recuperar el toque de amor de su pueblo, la caricia de sus hijos, el beso de sus amantes...

“Son las 10 horas y 20 minutos del día 7 de Junio de 1967. El Monte del Templo está en nuestras manos... El Monte del Templo está en nuestras manos... El Monte del Templo está en nuestras manos... Cesa el fuego... Pasamos por la Puerta de los Leones... Estoy bajo la sombra de la puerta.... Volvemos a estar bajo el sol de la

calle... Entramos en la Ciudad Vieja.... Los soldados avanzan pegados a las paredes y muros de la calle... Avanzamos por la Vía Dolorosa.... ¿Podéis comprender esto? ¡La Ciudad Vieja! ¡Volvemos a estar en la Ciudad Vieja! Pasamos junto a la mezquita de el-Aksa.... Un momento... Nos aproximamos al muro Occidental... Es imposible expresar nuestros sentimientos en palabras... "Sobre tus muros, Oh Jerusalem, he puesto guardas.....". Esta es la transcripción de los comentarios del periodista que acompaña a las fuerzas de defensa de Israel en aquel día glorioso de 1967. A continuación sonó al Shofar, insistentemente, proclamando victoria y liberación. Con razón se dice que "judío es quien llora al saber que sonó el shofar delante del muro".

"Sobre tus muros, oh Jerusalem, he puesto guardas; todo el día y toda la noche no callarán jamás. Los que os acordáis de Jerusalem, no reposéis, ni les deis tregua hasta que restablezca a Jerusalem, y la ponga por alabanza en la tierra" (Isaías 62:6-7).

Inmediatamente después de la reunificación de la ciudad comenzaron las obras de desagüe, suministros de agua potable y energía eléctrica, líneas telefónicas y restauración de muchos edificios antiguos que amenazaban derrumbarse por falta de conservación y por causa de las aguas residuales infiltradas bajo las construcciones, socavando sus cimientos, contaminando acuíferos, provocando el derrumbamiento de fachadas y generando el paulatino deterioro de la ciudad. Las obras de restauración fueron de tal magnitud, y se enfrentaron con tal cantidad de dificultades técnicas, que merecieron la felicitación por parte de la Unesco. El estudio pormenorizado de las obras de restauración de Jerusalem nos mueven el corazón a recordar los textos de Esdras y Nehemías.

Por causa de las muchas destrucciones y reconstrucciones de Jerusalem el nivel actual de la ciudad está en algunos puntos entre dos y catorce metros sobre el nivel en que se hallaba en los días del Segundo Templo. Se pavimentó toda la urbe, empleándose fragmentos de la antigua pavimentación donde fue posible; se reemplazaron piedras en las murallas, acoplándose escaleras de acceso y barandas de seguridad, permitiendo de este modo el paso a los visitantes, desde la Puerta de San Esteban y la Puerta del Estiércol, conocida también como la de los Desperdicios, abriendo camino hacia el Muro Occidental.

"Yo me alegré con los que me decían:
A la casa del Señor iremos. Nuestros
pies estuvieron dentro de tus puertas, Oh
Jerusalem"
(Salmo 122:1-2)

"Reedificarán las ruinas antiguas, y levantarán los asolamientos primeros, y restaurarán las ciudades arruinadas, los escombros de muchas generaciones." (Isaías 61:4).

Capital del Estado moderno de Israel, Jerusalem ha permanecido bajo soberanía judía desde 1967. Inmediatamente después de la reunificación, la población judía de Jerusalem –los “Yerushalmim”- cuyo gentilicio en castellano es “hierosolimitanos”, aumentó hasta llegar a 400.000 habitantes en el año 1982. La vinculación del pueblo judío a Israel en general, y a Jerusalem en particular, es entrañable y profunda: Es la tierra prometida a Abraham y a sus hijos en todas sus generaciones. Representa el destino para quienes cruzaron el desierto después de haber sido liberados por el Señor Bendito de la esclavitud y el genocidio. Es la tierra donde se levantó el Santuario a la gloria del Dios Eterno. Es el lugar donde el Señor puso su Nombre:

“Porque el Señor ha elegido a Sión; la quiso por habitación para sí. Este es para siempre el lugar de mi reposo; aquí habitaré, porque la he querido..... Allí haré retoñar el poder de David; He dispuesto lámpara a mi ungido. A sus enemigos vestiré de confusión, mas sobre él florecerá su corona." (Salmo 132:13-14, 17-18). “Así mismo edificó altares (Manasés) en la casa del Señor, de la cual el Señor había dicho: Yo pondré mi nombre en Jerusalem." (2ª Reyes, 21:4). “Desde Sión sea bendecido el Señor, quien mora en Jerusalem.” (Salmo 135:21).

El amor del pueblo hebreo para con Jerusalem se expresa de mil y una maneras en los escritos de los sabios y escribas a través de la historia. No hay duda de que se trata de muchísimo más que un punto geográfico. El hecho de ser el lugar escogido por Dios para servir de hogar para su pueblo ha configurado sentimientos y afectos engarzados en el alma hebrea con una profundidad que hemos de reconocer se escapa a la sensibilidad de la mayoría de nosotros. El Talmud dice que Jerusalem corona la belleza de la tierra de Israel: "Asara kabin yofi yardu la'olam, tisha natla yerushalayim v'ejad kol ha'olam kulo." ("Diez medidas de hermosura fueron dadas por el Eterno al mundo. Nueve fueron para Jerusalem, y una para el resto de la tierra." (Quiddushim 49b). El Pirké Avot Hamercaz dice que diez milagros fueron hechos para nuestros antepasados en relación con el Santuario, y uno de ellos es que "nunca dañó serpiente o escorpión a nadie en Jerusalem." Y el comentario señala que "la serpiente y el escorpión fueron citados aquí como ejemplos de daños. Lo que aquí se quiere decir es que nadie sufrió accidente alguno en Jerusalem en la época del Templo." Y el Talmud agrega que "en el caso que le sucediera algo malo a una persona fuera de la Ciudad Santa, al ver sus muros, o al llegar a ella, se curaba." En la expresión del Midrash: "La tierra de Israel es la más santa de todas". El Rabí Obadía de Bertinoro (1488) dijo de Jerusalem: "Todos los vientos del mundo vienen y soplan por Jerusalem; cada viento, antes de ir donde desea, viene primero a inclinarse ante Dios en Jerusalem." Y en el tratado talmúdico "Babá Batrá" leemos así: "La atmósfera de la tierra de Israel fomenta la sabiduría." Por eso dijeron los sabios antiguos que todo aquel que aspira con todo su corazón a conocer los significados más profundos de la Torá, lo logrará más fácilmente en la tierra de Israel en general, y en la ciudad de Jerusalem en particular, con mayor éxito que en cualquier otro lugar del mundo. En el tratado talmúdico "Ketubot", el amor exuberante hacia la tierra de Israel le hace decir que "quien mora en Israel es exento de todo pecado"; una inmensa exageración con la que los tratadistas pretenden decirnos que quien mora sumido constantemente en la influencia de la Palabra de Dios no puede caer presa del pecado, ya que la fuerza de éste se potencia en la atracción de las cosas materiales. Y en Sifrí, cap. Ekev, se manifiesta la tensión entre los extremos: "No existe verdadero culto al Eterno como aquél practicado en la tierra de Israel; pero tampoco existe verdadera idolatría como la que se da en ella." Esta es la tensión que se respira en muchas de las páginas de la Biblia, donde comprobamos que en medio de un ambiente creado por Dios, donde reina el Espíritu por excelencia, si la materia no se pone a su servicio, ésta lo acapara todo y se vuelve soberana. Así se explica la idolatría y la desobediencia del pueblo en medio del cual se manifestó la gloria del Señor de tantas y tan multiformes maneras.

Durante casi 1900 años de desamparo y abandono, mientras miles y miles de judíos vivían en la Diáspora entre las naciones de la tierra, el pueblo hebreo nunca dejó de orar por la restauración de Jerusalem, y de ese modo la esperanza de Israel se mantuvo encendida como antaño permaneció prendida la luz perpetua en el Templo. Los sabios antiguos de Israel insistieron en el sentido único de la Ciudad, "Yerushalaim", "Ciudad de Paz", "Ir Hakodesh", "Ciudad de la Santidad".

El inolvidable Rabino Dr. Abraham Joshua Heschel manifiesta que ninguna palabra puede expresar la experiencia de Jerusalem en el corazón del hombre que busca a Dios. "Su recuerdo permanece para siempre como una isla hacia la cual navegamos en la estela de su asombro sin fin". Elie Wiesel ha dicho que "Jerusalem es una ciudad que transforma milagrosamente a cada hombre en peregrino. Nadie puede visitarla y marcharse sin ser otro hombre." Y en el lenguaje del salmista: "Grande es el Señor, y digno de ser en gran manera alabado en la ciudad de nuestro Dios, en su Monte Santo. Hermosa provincia, el gozo de toda la tierra, es el Monte de Sion, a los lados del norte, la ciudad del gran Rey (Salmo 48:1-2).

Sión, el hebreo "Tzion", es una de las colinas sobre las que se remonta la ciudad de Jerusalem. Su significado es probablemente "ciudadela", "fortaleza" y "lugar de distinción". Su relación con el árabe "tzana" y el etíope "tzawana", que significan "proteger", "defender", es evidente. David la capturó cuando sólo era una fortaleza en manos de los jebuseos, denominada Shalem, para después denominarla "Ir David", "Ciudad de David", así como "Har Habait", "Monte de la Casa", e incluso para referirse a la ciudad de Jerusalem en su totalidad:

"Entonces marchó el rey con sus hombres a Jerusalem contra los jebuseos que moraban en aquella tierra; los cuales hablaron a David, diciendo: Tú no entrarás acá, pues aun los ciegos y los cojos te echarán (queriendo decir: David no puede entrar acá). Pero David tomó la fortaleza de Sión, la cual es la ciudad de David" (2ª Samuel 5: 6-7).

Es evidente que David conquistó esta fortaleza y su territorio circundante con la intención de establecer allí la capital de su reino. Sus razones fueron, por una parte, de naturaleza política, ya que Jerusalem se halla muy cerca de la división territorial entre las tribus de Judá e Israel. Hemos de ir a la tradición para ver la segunda posible razón de David para su elección. En esas fuentes se relata que David se sintió profundamente atraído por la curiosa forma cónica de una de las tres colinas ubicadas al norte de la ciudadela. Se trataba de la colina conocida como Moriá, con el Monte Sión hacia el oeste, y el Monte de los Olivos al este. También debió David tener muy en cuenta el hecho de que el Monte Moriá contaba con su propia fuente de suministro de agua procedente de los arroyos que discurren por el Valle de "Kidrón", castellanizado "Cedrón", y cuyo significado es "turbio", los cuales fluyen por el congosto entre Jerusalem y el Monte de los Olivos, formando un estanque en la ciudad vieja de Jerusalem, denominado Siloé, cuyo significado es "Enviado", y que es mencionado en el Evangelio de Juan, a donde el Señor Jesús mandó a un ciego de nacimiento que se lavase los ojos que el Maestro había untado con lodo: "Y le dijo (Jesús): Vé a lavarte en el estanque de Siloé. Fue entonces, y se lavó, y regresó viendo." (Juan 9:7). El arroyo de Cedrón y los demás torrentes del valle van a desembocar en las aguas del Mar Muerto. El Cedrón es mencionado en múltiples ocasiones en las Sagradas Escrituras: 2º Samuel 15:23; 1º Reyes 2:37; 15:13; 2º Reyes 23:4, 6, 12; 2º Crónicas 15:16; 29:16; 30:14; Jeremías 31:40; Juan 18:1.

Evidentemente, el proyecto de David consistía en crear un centro gubernativo que comprendería la sede de sus tribunales, la tesorería del reino, la residencia de los sacerdotes y demás oficiales del Templo, las dependencias administrativas y todas las demás instalaciones precisas para la ubicación de los funcionarios, los escribas, los archivos, la guardia, y, naturalmente, la residencia real. Todo ello quedaría circunscrito dentro de una gran ciudadela amurallada, capaz de resistir prolongadamente en caso de ser sitiada por el enemigo:

"Por allá están las sillas del juicio, los tronos de la casa de David." (Salmo 122:5). Las "sillas del juicio" son una clara referencia a la sede del Sanedrín o Tribunal Supremo de Israel; los "tronos de la casa de David" son, evidentemente, la sede de la monarquía y la residencia real. Hallamos otras referencias en la Torá respecto de la ubicación del palacio de David en Jerusalem: Primeramente, la alusión a los "tronos de la casa real" inmediatamente después de citar las "sillas del juicio"; en segundo lugar, la referencia a la presencia o sede del rey "en medio de Israel", que hallamos en Deuteronomio 17:20: "Y cuando se siente sobre el trono de su reino, entonces escribirá para sí en un libro una copia de esta ley, del original que está al cuidado de los sacerdotes y levitas; y lo tendrá consigo, y leerá en él todos los días de su vida, para que aprenda a temer al Señor su Dios, para guardar todas las palabras de esta ley y estos estatutos, para ponerlos por obra; para que no se eleve su corazón sobre sus hermanos, ni se aparte del mandamiento a diestra ni a siniestra; a fin de que prolongue sus días en su reino, él y sus hijos, en medio de Israel." (Deuteronomio 17:18-20).

Sión fue santificada cuando David trajo el Arca de la Alianza: "De modo que David no quiso traer para sí el arca del Señor a la ciudad de David, y la hizo llevar David a casa de Obed-edom geteo. Y estuvo el arca del Señor en casa de Obed-edom geteo tres meses; y bendijo el Señor a Obed-edom y a toda su casa. Fue dado aviso al rey David, diciendo: El Señor ha bendecido la casa de Obed-edom y todo lo que tiene, a causa del arca de Dios. Entonces David fue, y llevó con alegría el arca de Dios de casa de Obed-edom a la ciudad de David." (2ª Samuel 6:10-12).

En los días de Salomón el Arca de la Alianza fue llevada al Monte Moriá: "Entonces Salomón reunió ante sí en Jerusalem a los ancianos de Israel, a todos los jefes de las tribus, y a los principales de las familias de los hijos de Israel, para traer el arca del pacto del Señor de la ciudad de David, la cual es Sión". (1ª Reyes 8:1).

"Comenzó Salomón a edificar la casa del Señor en Jerusalem, en el Monte Moriá, que había sido mostrado a David su padre, en el lugar que David había preparado en la era de Ornán jebuseo." (2ª Crónicas 3:1).

"Entonces Salomón reunió en Jerusalem a los ancianos de Israel y a todos los príncipes de las tribus, los jefes de las familias de los hijos de Israel, para que trajesen el arca del pacto del Señor de la ciudad de David, que es Sión". (2ª Crónicas 5:2).

El nombre de Sión y el Templo quedan fundidos para siempre. El profeta Isaías es quien más frecuentemente emplea el término para designar tanto a Jerusalem como a la totalidad del reino de Judá:

"Sión será rescatada con juicio, y los convertidos de ella con justicia." (Isaías 1:27). "He aquí, yo y los hijos que me dio el Señor somos por señales y presagios en Israel, de parte del Señor de los ejércitos, que mora en el Monte de Sión..... En aquel tiempo será traída ofrenda al Señor de los ejércitos, del pueblo de elevada estatura y tez brillante, del pueblo temible desde el principio y después, gente fuerte y conquistadora, cuya tierra es surcada por ríos al lugar del nombre del Señor de los ejércitos, al Monte de Sión." (Isaías 8:18; 18:7). "Y los redimidos del Señor volverán, y vendrán a Sión con alegría; y gozo perpetuo será sobre sus cabezas; y tendrán gozo y alegría, y huirán la tristeza y el gemido." (Isaías 35:10). "Ciertamente volverán los redimidos del Señor; volverán a Sión cantando, y gozo perpetuo habrá sobre sus cabezas; tendrán gozo y alegría, y el dolor y el gemido huirán." (Isaías 51:11). "Y en tu boca he puesto mis palabras, y con la sombra de mi mano te cubriré, extendiendo los cielos y echando los cimientos de la tierra, y diciendo a Sión: Pueblo mío eres tú." (Isaías 51:16).

Así es como el término "Sión" llega a emplearse como sinónimo de la Casa de Santidad que conocemos como "Templo" y, a veces, para referirse a toda la ciudad de Jerusalem:

"Mira a Sión, ciudad de nuestras fiestas solemnes; tus ojos verán Jerusalem, morada de quietud, tienda que no será desarmada, ni serán arrancadas sus estacas, ni ninguna de sus cuerdas será rota (Isaías 33:20). "Levantaos, y subamos a Sión, al Señor nuestro Dios". (Jeremías 31:6b).

Todo el pueblo de Israel es llamado Sión: "Cuando el Señor hiciere volver la cautividad de Sión, seremos como los que sueñan". (Salmo 126:1).

"Serán avergonzados y vueltos atrás todos los que aborrecen a Sión." (Salmo 129:5).

Y cuando vamos a las páginas del Nuevo Testamento hallamos el nombre de Sión para referirse al Cielo:

"..... sino que os habéis acercado al Monte de Sión, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalem la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles, a la congregación de los primogénitos que están inscritos en los cielos, a Dios el Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos, a Jesús el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que Abel." (Hebreos 12:22-24).

Sión constituye el tema más profundo de la tradición profética. La victoria del Señor está vinculada al monte de Sión, hasta el punto de comparar el amor de una madre para su hijo con el del Señor para Sión: "Cantad alabanzas, oh cielos, y alégrate, tierra; y prorrumper en alabanzas, oh montes; porque el Señor ha consolado a su pueblo, y de sus pobres tendrá misericordia. Pero Sión dijo: Me dejó el Señor y el Señor se olvidó de mí. ¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? Aunque olvide ella, yo nunca me olvidaré de ti. He aquí que en las palmas de las manos te tengo esculpida; delante de mí están siempre tus muros." (Isaías 49:13-16).

Tal es el amor del Eterno para Sión que las palabras originales hebreas para "consolar" y "compadecerse" en los versículos 13 y 15, respectivamente, tienen por raíz etimológica a un término que significa "vientre femenino": ("nejmá"), "consuelo", de ("rejem")), "matriz".

Hallamos también al Señor en su labor de protector de Jerusalem actuando como el ave que cuida su nidada: "Como las aves que vuelan, así amparará el Señor de los ejércitos a Jerusalem, amparando, librando, perseverando y salvando (Isaías 31:5).

Es el mismo acto de amor y protección de la creación y de la liberación: "Y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas". (Génesis 1:2b).

"Vosotros visteis lo que hice a los egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águilas, y os he traído a mí." (Exodo: 19:4).

"Como el águila que excita su nidada, revolotea sobre sus pollos, extiende sus alas, las toma, los lleva sobre sus plumas, el Señor solo le guió, y con él no hubo Dios extraño." (Deuteronomio 32:11-12).

Nuestro bendito Maestro Jesús vibra ante este amor eterno del Dios que en él habita corporalmente en toda plenitud, y exclama: "¡Jerusalem, Jerusalem, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!" (Mateo 23:37).

Pero quizás más entrañable todavía sea la escena que encontramos en el último capítulo del libro de Isaías, donde el Señor aparece como "partera y madre de Sion":

"Antes que estuviese de parto, dio a luz; antes que le viniesen dolores, dio a luz hijo. ¿Quién oyó cosa semejante?, ¿Quién vió tal cosa?, ¿Concebirá la tierra en un día? ¿Nacerá una nación de una vez? Pues en cuanto Sión estuvo de parto, dio a luz sus hijos. Yo que hago dar a luz, ¿no haré nacer? Dijo el Señor. Yo que hago engendrar, ¿impediré el nacimiento? Dice tu Dios.....Como aquel a quien consuela su madre, así os consolaré yo a vosotros, y en Jerusalem tomaréis consuelo". (Isaías 66:7-9,13).

Sin embargo, el clímax nos llega en la figura frecuentemente ignorada del Señor que jadea como una parturienta: "Desde el siglo he callado, he guardado silencio, y me he detenido; daré voces como la que está de parto.... Y guiaré a los ciegos por camino que no habían conocido; delante de ellos cambiaré las tinieblas en luz, y lo escabroso en llanura. Estas cosas les haré, y no los desampararé". (Isaías 42:14-16).

Sión es más, mucho más que un Monte. La figura de "Hija de Sión" es casi tan abundante en el texto de Isaías como la del "Siervo del Señor": "Y queda la hija de Sión como enramada en viña, y como cabaña en melonar, como ciudad asolada. Si el Señor de los ejércitos no nos hubiese dejado un resto pequeño, como Sodoma fuéramos, y semejantes a Gomorra." (Isaías 1:8-9). El problema radica en que solemos hacer una lectura excesivamente patriarcal de los textos bíblicos. Convendría aquí tener presente un texto como el del profeta Miqueas: "Porque yo te hice subir de la tierra de Egipto, y de la casa de servidumbre te redimí; y envié delante de ti a Moisés, a Aarón y a María." (Miqueas 6:4).

María la profetisa, se nos presenta aquí en términos de igualdad con sus hermanos, Moisés y Aarón. Así también hallamos a Débora, en el libro de los Jueces: "Gobernaba en aquel tiempo a Israel una mujer, Debora, profetisa, mujer de Lapidot." (Jueces 4:4).

La hija de Sión aparece en muchos textos de Isaías: "Detrás de ti mueve su cabeza la hija de Jerusalem". (Isaías 37:22b).

"Despierta, despierta, vístete de poder, de Sión; vístete tu ropa hermosa, oh Jerusalem, ciudad santa; porque nunca más vendrá a ti incircunciso ni inmundo. Sacúdete del polvo; levántate y siéntate Jerusalem; suelta las ataduras de tu cuello, cautiva hija de Sión. Porque así dice el Señor: De balde fuisteis vendidos; por tanto, sin dinero seréis rescatados." (Isaías 52:1-3).

La importancia de esta pequeña ciudad conquistada por David en los primeros años del primer milenio se desprende de los nombres con que aparece en las Sagradas Escrituras. Aparece la denominación de "Jerusalem" por primera vez, extraescribitalmente, en los textos de Ebla, aproximadamente dos mil quinientos años antes de Cristo. La siguiente mención importante se halla en textos egipcios del siglo diecinueve antes del Señor Jesús. En la Biblia las menciones más frecuentes son "Sión", "Monte de Sión" e "Hija de Sión". El nombre "Jerusalem" aparece 657 veces en el Primer Testamento y 154 en el Nuevo. Sión se halla 152 veces en las Escrituras hebreas y en 7 ocasiones aparece en las griegas. La primera mención de Jerusalem se encuentra en Josué 10:1: "Cuando Adonisedec rey de Jerusalem oyó que Josué había tomado a Hai, y que la había asolado (como había hecho a Jericó y a su rey, así hizo a Hai y a su rey), y que los moradores de Gabaón había hecho paz con los israelitas, y que estaban entre ellos, tuvo gran temor...". Y, a pesar de la importancia de Jerusalem para los árabes hoy, su nombre no aparece ni una sola vez en las páginas del Corán.

En el capítulo 29 de Isaías se designa a la ciudad con el nombre de "León de Dios" y también por "Brasero del Altar". Por el historiador Flavio Josefo sabemos que con este epíteto se designaba el Templo de Jerusalem, por cuanto su aspecto se asemejaba a un león, estrecho en su parte posterior, pero con una enorme fachada que impresionaba profundamente al visitante. En el libro del profeta Isaías encontramos otras bellísimas

denominaciones para Jerusalem. En ellas se aprecia el profundo amor del Señor por ella, a pesar de su infidelidad manifiesta: "¡Cómo te has convertido en ramera, oh ciudad infiel! Llena estuvo de justicia, en ella habitó la equidad; pero ahora, los homicidas." (Isaías 1:21).

En la Hagadá y en la literatura apocalíptica se nombra a Jerusalem con nada menos que setenta expresiones de profundo amor y respeto: "Ciudad Santa", "Ciudad Eterna", "Ciudad de Justicia", "Ciudad Celestial", "Ciudad de Dios", "Ciudad de Paz", "Ciudad Fiel", "Ciudad del Gran Rey", "Ciudad de Oro",

"Ciudad Hermosa", etc.

En la Biblia destacan los nombres de "Ciudad de David" (2ª Samuel 5:9), "Ciudad de Dios" (Salmo 87:2); "Ciudad de la Verdad" (Zacarías 8:3), "Ciudad Alegre" (Isaías 22:2), "Ciudad de Perfecta Hermosura: El gozo de toda la tierra" (Lamentaciones 2:15); y "Morada de Justicia" (Jeremías 31:23).

La promesa de restauración es un viento fresco: "Restauraré tus jueces como al principio, y tus consejeros como eran antes; entonces te llamarán Ciudad de Justicia, Ciudad fiel. (Isaías 1:26).

El profeta Zacarías concuerda en esta esperanza igualmente: "Así dice el Señor: Yo he restaurado a Sion, y moraré en medio de Jerusalem; y Jerusalem será llamada Ciudad de la Verdad, y el Monte del Señor de los ejércitos, Monte de Santidad." (Zacarías 8:3).

Isaías, Jeremías, Zacarías y Nehemías tienen una parte muy importante en la construcción de la ideología y de la esperanza de Jerusalem: "Porque de la santa ciudad se nombran, y en el Dios de Israel confían, su nombre es el Señor de los ejércitos." (Isaías 48:2).

"Acontecerá también en aquel día, que se tocará con gran trompeta, y vendrán los que habían sido esparcidos en la tierra de Asiria, y los que habían sido desterrados a Egipto, y adorarán al Señor en el Monte Santo, en Jerusalem." (Isaías 27:13).

"Así ha dicho el Señor de los ejércitos, Dios de Israel: Aún dirán esta palabra en la tierra de Judá, y en sus ciudades cuando haga volver sus cautivos; El Señor te bendiga, oh morada de justicia, Oh Monte Santo. (Jeremías 51:23).

"Habitaron los jefes del pueblo en Jerusalem, mas el resto del pueblo echó suertes para traer uno de cada diez para que morase en Jerusalem, ciudad santa, y las otras nueve partes en las otras ciudades.... Todos los levitas en la santa ciudad eran doscientos ochenta y cuatro." (Nehemías 11:1,18).

Este número de levitas en Jerusalem contiene una hermosa clave en su estructura: "Doscientos" corresponde a la letra "Resh", "ochenta" a la "Pe", y "cuatro" a la letra "Dálet"; y con ellas formamos la raíz "Reped" que hallamos en el texto de Cantares con el sentido de "Refrescar" y "Confortar": "Sustentadme con pasas, confortadme con manzanas; porque estoy enferma de amor". (Cantar de los Cantares 3:5).

Esos levitas, representantes del remanente fiel, son el "consuelo" y el "frescor" que conforta a la ciudad amada. El resto leal aporta otro carácter a Sión. La ciudad, siempre ligada en las Sagradas Escrituras al culto a los ídolos, obtiene un fin completamente distinto. Recordemos que las urbes siempre se tornaron en concentraciones de poder. En ellas, el hombre se distancia de toda la creación para no recordar a Dios, para cubrir su conciencia con el peso y el esplendor de sus magníficas construcciones y sus espesas murallas; pavimentando incluso el suelo para ocultar el "humus" del que hemos sido tomados los "humanos"; la "adamá" –"arcilla"- de la que ha sido tomado "Adam". De ahí que el testimonio bíblico nos diga que Caín, después de matar a su hermano Abel, huyó de la presencia del Señor, y "edificó una ciudad" (Génesis 4:17). Así el hombre escapa - Cree él- de la mirada del Altísimo, refugiándose en la cultura del arte y de la técnica. La Escritura presenta de ese modo el origen de la forja de los metales y el desarrollo de la música: "Y edificó (Caín) una ciudad.... Jubal fue el padre de todos los que tocan arpa y flauta.... Tubal-caín fue artífice de toda obra de bronce y de hierro. (Génesis 4:17,21-22). De ese modo, lo que podría desarrollarse para reconocer la gloria de Dios, se vuelve en un fin en sí mismo, y constituye la base del orgullo y la soberbia humanas, hasta llegar a la deificación de los hombres y de los imperios despóticos.

La historia relata cómo los hombres construyeron magníficas ciudades plagadas de monumentos impresionantes. En la épica acadia de Atrahasis se relata cómo edificaron la ciudad de Babilonia, con la intención de alcanzar el favor de Dios y vincularse a lo sagrado. En ella, como en muchos otros lugares, se construyeron las “Ziggurats”, palabra que significa “templo en forma de torre”, como escaleras entre la tierra y el cielo. Así se nos relata en las Escrituras: “Y aconteció que cuando salieron de oriente, hallaron una llanura en la tierra de Sinar, y se establecieron allí. Y se dijeron unos a otros: Vamos, hagamos ladrillo y cozámoslo con fuego. Y les sirvió el ladrillo en lugar de piedra, y el asfalto en lugar de mezcla. Y dijeron: Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo, y hagámonos un nombre, por si fuéremos esparcidos sobre la faz de toda la tierra.” (Génesis 11:2-4).

Las ciudades con sus “torres-templo”, con sus “rascacielos”, con sus “torres gemelas”, representaban un punto en el que esta sociedad postdiluviana podía entrar en contacto con sus “dioses”, grotescas figuras antaño o sofisticados “trade centres” de nuestros días. Por eso la ciudad fue denominada “Babilonia”, originalmente “Bab-Ilani”, expresión que significa, precisamente, “puerta de los dioses”. Las Escrituras la denominan “Babel”, término cuyo significado es “confusión”, y que está muy relacionado con el hebreo “mabul”, que es “diluvio”: “Y descendió el Señor para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de los hombres. Y dijo el Señor: He aquí el pueblo es uno, y todos estos tienen un solo lenguaje; y han comenzado la obra, y nada les hará desistir ahora de lo que han pensado hacer. Ahora, pues, descendamos, y confundamos allí su lengua, para que ninguno entienda el habla de su compañero. Y así los espació el Señor desde allí sobre la faz de toda la tierra, y dejaron de edificar la ciudad. Por esto fue llamado el nombre de ella Babel, porque allí confundió el Señor el lenguaje de toda la tierra, y desde allí los espació sobre la faz de toda la tierra.” (Génesis 11:5-9).

Estos edificadores tratan de crear una “torre-templo” que les lleve hasta el cielo. Para ello introducen una nueva tecnología: La sustitución de la mezcla, la argamasa, por el asfalto o brea bituminosa, y de la piedra por el ladrillo de barro endurecido mediante cocción. Y así hace acto de presencia la actitud ambivalente del hombre que vive de espaldas a Dios. La ciudad y su torre responden a la soberbia que preside y dirige todas sus empresas. Por una parte, construir lugares para habitar es una empresa perfectamente digna, y responde a necesidades auténticas, pero en medio de la apariencia surge un pensamiento pecaminoso: “Hagámonos un nombre” (Génesis 11:4) es una expresión que denota la contaminación de la primera mentira satánica con que el corazón del hombre fue contaminado: “No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal.” (Génesis 3:4-5). El afán por perpetuar su “nombre” es una manera muy primitiva de decirnos que aquellos hombres buscaban la inmortalidad, el paso de la gran frontera entre las criaturas y el Creador, para lo cual recurrieron y aplicaron los conocimientos “científicos” y “tecnológicos” de que disponían. Y, naturalmente, esto no significa que la civilización y la tecnología sean malas en sí mismas, ni que las Escrituras enseñen contra el avance y progreso del quehacer humano. Nada más lejos de la realidad. El problema radica, naturalmente, en la deificación del saber humano y su actitud, explícita o implícita, de prescindir de Dios. El hombre se aleja más y más de su Creador, se olvida de que hemos sido creados para la vida y la convivencia, no para la competencia desmedida, y termina por deificar su obra. Así es como el hombre tecnológico llega a conferir más valor e importancia a los artilugios de su invención que a su prójimo y hermano.

Mediante sus altas “torres-templo” pretendieron llegar hasta el cielo. Creo que no nos resultará difícil hallar ejemplos y parangones de todos los tiempos en general, y de nuestros días en particular. Pero, casi sin excepción, veremos que las grandes ciudades y sus construcciones emblemáticas responden a la soberbia de los humanos, enorgullecidos de la obra de sus manos y de su ingenio, en un loco esfuerzo por eternizar su arrogancia. Pero Dios desciende para poner fin al esfuerzo de aquellos constructores por dar una dimensión eterna a sus logros. Así fue como se vieron obligados a abandonar su empresa. El pecado siempre produce derrumbamientos y abandonos, incomprensión y disolución.

Dice un “midrash” del relato de Babel, de Rabí Elinezer, que “había escaleras al oriente de la torre de Babel y también al occidente. Los hombres que subían los ladrillos, lo hacían por el oriente de la misma y bajaban por el occidente; si caía un hombre y moría, no le prestaban atención, mientras que si caía un ladrillo se sentaban todos a llorar y decían: ¡Ay de nosotros! ¿Cuándo recuperaremos ese ladrillo que hemos perdido?” Y otro “midrash” del mismo sabio hebreo añade que “cuando acometieron la construcción de la torre y la ciudad, se apartaron de la hermandad y se dedicaron cada uno a lo suyo, diciéndose unos a otros: “Lo mío es mío, y lo tuyo es tuyo”, hasta que por ello se separaron los unos de los otros.”

Jerusalem no comparte el significado ni el futuro de las demás ciudades. Recordemos la división de la tierra de Canaán entre los hijos de Jacob. En ese reparto podemos vislumbrar un significado mucho más profundo que si se tratara de una simple distribución del territorio. Jerusalem está ubicada en la zona asignada a Benjamin. Será la cuna de la Casa de Santidad. Y Benjamin, como octavo hijo de las dos esposas de Jacob, Lea y Raquel, se asienta en el lugar del octavo día, en contacto con su origen, con Judá. Es como si en Jerusalem nos encontrásemos ante un pasaje de un mundo a otro. De esta tierra al mundo venidero. Espacio que conduce al tiempo de decisión. Ante Sión sólo cabe continuar con nuestros criterios carnales, rebeldes a Dios y sus mandamientos, o dar un paso al frente para entrar en los pastos del Señor. El ideal de este mundo o la senda que señala el dedo de Dios. Lo primero sólo produce signos de muerte. Lo segundo pone fin a los miedos y temores, a las inquietudes y desesperaciones. El ideal de este mundo está representado muy gráficamente por el fratricidio de Caín, la generación del Diluvio de los días de Noé, el éxodo de Egipto y la construcción del becerro de oro.

La santidad de Jerusalem se argumenta también sobre el hecho de que la ciudad no fuera dividida entre las tribus, lo que los sabios de la antigüedad entendieron que significaba que nadie podría poseerla de manera absoluta y permanente. Hallamos también muchas disposiciones legales (halajot) por las que se trataba de evitar que la ciudad quedara contaminada. Los cementerios debían estar ubicados extramuros, no debía pasar el cortejo fúnebre por la ciudad, no se permitía amontonar desperdicios dentro de sus murallas, e incluso había una serie de profesiones y oficios considerados impuros ritualmente que, por consiguiente, habían de desempeñarse fuera del recinto amurallado de la ciudad.

Jerusalem, hija de Sion -Monte e Hija- no tiene el carácter que une a todas las demás urbes. En Jerusalem, Monte de Dios, uno percibe que nuestros criterios mecánicos para la cuenta de los años no son suficientes. Incluso se vuelven contra nosotros, desconcertándonos. En Sión se comprende que las medidas del tiempo para el Eterno no son las nuestras. Nuestros convencionalismos de días, meses, años y siglos, apenas rozan las realidades divinas. Para Dios, todo parece indicar que las dimensiones del tiempo y de la historia nada tienen que ver con convencionalismos abstractos y medidas arbitrarias, sino que para el Señor son realidades vivas, formadas por la existencia de los humanos. De ahí que el Eterno hable de nuestra historia en términos de las generaciones de los hombres, en lugar de los tiempos y sazones que nosotros establecemos.

En Jerusalem se barrunta la frontera entre el séptimo y el octavo días. Con los pies a ras del suelo, el corazón se eleva ante la línea divisoria entre el "hoy" y el "ahora" de este mundo, y el octavo día, que es el mundo venidero. En su aire se respira esta certeza inexplicable de que Dios no ha creado el universo para que éste no pase de ser un inmenso y frío cementerio galáctico. Tras el reposo del séptimo día se abre la esperanza del octavo. Tras el reposo del cadáver de Jesús en la tumba, se abre el acceso a la vida del mundo venidero con la resurrección del Maestro. La tradición de Israel enseña que la caída del pueblo, con la construcción de la imagen de oro del buey apis, aconteció en el mismo día en que siglos después caería la ciudad de Jerusalem y el Santo Templo. Y aquí, de nuevo, hemos de comprender la lección que los sabios antiguos quisieron transmitir a las generaciones siguientes: Algo que va mucho más allá de unas simples fechas históricas. Algo que supera todo sentido de coincidencia: El Monte de Dios, Casa Fuerte del Altísimo, lugar de Su reposo, Hija de Sión, pierde su armonía tan pronto se deja conducir por el camino de las naciones. Se desmorona su estabilidad al apartar la mirada del Santo, ¡bendito sea! Se hunde en la adoración de las bestias, hasta la inmensa paradoja de dar culto al Dios de los explotadores y asesinos de quienes el Eterno acababa de liberarles. Pudiera ser esa la razón por la que la tradición atribuye las palabras de Jacob tras su sueño a la ciudad de Jerusalem:

"Y despertó Jacob de su sueño, y dijo: "Ciertamente el Señor está en este lugar, y yo no lo sabía. Y tuvo miedo, y dijo: ¡Cuán terrible es este lugar! No es otra cosa que casa de Dios, y puerta del cielo." (Génesis 28:16-17).

En esos mismos términos se expresa el salmista: "Abridme las puertas de la justicia; entraré por ellas, alabaré al Señor. Esta es puerta del Señor; por ella entraron los justos". (Salmo 118:19-20).

La profecía, la oración y la justicia se encuentran y abrazan. Los ojos miran al suelo; el corazón se eleva; las puertas de la justicia se abren; los hijos de Abraham hallan herencia en Jerusalem.

Sión se muestra como el “Monte Fuerte”, inalterablemente estable, como la Palabra de Dios que permanece para siempre. Pero también se da a conocer como “Hija”, siempre amada, incluso en medio de sus infidelidades. Lo que es más: Jerusalem, como puerta, no solo permite el acceso. También es salida y fuente de grandes bendiciones. El Señor ha decidido bendecir desde ella: "Bendígate el Señor desde Sión, y veas el bien de Jerusalem todos los días de tu vida, y veas a los hijos de tus hijos. Paz sea sobre Israel." (Salmo 128:5-6).

Finalmente, nos llega por el profeta Ezequiel el nombre para la Nueva Jerusalem. El vocero de Dios lo recibe en una visión detalladamente descrita en los capítulos 40 al 48 de su libro. Y en él queda plasmado todo el sentido y el propósito de la ciudad amada:

"En derredor tendrá dieciocho mil cañas. Y el nombre de la ciudad desde aquel día será "El Señor Samá", que traducido es "el Señor está allí" (Ezequiel 48:35).

Dice un relato antiguo que Rabí Simeón ben Yajay preguntó a Rabí Elezar ben Yosé si había escuchado alguna vez a su padre explicar el significado de Cantares 3:11, donde leemos así: "Salid, oh doncellas de Sión, y ved al rey Salomón con la corona con que le coronó su madre en el día de su deposorio y el día del gozo de su corazón." Rabí Eleazar respondió diciendo que su padre comparaba aquella palabra con un rey que tenía una única hija a quien amaba mucho, y la llamaba "hija mía". Con el paso del tiempo la amó más, y la llamó "hermana mía"; hasta que llegó a amarla tan intensamente que la llamó "madre mía". Así también el Altísimo hizo con Sión: "Oye hija, y mira, e inclina tu oído." (Salmo 45:10). "Yo vine a mi huerto, oh hermana, esposa mía". (Cantares 5:1). "Estad atentos a mí, pueblo mío, y oídme, nación mía, porque de mí saldrá la ley y mi justicia para luz de los pueblos" (Isaías 51:4). "Nación mía" es el hebreo ("Leumí") de la raíz ("Im"), "madre". Así se expresa también el Rabí Shaul, latinizado Pablo, cuando habla de la ciudad amada: "Mas la Jerusalem de arriba, la cual es madre de todos nosotros, es libre." (Gálatas 4:16).

Entre la Jerusalem celestial y la Jerusalem terrenal se extiende el sueño de Jacob, que es Israel: La escalera que desciende del cielo y toca el suelo: "Y soñó (Jacob): Y he aquí una escalera que estaba apoyada en tierra, y su extremo tocaba en el cielo; y he aquí ángeles de Dios que subían y descendían por ella". (Génesis 28:12). Por eso los sabios antiguos la llamaron “Shalem” de la raíz (Shalom), "paz", "armonía", "plenitud" e "integridad". "Dios es conocido en Judá, en Israel es grande su nombre. En Salem está su tabernáculo, y su habitación en Sión " (Salmo 76:1-2).

Y es el propio Dios - ¡bendito sea Su Nombre! - quien nos revela en la Sagrada Escritura la situación de Jerusalem como centro del mundo: "Así ha dicho el Señor: Esta es Jerusalem; la puse en medio de las naciones y de las tierras alrededor de ella." (Ezequiel 5:5).

Ni la Meca, ni Roma, ni el Imperio Británico, ni ninguno de sus opresores pudieron jamás lograr que en Jerusalem soplara el viento de libertad espiritual que hoy respira. Esta es una verdad constatable. Sólo el retorno del pueblo de Israel ha permitido el acceso en paz y concordia a todos los hombres a sus respectivos lugares sagrados. El control judío de la totalidad de la ciudad ha sido y sigue siendo la garantía, no sólo de una soberanía fundada en raíces históricas, y no exclusivamente en decisiones de política internacional, sino también la libertad que el Estado de Israel ofrece a todos sus habitantes, sin distinción de credos ni de orígenes: "Estamos orgullosos de vivir la hora más gloriosa y más noble de nuestra historia. Y ante todas las naciones del mundo queremos proclamar que, respetando la paz y la justicia, protegeremos con la dignidad y con los honores requeridos, todos los Santos Lugares de todas las religiones, de todos los pueblos y que sus puertas estarán abiertas a todos los creyentes." (Gran Rabino Shlomo Goren. Proclamación leída el día 7 de Junio de 1967, tras la liberación del Muro Occidental).

La certeza de la unión duradera e indestructible de Dios con su pueblo y con Sión es una realidad que palpita en todo corazón hebreo. Su desunión es inconcebible, por cuanto no es contingente con ningún mérito humano. El Pacto de Dios no se hizo sólo con el pueblo, sino también con la tierra, con Jerusalem, con Sión. Por eso es que todas las esperanzas escatológicas están relacionadas siempre con Sión.

“Como las aves que vuelan, así amparará el Señor de los ejércitos a Jerusalem, amparando, librando, preservando y salvando.” (Isaías 31:5).

Judá sucumbirá ante los enemigos invasores, pero el Señor pondrá fin al tiempo de opresión, y Sión será restaurada:

“Moren contigo mis desterrados, oh Moab; sé para ellos escondedero de la presencia del devastador; porque el atormentador fenecerá, el devastador tendrá fin, el pisoteador será consumido de sobre la tierra. Y se dispondrá el trono en misericordia; y sobre él se sentará firmemente, en el tabernáculo de David, quien juzgue y busque el juicio, y apresure la justicia.” (Isaías 15:4-5).

Israel será rodeada por sus enemigos. Las naciones de la tierra conspirarán contra Sión para destruirla, pero “el que mora en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos. Luego hablará a ellos en su furor, y los turbará con su ira. Pero yo he puesto mi rey sobre Sión, mi santo monte!” (Salmo 2:4-6).

Todo pasará, pero el amor del Señor por Sión pedurará para siempre. Es para este mundo y para el venidero.

“Reuníos, pueblos, y seréis quebrantados; oíd, todos los que sois de lejanas tierras; ceñíos, y seréis quebrantados; disponeos, y seréis quebrantados. Tomad consejo, y será anulado; proferid palabra, y no será firme, porque Dios está con nosotros.” (Isaías 8:9-10).

Rabí Simeón ben Yajay preguntó a Rabí Elezar ben Yosé: “¿Escuhaste, quizás, a tu padre qué significa “con la corona con que le coronó su madre”? (Cantar de los Cantares 3:11). Y Rabí Elezar respondió: “Sí”. Y Rabí Simeón ben Yajay insistió: “¿Y qué decía?” A lo que Rabí Elezar ben Yosé respondió: “Mi padre lo comparaba a un rey que tenía una hija única a la que amaba sobremanera, y la llamaba “hija mía”. Pero siguió amándola cada día más, hasta llegar a llamarla “madre mía”. Del mismo modo, al comienzo, el Santo - ¡bendito sea Su Nombre!- amaba a Israel y la llamaba “hija mía”, como está escrito: “Oye, hija, y mira.” (Salmo 45:10). Pero siguió amándolo, y lo llamó “hermana mía”, como está escrito: “Ábreme, hermana mía.” (Cantar de los Cantares 5:2). Y siguió amándolo más y más, hasta que lo llamó “madre mía”, como está escrito: “Estad atentos a mí, pueblo mío, y oídme, nación mía”, y que aquí ha de tenderse “madre mía”. (Isaías 51:4). Y dice la tradición que Rabí Simeón ben Yajay se levantó y besó a Rabí Elezar ben Yosé en la cabeza, y exclamó: “Aunque no hubiera venido más que para oír de tu boca esta explicación, habría valido la pena.”

*"Dije al almendro:
Hermano, háblame de Dios.
Y el almendro floreció."*

(R. Tagore)

JERUSALEM Y LOS PROFETAS

Sión ocupa un lugar destacadísimo en la profecía bíblica, incluso en la labor de aquellos voceros de Dios que quizá no pronunciaron una sola palabra dentro de sus muros. Los “Neviim”, los “profetas”, de la raíz “Navó”, “llamar”, fueron, pues, los “llamados”, los “voceros”, los “portavoces” o “proclamadores” de la Palabra de Dios. Los profetas bíblicos hablaron en el nombre del Señor, amonestando a la nación por olvidar o infringir los mandamientos y las ordenanzas de Dios. Su llamada al pueblo fue siempre a examinar su conducta a la luz de la Torá. Su preocupación frecuentemente se centró en la necesidad de la justicia social, el trato de los empobrecidos e injusticiados: huérfanos, viudas y todos los desposeídos en general. Advirtieron fielmente del castigo que sobrevendría a todos cuantos ignorasen las demandas de la ética divina para su pueblo, y llamaron al arrepentimiento y la fe, “Emuná”, el fiarse de Dios de todo corazón.

La “Nevuá”, “profecía”, nada tenía que ver con el sentido de “profeta”, “profecía” y “profetismo” en el mundo pagano, donde semejantes términos son asociados siempre a la adivinación o la predicción del futuro, lo cual es abominación para el Señor.:

“No seréis agoreros ni adivinos... No os volváis a los encantadores ni a los adivinos; no los consultéis, contaminándoos con ellos. Yo el Señor vuestro Dios.” (Levítico 19:26, 31).

“Cuando entres en la tierra que el Señor tu Dios te da, no aprenderás a hacer según las abominaciones de aquellas naciones. No sea hallado en ti quien haga pasar a su hijo o a su hija por el fuego, ni quien practique adivinación, ni agorero, ni sortílego, ni hechicero, ni encantador, ni adivino, ni mago, ni quien consulte a los muertos. Porque es abominación para con el Señor cualquiera que hace estas cosas, y por estas abominaciones el Señor tu Dios echa estas naciones de delante de ti. Perfecto serás delante del Señor tu Dios. Porque estas naciones que vas a heredar, a agoreros y adivinos oyen; mas a ti no te ha permitido esto el Señor tu Dios.” (Deuteronomio 18:9-14).

“Y si os dijeren: Preguntad a los encantadores y a los adivinos, que susurran hablando, responded: ¿No consultará el pueblo a su Dios? ¿Consultará a los muertos por los vivos? ¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido.” (Isaías 8:19-20).

“Daniel respondió delante del rey, diciendo: El misterio que el rey demanda, ni sabios, ni astrólogos, ni magos ni adivinos lo pueden revelar al rey. Pero hay un Dios en los cielos, el cual revela los misterios.” (Daniel 2:27-28).

“Pero vosotros los que dejáis al Señor, que olvidáis mi santo monte, que ponéis mesa para la Fortuna, y suministráis libaciones para el Destino; yo también os destinaré a la espada, y todos vosotros os arrodillaréis al degolladero, por cuanto llamé, y no respondisteis; hablé, y no oísteis, sino que hicisteis lo malo delante de mis ojos, y escogisteis lo que me desagrada.” (Isaías 65:11-12). (Ver también 1º Samuel 28:7-20; 1º Crónicas 10:8-14).

Los profetas no fueron, pues, adivinos, sino voceros de Dios. Pero, incluso antes que portavoces del Altísimo, fueron personas, y, por consiguiente, mucho más que meros instrumentos en las manos del Señor. Dios nunca trata, ni a ellos ni a nosotros, como herramientas inertes en sus manos, sin contar con nuestra personalidad y los demás rasgos distintivos de nuestro ser. Los profetas escriturales fueron los “llamados”, los “amigos” y “socios” de Dios, no simples encargados de transmitir un mensaje a sus coetáneos. Por eso es que la lectura serena de sus obras, teniendo en cuenta no sólo el mensaje sino al mensajero, nos muestra a hombres que son envueltos y asidos enteramente por el Espíritu del Eterno, hasta ser hechos partícipes de los sentimientos de Dios. Los profetas en las Sagradas Escrituras son llamados a vivir la vida de Dios sin dejar de vivir su propia vida. Y eso es mucho más que una experiencia, mucho más que un compromiso. Eso es ser poseídos sin ser suprimidos. De ahí que el sentido de los profetas de Israel fuera siempre la proclamación de la Palabra del Señor en forma de exhortación al arrepentimiento, amonestando y censurando al pueblo y a sus reyes y oficiales para salvarlos de la destrucción, advirtiéndoles del severo castigo de parte de Dios para quienes transgredieran sus mandamientos, preceptos y ordenanzas, o permanecieran impenitentes ante la llamada del Señor al arrepentimiento y la fe.

Los antiguos sabios de Israel siempre hablaron de los profetas clasificándolos en dos grupos cronológicos: Los “Neviim Rishonim”, o “Profetas Anteriores o Primeros”, y los “Neviim Ajaronim” o “Profetas Posteriores o Segundos”. Los “Primeros” fueron “Yehoshúa” (Josué), “Shoftim” (Jueces), “Álef y Bet Shmuel” (1º y 2º de Samuel), y “Álef y Bet Melajim” (1º y 2º de Reyes). Ellos fueron los primeros en enseñar el amor universal de Dios y la supremacía de la justicia y la misericordia sobre el mero ritualismo, tal y como se desprende de la historia de Eliseo y el sirio Naamán, y la reflexión profunda de Samuel:

“Y Samuel dijo: ¿Se complace el Señor tanto en los holocaustos y víctimas, como en que se obedezca a las palabras del Señor? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros.” (1º Samuel 15:22).

Estos Profetas Primeros describieron la vida del pueblo hebreo en la tierra de Israel, desde la conquista de Canaán, hacia el 1200 a.C., hasta la destrucción del Primer Templo.

Los “Posteriores” son “Yeshayahu” (Isaías), “Yirmiyahu” (Jeremías), “Yejezkel” (Ezequiel), y los Doce Profetas Menores (es decir, aquellos cuyos escritos son más breves), conocidos por la expresión aramea “Tray Asar”, es decir, “Los Doce”: “Hoshea” (Oseas), “Yoel” (Joel), “Amós” (Amos), “Ovadyá” (Abdías), “Yona” (Jonás), “Mijá” (Miqueas), “Najum” (Nahum), “Jabakuk” (Habacuc), “Zefanyá” (Sofonías), “Jagai” (Ageo), “Zejuryá” (Zacarías) y “Malají” (Malaquías). Muchos sabios antiguos afirmaron que el famoso mandamiento de Miqueas sintetiza de manera muy acertada toda la enseñanza de la moralidad y de la ética proféticas:

“Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide el Señor de ti: Solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios.” (Miqueas 6:8).

“Naví” (“Nun”, “Bet”, “Yod” y “Álef”), “Profeta”, “llamado”, es la forma aliterada de “Eben” (“Álef”, “Bet” y “Nun”), “Piedra”, que a su vez lleva dentro de sí la indisoluble unión de “Ab” (“Álef” y “Bet”), “Padre” y “Ben” (“Bet” y “Nun”), “Hijo”, y se le añade la letra “Yod”, con la que se manifiesta la presencia de Dios,

por cuanto esta es la inicial del Nombre propio del Señor, tanto en el Tetragrama como en Yeshúa. Es el lazo que une el “Álef”, la letra del “Infinito”, con la “Bet”, que representa lo “Finito”; el Padre con el Hijo, en torno a la “Yod” de Dios, la Encarnación del Verbo.

Durante las ocupaciones griega y romana de la tierra de Israel, hasta llegar a la destrucción del Templo y el exilio en el año 70 d.C., se comenzó la costumbre de añadir la “Haftará”, una porción de los textos de los profetas para su lectura, después de los pasajes correspondientes de la Ley, durante los servicios de cada Sabat y demás días festivos. Unos creen que esta costumbre tuvo su origen en la censura de los textos de la Torá por parte de los invasores, y explican que la voz “Haftará” es de origen griego y significa “adición”. Para otros, la costumbre de la lectura de una porción de los profetas tuvo su origen con el propósito de aportar una conclusión devocional a los textos legales. Para quienes así piensan, la voz “Haftará” se entiende de origen hebreo, con el significado de “despedir”. Siglos después, cuando se fijaron las lecturas de la Ley para cada semana, con sus divisiones en capítulos y versículos, se asignaron también secciones específicas de los Profetas para su lectura después de los textos de la Torá, y la selección se realizó buscando una relación temática entre ambos. Cada Shabat, hasta el día de hoy, se recita una “Haftará” inmediatamente después de la correspondiente porción de la Torá, precedida y seguida por bendiciones especiales. La “Haftará” aporta profundidad y contexto al significado de las lecturas semanales del Pentateuco.

Conviene aquí tener también presente el hecho de que la profecía no quedó limitada ni circunscrita exclusivamente a los varones. Es muy significativo el propio hecho de que la voz “Neviá”, “profecía”, sea un vocablo hebreo del género femenino. Así pues, vemos el don de la profecía en mujeres como Miryam, latinizada “María”, hermana de Moisés y Aarón: “Y María la profetisa, hermana de Aarón, tomó un pandero en su mano, y todas las mujeres salieron en pos de ella con panderos y danzas.” (Éxodo 15:20). Pensemos también en Débora: “Gobernaba en aquel tiempo a Israel una mujer, Débora, profetisa, mujer de Lapidot.” (Jueces 4:4). Tenemos también a Hulda: “Entonces fueron el sacerdote Hilcías, y Ahicam, Acbor, Safán y Asaías, a la profetisa Hulda, mujer de Salum hijo de Ticva, hijo de Harhas, guarda de las vestiduras, la cual moraba en Jerusalem en la segunda parte de la ciudad, y hablaron con ella.” (2º Reyes 22:14). Y, aunque pueda sorprender al lector, consideremos la profecía de otra Miryam, también latinizada “María”, de Nazaret, la bienaventurada madre de nuestro Señor Jesucristo: “Engrandece mi alma al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador, porque ha mirado la bajeza de su sierva...(El Señor) hizo proezas con su brazo; esparció a los soberbios en el pensamiento de sus corazones. Quitó de los tronos a los poderosos, y exaltó a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes, y a los ricos envió vacíos. Socorrió a Israel su siervo, acordándose de la misericordia de la cual habló a nuestros padres, para con Abraham y su descendencia para siempre.” (Lucas 1:46-48, 51-55). Tampoco podemos olvidar a Ana, “profetisa, hija de Fanuel, de la tribu de Aser (“Feliz”), de edad muy avanzada, pues había vivido con su marido siete años desde su virginidad, y era viuda hacía ochenta y cuatro años; y no se apartaba del templo, sirviendo de noche y de día con ayunos y oraciones. Ésta, presentándose en la misma hora, daba gracias a Dios, y hablaba del niño (Jesús) a todos los que esperaban la redención en Israel.” (Lucas 2:36-38). También hemos de mencionar a las cuatro hijas de Felipe el Evangelista: “Al otro día, saliendo Pablo y los que con él estábamos, fuimos a Cesarea; y entrando en casa de Felipe el evangelista, que era uno de los siete, posamos con él. Éste tenía cuatro hijas doncellas que profetizaban.” (Hechos 21:8-9). Y la promesa del Señor por medio del profeta Joel apunta hacia la lluvia tardía, tanto sobre los hijos como sobre las hijas: “Y en los postreros días, dice Dios, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán.” (Joel 2:28-32; Hechos 2:17-21).

Daniel, Jonás y Habacuc no contienen ni una sola referencia explícita de Sión, ni de David, ni de Judá. Sin embargo no hay duda respecto al lugar que Jerusalem ocupa en su corazón cuando profetizan sobre el futuro: “Y se levantarán de su parte tropas que profanarán el santuario y la fortaleza, y quitarán el continuo sacrificio, y pondrán la abominación desoladora... Y plantará las tiendas de su palacio entre los mares y el Monte glorioso y santo; más llegará a su fin, y no tendrá quien le ayude.” (Daniel 11:31-45).

"Cuando mi alma desfallecía en mí, me acordé del Señor, y mi oración llegó hasta ti en tu Santo Templo". (Jonás 2:7).

"Mas el Señor está en su Santo Templo; calle delante de él toda la tierra. (Habacuc 2:20).

Los himnos dedicados a Jerusalem aparecen en los Salmos, pero bien pudieran ser anteriores a David: "Del río sus corrientes alegran la ciudad de Dios, el santuario de las moradas del Altísimo. Dios está en medio de ella; no será conmovida. Dios la ayudará al clarear la mañana." (Salmo 46:4-5).

"Como lo oímos, así lo hemos visto en la ciudad del Señor de los ejércitos, en la ciudad de nuestro Dios; la afirmará Dios para siempre." (Salmo 48:8).

La unión mística entre la ciudad de aquí abajo y la ciudad celestial discurre a lo largo de las profecías y sus referencias respecto de la proclamación de la Palabra del Señor de Sión. La Palabra transformadora saldrá de Sión para alcanzar cada rincón de la tierra. Esa palabra saldrá también en la forma de un remanente. Pero también lo hará en forma de juicio, como un rugido de furor.

Isaías y Miqueas nos dan la profecía de la luz a las naciones: "Porque de Sión saldrá la ley, y de Jerusalem la palabra del Señor." (Isaías 2:3b).

"Vendrán muchas naciones y dirán: Venid y subamos al Monte del Señor, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará en sus caminos y andaremos por sus veredas; porque de Sión saldrá la ley, y de Jerusalem la palabra del Señor." (Miqueas 4:2).

La alusión al remanente fiel nos llega en el relato del sitio de Jerusalem por parte del asirio Senaquerib - capítulos 36 y 37 de Isaías - así como la intervención milagrosa del Señor salvando a la ciudad amada mediante el cambio de un desastre inminente en una victoria gloriosa: "Porque de Jerusalem saldrá un remanente, y del Monte de Sión los que se salven. El celo del Señor de los ejércitos hará esto. (Isaías 37:32).

Y la alusión al clamor del Señor en el día de juicio nos llega a través de los profetas Amós y Joel: "El Señor rugirá desde Sión, y dará su voz desde Jerusalem, y los campos de los pastores se enlutarán." (Amos 1:2).

"Y el Señor rugirá desde Sión, y dará su voz desde Jerusalem, y temblarán los cielos y la tierra; pero el Señor será la esperanza de su pueblo, y la fortaleza de los hijos de Israel". (Joel 3:16).

El sitio de Jerusalem en los días de Senaquerib inspiró los cantos que encontramos en diversos textos de Isaías, y que probablemente se refieren a la situación dramática del año 701 a.C., cuando los ejércitos asirios invadieron Judá. El relato lo hallamos en 2ª Reyes 18:13-16: "A los catorce años del rey Ezequías, subió Sanequerib rey de Asiria contra todas las ciudades fortificadas de Judá, y las tomó. Entonces Ezequías rey de Judá envió a decir al rey de Asiria que estaba en Laquis: Yo he pecado; apártate de mí, y haré todo lo que me impongas. Y el rey de Asiria impuso a Ezequías rey de Judá trescientos talentos de plata y treinta talentos de oro. Dio, por tanto, Ezequías toda la plata que fue hallada en la casa del Señor, y en los tesoros de la casa real. Entonces Ezequías quitó el oro de las puertas del templo del Señor y de los quiciales que el mismo rey Ezequías había cubierto de oro y lo dio al rey de Asiria."

Quizá se refiera a este momento el texto de Isaías: 1:7-9: "Vuestra tierra está destruida, vuestras ciudades puestas a fuego, vuestra tierra delante de vosotros comida por extranjeros, y asolada como asolamiento de extraños. Y queda la hija de Sión como enramada en viña, y como cabaña en melonar, como ciudad asolada. Si el Señor de los ejércitos no nos hubiese dejado un resto pequeño, como Sodoma fuéramos, y semejantes a Gomorra."

El Señor intervino poderosamente. Jerusalem sobrevivió: "Y aconteció que aquella misma noche salió el ángel del Señor, y mató en el campamento de los asirios a ciento ochenta y cinco mil; y cuando se levantaron por la mañana, he aquí que todo eran cuerpos de muertos." (2ª Reyes 19:35).

"Entonces Sanequerib rey de Asiria se fue, e hizo su morada en Nínive. Y aconteció que mientras adoraba en el Templo de Nisroc su dios, sus hijos Adramelec y Sazerer le mataron a espada, y huyeron a la tierra de Ararat; y reinó en su lugar Esarhadón su hijo." (Isaías 37:37-38).

"Mas el rey Ezequias y el profeta Isaías hijo de Amoz oraron por esto y clamaron al cielo. Y el Señor envió un ángel, el cual destruyó a todo valiente y esforzado, y a los jefes y capitanes en el campamento del rey de

Asiria. Este se volvió, por tanto, avergonzado a su tierra y entrando en el templo de su dios, allí lo mataron a espada sus propios hijos. Así salvó el Señor a Ezequías y a los moradores de Jerusalem de las manos de Senaquerib, rey de Asiria, y de las manos de todos; y les dio reposo por todos lados." (2ª Crónicas 32: 20-22).

Lo que en el capítulo 1 de Isaías no pasa de ser una escena de mera supervivencia, se convierte en un triunfo glorioso. Ezequías e Isaías clamaron al cielo. No hay en ellos reclamación ni autojustificación, sino reconocimiento del pecado del pueblo de Dios, y arrepentimiento. Isaías reconoce que son una nación pecadora, y que la iniquidad es la causa por la que se hallan a punto de perecer: "Tu plata se ha convertido en escorias, tu vino está mezclado con agua. Tus príncipes prevaricadores y compañeros de ladrones, todos aman el soborno, y van tras las recompensas; no hacen justicia al huérfano, ni llega a ellos la causa de la viuda." (Isaías 1:22-23).

Es una descripción corta, clara y concisa de una sociedad decadente y corrupta. Pero el profeta proclama la inminente intervención del Señor mediante los propios enemigos del pueblo de Dios, asirios y babilonios, quienes actuarán con el propósito de destruir a Jerusalem, pero el Señor convertirá su acción en un medio para purificar y refinar al pueblo de todas sus impurezas, para edificar una nueva Jerusalem; para sacar un remanente fiel: "Y volveré mi mano contra ti, y limpiaré hasta lo más puro tus escorias, y quitaré toda tu impureza" (Isaías 1:25).

"He aquí te he purificado, y no como a plata; te he escogido en horno de aflicción" (Isaías 48:10).

"Y meteré en el fuego a la tercera parte, y los fundiré como se funde la plata, y los probaré como se prueba el oro. Él invocará mi nombre, y yo le oiré y diré: Pueblo mío; y él dirá: El Señor es mi Dios" (Zacarías 13:9).

"¿Y quién podrá soportar el tiempo de su venida?, ¿Quién podrá estar en pie cuando él se manifieste? ¿Porqué él es como fuego purificador, y como jabón de lavadores. Y se sentará para afinar y limpiar la plata; porque limpiará a los hijos de Leví, los afinará como a oro y como a plata, y traerán al Señor ofrenda de justicia. Y será grata al Señor la ofrenda de Judá y de Jerusalem, como en los días pasados, y como en los años antiguos." (Malaquías 3:2-4).

El horno de aflicción no es un fin en sí mismo. Dios castiga a quien ama: "Somos castigados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo." (1ª Corintios 11:31b); "Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por él; porque el Señor al que ama disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo. (Hebreos 12:5-6). El castigo del Señor es un medio de purificar y refinar a Sión, como si se tratara de oro o plata. Las impurezas son quemadas. El resultado es un metal limpio y resplandeciente. Así fue profetizado ya por la exhortación de Moisés al pueblo: "Pero a vosotros el Señor os tomó, y os ha sacado del horno de hierro, de Egipto, para que seáis el pueblo de su heredad, como en este día." (Deuteronomio 4:20).

Con esta porción de la Torá concuerdan las palabras del Señor al profeta Ezequiel respecto a Jerusalem: "Hijo de hombre, la casa de Israel se me ha convertido en escoria; todos ellos son bronce y escoria; todos ellos son bronce y estaño y hierro y plomo en medio del horno; y en escorias de plata se convirtieron. Por tanto, así ha dicho el Señor: Por cuanto todos vosotros os habéis convertido en escorias, por tanto, he aquí que yo os reuniré en medio de Jerusalem. Como quien junta plata y bronce y hierro y plomo y estaño en medio del horno, para encender fuego en él para fundirlos, así os juntaré en mi furor y en mi ira, y os pondré allí, y os fundiré." (Ezequiel 22:18-20).

No hay condenación en estos textos, sino castigo, disciplina, purificación y limpieza. Es el amor eterno con el que Dios ama a Sión el que producirá este refinamiento que se nos describe bajo las ricas figuras del taller del orfebre. El resultado final será el remanente que permanece fiel a Dios, a pesar de la incredulidad y la maldad a su alrededor. El Señor preserva a un remanente para garantizar la existencia de un pueblo renovado y restaurado en el futuro: "Entonces dijo el Señor a Isaías: Sal ahora al encuentro de Acáz, tú, y Searjacob tu hijo, al extremo del acueducto del estanque de arriba, en el camino de la heredad del Lavador". (Isaías 7:3). "Sear-jasub", el nombre dado por el profeta Isaías a uno de sus hijos, es el hebreo (Sher Yasub) que literalmente significa "Un remanente volverá", como la señal viva de la esperanza suprema de Israel:

"He aquí, yo y los hijos que me dio el Señor, somos por señales y presagios en Israel, de parte del Señor de los ejércitos, que mora en el monte de Sión. Y si os dijeren: Preguntad a los encantadores y a los adivinos, que susurran hablando, responded: ¿No consultará el pueblo a su Dios? ¿Consultará a los muertos por los vivos? ¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido." (Isaías 8:18-20).

"El remanente volverá, el remanente de Jacob volverá al Dios fuerte. Porque si tu pueblo, oh Israel, fuere como las arenas del mar, el remanente de él volverá; la destrucción acordada rebosará justicia." (Isaías 10:21-22).

"Y lo que hubiere quedado de la casa de Judá, y lo que hubiere escapado, volverá a echar raíz abajo, y dará fruto arriba. Porque de Jerusalem saldrá un remanente, y del Monte de Sión los que se salven. El celo del Señor de los ejércitos hará esto." (Isaías 37:31-32).

"Y yo mismo recogeré el remanente de mis ovejas de todas las tierras adonde las eché, y las haré volver a sus moradas, y crecerán y se multiplicarán." (Jeremías 23:3).

Los voceros de Dios siempre apuntan a Jerusalem. También las plegarias. Así es como la profecía y la oración se abrazan en Sión. El orador asciende en su corazón a las alturas espirituales mientras sus pies permanecen a ras del suelo. De ahí que los sabios de Israel enseñaren que al orar nuestra mente debe concentrarse en el Santo de los Santos. Ese es el altar del Señor, el lugar de los sacrificios. Por eso, señalando al día en que éstos cesarían, el profeta Oseas nos da la clave para comprender que las plegarias ocuparían su lugar: "Llevar con vosotros palabras de súplica y volver al Señor, y decidle: Quita toda iniquidad, y acepta el bien, y te ofreceremos la ofrenda de nuestros labios." (Oseas 14:2).

La ofrenda de un animal, con el derramamiento de su sangre y su posterior destrucción al fuego, representa simbólicamente la eliminación de lo animal en el hombre. La víctima propiciatoria volvía a sus elementos y ascendía a lo alto. Así es como el oferente aprendía a liberar su espíritu y comunicarse con Dios. En esto radica toda la mística de la oración, de ahí que pudiera absorber la plegaria todo el significado del sistema sacrificial. Y también toda la mística de Sión, el lugar del reposo del Nombre del Altísimo: "Y sacrificarás la pascua al Señor tu Dios, de las ovejas y de las vacas, en el lugar que el Señor escogiere para que habite allí su nombre." (Deuteronomio 16:2).

"Mas yo por la abundancia de tu misericordia entraré en tu casa, adoraré hacia tu Santo Templo en tu temor." (Salmo 5:7).

En la propia palabra "ofrenda" hallamos una clave para comprender lo que venimos diciendo. Es el hebreo ("corbán"), de la raíz ("carov), que significa "cercano", "próximo", por cuanto el sacrificio u ofrenda es lo que acerca a Dios. De ahí que todo cuanto no nos aproxima al Señor, por muy religiosamente elaborado que sea, no es ofrenda en el sentido estricto del término.

Ese es el significado de Jerusalem que se desprende de la obra de los profetas. No debe sorprendernos que no haya apenas una página del Sidur, el libro de rezos de la comunidad judía, donde no aparezca el nombre de Jerusalem. La oración está prácticamente siempre y sin excepción vinculada a Sión de forma inalterable. Los sabios antiguos llegaron a expresar esta experiencia mística diciendo que las bendiciones del Eterno son siempre primero para Jerusalem, y desde allí son extendidas a todos los rincones de la tierra. (Zohar 3:36; 3:74).

Los profetas insistieron siempre en que el sueño de una época de justicia y paz estaba vinculado al tiempo en que desde Jerusalem reinaría un segundo David: "Porque muchos días estarán los hijos de Israel sin rey, sin príncipe, sin sacrificio, sin estatua, y sin terafines. Después volverán los hijos de Israel, y buscarán al Señor su Dios, y a David su rey; y tendrán al Señor y a su bondad en el fin de los días." (Oseas 3:4-5).

"He aquí que vienen días, dice el Señor, en que levantaré a David renuevo justo, y reinará como Rey, el cual será dichoso, y hará juicio y justicia en la tierra." (Jeremías 23:5).

"Escucha pues, ahora, Josué sumo sacerdote, tú y tus amigos que se sientan delante de ti porque son varones simbólicos. He aquí, yo traigo a mi siervo el Renuevo.....Y hablarás diciendo: He aquí el varón cuyo nombre es el Renuevo, el cual brotará de sus raíces, y edificará el Templo del Señor." (Zacarías 3:8; 6:12).

"Saldrá una vara del tronco de Isaí, y un vástago retornará de sus raíces. Y reposará sobre él el Espíritu del Señor; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor del Señor..... Juzgará con justicia a los pobres, y argüirá con equidad por los mansos de la tierra; y herirá la tierra con la vara de su boca, y con el espíritu de sus labios matará al impío. Y será la justicia cinto de sus lomos, y la fidelidad ceñidor de su cintura.....No harán mal ni dañarán en todo mi santo Monte; porque la tierra será llena de conocimiento del Señor, como las aguas cubren el mar. Acontecerá en aquel tiempo que la raíz de Isaí, la cual estará puesta por pendón a los pueblos, será buscada por las gentes; y su habitación será gloriosa (Isaías 11:1-2, 4-5, 9-10).

La promesa del Señor de salvar a su pueblo y a las naciones del mundo comienza en Jerusalem. Jesús se lo manifiesta a los dos discípulos que iban a la aldea de Emaús, a quienes se presenta resucitado: "Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos. Entonces (Jesús) les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras; y les dijo: "Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalem." (Lucas 24:44-47).

El brillo del Imperio Romano fue borrando el nombre y el significado de Jerusalem de los corazones de los cristianos de toda la cuenca mediterránea. La interpretación alegórica de las Sagradas Escrituras, siguiendo la metodología de los filósofos alejandrinos, como es el caso de Filón, para la explicación de los poemas homéricos, distanciaría al cristianismo del imperio de sus fuentes originales judías. El proceso había comenzado ya con la caída de Jerusalem, a principios del segundo siglo antes de Cristo, bajo el dominio de los Seléucidas. El despótico monarca Antíoco Epifanes IV (175-164 a.C.) provocó una fuerte reacción a su política de helenización. Los macabeos liberaron al pueblo judío del dominio invasor seléucida. El resultado inmediato fue un notable renacimiento político y religioso. Pero todo ello se vino abajo con la conquista por parte de Roma.

Jerusalem dio paso a Roma. El cristianismo quedó encuadrado en el ámbito del Imperio Romano. La caída de Jerusalem en el año 70 d.C. marcó un giro decisivo para la Iglesia Cristiana. La comunidad judeocristiana de Jerusalem dejó de existir como fuente referencial hegemónica, respetada por todas las iglesias. El movimiento mesiánico original dejó lentamente de ser referencial para el resto de la cristiandad. El distanciamiento de sus orígenes hebreos significó igualmente una separación sutil y progresiva del pensamiento de Jesús de Nazaret. Y así, paradójicamente, el cristianismo llegó a ser antijudío. El marcionismo y la ignorancia contribuyeron grandemente en la desorientación de muchas comunidades. Se les hizo creer que la caída de Jerusalem y la destrucción del Templo eran pruebas irrefutables del castigo divino al pueblo de Israel por no haber reconocido la mesianidad de Jesús.

Cincuenta años después que Tito destruyera el templo en el 70 d.C., en la revuelta de los judíos contra el invasor romano, Adriano mandó arrasar lo poco que permanecía en pie. Después, construyó sobre sus escombros una nueva ciudad, a la que dieron el nombre de Aelia Capitolina. La ciudad perdió temporalmente su nombre hebreo. Incluso la tierra de Israel fue designada por Roma con un nombre igualmente nuevo: Siria Palestina. Naturalmente, los nombres de Israel y Jerusalem seguirían vibrando en el corazón de cada judío en cualquier lugar de la tierra.

El cristianismo eclesiástico -divorciado de sus raíces, ignorante de sus orígenes, y de espaldas a Jerusalem- caería en todas las tentaciones: Gnosticismo, docetismo, marcionismo, montanismo y oficialismo constantiniano, con su sustitución del Eterno por la figura disfrazada del dios Mitra. El neoplatonismo y el cesaropapismo contribuyeron profundamente en la culminación de este proceso sincretista. El monoteísmo hebreo sería reemplazado por el monoteísmo neoplatónico y su teología solar: El dios Helios, deidad solar paralela a Mitra, restaurador del orbe, portador de la paz, sería adorado en su reflejo en la persona del emperador, como demiurgo, y así se produciría la deificación del emperador, del estado, y la posterior fusión del César y del obispo de Roma con sus pretensiones de "cabeza" de la Iglesia y "vicario" del Hijo de Dios.

Sería el neoplatónico Orígenes (185-254 d.C) quien realizaría una síntesis del pensamiento filosófico y de las enseñanzas judeocristianas originales. Su antijudaísmo fue tan grande que propugnó la destrucción de todos los judíos del Imperio Romano.

Orígenes realmente representa el giro a partir del cual la cristiandad comienza el largo proceso del olvido y distanciamiento de Jerusalem. Formado en Alejandría, comenta extensamente sobre el Cantar de los Cantares 1:5 ("Morena soy, oh hijas de Jerusalem..."), explicando que no se trata de "hijas de Jerusalem" en el sentido estricto de la expresión, sino que se trata de la "Jerusalem celestial", procurando de esa manera desvincular a los cristianos gentiles del amor a Judea en general, y a Jerusalem en particular, como ocurriera al principio, y como atestiguan varios textos neotestamentarios: "Mas ahora voy (Pablo) a Jerusalem para ministrar a los santos. Porque Macedonia y Acaya tuvieron a bien hacer una ofrenda para los pobres que hay entre los santos que están en Jerusalem. Pues les pareció bueno, y son deudores a ellos; porque si los gentiles han sido hechos participantes de sus bienes espirituales, deben también ellos ministrarles de los materiales." (Romanos 15:25-27).

Jerónimo (342-420 d.C.) siguió el mismo camino alejandrino de interpretación simbólica y alegórica. En su famosa "Homilía sobre la entrada de Jesús en Jerusalem", manifiesta abiertamente que "Jesús no entró en la Jerusalem terrenal, sino en la celestial."

La ideología religiosa del paganismo, la filosofía neoplatónica, el aparato del estado encabezado por Constantino -ferviente seguidor del monoteísmo solar del mitraísmo- darían por resultado una extraña conversión fechada en el 312 d.C., aunque, curiosamente, el emperador no se bautizaría hasta el año de su fallecimiento, el 337 d.C., en su propio lecho de muerte. De Constantino bien puede decirse aquello de "cuando no puedas vencer a tu enemigo, únete a él." Así fue como el día Domingo, día del sol, pasó a ser declarado oficialmente "día de reposo" (lo cual no hemos de confundir con el hecho de que los primeros judeocristianos se reunieran en el primer día de la semana para recordar la resurrección de Jesucristo y partir el pan); el 25 de Diciembre, día del nacimiento del sol -el solsticio invernal- pasó a ser el día oficial del nacimiento de Jesucristo y del emperador; y la "prostinesis" o genuflexión, como signo y gesto de adoración al emperador -rechazado por los cristianos, y causa de tanta persecución y tanto derramamiento de sangre de los mártires- era aceptado ahora con Constantino, y de ahí pasaría a la liturgia de la nueva religión, ante una oblea de pan con la forma del disco solar.....¡Qué lejos quedaba Jerusalem!

Sin embargo, nadie se ha atrevido a borrar el testimonio bíblico del lugar del encuentro final, que será en Sión: "Después saldrá el Señor y peleará con aquellas naciones, como peleó en el día de la batalla. Y se afirmarán sus pies en aquel día sobre el Monte de los Olivos, que está enfrente de Jerusalem al oriente." (Zacarías 14:4).

*"El señor enviará desde Sión
la vara de tu poder."
(Salmo 110:2).*

JERUSALEM Y EL MESÍAS

Comenzaremos por considerar los términos "Mesías" y "mesiánico" que vamos a emplear profusamente en este capítulo dedicado a la relación entre el "Deseado de las naciones" y la ciudad de Jerusalem:

"Mesías" y el correspondiente adjetivo son las formas transliteradas al castellano del hebreo ("Mashíaj"), "Ungido", de la raíz ("Masháj"), que es la acción de "ungir con aceite", "lustrar", "sacar brillo", "invertir con poder". La voz "Mashíaj" está formada por tres sílabas. La primera de ellas está constituida por la consonante "Mem" y la puntualización vocálica "ka-Mats". Al unir las, obtenemos como resultado la sílaba "Ma". La segunda sílaba, que es la acentuada, comienza por la consonante "Shin" y bajo ella escribimos el signo vocálico "ji-Rik", con lo cual obtenemos la sílaba "Shí". Le sigue la letra "Yod", equivalente a nuestra "y", pero que, cuando ocupa una posición después de la vocal "ji-Rik", no produce ningún cambio en la pronunciación, por lo que la consideramos muda. La sílaba final de la voz que nos ocupa está formada por la consonante "Jet", cuyo sonido es gutural y se produce en la garganta. Esa es la manera en que la pronuncian los israelíes de extracción oriental, es decir, los inmigrantes o descendientes de inmigrantes de países de lengua árabe. Por el contrario, los israelíes de origen europeo la pronuncian como la "ch" en la palabra escocesa "loch", y el alemán "ach", más fuerte que nuestra "j" castellana. Bajo la "Jet" escribimos el símbolo vocálico "pa-Tá". Sin embargo, aunque en la lengua hebrea normalmente la vocal se pronuncia después de la consonante, cuando una "Jet" es la última letra de una palabra, precedida por la vocal "ji-Rik" y seguida por la "Yod", como es el caso que nos ocupa, entonces la vocal se pronuncia antes de la consonante; de donde resulta la sílaba "Aj". Esta es una de las raras excepciones de la lengua hebrea en que una sílaba comienza por una vocal. Aparece treinta y nueve veces en el texto del Antiguo Testamento, y se trata, en principio, de la persona consagrada con la unción del aceite sobre su cabeza para desempeñar una función especial designada por el Señor, particularmente como sacerdote, profeta y rey. Así vemos que el título es aplicable al rey de Israel:

"¿Porqué se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas? Se levantarán los reyes de la tierra, y príncipes consultarán unidos contra el Señor y contra su unguido....." (Salmo 2:1-2).

En una sola ocasión se aplica a un escudo que ha sido lustrado con aceite: “Montes de Gilboa, ni rocío ni lluvia caiga sobre vosotros, ni seáis tierras de ofrendas; porque allí fue desechado el escudo de los valientes, el escudo de Saúl, como si no hubiera sido ungido con aceite.” (2º Samuel 1:21).

En todos los demás casos, “Mashíaj” se refiere al rey o al sacerdote: “Y dijo a sus hombres: El Señor me guarde de hacer tal cosa contra mi señor, el ungido del Señor, que yo extienda mi mano contra él; porque es el ungido del Señor.” (1º Samuel 24:6). “Y aconteció que cuando ellos vinieron, él vio a Eliab, y dijo: De cierto delante del Señor está su ungido.” (1º Samuel 16:6).

Incluso se aplica en las Escrituras para designar a un monarca no hebreo, como es el caso de Ciro de Persia: “Así dice el Señor a su ungido, a Ciro, al cual tomé yo por su mano derecha, para sujetar naciones delante del él y desatar lomos de reyes; para abrir delante de él puertas, y las puertas no se cerrarán.” (Isaías 45:1).

Con este apelativo es también designado el sacerdote: “Si el sacerdote ungido pecare según el pecado del pueblo, ofrecerá al Señor por su pecado que habrá cometido, un becerro sin defecto para expiación.” (Levítico 4:3).

Casi en todos los casos se aplica el apelativo a las figuras reales, hasta el punto de poderse utilizar indistintamente como sinónimo de “David” y “davídico”. Esto es particularmente cierto en los textos proféticos, donde los pasajes mesiánicos aparecen bajo la designación de “davídicos”.

La esperanza del Mesías Redentor se halla en las Escrituras vinculada a un descendiente de la casa de David: “Viva el Señor, y bendita sea mi roca, y engrandecido sea el Dios de mi salvación. El Dios que venga mis agravios, y sujeta pueblos debajo de mí; el que me libra de enemigos, y aun me exalta sobre los que se levantan contra mí; me libraste del varón violento. Por tanto, yo te confesaré entre las naciones, oh Señor, y cantaré a tu nombre. Él salva gloriosamente a su rey, y usa de misericordia para con su ungido, a David y a su descendencia para siempre.” (2º Samuel 22:47-51). Esto ha hecho pensar a muchos sabios de la antigüedad que el concepto del “Mesías” había entrado en el pensamiento hebreo a partir de la muerte del rey Salomón, hacia el 931 a.C., ante la esperanza de un nuevo rey con un corazón según fue el de David, un corazón según Dios. Por eso es que frecuentemente los profetas identifican al Mesías con el futuro rey justo de Israel: “Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre. El celo del Señor de los ejércitos hará esto.” (Isaías 9:6-7). (Ver también Isaías 11:1-10).

Sin embargo, una de las menciones más antiguas al Mesías se halla en un texto del libro de Génesis: “No será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh; y a él se congregarán los pueblos.” (Génesis 49:10). El “cetro” es el símbolo del reino, y el “legislador” es el encargado de escribir los códigos legales. El hebreo “me-jokek” lleva en sí las connotaciones tanto de la ley como de la escritura. De ahí que algunos traduzcan por “pluma de escriba” o “pluma de la ley”. Pero ¿quién es Siló? Onkelos en el Targum traduce “hasta que venga el Mesías”, pues interpreta el hebreo “Shiló” como “she-ló”, “de Él”, “aquello que es Suyo”, es decir, “del Mesías”. El “cetro” y el “legislador” son las figuras del poder del Ungido de Dios. Otros comentaristas antiguos de Israel interpretaron que este término hace referencia a la ciudad de “Shiló”, sede del reino de los filisteos antes de la conquista de David. El sentido de este versículo sería entonces que el reino y la legislación estarían en las manos de la tribu de Judá hasta el advenimiento del Mesías. En este contexto conviene tener presente el pasaje que hallamos en el Salmo 78: “Pero ellos tentaron y enojaron al Dios Altísimo, y no guardaron sus testimonios; sino que se volvieron y se rebelaron como sus padres; se volvieron como arco engañoso. Le enojaron con sus lugares altos, y le provocaron a celos con sus imágenes de talla. Lo oyó Dios y se enojó, y en gran manera aborreció a Israel. Dejó, por tanto, el tabernáculo de Silo, la tienda en que habitó entre los hombres.” (Salmo 78:56-60). El “tabernáculo” en que el Señor “habitó entre los hombres” nos remite al texto del Evangelio de Juan, donde la Encarnación del Verbo se expresa en semejantes términos: “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó –“levantó su tabernáculo”- entre nosotros.” (Juan 1:14).

Otros comentaristas antiguos entendieron “Siloh” como derivado de la raíz “Nashal”, y tradujeron el versículo por “hasta que venga el exilio”. Pero “Siloh” pudiera venir también de la raíz “Shalom”, “Paz”, de donde algunos tradujeron “hasta que venga la paz (o la “tranquilidad”) final. También ha habido quienes han considerado la posibilidad de ver aquí dos palabras “Shai lo”, que sería “un regalo para él”, y tradujeron “hasta que se le traiga un regalo”, interpretándolo como “hasta que se le conceda un descendiente especial”, es decir, el Mesías como el regalo de Dios por antonomasia. En el Talmud se entiende Siloh como nombre propio (Sanhedrin 98b; Bereshit Rabbá 99). Pero comoquiera que Siloh es también, como hemos visto, el nombre de la localidad donde estuvo el Tabernáculo antes de la construcción del Templo de Jerusalem, algunos han optado por traducir este texto como “el cetro no comenzará (hebreo: “yasar”) en Judá... hasta que Siloh llegue a su fin”.

Los textos talmúdicos sobre el Mesías son numerosísimos. El sabio rabínico Yojanán ben Zakkai dijo: “Si estás plantando un árbol, y escuchas que el Mesías ha llegado, termina de plantar tu árbol, y luego, ve y recibe al Mesías.” (Avot de Rabí Natán, 31). Es decir, la mejor manera de ser hallados por el Mesías es estar haciendo nuestra labor. Los comentaristas añaden que este pensamiento prueba el importante grado en que el camino hacia la perfección se ve determinado y condicionado por nuestro comportamiento humano. Otra historia talmúdica relata que Rabí Yoshúa ben Leví se encontró con el profeta Elías, quien, según la tradición, será el precursor de la llegada del Mesías, y quien le conducirá hasta el interior de Jerusalem. El profeta estaba disfrazado como mendigo a las puertas de la ciudad de Roma. El rabí le preguntó: “¿Cuándo vendrás para proclamar la llegada del Mesías?” Y Elías respondió: “Hoy, si tan sólo estás dispuesto a escuchar su voz.” De ahí que otra sentencia talmúdica diga que “el Mesías vendrá cuando todos y cada uno de los judíos observen dos veces seguidas el Shabat.” (Talmud de Babilonia, Shabat 118b). ¿Por qué? Porque el día de reposo es un sabor anticipado del mundo venidero, un modelo semanal de la paz y la tranquilidad que gozaremos en la eternidad.

La esperanza mesiánica entre los hebreos ha crecido siempre en función de las persecuciones y opresiones por las que se han visto obligados a pasar. Esos fueron los momentos en que se fortaleció el anhelo por la llegada del Ungido que produciría la unión de todos los elementos de la monarquía rota, y devolvería a Israel la armonía, paz y sosiego que caracterizó al reinado de Salomón. Y cuando alguien del pueblo preguntaba qué sucedería si el Mesías llegaba un día después de haber muerto, no expresaban duda respecto a la salvación personal, sino la tristeza de haberse perdido el momento glorioso del acontecimiento de la redención nacional. A esto respondieron los sabios antiguos diciendo que “cuando venga el Mesías, todos los difuntos resucitarán físicamente, para regresar a Jerusalem en triunfo y celebración.” Así lo expresa el Talmud de Babilonia, San 91^a, cuando dice que “si un vaso de cristal formado por el sople del hombre puede volverse a restaurar después de haber sido roto, ¡cuánto no más podrá ser restaurada el alma del hombre, que ha sido formada por el sople del Eterno!

La relación entre Jerusalem y el Mesías es indivisible. Sin ella no se habría dado el fenómeno del Sionismo. Y es que cuando al finalizar la cena de la Pascua se exclama: “¡El año próximo en Jerusalem!”, se está orando por la llegada del Mesías. Es el grito optimista que ha acompañado a muchos millones de judíos a lo largo de los más oscuros exilios, de las persecuciones y los exterminios. No es imaginable ni Jerusalem sin la esperanza mesiánica, ni la esperanza mesiánica sin Jerusalem. Esta es la esperanza de Israel. Este es el optimismo que condujo al Sionismo como movimiento de liberación nacional. Esta es la clave para entender una esperanza activa. No la espera a la intervención milagrosa sin el esfuerzo del hombre, como suele malentenderse el término “mesianismo” secularmente, sino la intervención a través del trabajo de reconstrucción, del derramamiento del espíritu entusiástico sobre el pueblo judío en su retorno y en su cultivo de la tierra. No en vano muchos entendieron que el solar patrio ha de ser cultivado antes de que sobre la tierra se posen los pies del Mesías: “Por lo cual así ha dicho el Señor: Yo he alzado mi mano, he jurado que las naciones que están a vuestro alrededor han de llevar su afrenta. Mas vosotros, oh montes de Israel, daréis vuestras ramas, y llevaréis vuestro fruto para mi pueblo Israel; porque cerca están para venir. Porque he aquí, yo estoy por vosotros, y a vosotros me volveré, y seréis labrados y sembrados.” (Ezequiel 36:7-9).

Después de las palabras dirigidas a la restauración de la tierra, en las que, curiosamente, los hombres son los que reciben los surcos y la simiente, el Señor da palabras de multiplicación del pueblo y de restauración de las

ciudades: "Y haré multiplicar sobre vosotros hombres, a toda la casa de Israel, toda ella; y las ciudades serán habitadas, y edificadas las ruinas. Multiplicaré sobre vosotros hombres y ganado, y serán multiplicados y crecerán; y os haré morar como solíais antiguamente, y os haré mayor bien que en vuestros principios; y sabréis que yo soy el Señor." (Ezequiel 36:10-11).

Naturalmente, la más importante obra de restauración es Jerusalem. Ella representa el preludio a la venida del Mesías triunfante con el retorno de millones de hijos e hijas de Israel a la tierra de los padres: "El Señor edifica a Jerusalem; a los desterrados de Israel recogerá." (Salmo 147:2).

La gran obra de reconstrucción no está circunscrita y limitada a las calles y edificios. Es fundamentalmente de hombres y mujeres, procedentes de todas las tierras: "¡Voz de tus atalayas! Alzarán la voz, juntamente darán voces de júbilo; porque ojo a ojo verán que el Señor vuelve a traer a Sion. Cantad alabanzas, alegraos juntamente, soledades de Jerusalem; porque el Señor ha consolado a su pueblo, a Jerusalem ha redimido". (Isaías 52:8-9).

Zacarías nos da también esa visión de la redención de Sion en la forma del retorno del pueblo a Jerusalem para morar en la verdad y en la justicia del Eterno: "Así ha dicho el Señor de los ejércitos: He aquí, yo salvo a mi pueblo de la tierra donde se pone el sol; y los traeré, y habitarán en medio de Jerusalem; y me serán por pueblo, y yo seré a ellos por Dios en verdad y en justicia." (Zacarías 8:7-8).

Y, naturalmente, el versículo siguiente nos muestra cómo el Señor anhela que sus hijos no esperen pasivamente la intervención milagrosa, sino que ésta se dará en la medida en que se pongan manos a la obra: "Así ha dicho el Señor de los ejércitos: Esfuércense vuestras manos, los que oís en estos días estas palabras de la boca de los profetas, desde el día que se echó el cimiento a la casa del Señor de los ejércitos, para edificar el templo." (Zacarías 8:9).

Isaías nos da una visión, brevísima pero gloriosa, del gran día en Jerusalem. En ella se manifiesta el propósito final de la reconstrucción: El Señor será adorado en Sión: "Acontecerá también en aquel día, que se tocará con gran trompeta, y vendrán los que habían sido esparcidos en la tierra de Asiria, y los que habían sido desterrados a Egipto, y adorarán al Señor en el Monte Santo, en Jerusalem." (Isaías 27:13).

El "Shofar" (cuerno de carnero), no una trompeta metálica imperial, convocará a las tribus, llamará a los exiliados, despertará a los dormidos por el sopor del mundo, y a los que duermen el sueño de la muerte en la esperanza mesiánica. La tradición de Israel siempre lo asoció al cuerno del carnero trabado en el zarzal, el que substituyó a Isaac en el altar del Monte Moriá. Y eso es lo que Rabí Shaúl, latinizado "Pablo", expresa: "Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él... Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo (Mesías) resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor". (1ª Tesalonicenses 4:13-14, 16-17).

El Mesías - Jesús glorificado - reinará desde Jerusalem. Así se cumplirán las palabras de Dios al profeta Zacarías: "Así dice el Señor: Yo he restaurado a Sión, y moraré en medio de Jerusalem; y Jerusalem se llamará Ciudad de la Verdad, y el Monte del Señor de los ejércitos, Monte de Santidad." (Zacarías 8:3).

Todos los pueblos de la tierra, redimidos por la sangre del Mesías, recibirán enseñanza desde el santo Monte de Dios: "Y vendrán muchos pueblos y fuertes naciones a buscar al Señor de los ejércitos en Jerusalem, y a implorar el favor del Señor. Así ha dicho el Señor de los Ejércitos: En aquellos días acontecerá que diez hombres de las naciones de toda lengua tomarán del manto a un judío diciendo: Iremos con vosotros, porque hemos oído que Dios está con vosotros." (Zacarías 8:22-23).

El resplandor de la gloria del Señor será indescriptible en ese día en Jerusalem y todo el santo monte. Daniel nos da una descripción bellísima de aquellos días: "En aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallen escritos en el libro. Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua. Los entendidos resplandecerán como el resplandor

del firmamento; y los que enseñan la justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad." (Daniel 12:1-3).

¿Quiénes son los "entendidos"? El hebreo es "hamaskilim", que literalmente sería "los que llevan la parábola", que en hebreo es "mashal", "meshalim", y la llevan "a cuestras", cargando con ella, para usarla como herramienta, que es el hebreo "kli"; como instrumento o herramienta del Nombre, del Bendito, que es "Ha-Shem", "El Nombre". Así se cumplirá el propósito de Dios para Israel y las naciones por medio del Santo Mesías:

"Poco es para mí que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob, y para que restaures el remanente de Israel; también te di por luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta lo postrero de la tierra." (Isaías 49:6).

Las palabras finales del capítulo 24 de Isaías nos dan una visión del grado de resplandor del día de la presencia del Señor: "La luna se avergonzará, y el sol se confundirá, cuando el Señor de los ejércitos reine en el monte de Sión y en Jerusalem, y delante de sus ancianos sea glorioso." (Isaías 24:23).

Pedir por la paz de Jerusalem, como enseña el Salmo 122:6, es orar por la venida del Mesías. Por eso dijeron los sabios antiguos de Israel que la memoria de Jerusalem y el Mesías acompaña a todo judío piadoso en todos los actos de su vida, hasta el punto de dejar un rincón de la casa sin pintar o empapelar, con el fin de recordar a Jerusalem y el Templo pendiente de reconstruir.

La santidad de Jerusalem se mantuvo incluso después de su destrucción en los días de Tito. Así fue como el pueblo judío desarrolló la costumbre de orar mirando hacia el Este, desde cualquier lugar del mundo; estando en la tierra de Israel, hacia Jerusalem; y desde Jerusalem, hacia el monte del Templo. El precepto de peregrinar hacia la ciudad continuó guardándose, con la añadidura de la obligación de recitar el texto de Isaías 64:10-12: "Tus santas ciudades están desiertas. Sión es un desierto, Jerusalem una soledad. La casa de nuestro santuario y de nuestra gloria, en la cual te alabaron nuestros padres, fue consumida al fuego; y todas nuestras cosas preciosas han sido destruidas. ¿Te estarás quieto, oh Señor, sobre estas cosas? ¿Callarás, y no afligirás sobremanera?"

Sin duda, se trata de mucho más que una ciudad, más que un concepto, y más que un recuerdo o figura emblemática. Mas allá de su geografía, de su historia, de sus habitantes y sus edificios, Jerusalem vibra y resuena en el corazón de millones de hombres y mujeres que nunca la pisaron, que ni siquiera somos judíos. Y la respuesta a esta incógnita, a este misterio, es la esperanza mesiánica. Como dijeron los místicos de la antigüedad, Jerusalem puede estar en todas partes. Millones pisaron sus calles en sus sueños, anduvieron por sus plazas y murallas en sus arrobamientos, y se dejaron conducir por el encanto de la música y la canción. No en vano en Jerusalem estuvo la Casa de Oración para todas las naciones:

"Y a los hijos de los extranjeros que sigan al Señor para servirle, y que amen el nombre del Señor para ser sus siervos; a todos los que guarden el día de reposo para no profanarlo, y abracen mi pacto, yo los llevaré a mi santo monte, y los recrearé en mi casa de oración; sus holocaustos y sus sacrificios serán aceptos sobre mi altar; porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos." (Isaías 56:6-7).

Jesús, nuestro bendito Maestro, cita este texto en Mateo 21:13: "Escrito está: Mi casa, casa de oración será llamada".

Cuando vamos al texto original hebreo nos llevamos una enorme sorpresa. Dice así: "Y los recrearé en la casa de mi oración". El adjetivo posesivo no va con "casa", "mi casa", sino con "oración", "mi oración". No es "mi casa de oración", sino "la casa de mi oración". De ello se desprende, y así lo enseñaron los sabios talmúdicos, que Dios ora. Esto, naturalmente, puede parecernos algo imposible de entender. Incluso un despropósito a primera vista. Pero, ¿no verá el diseñador del ojo? ¿no oirá quién creó el oído? Lógicamente, nos preguntamos: ¿A quién orará el Señor? Y aquí nos volvemos a topar con uno de nuestros errores profundamente arraigados. Basta con escuchar la mayoría de nuestras plegarias para percatarnos de lo que entendemos por oración. En casi todos los casos nuestro propósito al dirigirnos a Dios es pedirle cosas, favores, la resolución de nuestros problemas, y poco más. Sin embargo, la oración según el Señor es la

elevación del corazón bajo la unción y dirección del Espíritu de Dios. Por eso la Palabra habla de "mi oración", porque cuando el Eterno - ¡bendito sea su Nombre! - actúa con su fuerza creadora sobre nuestros corazones, entonces se produce ese milagro que llamamos "oración". Nuestra conciencia se abre y expone ante el Señor. La oración es ahora del Señor, más suya que nuestra, hasta convertirse en silencio de amor y cantos de alegría:

"El Señor está en medio de ti, poderoso, el salvará; se gozará sobre ti con alegría, callará de amor, se regocijará sobre ti con cánticos." (Sofonías 3:17).

La oración del Señor es por todos los hombres, judíos y gentiles. Su luz quiere alumbrar a todos y aunque la mayor intensidad es para Israel, ningún pueblo, nación o tribu queda fuera del propósito de iluminación divina. Por eso es que la oración del Señor es una casa para todos los pueblos:

"Cuando el Altísimo hizo heredar a las naciones, cuando hizo dividir a los hijos de los hombres, estableció los límites de los pueblos según el número de los hijos de Israel. Porque la porción del Señor es su pueblo; Jacob la heredad que le tocó. Le halló en tierra de desierto, y en yermo de horrible soledad; lo trajo alrededor, lo instruyó, lo guardó como a la niña de su ojo." (Deuteronomio 32:8-10).

Tras el pecado de Adam, las generaciones del Diluvio de los días de Noé, y los constructores de la Torre de Babel, a quienes el Señor esparció sobre la faz de toda la tierra, el Eterno fue reduciendo la intensidad de su luz. Pasadas las generaciones de Enoc, del Diluvio y de Babel, el Señor retiró su luz de sobre los hijos de los hombres. Sólo se nos dice que alumbró a Moisés cuando el Eterno le entregó la Torá en Sináí:

"Y el Señor dijo a Moisés: Escribe tú estas palabras; porque conforme a estas palabras he hecho pacto contigo y con Israel....

Y al mirar los hijos de Israel el rostro de Moisés, veían que la piel de su rostro era resplandeciente; y volvía Moisés a poner el velo sobre su rostro, hasta que entraba a hablar con Dios." (Exodo 34:27, 35).

Esta luz fue quitada al hombre por el pecado: "Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios." (Romanos 3:23). Esta es la luz reservada para los redimidos y justificados por el Señor: "Luz está sembrada para el justo, y alegría para los rectos de corazón". (Salmo 97:11).

"Resplandeció en las tinieblas luz a los rectos." (Salmo 112:4). De esa luz habla también Jesús en el sermón del monte: "Vosotros sois la luz del mundo..... Así alumbré vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos." (Mateo 5:14,16).

En el gran día de Dios, con la venida de Jesús como el Siervo Sufriente, hecho Mesías triunfante, esa luz será revelada en Sión. Entonces todo entrará a la perfecta armonía de Dios:

"Y el Señor será rey sobre toda la tierra. En aquel Día el Señor será uno, y uno su nombre." (Zacarías 14:9).

Esa luz alumbrará a la Jerusalem de arriba: "La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es lumbrera." (Apocalipsis 21:23).

Esa luz es Jesús: "Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quién constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas." (Hebreos 1:1-3).

Así fue anunciado ya por los profetas antiguos: "Por amor de Sión no callaré, y por amor de Jerusalem no descansaré, hasta que salga como resplandor su justicia, y su salvación se encienda como una antorcha." (Isaías 62:1).

El Mesías bendito, el Ungido de Dios, viene para traer alegría a toda la tierra, comenzando por Jerusalem. "Ungir" es el hebreo "masháj"), y con las mismas consonantes del alefeto formamos la palabra "shamáj", que es el verbo "alegrar". Con razón dijeron los sabios antiguos de Israel que "dar alegría" y "ser alegre" son las principales condiciones para acceder al otro día, al octavo, que es el mundo venidero, "los nuevos cielos y la nueva tierra, en los cuales mora la justicia". (2ª Pedro 3:13).

La luz del Mesías va a resplandecer muy pronto en Jerusalem: "Hermosa provincia, el gozo de toda la tierra es el monte de Sión, a los lados del norte, la ciudad del gran Rey." (Salmo 48:2).

"Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria. ¿Quién es este Rey de gloria?, el Señor el fuerte y valiente, el Señor poderoso en batalla." (Salmo 24:7-8).

El Mesías Yeshúa, encarnación de la presencia y la sabiduría redentora del Dios Altísimo, Emanuel, Dios-con-nosotros, va a descender a la tierra para derramar toda su gracia. Aquel que vino como Siervo Sufriente, como hijo de José, para morir por todos, vendrá como Hijo de David, conquistador de todos los enemigos de Dios y de los hombres, para salvar al resto de sus ovejas: "Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana." (Apocalipsis 22:16).

"Cantad alabanzas, alegraos justamente, soledades de Jerusalem; porque el Señor ha consolado a su pueblo, a Jerusalem ha redimido." (Isaías 52:9).

Y la Escritura nos revela cuál será el precio del rescate, de la redención, de Jerusalem y sus convertidos. "Sión será rescatada con juicio, y los convertidos de ella con justicia." (Isaías 1:27). Es la justicia del Mesías, el Libertador que vendrá de Sión para apartar a Jacob de la impiedad, para establecer pacto con sus convertidos y quitar sus pecados.

"El que hace la paz en sus alturas,
nos concede la paz a nosotros, a
todo Israel, y a toda la humanidad.

Amén.

(De la oración diaria).

*"Sea tu voluntad, Dios nuestro y
de nuestros padres, que el Templo
Sagrado se reconstruya a la
brevedad y haznos partícipes de tu
Torá"*

(Avot V,23)

JERUSALEM Y EL TEMPLO

El Midrash cuenta esta parábola acerca del Templo de Jerusalem: “Un rey tenía una hija a quien adoraba. La educó de la mejor forma posible, y cuando llegó a la edad del matrimonio, escogió un esposo digno de ella. Una vez celebrada la boda, al llegar el amargo momento de la despedida de la hija, el rey se dirigió a su joven yerno con estas palabras: “Te doy a mi hija como esposa, desligándome así de mi derecho de permanecer en su cercanía. Espero que sabrás cuidar bien de ella, y como me resulta tan difícil esta separación, te ruego, querido yerno, que siempre me reserves un aposento para que pueda ir de vez en cuando a disfrutar de la compañía de esta hija mía tan querida.” De igual modo, Dios dio la Torá, su querida hija, al pueblo de Israel, recomendándole: “Te confío esta joya. Espero que sabrás cuidar de ella y que nunca olvidarás reservarme, en cualquier lugar donde habites, una morada de la que Yo pueda hacer uso para poder permanecer al lado de mi hija.” Desde entonces, el Templo de Jerusalem se constituyó en Casa de Dios.”

Debemos comenzar por explicar que la palabra "templo" aparece en el castellano de las Sagradas Escrituras, al igual que en las demás lenguas occidentales, para referirnos al de Jerusalem por conveniencia lingüística, pero el original hebreo no emplea tal término. Un templo es, por definición, un lugar sagrado donde se guarda uno o varios ídolos. Nada más distante del de Jerusalem, donde tantos invasores quedaron atónitos al no hallar en él lo que ellos esperaban fuese la “imagen del Dios de los hebreos.” De ahí que cuando el general Tito entró en el Templo de Jerusalem, lo primero que hizo fue buscar denodadamente al “Dios que los israelitas adoraban”, y esperando hallar una imagen, nada pudo encontrar. Como todo pagano, no podía comprender cómo adorar al Invisible.

Este santuario nacional de la antigua Jerusalem fue, sin duda, el más famoso de cuantos lugares levantó Israel para adorar al Altísimo, hasta llegar a ser el único y legítimo, el foco principal de la vida religiosa del pueblo, así como el símbolo por excelencia de su unidad e independencia: “Y dijo David: Aquí estará la casa del Señor Dios, y aquí el altar del holocausto para Israel.” 1º Crónicas 22:1).

La tradición de los hebreos comenta que el Templo de Jerusalem estaba ubicado sobre una piedra que recibía el nombre de “Eben Shetiyá”. En el hebreo, “Eben”, como ya hemos visto, es “piedra”, escrito con las letras “Álef”, “Bet” y “Nun”. Con “Álef” y “Bet” formamos “Ab”, que es “Padre”; y con “Bet” y “Nun” formamos “Ben”, que es “Hijo”, sin salir del mismo vocablo. Así podemos visualizar cómo el “Padre y el Hijo son Uno”, y como “la Palabra se hace carne”, permanecen perfectamente unidos en esencia en la palabra “Piedra”, “Roca”. Y “Shetiyá”, término escrito con las letras “Shin”, “Tav”, “Yod”, y “Hei”, es “Fundamento”, “Cimiento”, y hace referencia al origen del mundo, el vínculo entre el punto a partir del cual comenzó a desarrollarse este mundo, y la unión espiritual con el venidero. De ahí que el monte del Templo de Jerusalem, según la tradición, sea el monte Moriá, a unos 65 kilómetros al norte de Beersheba donde Isaac iba a ser sacrificado, y que también era conocido como “Har ha-Bayit”, “Monte de la Casa”. “Beersheva” es el hebreo “Pozo de las Siete”, en alusión a las ovejas que Abraham tomó y dio a Abimelec como señal del pacto que hicieron. Aquí conviene tener presente el fenómeno paranomástico que existe entre los términos “shevá”, “siete”, numeral de la plenitud, y “shevuá”, “juramento”, de donde los antiguos sabios de Israel dedujeron que un juramento obliga a quien lo realiza respecto a todo cuanto fue formado por el Eterno en los siete días de la creación. El término “Moriá”, según algunos, tiene su origen en el hecho de que en aquella región habitaran los amoritas, pero su raíz etimológica está íntimamente relacionada con el verbo “enseñar”, de la raíz “horá”, el lugar del cual dimana la instrucción, así como del juego de palabras formado por esta voz y por “yirá”, de donde procede el temor divino, y de “orá”, de donde fluye la “luz”, tal y como “Torá” es también “enseñanza”, de la raíz que significa “señalar o apuntar el camino con el dedo”. Por eso los sabios antiguos enseñaron que en este pequeño punto de la tierra se encontraba y manifestaba la esencia del sentido y del conocimiento del mundo. En el libro de “Zohar”, “Esplendor” -obra clásica de la Tradición, de la escuela de R. Shimon bar Yojai, hacia el 120 d.C., que permaneció durante largos años encerrado dentro de un estrechísimo círculo de estudiosos cabalistas, y que fue recopilado por su discípulo el R. Abbá, y dado a la luz hacia el año 1390 de nuestra era por el R. Moshé de León (ben Shem Tov, 1239-1305 d.C.), e impreso por primera vez en Mantua, en el año 1560- se relata que cuando el Eterno estaba a punto de crear el universo, tomó una piedra preciosa de debajo de su trono de gloria, y la lanzó al abismo, dejando un extremo de la piedra firmemente atado a su trono, y sobre el otro extremo constituyó el Bendito el núcleo del mundo de los cuerpos, el punto a partir del cual se inició el universo, expandiéndose por el espacio en todas las direcciones. Esa piedra es la que la tradición denomina en hebreo “Eben Shetiyá”. A su vez, la voz “Shetiyá” se compone de dos elementos, que son “Shat”, “Fundó”, “Estableció”, y “Yah”, que es la forma abreviada del Tetragrama, lo que significa que el Santo de los Santos -¡bendito sea!- hizo de esa piedra preciosa el fundamento y punto de partida del universo y todo cuanto hay en él. (Yoma 54b). Esta es la piedra de la que se canta en el Hallel: “La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo. De parte del Señor es esto, y es cosa maravillosa a nuestros ojos.” (Salmo 118:22-23). (Ver también 1ª Pedro 2:4-8). Por tanto, el Templo era la presencia del mundo venidero en este mundo, el lugar donde el Cielo alcanzaba a la tierra, razón por la cual sólo en el Templo podían ofrecerse los sacrificios al Altísimo:

“Comenzó Salomón a edificar la casa del Señor en Jerusalem, en el monte Moriá, que había sido mostrado a David su padre, en el lugar que David había preparado en la era de Ornán jebuseo.” (2º Crónicas 3:1).

El lado occidental del Monte Moriá fue escogido para la edificación del Templo, porque los sabios antiguos de Israel estaban seguros de que la “Shejiná”, el resplandor de la gloria de Dios, reposaba en el Oeste, en oposición a la costumbre extendida entre los paganos de adorar al sol en su punto de salida por el este.

El Monte Moriá fue adjudicado por Josué a las tribus de Judá y Benjamín. Las salas y cámaras del Templo, a Judá. El “Ulam”, “Vestíbulo”, el “Hekal”, y el Santo de los Santos se construyeron sobre la tierra de Benjamín. “Hekal” es el nombre dado al Templo, propiamente dicho, literalmente “Lugar Santo” (la sala mayor del Templo), donde se hallaban la mesa sobre la cual cada Shabat se colocaban los panes de la proposición, y a cuyo lado izquierdo estaba ubicada la “Menorá”, el Candelabro de los seis brazos y las siete luces, donde se encontraban también las cinco mesas al norte y las cinco mesas al sur, con cinco “Menorot” (plural de “Menorá”) a cada lado, y que Salomón había añadido al Templo. El altar de oro estaba entre la

mesa de los panes de la proposición y la Menorá, cerca del vestíbulo. El tramo de tierra que conducía hasta el Hekal, sobre el cual estaba el altar, pertenecía a Judá. Pero, según el Talmud, Jerusalem no fue repartida entre las tribus, sino que el Monte Moriá fue la propiedad común a todas ellas.

El Monte Moriá, sobre el cual se levantó el Templo, fue reconocido en la tradición de Israel como el lugar en el cual fue creado Adam, y donde levantó su primer altar al Señor. En ese mismo lugar presentaron sus sacrificios Caín y Abel, y allí también fue donde Noé erigió su primer altar al Eterno después del Gran Diluvio de sus días: “Y edificó Noé un altar al Señor, y tomó de todo animal limpio y de toda ave limpia, y ofreció holocausto en el altar.” (Génesis 8:20). Allí fue donde Abraham ofreció a su hijo Isaac como sacrificio al Señor: “Y llamó Abraham el nombre de aquel lugar, “YHVH-Yiré”, “el Señor proveerá”. Por tanto se dice hoy: En el monte del Señor será provisto.” (Génesis 22:14). Luego, en el Segundo Libro de Samuel se nos relata cómo David compró aquel lugar a Arauna para levantar un altar al Bendito: “Y Arauna dijo: ¿Por qué viene mi señor el rey a su siervo? Y David respondió: Para comprar de ti la era, a fin de edificar un altar al Señor, para que cese la mortandad del pueblo.” (2º Samuel 24:21). Y finalmente, el lugar fue escogido para ser la ubicación permanente del Santo de los Santos en el Templo de Salomón.

Los sabios antiguos de Israel dijeron que cuando Zacarías dice: “Oh Líbano, abre tus puertas, y consume el fuego tus cedros!” (11:1), se refería a los sacerdotes que estaban en el Templo de Jerusalem. Cuando ellos vieron que el Templo era incendiado y destruido, tomaron las llaves y ascendieron al pináculo y desde allí las lanzaron hacia lo alto, y exclamaron: “Señor del universo, he ahí las llaves que nos entregaste, pues no hemos sabido ser guardianes fieles para cumplir tu Palabra y comer a tu mesa.” Pero la tradición dice que cuando sea reconstruido el Templo, ¿qué dice la Escritura? “Así ha dicho el Señor: He aquí yo hago volver los cautivos de las tiendas de Jacob, y de sus tiendas tendré misericordia, y la ciudad será edificada sobre su colina, y el templo será asentado según su forma. Y saldrá de ellos acción de gracias, y voz de nación que está en regocijo, y los multiplicaré, y no serán disminuidos; los multiplicaré, y no serán menoscabados.” (Jeremías 30:18-19).

Maimónides explica las razones por las que en la Torá no se menciona explícitamente el lugar de construcción del Templo. Primeramente, para que los pueblos no ocupen su lugar y hagan guerra por su supremacía. En segundo lugar, para que quienes poblaban el lugar no lo dañaran hasta destruirlo. Y la tercera razón, y más importante de todas, para evitar que las tribus de Israel se disputaran el lugar y fuese motivo de enfrentamientos y guerras entre ellas, como ya había acontecido respecto al sacerdocio, como se desprende de los capítulos 16 y 17 del libro de Números, donde se nos relata el triste episodio de la rebelión de Coré.

La Escritura se resiste a emplear el término “Templo” para designarlo. Antes bien, llama “Casa” al recinto sagrado que David diseñó, y su hijo Salomón llevó a la práctica: “Bet-HaMikdash”, “Casa de la Santidad”, “Santuario”, tanto para referirse al “Mishkán”, “Tabernáculo” como al Templo de Jerusalem. También se le designa con la expresión “Bet Habejirá”, es decir, “Casa de la Elección”. Nada tan alejado del sentido pagano de “templo” como el concepto de “casa”, de “hogar”. Conviene aquí hacer algo de historia de este vocablo tan distante para nosotros del concepto religioso moderno. Recordemos que el Avesta llama “casa” al cielo. En el antiguo Egipto se representaba en su escritura a la casa bajo la figura del seno materno. E incluso para los romanos el sepulcro o lugar de los muertos se designaba como la “casa eterna”. También se aplica el vocablo “casa” para designar a la familia, la tribu, el clan, la estirpe y, por analogía, a todos los moradores del ámbito del hogar: “Hubo larga guerra entre la casa de Saúl y la casa de David; pero David se iba fortaleciendo, y la casa de Saúl se iba debilitando.” (2º Samuel 3:1). “Casa de Israel, bendecid al Señor; Casa de Aarón, bendecid al Señor; Casa de Leví, bendecid al Señor; Los que teméis al Señor, bendecid al Señor. Desde Sión sea bendecido el Señor, quien mora en Jerusalem. Aleluya.” (Salmo 135:19-21). Por eso es que cuando se produce la teofanía, el lugar pasa a describirse como “casa”:

“He aquí, yo estoy contigo, y te guardaré por dondequiera que fueres, y volveré a traerte a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho. Y despertó Jacob de su sueño, y dijo: Ciertamente el Señor está en este lugar, y yo no lo sabía. Y tuvo miedo, y dijo: ¡Cuán terrible es este lugar! No es otra cosa que casa de Dios, y puerta del cielo. Y se levantó Jacob de mañana, y tomó la piedra que había puesto de cabecera, y la alzó por señal, y derramó aceite encima de ella. Y llamó el nombre de aquel lugar Bet-el (“Casa de Dios Altísimo”) aunque “Luz” (“Almendra”) era el nombre de la ciudad primero.” (Génesis 28: 15-19).

Según muchas autoridades, Jacob durmió sobre el lugar del Santo de los Santos en Jerusalem, de ahí el término “Bet-el”, es decir, “Casa de Dios” y “Puerta del Cielo”. Para otros estudiosos, se trata de “Bet-el”, primer hogar de Abraham en la tierra prometida: “Luego se pasó (Abram) de allí a un monte al oriente de Bet-el, y plantó su tienda, teniendo a Bet-el al occidente y Hai al oriente; y edificó allí altar al Señor, e invocó el nombre del Señor.” (Génesis 12:8). Hoy se identifica con la moderna Beitín, a unos 15 kilómetros al norte de Jerusalem. Ahora bien, respecto a Luz, veamos varios interesantes textos:

“Y llegó Jacob a Luz, que está en tierra de Canaán (esta es Bet-el), él y todo el pueblo que con él estaba.” (Génesis 35:6).

“Y dijo (Jacob) a José: El Dios Omnipotente me apareció en Luz en la tierra de Canaán, y me bendijo.” (Génesis 48:3).

“Tocó en suerte a los hijos de José desde el Jordán de Jericó hasta las aguas de Jericó hacia el oriente, hacia el desierto que sube de Jericó por las montañas de Bet-el. Y de Bet-el sale a Luz, y pasa a lo largo del territorio de los arquitas hasta Atarot, y baja hacia el occidente al territorio de los jafletitas, hasta el límite de Bet-horón la de abajo, y hasta Gezer; y sale al mar.” (Josué 16:1-3).

“De allí pasa en dirección a Luz, al lado sur de Luz (que es Bet-el), y desciende de Atarot-adar al monte que está al sur de Bet-horón la de abajo.” (Josué 18:13).

“También la casa de José subió contra Bet-el; y el Señor estaba con ellos. Y la casa de José puso espías en Bet-el, ciudad que antes se llamaba Luz. Y los que espían vieron a un hombre que salía de la ciudad, y le dijeron: Muéstranos ahora la entrada de la ciudad, y haremos contigo misericordia. Y él les mostró la entrada a la ciudad, y la hirieron a filo de espada; pero dejaron ir a aquel hombre con toda su familia. Y se fue el hombre a la tierra de los heteos, y edificó una ciudad a la cual llamó Luz; y este es su nombre hasta hoy.” (Jueces 1:22-26).

Evidentemente, se trata de dos ciudades con el nombre de Bet-el. Quienes afirman, pues, que esta Bet-el está en Jerusalem, aluden a la notoriedad de las dos ciudades: Salem (Génesis 14:18) y Luz.

Todo cuanto hay en la “Casa de Santidad” es, como en el hogar familiar, determinante para la existencia del pueblo en la tierra. La “casa-hogar” es el centro del mundo para el hombre. Es donde alberga a su familia; donde recibe y acoge a sus amigos; donde experimenta sus encuentros. La casa es el universo del hombre y la mujer, y por lo tanto, es el comienzo del mundo y de la sociedad. La “mesa” de la “casa-hogar” es el verdadero “altar” de santificación en torno al cual se ilumina la vida a través de la comunión con los íntimos, con los amigos y parientes, y muy especialmente a través de la mujer y de los hijos, como canta el salmista:

“Si el Señor no edificare la casa, en vano trabajan los que la edifican; si el Señor no guardare la ciudad, en vano vela la guardia... He aquí, herencia del Señor son los hijos; cosa de estima el fruto del vientre... Bienaventurado todo aquel que teme al Señor, que anda en sus caminos. Cuando comieres el trabajo de tus manos, bienaventurado serás, y te irá bien. Tu mujer será como vid que lleva fruto a los lados de tu casa; tus hijos como plantas de olivo alrededor de tu mesa. He aquí que así será bendecido el hombre que teme al Señor.

Bendígate el Señor desde Sion, y veas el bien de Jerusalem todos los días de tu vida, y veas a los hijos de tus hijos. Paz sea sobre Israel.” (Salmo 127:1, 3; Salmo 128:1-6).

De ahí que al levantarse el Templo de Jerusalem como “Casa de Oración para todos los pueblos”, en la pedagogía de Dios se nos está instando al reconocimiento de la humanidad como familia del Eterno, con Israel a la cabeza.

La vida de la iglesia naciente estaba muy centrada en el Templo, como testifican las Escrituras: “Y perseverando unánimes cada día en el Templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos.” (Hechos 2:46-47).

En el Nuevo Testamento vemos cómo la comunidad mesiánica, la iglesia, adopta también el título de “Casa de Dios”, seguramente por el peso de las palabras de Jesús: “En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros.” (Juan 14:2).

En ese mismo sentido, vemos el concepto de “casa” espiritual en los textos apostólicos: “Acercándoos a él (Jesucristo), piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo. Por lo cual también contiene la Escritura: He aquí, pongo en Sión la principal piedra del ángulo, escogida, preciosa; y el que creyere en él, no será avergonzado.” (1ª Pedro 2:4-6).

De igual modo, el apóstol Pablo emplea el concepto de la casa como edificio espiritual en el que los discípulos de Jesucristo ya no tienen que vagar como extranjeros y desposeídos por el mundo, distanciados de las promesas divinas: “Y vino (Jesucristo) y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos, y a los que estaban cerca; porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre. Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu.” (Efesios 2:17-22).

Para el autor de la Carta a los Hebreos, el Mesías aparece como cabeza de la casa, de la familia de los redimidos, en su doble dimensión de Siervo e Hijo: “Y Moisés a la verdad fue fiel en toda la casa de Dios, como siervo, para testimonio de lo que se iba a decir; pero Cristo como hijo sobre su casa, la cual casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza.” (Hebreos 3:5-6).

Finalmente, el apóstol Pablo afirma que el alcance del concepto “casa” va más allá de la propia muerte, por cuanto después del derrumbamiento de nuestro cuerpo finito y mortal, el Señor proveerá el albergue de la morada eterna más allá del ámbito de nuestra habitación natural: “Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos.” (2ª Corintios 5:1).

Pero volvamos ahora a Jerusalem. El Primer Templo fue construido por mandato de Salomón, con la ayuda de arquitectos y técnicos fenicios, hacia el año 957 a.C.: “Y envió el rey Salomón, e hizo venir de Tiro a Hiram, hijo de una viuda de la tribu de Neftalí. Su padre, que trabajaba en bronce, era de Tiro; e Hiram era lleno de sabiduría, inteligencia y ciencia en toda obra de bronce. Este, pues, vino al rey Salomón, e hizo toda su obra.” (1º Reyes 7:13-14). “Y vació dos columnas de bronce; la altura de cada una era de dieciocho codos, y rodeaba a una y otra un hilo de doce codos. Hizo también dos capiteles de fundición de bronce, para que fuesen puestos sobre las cabezas de las columnas; la altura de un capitel era de cinco codos, y la del otro capitel también de cinco codos. Había trenzas a manera de red, y unos cordones a manera de cadenas, para los capiteles que se habían de poner sobre las cabezas de las columnas; siete para cada capitel. Hizo también dos hileras de granadas alrededor de la red, para cubrir los capiteles que estaban en las cabezas de las columnas con las granadas; y de la misma forma hizo en el otro capitel. Los capiteles que estaban sobre las columnas en el pórtico, tenían forma de lirios, y eran de cuatro codos. Tenían también los capiteles de las dos columnas, doscientas granadas en dos hileras alrededor de cada capitel, encima de su globo, el cual estaba rodeado por la red. Estas columnas erigió en el pórtico del templo, y cuando hubo alzado la columna del lado derecho, le puso por nombre Jaquín, y alzando la columna del lado izquierdo, llamó su nombre Boaz. Y puso en las cabezas de las columnas tallado en forma de lirios, y así se acabó la obra de las columnas.” (1º Reyes 7:15-22). “Yo, pues, te he enviado un hombre hábil y entendido, Hiram-abi, hijo de una mujer de las hijas de Dan, mas su padre fue de Tiro; el cual sabe trabajar en oro, plata, bronce y hierro, en piedra y en madera, en púrpura y en azul, en lino y en carmesí; así mismo sabe esculpir toda clase de figuras, y sacar toda forma de diseño que se le pida, con tus hombres peritos, y con los de mi señor David tu padre.” (2º Crónicas 2:13-14). Los hebreos nunca se caracterizaron por ser grandes arquitectos y constructores. Sus orígenes nómadas, y posteriormente agrícolas, no se lo permitieron. Por consiguiente, es lógico pensar que la ayuda de los fenicios no debió limitarse a la dirección técnica de las obras y la aportación de expertos en los diversos oficios necesarios para su construcción, sino también en el suministro de materiales. De ahí que muchas de las

características arquitectónicas del Templo de Jerusalem muestren una gran similitud con los templos cananeo-fenicios de Tiro, tales como las dos grandes columnas de la puerta principal de acceso: “Estas columnas erigió en el pórtico del templo; y cuando hubo alzado la columna del lado derecho, le puso por nombre Jaquin (hebreo: “Yakín”, de la raíz “Kun”, que es “fundar”, “establecer”) y alzando la columna del lado izquierdo, llamó su nombre Boaz (“Casa de Fuerza”). (1º Reyes 7:21).

Hoy conocemos bastante acerca de los templos babilónicos, egipcios y fenicios, lo que nos permite establecer las oportunas comparaciones. En Babilonia, la característica principal era la de los “ziggurats” o “torres-templo” escalonadas en rampa y dotadas de una sala interior en la parte superior de la torre, donde se albergaba el ídolo a quien estaba dedicado el santuario. Entre los egipcios, y muy particularmente durante el Imperio Medio (12ª dinastía), una de las características de los templos es la adición de obeliscos. Es entre los fenicios donde hallamos formas que se asemejan a la disposición del Templo de Jerusalem, pues estaban constituidos por atrios o patios. De manera que, aunque no sería correcto decir que el de Salomón fuese una copia de aquellos santuarios, sí podemos afirmar que éste poseía características derivadas de aquéllos. Se hallaba ubicado sobre una colina, lo que aporta cierta semejanza a las torres-templo babilónicas; estaba constituido por una serie de atrios, en semejanza al concepto religioso fenicio; y para algunos expertos se pueden encontrar rasgos de similitud entre los obeliscos egipcios y las grandes columnas del pórtico principal, si bien esta característica parece tener un paralelo mucho más próximo a las columnas de los templos fenicios, no sólo de Tiro, sino también los de Biblos y Pafos. Tanto los obeliscos como las grandes columnas ornamentales son interpretadas hoy, desde la psicología moderna, como signos o emblemas fálicos, probablemente reminiscencias semíticas primitivas. Podemos concluir diciendo que el Templo de Jerusalem contenía bastantes características de los edificios sagrados del momento, y de épocas anteriores, comunes a los pueblos circunvecinos, pero dotadas de una peculiar combinación que le daba los aires de innovación e independencia típicos de los hebreos.

En las fuentes de Herodoto hallamos el relato en el que se describe el Templo, y se mencionan estas dos impresionantes columnas del pórtico principal de acceso al mismo, “una de esmeralda y la otra de oro fino.” La influencia de Tiro en el diseño del Templo parece muy evidente en la ornamentación con palmas, granadas, manzanas y lirios. Muy lejos quedaban los primitivos altares patriarcales y de las tribus hebreas, de tierra o piedra no labrada: “Altar de tierra harás para mí, y sacrificarás sobre él tus holocaustos y tus ofrendas de paz, tus ovejas y tus vacas; en todo lugar donde yo hiciere que esté la memoria de mi nombre, vendré a ti y te bendeciré. Y si me hicieres altar de piedras, no las labres de cantería; porque si alzaras herramienta sobre él, lo profanarás.” (Éxodo 20:24-25). “Cuando, pues, hayas pasado el Jordán, levantarás estas piedras que yo os mando hoy, en el monte Ebal, y las revocarás con cal; y edificarás allí un altar al Señor tu Dios, altar de piedras; no alzarás sobre ellas instrumento de hierro. De piedras enteras edificarás el altar del Señor tu Dios, y ofrecerás sobre él holocausto al Señor tu Dios; y sacrificarás ofrendas de paz, y comerás allí, y te alegrarás delante del Señor tu Dios.” (Deuteronomio 27:4-7).

El Templo reemplazó al Tabernáculo portátil que desde los días remotos del desierto había mantenido su función sagrada durante la época filistea, hasta cruzar el Jordán y establecerse en la tierra de Israel. El Tabernáculo (hebreo: “Mishcán”) había sido levantado principalmente para inculcar en el pueblo el sentido de la presencia divina: La enseñanza de que Dios se encuentra siempre y en todo lugar, acompañando al hombre dondequiera que vaya y en dondequiera se encuentre: “En todo lugar donde yo hiciere que esté la memoria de mi nombre, vendré a ti y te bendeciré.” (Éxodo 20:24). Al salir de Sinaí, el pueblo podía fácilmente caer en el error de creer que el Señor les había abandonado. Por eso les pide el Bendito que levanten el Tabernáculo. Por otra parte, “Mishcán” está etimológicamente unido a “Shejiná”, el resplandor de la presencia de la gloria del Señor en su revelación al pueblo de Israel, pues ambas voces provienen de la raíz “Shajón”, que es el verbo “morar”, “habitar”. Así podemos entender el mandamiento divino de levantar el Tabernáculo. Sin embargo, y aunque el Templo que reemplaza al Tabernáculo es conocido por todos como Templo de Salomón, la verdad es que fue su padre, David, quien concibió la idea de su construcción, quien definió su distribución y realizó los planos con todas sus complejas características, además de preparar todos los materiales precisos para la ejecución de la obra. Tampoco acabó ahí la visión que tuvo David respecto a esta construcción, pues su pretensión no se limitaba a la erección de una especie de “capilla real”, sino que también aportó todos los detalles necesarios para la construcción de los edificios auxiliares para dependencias gubernativas del reino, así como para su propia residencia palaciega. Sin embargo, el Señor no le permitió a David que acometiera la edificación del Templo: “Reunió David en Jerusalem a todos los principales de Israel, los jefes de las tribus,

los jefes de las divisiones que servían al rey, los jefes de millares y de centenas, los administradores de toda la hacienda y posesión del rey y de sus hijos, y los oficiales y los más poderosos y valientes de sus hombres. Y levantándose el rey David, puesto en pie dijo: Oídme, hermanos míos, y pueblo mío. Yo tenía el propósito de edificar una casa en la cual reposara el arca del pacto del Señor, y para el estrado de los pies de nuestro Dios; y había ya preparado todo para edificar. Mas Dios me dijo: Tú no edificarás casa a mi nombre, porque eres hombre de guerra, y has derramado mucha sangre.” (1º Crónicas 28:1-3). Salomón acometió también la ejecución de estos proyectos de su padre, lo que le tomó unos 13 años de trabajo, hasta completarlos hacia el 943 a.C. El Señor se lo permitió por ser hombre de paz, por cuanto el Templo debía de ser una figura representativa de la paz de Dios. De ahí que estuviera llamado a ser “Casa de Oración para todas las naciones.” El número de cuentos, leyendas y epigramas talmúdicos acerca del Templo y las vicisitudes de su construcción es muy grande. Escogeremos, como ejemplo, un epigrama talmúdico que reza así: “Salomón, quien fue llamado “Jedidíá”, “Amado del Señor”: (“Y envió un mensaje por medio de Natán profeta; así llamó su nombre Jedidías, a causa del Señor.”). (2º Samuel 12:25); construyó el Templo, conocido como “Moradas amables”: (“¡Cuán amables son tus moradas, oh Señor de los ejércitos! Anhela mi alma y aun ardientemente desea los atrios del Señor.”). (Salmo 84:1-2); y lo situó en la heredad de Benjamín, “Amado del Señor”: (“A Benjamín dijo (Moisés): El amado del Señor habitará confiado cerca de él; lo cubrirá siempre, y entre sus hombros morará.”). (Deuteronomio 33:12); y edificó el Templo en honor del Señor, quien es “Mi Amado”: (“Ahora cantaré por mi amado el cantar de mi amado a su viña. Tenía mi amado una viña en una ladera fértil.”). (Isaías 5:1); para que los pecados de Israel, “lo que amaba mi alma”, fuesen perdonados: “He dejado mi casa, desamparé mi heredad, he entregado lo que amaba mi alma en mano de sus enemigos.” (Jeremías 12:7). (Men. 53a, b).

El reinado de Salomón fue de gran esplendor, particularmente por los convenios comerciales que estableció con los pueblos circunvecinos, y la construcción de una flota mercante, así como por su matrimonio con una princesa egipcia: “Salomón hizo parentesco con Faraón rey de Egipto, pues tomó la hija de Faraón, y la trajo a la ciudad de David, entre tanto que acababa de edificar su casa, y la casa del Señor, y los muros de Jerusalem alrededor.” (1º Reyes 3:1). Sus relaciones con Hirán I de Tiro (ca. 969-936) fueron también importantes para la estabilidad del reino. Serían, como hemos visto, artesanos de Tiro quienes trabajarían en la construcción del Templo. Pero Salomón, a pesar de la gloria progresiva de su reinado, no tuvo el genio militar de su padre. Durante su reinado sufrió la pérdida parcial de Edom (ver 1º Reyes 11: 14 ss.), de Damasco (1º Reyes 11:23-25), y la insurrección fallida de Jeroboam (1º Reyes 11:26-28). Tampoco supo moderar sus gastos en la construcción del Templo de Jerusalem, palacios, el sostén de un gran ejército de mercenarios, sus caballerizas reales, con unos cuatro mil caballos, y una corte de inmensas dimensiones, como se desprende de las cifras que las Escrituras nos aportan acerca de su harén: “Y tuvo setecientas mujeres reinas y trescientas concubinas; y sus mujeres desviaron su corazón. Y cuando Salomón era ya viejo, sus mujeres inclinaron su corazón tras dioses ajenos, y su corazón no era perfecto con el Señor su Dios, como el corazón de su padre David.” (1º Reyes 11:3-4). El diagnóstico que la Biblia nos da es muy claro al respecto: “Pero el rey Salomón amó, además de la hija de Faraón, a muchas mujeres extranjeras; a las de Moab, a las de Amón, a las de Edom, a las de Sidón, y a las heteas; gentes de las cuales el Señor había dicho a los hijos de Israel: No os llegaréis a ellas, ni ellas se llegarán a vosotros; porque ciertamente harán inclinar vuestros corazones tras sus dioses. A éstas, pues, se juntó Salomón con amor.” (1º Reyes 11:1-2).

Es en esta época, hacia el 940 a.C. cuando podemos fijar la visita de la reina de Sabá, quien se desplazó, en lo que hoy denominaríamos una visita de estado, nada menos que 2.740 kilómetros, desde el sur de Yemen, para comprobar por sí misma aquello de que había sido informada respecto a la grandeza y esplendor de las construcciones de Salomón y, especialmente, su reputación de monarca de incomparable sabiduría. (1º Reyes 10: 1-13; 2º Crónicas 9: 1-12). Unos 410 años después, hacia el 586 a.C., el Templo fue destruido por Nabucodonosor y los babilonios, quienes se llevaron consigo todo el oro y demás utensilios sagrados: “En el mes quinto, a los siete días del mes, siendo el año diecinueve de Nabucodonosor rey de Babilonia, vino a Jerusalem Nabuzaradán, capitán de la guardia, siervo del rey de Babilonia. Y quemó la casa del Señor, y la casa del rey, y todas las casas de Jerusalem; y todas las casas de los príncipes quemó a fuego.” (2º Reyes 25:8-9). Los babilonios demolieron prácticamente el Templo antes de reducirlo a cenizas. Igualmente hicieron con las murallas de la ciudadela, sin dejar, literalmente, piedra sobre piedra. En esa época se pierde el rastro del Arca de la Alianza, y no vuelve a hacerse referencia a ella en las Escrituras. Esto puede deberse a que fuera destruida, o bien porque fuera guardada en secreto. Lo que resulta muy difícil de aceptar es que fuese capturada sin que el Sumo Sacerdote y el resto del clero del Templo ofrecieran resistencia, ni que quedara

constancia alguna al respecto. Estos detalles han inducido a bastantes a pensar que el Arca pudiera estar oculta en las profundidades del Monte Moriá. En los textos apócrifos de Jeremías se registra que fue el propio profeta quien en persona tomó el Arca y la ocultó en una cueva en las afueras de Jersusalem, la cual selló cuidadosamente. En tiempos más recientes algunos, como Graham Hancock, han especulado en torno a este gran misterio bíblico con la teoría de que el Arca del Pacto pudiera haber sido trasladada secretamente por algunos de los sacerdotes fieles hasta Aksum, la antigua capital de Etiopía, con el fin de evitar que cayera en manos de los dirigentes judíos apóstatas.

Esdras sería el edificador del Segundo Templo, conocido en hebreo como “Bait Sheiní”, es decir, “La Segunda Casa”, setenta años después, entre los años 538 y 515 a.C. La rededicación del Segundo Templo tuvo lugar durante el reinado de Darío I, Emperador de Persia, si bien el tratado por el que los judíos fueron autorizados a emprender la reconstrucción del Templo fue concedido por el rey Ciro, quien ascendió al trono en el año 538 a.C.: “Pero en el año primero de Ciro rey de Babilonia, el mismo rey Ciro dio orden para que esta casa de Dios fuese reedificada. También los utensilios de oro y de plata de la casa de Dios, que Nabucodonosor había sacado del templo que estaba en Jerusalem y los había llevado al templo de Babilonia, el rey Ciro los sacó del templo de Babilonia, y fueron entregados a Sesbasar, a quien había puesto por gobernador; y dijo: Toma estos utensilios, vé, y llévalos al templo que está en Jerusalem; y sea reedificada la casa de Dios en su lugar.” (Esdras 5:13-15). La reconstrucción propiamente dicha se inició, pues, en los días del rey Darío. El tiempo transcurrido entre la dedicación del Primer Templo (c. 957 a.C.) y la reconstrucción del Segundo (c. 537 a.C.) fue, según algunas autoridades, de unos 420 años, mientras que otros estudiosos estiman que debieron ser aproximadamente 500 años. Según el Talmud de Babilonia, el Segundo Templo carecía de cinco elementos que estuvieron presentes en el Templo de Salomón: El Arca de la Alianza, el fuego santo, la Shejiná, el Espíritu Santo, y el Urim y Tumim. (Yoma 22b). Durante el período de la dinastía hasmonea –entre los años 152 y 37 a.C.- se construyó una hermosa cámara subterránea de piedra bajo la antigua Casa del Consejo o Sanedrín, en la cual algunos estudiosos creen que se celebraban las reuniones de la masonería operativa de la época, si bien no hay firmes evidencias que apoyen esta teoría. La cámara se conserva hasta el día de hoy, y se halla al lado oeste del Arco de Wilson, junto al Muro Occidental, considerándose uno de los mejores ejemplos arquitectónicos del período helenístico tardío. Muchos judíos ortodoxos en la actualidad creen que aquí pudiera hallarse el Arca de la Alianza, particularmente los integrantes de las sociedades dedicadas a realizar todos los preparativos necesarios para iniciar la construcción del Tercer Templo. A tal efecto, sabemos que varios rabinos acometieron excavaciones en secreto en el año 1981 con el propósito de limpiar los túneles y cámaras existentes bajo el Monte del Templo. Dedicaron 18 meses a tales labores, pero cuando fueron descubiertos por las autoridades israelíes, fueron obligados a interrumpir sus trabajos, especialmente por causa de las fuertes presiones religiosas y políticas del mundo islámico.

Desde la época de Zorobabel hasta los días de Antíoco Epifanes IV, la historia del Templo de Jerusalem no muestra ningún acontecimiento especial. Tras realizar una campaña bélica contra Egipto, de la cual fue obligado por los romanos a retirarse, Antíoco descargó en su regreso toda su furia sobre los hebreos, a quienes encontró a su paso. Este sirio helenizado entró en Jerusalem destruyendo gran parte de la ciudad, la cual entregó a su soldadesca al pillaje, incendiando casas, y asesinando a hombres, mujeres y niños. En el año 169-8 a.C., y como parte de la política helenizante de Antíoco rey de Siria sobre el pueblo de Israel, robó los candelabros del Templo, así como la mesa de los panes de la proposición, el altar de oro y todos los velos y cortinajes. En su desprecio de Israel y su religión, la infamia de este reyezuelo, “Amán” de sus días, llegó a ordenar que se sacrificaran cerdos en el altar en honor de Júpiter. Corría el mes de Diciembre del año 167 a.C. cuando se decretó la oficialidad del culto a Zeus en el Templo de Jerusalem. Antíoco prohibió a los judíos, tanto de la tierra de Israel, denominada “Siria Palestina” por los romanos, como en el resto de los territorios por él dominados, celebrar el Shabat, realizar la circuncisión y cumplir las demás ordenanzas del Señor. En aquellos días fueron muchos los judíos fieles que huyeron para refugiarse en las montañas, entre ellos algunos de los sacerdotes y levitas. Otros, profundamente asimilados por la cultura helenista, se sometieron a los mandatos de este dictador. Sólo unos pocos se atrevieron a desafiar las ordenes de este malvado. Esta es la época del levantamiento y revolución de los Macabeos. Un día, un oficial del rey, llamado Apelles, llegó a la pequeña localidad de Modín, una aldehuela a cinco kilómetros al norte de Jerusalem, y ordenó a los indefensos lugareños que sacrificasen un cerdo en honor de Júpiter. Fue entonces cuando Matatías, el Macabeo, descendiente de Hasmón Matatías, jefe de una familiar sacerdotal fiel al Señor, y alejada de la cultura helenista, mató al primer judío que aceptó la orden de ofrecer el sacrificio inmundos.

Entonces Matatías y sus cinco hermanos se lanzaron contra Apelles y la tropa que lo acompañaba. El grupo de Matatías acabaron con los soldados sirios. Aquella fue la señal para el levantamiento en armas de los hebreos fieles al Señor contra el blasfemo monarca invasor. Poco tiempo después de iniciarse el levantamiento (166 a.C.) moría Matatías, pero su hijo Judá el Macabeo reunió un número bastante considerable de hombres dispuestos a la lucha, y así fue como emprendieron una guerra de guerrillas que se extendió por todas las montañas y los valles de Judea. El lento y pesado ejército regular de Antíoco no pudo mantenerse mucho tiempo frente a las rapidísimas acciones y golpes de mano de los guerrilleros judíos. Sus ataques sorpresa acabaron con el ejército invasor. Destruyeron los altares paganos, ejecutaron a los apóstatas colaboracionistas, y circuncidaron a los niños judíos incircuncisos. La fe en Dios fue la única fuerza de aquellos valientes. Su heroísmo fue más allá de toda posible descripción. Judá el Macabeo atacaba por sorpresa al poderoso ejército del reyzeuelo sirio. Los golpes eran brevísimos, pero de gran contundencia. Cuando el ejército sirio quería reaccionar, ya era demasiado tarde, porque los guerrilleros macabeos ya habían desaparecido ocultándose en los montes de Judea. Judá el Macabeo contaba con una tupida red de información diseminada por todos los pueblos y aldeas. En todo momento estaban informados de los movimientos de las tropas enemigas. Conviene aquí tener presente que las falanges sirias estaban formadas en su mayor parte por soldados mercenarios. La muerte de sus oficiales significaba una gran inseguridad respecto a si seguirían cobrando sus salarios. El espíritu de este ejército profesional no podía compararse con el coraje y la fe de los campesinos y pescadores de las tropas macabeas.

Finalmente, los sirios fueron expulsados de Jerusalem y de toda la tierra de Israel, así como todos los sacerdotes y pueblo infiel, todos los traidores, corruptos y desleales, que habían sucumbido y colaborado con los enemigos. La lucha contra las tropas de Antíoco había durado tres largos años, después de los cuales pudo recuperarse el Templo y rededicarse. Después del proceso de depuración y limpieza, demolieron el altar, contaminado y profanado por el sacrificio de los puercos. Esto acontecía un día 25 del mes de Kislev del año 164 a.C. El nuevo altar fue consagrado al Señor. Pero las piedras del viejo altar profanado significaban un problema para las autoridades del Templo. Eran una reliquia querida, pero, al mismo tiempo, estaban contaminadas por la inmundicia. Los sabios de Israel llegaron a un acuerdo. Las piedras serían arrinconadas hasta la llegada del Mesías. Él sabría qué hacer con ellas. A la luz de este fondo histórico, adquieren más profundo significado algunos pasajes del Nuevo Testamento: “Cuando Jesús terminó de dar instrucciones a sus doce discípulos, se fue de allí a enseñar y a predicar en las ciudades de ellos. Y al oír Juan, en la cárcel, los hechos de Cristo, le envió dos de sus discípulos, para preguntarle: ¿Eres tú aquél que había de venir, o esperaremos a otro? Respondiendo Jesús, les dijo: Id, y haced saber a Juan las cosas que oís y veis. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos son resucitados, y a los pobres es anunciado el evangelio; y bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí.” (Mateo 11:1-6). El otro texto es el que hallamos en el Evangelio según San Juan: “Estaba cerca la pascua de los judíos; y subió Jesús a Jerusalem, y halló en el templo a los que vendían bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas allí sentados. Y haciendo un azote de cuerdas, echó fuera del templo a todos, y las ovejas y los bueyes; y esparció las monedas de los cambistas, y volcó las mesas; y dijo a los que vendían palomas: Quitad de aquí esto, y no hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado. Entonces se acordaron sus discípulos que está escrito: El celo de tu casa me consume. Y los judíos respondieron y le dijeron: ¿Qué señal nos muestras, ya que haces esto? Respondió Jesús y les dijo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. Dijeron luego los judíos: En cuarenta y seis años fue edificado este templo, ¿y tú en tres días lo levantarás? Mas él hablaba del templo de su cuerpo. Por tanto, cuando resucitó de entre los muertos, sus discípulos se acordaron que había dicho esto; y creyeron la Escritura y la palabra que Jesús había dicho.” (Juan 2:13-22).

En aquellos días de los macabeos, y en un recoveco del muro del Templo de Jerusalem, hallaron un pequeño jarro con aceite consagrado, que conservaba el sello del Sumo Sacerdote. Era el aceite que se empleaba para mantener la luz perpetua siempre encendida delante del Señor. No había duda de que se trataba de aceite puro, preparado específicamente para los ritos de consagración. Sin embargo, era una cantidad muy pequeña. Sólo mantendría encendida la luz durante una noche, de modo que no les daría tiempo a los sacerdotes para preparar suficiente aceite para la rededicación del Templo y mantener la luz perpetua encendida. Y aquí es donde se produjo el milagro de “Januká”, “Dedicación”. Aquella ínfima porción de aceite duró para mantener la luz perpetua encendida durante ocho días, lo que les permitió a los sacerdotes disponer del tiempo suficiente para preparar y consagrar todo el aceite necesario. En memoria de aquella milagrosa intervención del Señor, redimiéndoles de sus enemigos, y para conmemorar aquel glorioso evento, se decretó que durante ocho días se encendieran ocho luminarias en cada hogar. Sobre el orden de prender las luces surgieron dos

opiniones dentro de las escuelas talmúdicas. Para Shamai las luminarias deberían encenderse de forma regresiva, es decir, de la octava a la primera, mientras que para la escuela de Hillel habían de prenderse de la primera a la octava, progresivamente. Esta segunda forma fue la adoptada por Israel. De ahí que se comience con el encendido de una luminaria el primer día, dos el segundo, tres el tercero, y así sucesivamente hasta encender las ocho en el octavo día. Israel desarrolló la tradición de la “Janukiá”, el candelero de ocho brazos, en lugar de seis, para prender las luminarias de “Januká”, en un lugar destacado del hogar, preferentemente cerca de una ventana, pues el propósito es divulgar el milagro y testificar que el “Dios que intervino antaño, es el mismo Dios que cuida de su pueblo hogafío.”

Es interesante conocer la explicación de las razones de las dos escuelas talmúdicas. A tal efecto hemos de comenzar por considerar que las luces de Januká encierran en sí mismas el símbolo de dos concepciones fundamentales, como son el “fuego” y la “luz”. El primero es emblema de la destrucción y aniquilamiento del mal, por cuanto el fuego quema y destruye. Conviene aquí tener presente que cuando leemos en Deuteronomio 21:21: “así quitarás el mal de en medio de ti”, el original hebreo para el verbo castellano “quitar” es “Ba’ar”, es decir, “arder”, “encender”, “incendiar”, “quemar”, “extirpar y arrasar por medio del fuego”. El segundo concepto, la “luz”, es figura del Santo Espíritu de Dios y de su Palabra, que anhela, como la luz, penetrar en todos los miembros del ser humano, y en todos los miembros de la humanidad. Por eso fue elegido el prender las luminarias de Januká para conmemorar la victoria de los macabeos y de los sacerdotes hasmoneos sobre los paganos ídólatras, por cuanto el fuego y la luz representan los poderes del Señor en los corazones de sus hijos e hijas, en aquellos días turbulentos y por siempre, hasta la venida del Mesías. De ahí que las dos escuelas talmúdicas destacaran cada una de ellas uno de los dos conceptos implícitos. Para Shamai, el énfasis de la celebración debería ser el fuego que elimina las fuerzas del mal, mientras que para la escuela de Hillel debería ser la luz que alumbraba el entendimiento y rechaza toda oscuridad, lo cual debe estimularnos e inducirnos a mantener alta nuestra luz, hasta el día en que la verdadera Luz ilumine toda la tierra, y los corazones de todos los hombres, y cubra todas las tinieblas y sus signos de muerte. Lo verdaderamente importante, pues, es que conservemos en el interior de nuestro “muro” ese frasco de aceite puro, intacto, no contaminado, con el sello de nuestro Gran Sumo Sacerdote, Cristo Jesús, mientras aguardamos la esperanza bienaventurada de su Segunda Venida en poder y gran gloria, para ver el resplandor de la Redención final y definitiva. Como dice el Talmud: “Si este infame te ataca (el instinto del mal), atráelo a la Casa de Estudio.” (Kidushin 30b). Con razón dijeron los sabios antiguos que el estudio es siempre más que la suma de las porciones estudiadas. El proceso de estudiar la Palabra del Señor es mucho más que la búsqueda de información, por legítima que sea. El objetivo final no es el conocimiento, por importante que éste sea, sino dejar que el pensamiento divino, su luz admirable, penetre en todo nuestro ser, para después irradiarla a nuestro alrededor, andando en los mandamientos y preceptos del Señor, de tal manera que los hombres experimenten las bendiciones del Amado y glorifiquen a Dios en su corazones. En ese mismo sentido se expresa nuestro bendito Maestro: “Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. Ni se enciende la luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbraba a todos los que están en casa. Así alumbrad vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.” (Mateo 5:14-16). En este, como en otros casos, los sabios antiguos consideraron que la escuela de Hillel era la más acertada, y de ahí que el concepto de la luz haya predominado en todo lo referente a la celebración de Januká.

En el sencillo ritual del encendido de la “Janukiá” hay mucha enseñanza: Se toma la luz del “Shamash”, la luminaria central, cuyo nombre significa “siervo”, y así se van prendiendo todas las velas o candelas de los ocho brazos de la lámpara. Mientras se sostiene la luz de servicio, el “Shamash”, figura espléndida de nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo, se pronuncia la siguiente bendición: “Bendito eres tú, Señor, nuestro Dios, Rey del universo, que nos has santificado con tus preceptos, y nos has ordenado encender las luces de Januká.” La segunda bendición reza así: “Bendito eres tú, Señor nuestro Dios, Rey del mundo, que hiciste milagros a nuestros antepasados en aquellos días, en este aniversario.” Y la tercera de las bendiciones dice así: “Bendito eres tú, Señor nuestro Dios, Rey del universo, que nos has otorgado la vida y subsistencia, y nos has permitido llegar a la presente ocasión.” A continuación se recita o canta el Salmo 30, entonado en la dedicación del Templo de Jerusalem, aquel distante 25 de Kislev del año 164 a.C. Así se enciende la primera vela o candela en la primera noche de Januká, procediéndose a prender dos en la segunda, tres en la tercera, y de ese modo progresivamente hasta encender las ocho luces en el último día de la celebración. En torno a este

acto del prendido hay muchas tradiciones en las diversas comunidades judías. Lo más frecuente es el canto del himno titulado “Hanerat Halalu...”, “Estas luces...”, y el denominado “Maoz Tsur”, cánticos que expresan la inmensa gratitud del pueblo hebreo al Señor Bendito por haber intervenido poderosamente a favor de sus hijos. El Rezo de “Shmoné Esré”, “Amidá”, es la bendición especial con que se concluyen las comidas en esta época del año. En la sinagoga, y durante el culto matutino, se entona el “Halel”. El folclore de Januká es riquísimo, y, naturalmente, muy variado de una comunidad a otra. Además, Januká es tiempo de intercambiar regalos y de dedicar ofrendas para los necesitados. En el campo musical, tenemos un extraordinario ejemplo en el “Oratorio de Judá el Macabeo”, de Haendel, compuesto en el año 1747, y dedicado a la enconada luchas que sostuvieron los Macabeos por la independencia de la tierra de Israel. Como es de esperar, abundan en Januká los platos culinarios especiales, y multitud de “Janukiot” lucen en los edificios públicos del moderno Estado de Israel. El arte ha tomado la figura del candelero para desarrollarlo en multitud de formas, tamaños, composiciones y colores, y ha producido creaciones artísticas de gran belleza, elaboradas con los más variados motivos imaginables tomados de la flora y de la fauna de la tierra de Israel, con escenas de la historia bíblica y las más hermosas formas geométricas.

El hermoso canto de la “Havdalá” no puede faltar en la celebración de la festividad de Januká:

“Para el pueblo de Dios fue luz, gozo y regocijo. Vaso de salvación alzaré y en nombre del Eterno invocaré. Ruego, oh Eterno, sálvanos; ruego, oh Eterno, escápanos; haznos prosperar, haz prosperar nuestro camino, haz prosperar nuestro estudio, y envíanos la bendición, la ganancia, la prosperidad, en todos los trabajos de nuestras manos, como así está escrito: “Reciba la bendición del Eterno y la dádiva del Dios de su salvación.” Y también está escrito: “Y sembró Isaac en aquella tierra; y encontró en aquel año cien ciudades, y lo bendijo el Eterno.” Así nos bendiga. Y está escrito: “Y David prosperaba en todos sus caminos porque el Eterno estaba con él.” Así lo esté con nosotros para siempre.”

Después de todas las bendiciones de la Januká, se recitan las siguientes palabras:

“Estas luces nosotros las encendemos por los milagros, y las salvaciones y las maravillas que hiciste a nuestros padres por medio de nuestros santos sacerdotes. Y durante estos ocho días de Januká, estas luminarias son sagradas, y no podemos utilizarlas, sino contemplarlas solamente, para agradecerte tus milagros, tus maravillas y tus salvaciones.”

No es sorprendente que los primeros cristianos vieran una relación muy íntima entre la festividad de Januká, la dedicación del Templo de Jerusalem, y la conmemoración del día del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo. El Templo de piedra había sido destruido, pero el verdadero Templo de Dios con los hombres, Jesús de Nazaret, el Templo no hecho con manos humanas, había resucitado y ahora era indestructible y glorioso.

Judas Macabeo reforzó las murallas de la Casa, elevando los muros y las torres, convirtiéndole en una verdadera ciudadela inespugnable. Antíoco V procedería a demolerlas, pero Jonatán Macabeo las restauró. (Flavio Josefo, “Antigüedades de los Judíos”, 13:5). Simón Macabeo las reforzó todavía más, y en el año 165 a.C., cuando se rededicó el Templo, se ornamentó su fachada principal con coronas y escudos de oro. (1º Macabeos 4:57; 13:52).

En el año 20-19 a.C. de su reinado, Herodes el Grande, fundador de la dinastía que lleva su nombre, y fiel vasallo de Roma, llevó a cabo una remodelación y embellecimiento del edificio del Templo y sus instalaciones, con una resultante ampliación a dos veces su tamaño anterior, sin por ello modificar su plan original. Como zorro oportunista, Herodes se había pasado al partido del César de Roma tras la batalla de Aktium (31 a.C.). El monarca romano le recompensó otorgándole el título de rey de Judea, y de esta manera la corona de Judá pasó a manos de un idumeo, hijo de madre nabatea, sin ninguna relación ni étnica ni religiosa con el pueblo judío.

Herodes, como muchos otros déspotas y dictadores de todos los tiempos, fue un megalómano arquitectónico. Levantó una gran cadena de fortificaciones a lo largo del Jordán, tales como Másada, Alexandrium, Herodium y Maqueronte; fundó una nueva ciudad portuaria, a la que denominó Cesarea, en honor al emperador; amplió y embelleció varias ciudades, tales como Jericó y Samaria, cambiando el nombre de esta

última por “Sebaste” en honor de Augusto, y fortificó las murallas deterioradas de varias ciudades, como Hebrón y Mambré.

En medio de su política de crueldad y tiranía, acometió la remodelación del Templo de Jerusalem, su obra cumbre, construyendo un gran patio cuadrado apoticado, especialmente bello al sur del recinto, dotado de cuatro hileras de columnas corintias en mármol blanco, y una serie de edificaciones auxiliares para el personal y de establos para los animales. El número total de columnas era de ciento sesenta y dos. A este conjunto añadió un fuerte y reconstruyó también una torre que denominó “Antonia”, en honor de Marco Antonio, y que ya existía desde los días de Nehemías. Según Josefo, la torre se comunicaba con el Templo por medio de un pasadizo secreto. (“Antigüedades de los Judíos”, 15:11). Por esta, y por otras obras de menor magnitud, es evidente que Herodes participaba de la pasión por los monumentos y grandes construcciones, al igual que la mayoría de los monarcas de su tiempo.

Con anterioridad a la reconstrucción y las obras de embellecimiento del Templo de Jerusalem, ya había reconstruido y adornado muchos otros templos paganos, así como un buen número de ciudades. Era lógico, pues, que el Templo de la capital del reino recibiera un trato cuando menos semejante. Sin embargo, muchos hebreos se sintieron profundamente dolidos al ver que las viejas y deterioradas edificaciones del Templo eran demolidas. Muchos debieron temer que lo destruido nunca sería reconstruido. Herodes trató de convencer al pueblo de lo contrario ordenando que se acumulasen todos los materiales necesarios para la obra de reconstrucción antes de que se procediera a demoler lo viejo. Las obras de reconstrucción del Templo, propiamente dicho, se efectuaron a gran velocidad, completándose en un año y medio. Una auténtica marca para las técnicas de construcción de aquellos días. Pero la reconstrucción de los edificios exteriores y demás dependencias continuaron más lentamente durante el curso de los años siguientes. Según el Evangelio de Juan 2:20, fueron 46 años los que ocupó la realización del trabajo de reedificación, si bien las obras de ornamentación y ulteriores refinamientos prosiguieron hasta un total de 80 años, concretamente hasta el mandato del procurador Albino (62-64 d.C.). Por Flavio Josefo sabemos también que como sólo los sacerdotes podían penetrar en el Templo, Herodes empleó a mil de ellos en las labores de albañilería y carpintería. El edificio reconstruido tenía las mismas dimensiones del de Salomón. La ampliación se llevó a cabo en el recinto exterior y los edificios auxiliares, donde también se guardaban los utensilios del Templo y las vestiduras sacerdotales. A tal efecto, fue necesario ampliar la superficie artificialmente, reduciendo las pendientes del monte. El inmenso esfuerzo económico realizado por Herodes respondió también a un intento fallido por ganarse la simpatía del pueblo hebreo. Muchos viajeros y autores de la época hablan de la magnífica construcción en piedra blanca, adornada de oro y cubierta con una impresionante techumbre de madera de cedro. El acceso se efectuaba a través de cuatro grandes puentes y siete magníficas puertas.

Herodes supo ganarse el favor de Roma, pero fracasó en su intento por hacerse un lugar en el corazón del pueblo judío. Por eso fue que el imperio aceptó su testamento, por el cual Herodes repartió su reino entre sus tres hijos: Arquelao, de su matrimonio con Maltake, con el título de “etnarca”, con dominio sobre Judea, Idumea y Samaria; Herodes Antipas, hermano de Arquelao, y Filipo (Felipe), de su matrimonio con Cleopatra, con el título de “tetrarcas”, recibieron la jurisdicción sobre Galilea y Perea, y Traconítide, Batías y Auranítides, respectivamente. Esta repartición, con la que la tierra de Israel quedaba descuartizada, no agradó al pueblo judío, lo cual produjo un aumento notable del odio hacia los romanos invasores. Los resultados pronto se dejaron ver. Tras diez años de descontento popular, César tuvo que deponer de su cargo a Arquelao, exiliándole a las Galias. Este cambio dio pie a Roma a convertir a Judea en provincia romana, bajo la supervisión de un procurador imperial, con sede en Cesarea.

Respecto a Herodes Antipas (4 a.C. – 39 d.C.), siguió el ejemplo de su padre, procuró y logró el favor de los romanos construyendo una nueva ciudad a orillas del Mar de Galilea, la cual llamó Tiberias, en honor del emperador Tiberio, y otra, Lysias, en honor a la esposa de Augusto y madre de Tiberio. Herodes Antipas se casó con Herodías, hija de Aristóbulo, asesinado por Herodes I, y aquel fue el elemento desencadenante de su desgracia. Herodías estaba casada con su hermanastro Herodes. Accedió a dársela por esposa con la condición de que Herodes Antipas expulsase a su primera esposa, la hija del rey nabateo Aretas IV. Naturalmente, este cambalache produjo un serio conflicto con el reino nabateo. Roma tuvo que intervenir con el fin de evitar un enfrentamiento armado. Hallamos una referencia a esta situación en el Evangelio según San Mateo, donde se nos presenta a Herodías, instruida por su madre, pidiendo la cabeza de Juan el Bautista, quien recriminaba a Herodes Antipas su ilegítima unión matrimonial:

“Herodes había prendido a Juan, y le había encadenado y metido en la cárcel, por causa de Herodías, mujer de Felipe su hermano; porque Juan le decía: No te es lícito tenerla. Y Herodes quería matarle, pero temía al pueblo; porque tenían a Juan por profeta. Pero cuando se celebraba el cumpleaños de Herodes, la hija de Herodías danzó en medio, y agradó a Herodes, por lo cual éste le prometió con juramento darle todo lo que pidiese. Ella, instruida primero por su madre, dijo: Dame aquí en un plato la cabeza de Juan el Bautista. Entonces el rey se entristeció; pero a causa del juramento, y de los que estaban con él a la mesa, mandó que se la diesen, y ordenó decapitar a Juan en la cárcel. Y fue traída su cabeza en un plato, y dada a la muchacha; y ella la presentó a su madre. Entonces llegaron sus discípulos, y tomaron el cuerpo y lo enterraron; y fueron y dieron las nuevas a Jesús.” (Mateo 14:3-12).

Respecto al tercero de los hijos de Herodes el Grande, Filipo, la historia nos enseña que fue el menos conflictivo de esta maquiavélica familia. Falleció en el año 34 d.C. Al no tener herederos, el territorio bajo su jurisdicción pasó a formar parte de la provincia romana de Siria. Tres años después de su muerte, el territorio en cuestión fue dado por Roma a Agripa, un nieto de Herodes, con la dignidad de rey. Después de la deposición de Herodes Antipas (39 d.C.), Galilea y Perea pasaron a formar parte del territorio bajo Agripa, y en el 41 d.C., tras el asesinato de Calígula, se incorporaron a sus dominios los territorios de Judea, Samaria e Idumea. Al fallecer Agripa, en el 44 d.C., todos los territorios acumulados pasaron a depender, con la denominación general de Judea, directamente de Roma, bajo la supervisión de un procurador imperial.

Pero volvamos al Templo. El historiador Flavio Josefo, en su obra “Antigüedades de los Judíos” aporta una meticulosa descripción de primera mano del Segundo Templo. Otra fuente al respecto es la información que nos llega en el tratado Midot, en la Mishná. Existen algunas discrepancias entre las dimensiones que nos llegan en estas dos fuentes. Según la Mishná, en el tratado Midot (2:1) el Templo tenía una circunferencia de 500 por 500 codos, mientras que según Flavio Josefo las dimensiones del Templo eran de cuatro estadios. (“Antigüedades de los Judíos”, XV. 400). Después de la ampliación realizada por orden de Herodes el Grande, nos dice Josefo que la circunferencia del recinto llegó a medir seis estadios. (“Guerras de los Judíos”, V. 192). Según Midot, sólo había una puerta de acceso en la muralla occidental, mientras que Josefo nos da la descripción detallada de nada menos que cuatro puertas. (“Antigüedades de los Judíos XV. 11). Probablemente, una de ellas se encontraba en el ángulo suroeste y conducía a la ciudad alta, donde todavía puede apreciarse parte del arco de Robinson. Este puente, demolido por Pompeyo, sería después reconstruido, de lo cual dan evidencia sus restos en la muralla moderna. Josefo habla también de otras dos puertas, probablemente las que en la Mishná se denominan “Puertas de Hulda”, ocultas hoy bajo la estructura de la muralla actual, y denominadas así en honor de la profetisa del mismo nombre, que predicaba desde aquel lugar. Efectivamente, la arqueología ha hallado cuatro puertas, lo que a todos los estudiosos induce a considerar la fuente de Flavio Josefo como mucho más fiable. Muy probablemente se deban estas discrepancias a que, mientras que Josefo fue testigo presencial y conocedor de primera mano del Templo herodiano, el tratado Midot fue redactado después de la destrucción del mismo en el año 70 d.C. Sin embargo, también existe la posibilidad de que realmente no sean tan importantes las discrepancias entre ambas fuentes, sino que más bien se trate de información complementaria. Y la razón pudiera ser que al hablar del Templo no estén ambos, Josefo y el tratado midráshico, refiriéndose a lo mismo. Podría ser que sólo el recinto del Templo anterior a las obras realizadas por Herodes fuera considerado “Templo”, propiamente dicho, mientras que la extensión del recinto fruto de la ampliación herodiana fuera considerado indigna de tenerse por “sagrada”. Josefo reconoce que el recinto del Templo fue originalmente cuadrado, aunque su medida de un estadio, 365 codos, no alcanzaría la medición de 500 codos que nos da la Mishná. Esto significaría que Josefo se concentró en el Templo herodiano, mientras que el tratado Midot tiene en consideración solamente el Templo anterior a las obras de Herodes, cuya ampliación no debió ser aceptada como terreno sagrado en varios círculos religiosos judíos, entre los cuales estaban los redactores de este tratado midráshico. Las fuentes talmúdicas nos hablan también de la puerta oriental, llamada “Shushan”, porque estaba decorada con un modelo de la ciudad de Susa, capital del reino de Persia, en reconocimiento de la autorización concedida a los hebreos para reconstruir el Templo. El acceso por el lado norte era a través de la puerta denominada “Tadi”, “Oscuridad”, y que podían utilizar aquellos que se hallaban ceremonialmente impuros, así como por quienes estaban en período de duelo mortuorio, por lo cual se distinguía de las demás puertas, para mostrar su especial naturaleza, por no tener dintel y ser de forma triangular. Al oeste se abría la puerta llamada “Kíponus”, “Enramada del jardín”, por cuanto la tradición afirmaba que en este lugar se hallaba el huerto o jardín donde Josué plantó las hierbas con las que se fabricaba el incienso. Sugerimos a los viajeros a la tierra de Israel que no olviden hacer una visita a la extraordinaria y detalladísima maqueta del Templo y la

Jerusalem de los días de Herodes, realizada por el profesor Mijael Avi-Yona, y basada en las dimensiones registradas en el tratado “Midot” de la Mishná, que se halla situada dentro del recinto del Hotel Holyland, en el barrio Bait Vagán, de la ciudad moderna de Jerusalem.

La creación de la provincia romana de Judea produjo un aumento todavía mayor de odio hacia el imperio. El procurador Felix (52-60 d.C.), quien ordenó ejecutar al Sumo Sacerdote Jonatás por acusarle de no saber gobernar el país, fue uno de los personajes más odiados. Por Flavio Josefo sabemos de los innumerables desmanes, abusos de poder, crímenes y demás corrupciones de aquellos años. Es en esos días cuando se constituye el partido de los celotes, dentro de los cuales comienza a actuar una fracción extrema conocida por los “sicarios”, del latín “sicca”, “puñal”, con el que, escondido entre sus ropas, se dedican a asesinar a los romanos.

Cuando sobreviene la rebelión de los judíos contra el romano invasor, Nerón encarga al general Vespasiano que someta la provincia de Judea y restablezca la paz. Estamos en el 66-67 d.C. El general romano comienza su campaña por tierras de Galilea, con el propósito de avanzar hacia Jerusalem. No se apresura demasiado porque es conocedor de que dentro de Jerusalem se libra una guerra civil entre los judíos moderados y los extremistas celotes y sus seguidores, lo que aprovecha para que se produzca un mayor desgaste entre sus enemigos. Tras iniciar el sitio de Jerusalem, Vespasiano deja al mando de las legiones romanas a su hijo Tito. Vespasiano parte para Roma. El trono está vacío y todo apunta hacia su nombramiento como emperador.

El Templo de Jerusalem, la “Segunda Casa”, permanecería en pie hasta que las legiones romanas mandadas por Tito la destruyeron en el año 3828 (69-70 d.C.). El levantamiento judío contra el romano invasor fue terriblemente sangriento. Tito logró penetrar en la ciudad en el mes de Julio del 70 d.C. Un mes después, accedía al recinto del Templo. Tito restableció el orden al coste de un increíble derramamiento de sangre. Las tropas romanas acometieron la destrucción e incendio del Templo de Jerusalem, a pesar de que el emperador había dado órdenes precisas de que fuese respetado. Del historiador Flavio Josefo nos ha llegado un relato minuciosamente detallado de estos acontecimientos. La experiencia de Josefo, judío romanizado, con formación como militar y diplomático, le condujo a actuar como mediador entre Roma y los judíos rebeldes. Providencialmente, a Josefo se le permitió sacar todos los rollos sagrados del Templo antes de su destrucción. Y aunque estos documentos se perdieron, al menos Flavio Josefo pudo emplearlos para redactar con autoridad y precisión sus obras principales de historia antigua del pueblo de Israel. La destrucción de Jerusalem y el Templo marcaría la terminación de la guerra de supervivencia frente a la opresión romana que había comenzado en el año 66 d.C.

Sin embargo, el pueblo judío, entrenado a recuperarse en sus exilios y diásporas, pronto restablecieron la vida de Jerusalem y sus alrededores. La destrucción no había sido total. De hecho, muchas ciudades no habían sido dañadas por haberse rendido sin resistencia a las huestes imperiales. Pronto construirían los romanos un templo pagano sobre las ruinas de la “Casa de Santidad”. Publio Elio, mejor conocido como Adriano, sería quien fundara en Jerusalem una ciudad totalmente romanizada, bajo el nombre de Aelia Capitolina. En el recinto de la “Casa de Santidad” mandaría levantar un templo a Zeus. Prohibió la práctica de la circuncisión y la observancia de las fiestas del Señor. A los judíos sólo les permitiría la entrada a Jerusalem un día al año. Esto provocaría un segundo levantamiento judío, en este caso de naturaleza eminentemente religiosa. El jefe de la revolución fue Bar Kokba, “El Hijo de la Estrella”, a quien muchos, según nos relata Flavio Josefo, tenían por “Mesías”. La guerra contra los romanos duraría cuatro largos y penosos años. Los romanos fueron expulsados. Pero Roma volvió dispuesta a recuperar el territorio perdido. Esta segunda represión romana sería mucho más sangrienta que la anterior. El general Julius Severus fue el encargado de someter a los rebeldes judíos. En el año 135 d.C. cae de nuevo Jerusalem en manos de Roma. Dio Cassius narra los hechos acaecidos y da la cifra de quinientos ochenta mil judíos muertos. A partir de aquel momento se prohibiría a todo judío habitar en Jerusalem. Sin embargo, esto no significa que desapareciera la población hebrea de la tierra de Israel. Se formaron muchas poblaciones israelitas a lo largo de la costa, en el valle del Jordán y en buena parte de Galilea, dedicadas principalmente a la agricultura, pero también dotadas de un importante contingente de artesanos y comerciantes. Por el “Onomasticón” de Eusebio de Cesarea sabemos que se formaron muchas poblaciones judías en la tierra de Israel. Después, durante el período romano-bizantino, el templo dedicado a Zeus se convertiría en una iglesia cristiana. Para entonces, el número de poblaciones judías ascendía a trescientas setenta y tres. Docientas cinco de ellas en Galilea, ciento una en Judea y sesenta y siete en Transjordania y la franja costera. Durante el período bizantino se levantó la prohibición a los judíos de

residir en Jerusalem. Esta época sería el momento en que se recopilaría el material fundamental de la Mishná y de toda la literatura rabínica posterior. Esta es también la época en que judíos y cristianos convivieron en paz en la tierra de Israel. Pero todo cambiaría a partir del momento en que el emperador Constantino el Grande declarara el cristianismo como religión oficial del imperio romano. La derrota de Licino frente a Constantino, el 18 de septiembre del 324 d.C., significaba que la tierra de Israel, conocida ya por la designación romana de Siria Palestina, quedaba bajo el poder de la iglesia cristiana imperial constantiniana. El resultado de la estatalización de la iglesia convertiría a los judíos en enemigos del estado. Luego se producirían las conversiones forzadas y toda una larga cadena de miserias e ignominias.

En el 355 d.C. se produjo un atisbo de esperanza para los judíos ante el nombramiento de Julián al trono. Nos referimos a “Julián el Apóstata”, quien se nombraría máximo pontífice de una iglesia neoplatónica opuesta a la unión del estado y la iglesia. El nuevo emperador promete a una delegación judía, en el año 362 d.C., en Antioquía, que acometerá la reconstrucción del Templo de Jerusalem. Y, efectivamente, frente a la gran oposición de los cristianos imperiales, en el 363 d.C. comienzan las obras de reconstrucción. El emperador aporta una cantidad enorme de dinero, materiales y toda clase de artífices para ejecutar la magna empresa. Sin embargo, todo se vino abajo al poco tiempo de emprender la labor. El día 27 de mayo del mismo año se interrumpen las obras por causa de un terremoto, que, naturalmente, los cristianos interpretan se trata de una señal del cielo. El emperador se encuentra en ese momento en guerra contra el imperio persa. El día 16 de junio de aquel mismo año Julián cae muerto en la lid. La reconstrucción del Templo de Jerusalem pasa al olvido.

Después llegan las leyes antijudías promulgadas por los emperadores cristianos. Teodosio II prohíbe bajo pena de muerte que los judíos compartan su fe y sus enseñanzas. También excluye a los hebreos toda posibilidad de alcanzar posiciones oficiales. La lista sería interminable, aunque sólo diéramos una breve referencia a las atrocidades y marginaciones contra los judíos en aquellos días de la decadencia del imperio. Hemos de mencionar, sin embargo, el caso del más terrible de los emperadores “cristianos”. Se trata de Justiniano. Entre otras aberraciones, prohibió la celebración de la Pascua, siempre que cayera antes de la festividad cristiana del mismo nombre. Impuso el bautismo obligatoriamente a todos, judíos y gentiles. Prohibió abrir sinagogas. Sentó las bases para todas las persecuciones posteriores.

En el año 603 d.C. los ejércitos del impresionante imperio persa vencían a Roma. En el 606 conquistaron Siria. En el 612, Asia Menor caía en sus manos. En el 614, tras un asedio de catorce días, conquistaban Jerusalem, con ayuda de voluntarios judíos entre las tropas persas. Aquella nueva situación de la tierra de Israel duró solamente quince años. En el año 628, el emperador Heraclio recuperaba Jerusalem para el imperio bizantino. El emperador no tomó ninguna represalia para con los judíos, probablemente porque su número y condiciones no les convertían en peligrosos para la estabilidad del imperio. En el 622 Heraclio inició una gran ofensiva contra el imperio persa. Aquel fue el momento en que Mahoma huyó de la Meca hacia Medina. Pronto se convertiría el Islam en el poder que reemplazaría a los cristianos de la tierra de Israel. En el año 636 se produciría la victoria de Yarmuk sobre el ejército bizantino. Luego se produciría la invasión árabe, en el siglo VII, cuando acontecieron las matanzas del año 638 d.C., bajo el mandato del califa Umar el-Sharif, unos 16 años después de la fundación de la religión musulmana por Mahoma (Mohammed Ibn Abdullah, 570-632 d.C.). Hacia el año 691, el Califa Abdul Malik hizo limpiar toda la esplanada de la ciudadela, y ordenó la construcción de la mezquita de Sakhra, justamente al lado del lugar donde estuviera el Templo de Salomón. Algunos años después, se edificaría la mezquita de Al Aksa frente a la de Sakhra. Y así llegamos a nuestros días, cuando sobre parte de la colina que ocupara el Templo se hallan la mezquita de Al-Aksa y el Domo de la Roca, como popularmente se conoce la mezquita de Omar.

La destrucción del Segundo Templo y la derrota del levantamiento judío contra Roma produjeron una devastadora crisis de fe entre el pueblo de Israel. Hubo una enorme pérdida de vidas. Del Templo no quedó piedra sobre piedra. Fue arrasado totalmente. Hubieron de pasar cien años para que se recogiera una nueva cosecha de los olivos. Muchos miles de judíos fueron vendidos como esclavos, y el triunfo de Roma supuso que muchos se preguntaran dónde estaba Dios en medio de aquel auténtico desastre. Con la pérdida del Templo de Jerusalem, y de no haber sido por la existencia de las sinagogas, la religión templo-centrista hubiera significado el fin de la fe de Israel. Sin embargo, los rabinos enfatizaron la enseñanza de las Escrituras. Las oraciones y las Casas de Estudio reemplazaron y en algún grado compensaron la desaparición de la Casa de Santidad y los sacrificios rituales.

Echemos ahora una mirada retrospectiva para recordar que poco después de la liberación de las tribus hebreas de debajo de la garra opresora egipcia, el Señor ordenó a los israelitas que levantaran un Tabernáculo en el desierto. El término "Tabernáculo" es la traducción castellana del hebreo "Mishkán", una voz que conlleva el sentido de "habitar entre". El Tabernáculo marca la disposición que después heredaría el Templo de Jerusalem. Contenía dos secciones fundamentales: Primeramente "Hakodesh", el "Lugar Santo", donde estaba emplazado el Altar del Incienso, la Menorá de oro, y una Mesa para la exposición de los panes, y detrás del "Parojét", el velo separador, estaba el "Kodesh Hakodashim", literalmente "El Más Santo", que generalmente conocemos en castellano como "Lugar Santísimo", del latín "Sanctasanctorum", donde se hallaba el Arca de la Alianza. Los sabios antiguos de Israel discreparon en cuanto al momento en que Dios ordenó la construcción del Tabernáculo. Unos afirmaron que fue después de que el pueblo cometiera el pecado de la construcción y adoración del becerro de oro, y otros afirmaron que fue antes de esta caída. Pero lo verdaderamente sorprendente es considerar las palabras del Señor a Moisés en el libro del Exodo: "Y harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos". (Exodo 25:8).

El Señor no ordena la edificación del Tabernáculo para habitar "dentro de él", sino "en medio de ellos." Este es un signo distintivo de primerísima importancia en las Sagradas Escrituras. Así es como podemos comprender mucho mejor el sentido de las palabras de Pablo en su discurso en el Areópago de Atenas:

"El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas, ni es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo; pues él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas." (Hechos 17:24-25).

Es evidente que el Santuario y después del Templo no fueron diseñados por el Bendito para habitar dentro de ellos, sino para suscitar la santidad del pueblo, por cuanto el Señor primordialmente desea morar en los corazones de sus hijos e hijas. Las palabras inspiradas de Salomón ante el altar del Señor, en presencia de toda la congregación de Israel, en el día de la dedicación de la Casa al Nombre del Eterno, son muy clarificadoras:

"Mas, ¿es verdad que Dios habitará con el hombre en la tierra? He aquí, los cielos y los cielos de los cielos no te pueden contener, ¿cuánto menos esta casa que he edificado? Mas tú mirarás a la oración de tu siervo, y a su ruego, oh Señor Dios mío, para oír el clamor y la oración con que tu siervo ora delante de ti. Que tus ojos estén abiertos sobre esta casa de día y de noche, sobre el lugar del cual dijiste: Mi nombre estará allí; que oigas la oración con que tu siervo ora en este lugar." (2ª Crónicas 6:18-20).

El Señor le entrega a Moisés un modelo para la construcción del Tabernáculo, y después del Templo. Dios propone al hombre que trabaje. Las instrucciones para la edificación de la Casa no son diferentes a las palabras con las que el Eterno le pide al hombre que trabaje la tierra. En Génesis leemos: "Y les bendijo Dios, y les dijo: Fructificad, multiplicaos; llenad la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra."

Los verbos "kabash", "sojuzgar", "someter", "conquistar" y "radá", "dominar", "tener dominio", no tienen el sentido de "aplastar", sino de "tomar posesión de la tierra". Concretamente "kabash" significa literalmente "poner el pie sobre un lugar", y "radá" literalmente es "dirigir", "conducir", "pastorear". De ahí que la construcción del Santuario o del Templo según un modelo superior es trabajar hasta hacer de esta tierra un lugar donde Dios puede vivir. Dios modelando al hombre de la arcilla del suelo, encomendándole que sea el lugarteniente en esta tierra poniendo el pie sobre ella y pastoreando a toda la creación y ordenándole que construya un Tabernáculo, son una misma cosa. Esa es la enseñanza del apóstol Pablo en su carta a los Corintios: "Así, pues, ténganos los hombres por servidores de Cristo, y administradores de los misterios de Dios. Ahora bien, se requiere de los administradores, que cada uno sea hallado fiel." (1ª Corintios 4:1-2).

La importancia del Tabernáculo se desprende de la extensión del texto dedicado al mismo. Casi la totalidad de la segunda parte del libro del Exodo trata del santuario, con una descripción detalladísima del Arca del Testimonio, la mesa del pan de la proposición, el candelero de oro, el altar de bronce, el del incienso, el aceite para las lámparas, el atrio, las vestiduras sacerdotales, las ofrendas, y la consagración de los sacerdotes. La meticulosidad en la descripción nos habla de la importancia del Tabernáculo. De ahí que algunos sabios de Israel hayan hablado del Santuario como de un verdadero microcosmos de la creación, en cuyas acciones simbólicas el hombre se expone a la voluntad del Dios que busca que sus hijos se dediquen a elevar sus

corazones y santificar la creación, ante la cual el Señor constituye al hombre como lugarteniente suyo. De ahí se desprende que la Casa de la Santidad fuese para todos los pueblos, con Israel al frente.

En los días de Jesús, el atrio de los gentiles de entre los pueblos había sido invadido por mercaderes. El etnocentrismo religioso había hecho que los dirigentes de Israel olvidaran el sentido universal de la Casa: "Y también al extranjero que no fuere de tu pueblo Israel, que hubiere venido de lejanas tierras a causa de tu gran nombre y de tu mano poderosa, y de tu brazo extendido, si viniere y orare hacia esta casa, tú oirás desde los cielos, desde el lugar de tu morada, y harás conforme a todas las cosas por las cuales hubiere clamado a ti el extranjero; para que todos los pueblos de la tierra conozcan tu nombre, y te teman así como tu pueblo Israel, y sepan que tu nombre es invocado sobre esta casa que yo he edificado." (2º Crónicas 6:32-33). Para el Maestro, el atrio de los gentiles es parte integrante del Templo, del recinto sagrado. Su indignación es más que evidente:

"Y entró Jesús en el templo de Dios, y echó fuera a todos los que vendían y compraban en el templo, y volcó las mesas de los cambistas, y las sillas de los que vendían palomas; y les dijo: Escrito está: Mi casa, casa de oración será llamada; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones. Y vinieron a él en el templo ciegos y cojos, y los sanó." (Mateo 21:12-14). (Ver también Isaías 56:7; Marcos 11:17; Lucas 19:46).

Es evidente que para Jesús, el Templo no es lo que semejante término implica en su sentido religioso, sino "Casa de Santidad para todos los pueblos.": "Y (Jesús) les enseñaba, diciendo ¿No está escrito: Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones?" (Marcos 11:17).

Aquí tenemos una clave de suma importancia para nuestra vida por la fe. Se trata del sentido de la oración que se desprende del propio nombre del Templo de Jerusalem como "Casa de Oración". Tenemos que comenzar por aproximarnos a una difícil enseñanza talmúdica: "Rabí Yojanan preguntó en nombre de Rabí Yosi ben Zimra: ¿Cómo sabemos que Dios ora? Porque está escrito: "Yo los llevaré a mi santo monte, y los recrearé en mi casa de oración; sus holocaustos y sus sacrificios serán aceptos sobre mi altar; porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos." (Isaías 56:7). Sin embargo, el texto hebreo sorprendentemente dice: "Bebeit tefilati", es decir, "los recrearé –les regocijaré– en "casa de mi oración". El posesivo va con "oración" –"mi oración"- no con "casa". Esto nos enseña la tremenda lección de que "Dios ora". Naturalmente, el Talmud sigue preguntando: El Rabí Zutra bar Tovía dice en nombre del Rabí: "Que mi voluntad sea que mi misericordia venza a mi ira, y que mi misericordia domine sobre todos mis atributos. Que actúe hacia mis hijos con mi atributo de misericordia, para ir más allá de las exigencias de la Ley." A primera vista nos parece fuera de toda lógica de comprensión y entendimiento que Dios pueda orar, que tenga necesidad de orar. ¿A quién puede orar el Señor? Sin embargo, nuestra incompreensión de este asunto se debe a nuestra falta de entendimiento de la naturaleza de la oración. Cuando oramos, el propósito de nuestra plegaria es traer la luz espiritual del Señor para iluminar nuestros corazones y el mundo en que vivimos. La oración es, por consiguiente, la elevación de las fuerzas espirituales, y quien ejecuta esa elevación no es sino nuestro Dios, infundiéndonos la fuerza creativa de su Espíritu. Cuando el Bendito actúa sobre las fuerzas espirituales, debemos entender que el Señor está orando. La oración del Señor es el dominio de su misericordia sobre todas las demás fuerzas del universo. Por el contrario, cuando el Señor "no ora", retira su luz sobre las fuerzas del universo, y éstas actúan entonces de manera automática. Esto nos ayuda a entender por qué tanta reticencia a denominar "Templo" a la "Casa de Santidad", por cuanto "Mi Casa es la Casa de Mi Oración". Cuando la Casa de Dios es "Casa de Su Oración", entonces puede ser "Casa de Oración para todos los pueblos", por cuanto la Casa estaba ubicada sobre la Piedra Fundacional ¿Y quién es esa "Piedra"? Aquel que dijo: "Pues os digo que uno mayor que el templo está aquí." (Mateo 12:6). ¡Bendito sea su Santo Nombre!

Según el testimonio bíblico, el Tabernáculo permaneció en diferentes lugares después de entrar en la tierra promisoría: En Gilgal, 14 años; en Silo, 369 años, y en Nob y Gabaon, 57 años. Después del establecimiento en la tierra, el nombramiento de un rey al estilo de las naciones, y el fortalecimiento de la dinastía davidica, se realizaría el paso del Santuario itinerante al de la construcción de un edificio permanente:

"El lugar que el Señor vuestro Dios escogiere de entre todas vuestras tribus, para poner allí su nombre para su habitación, ése buscaréis, y allí iréis. Y allí llevaréis vuestros holocaustos, vuestros sacrificios, vuestros diezmos, y la ofrenda elevada de vuestras manos, vuestros votos, vuestras ofrendas voluntarias, y las primicias de vuestras vacas y de vuestras ovejas; y comeréis allí delante del Señor vuestro Dios, y os

alegraréis vosotros y vuestras familias, en toda obra de vuestras manos en la cual el Señor tu Dios te hubiere bendecido." (Deuteronomio 12: 5-7).

Sin embargo, cuando estudiamos los textos proféticos de las Escrituras comprobamos que en casi todos los casos el Templo se relaciona con la hipocresía, el frío formalismo y la injusticia. Vamos a ver algunos textos muy significativos:

"Aborrecí, abominé vuestras solemnidades, y no me complaceré en vuestras asambleas. Y si me ofreciereis vuestros holocaustos y vuestras ofrendas, no los recibiré, ni miraré a las ofrendas de paz de vuestros animales engordados. Quitá de mi la multitud de tus cantares, pues no escucharé las salmodias de tus instrumentos." (Amós 5:21-23).

"¿Para qué me sirve, dice el Señor, la multitud de vuestros sacrificios? Hastiado estoy de holocaustos de carneros y de sebo de animales gordos; no quiero sangre de bueyes, ni de ovejas, ni de machos cabríos." (Isaías 1:11).

"He aquí, vosotros confiáis en palabras de mentira, que no aprovechan. Hurtando, matando, adulterando, jurando en falso, e incensando a Baal, y andando tras dioses extraños que no conocisteis, ¿Vendréis y os pondréis delante de mí en esta casa sobre la cual es invocado mi nombre, y diréis: Librados somos; para seguir haciendo todas estas abominaciones? ¿Es cueva de ladrones delante de vuestros ojos esta casa sobre la cual es invocado mi nombre? He aquí que también yo lo veo, dice el Señor." (Jeremías 7:8-11). (Ver también el capítulo 8 de Ezequiel).

Son palabras verdaderamente duras. Es el diagnóstico que el propio Señor hace por medio de sus voceros los profetas. De ahí la disputa que fue agudizándose entre profetas y sacerdotes, en la medida en que éstos se iban convirtiendo en meros funcionarios de la religión establecida. Unas breves palabras de parte de Dios en el texto del profeta Oseas lo sintetizan con gran claridad: "Porque misericordia quiero, y no sacrificio, y conocimiento de Dios más que los holocaustos." El paralelismo sinónimo es evidente: La misericordia es el conocimiento del Altísimo. Los sacrificios y los holocaustos - la labor sacerdotal realizada fundamentalmente en el Templo de Jerusalem - nunca pudieron ni podrán substituir a la práctica de la justicia. Así lo expresan el Maestro Jesús y el apóstol Juan:

"Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia" (Mateo 6:33).

"El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor." (1ª Juan 4:8).

"Corra el juicio como las aguas, y la justicia como impetuoso arroyo." (Amós 5:24).

"Lavaos y Limpiaos, quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos; dejad de hacer lo malo; aprended a hacer el bien; buscad el juicio, restituíd al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda." (Isaías 1:16-17).

El conflicto entre profetas y sacerdotes, - entre la amonestación divina y el ritual del Templo - debió alcanzar cotas muy altas en los días de Amós y Jeremías. El sacerdocio se había convertido en un funcionariado de la religión. Dedicados a sus funciones litúrgicas, repetitivamente recurrentes y formalistas, habían olvidado su responsabilidad de vivir y enseñar la justicia al pueblo del Señor. El frío ritualismo de la religión mecanicista había olvidado la esencia de la Torá. Las clases adineradas y el clero alto vivían de espaldas a los pobres de la tierra, es decir, a los injusticiados que habían perdido sus tierras. De esa época hallamos algunos textos en los que los profetas llegan a cuestionarse si la sofisticada religión ritualista-sacrificial del Templo pertenecía a la esencia de la revelación del Señor:

"Porque no hablé yo con vuestros padres, ni nada les mandé acerca de holocaustos y de víctimas el día que los saqué de la tierra de Egipto. Mas esto les mandé, diciendo: Escuchad mi voz, y seré a vosotros por Dios, y vosotros me seréis por pueblo; y andad en todo camino que os mande, para que os vaya bien." (Jeremías 7:22-23).

"¿Me ofrecisteis sacrificios y ofrendas en el desierto en cuarenta años, oh casa de Israel?". (Amos 5:25).

Hay textos en los que se vislumbra incluso una especie de añoranza de los días cuando Israel caminaba por el desierto, de la mano de Dios, en una especie de infancia y de relación inocente con el Señor. Se puede detectar en ellos una nostalgia del primer amor:

"He aquí que yo atraeré y la llevaré al desierto, y hablaré a su corazón. Y le daré sus viñas desde allí, y el valle de Acor por puerta de esperanza; y allí cantará como en los tiempos de su juventud, y como en el día de su subida de la tierra de Egipto." (Oseas 3: 14-15).

"Anda y clama a los oídos de Jerusalem, diciendo: Así dice el Señor: Me he acordado de ti, de la fidelidad de tu juventud, del amor de tu desposorio, cuando andabas en pos de mí en el desierto, en tierra no sembrada." (Jeremías 2:2).

Pero de todos los textos que apuntan en esta dirección hay un pasaje en el que la crítica del templo-centrismo alcanza una cota increíblemente alta. Su fecha de redacción pudiera ser hacia el 520 a.C, lo que significa que pudiese haber acontecido al mismo tiempo que se realizaba la reconstrucción del Templo:

"El Señor dijo así: El cielo es mi trono, y la tierra estrado de mis pies, ¿dónde está la casa que me habréis de edificar, y dónde el lugar de mi reposo?... El que sacrifica buey es como si matase a un hombre; el que sacrifica oveja, como si degollase un perro; el que hace ofrenda, como si ofreciese sangre de cerdo; el que quema incienso, como si bendijese a un ídolo. Y porque escogieron sus propios caminos, y su alma amó sus abominaciones, también yo escogeré para ellos escarnios, y traeré sobre ellos lo que temieron; porque llamé, y nadie respondió, hablé, y no oyeron, sino que hicieron lo malo delante de mis ojos, y escogieron lo que me desagradaba." (Isaías 66:1,3-4).

Después de la destrucción del Templo aparecen algunas, aunque escasas, profecías respecto a la reconstrucción: "Yo, el que despierta la palabra de su siervo, y cumple el consejo de sus mensajeros; que dice a Jerusalem: Serás habitada; y a las ciudades de Judá: Reconstruidas serán y sus ruinas reedificaré; que dice a las profundidades: Secaos, y tus ríos haré secar; y que dice a Ciro: Es mi pastor, y cumplirá todo lo que yo quiero, al decir a Jerusalem: Serás edificada; y al templo: Serás fundado." (Isaías 44:26-28).

Cuando estudiamos las abundantes profecías sobre la reconstrucción de Jerusalem, hallamos que no hay en muchas de ellas mención alguna al Templo. Incluso en aquellos textos donde se nos da una detalladísima descripción de la Nueva Jerusalem, no hay referencia alguna al Templo. En Isaías 2:2-4, que ya hemos citado, tampoco se le menciona. Lo mismo ocurre en un pasaje tan lleno de esperanza como Isaías 26:1-6; en Isaías 65:17-25, donde se describen los nuevos cielos y la nueva tierra; en Jeremías 31:23-40, donde se detalla el nuevo pacto y sus efectos. En Zacarías 9:9-17, donde se refleja la llegada del nuevo rey de Sión; ni tampoco hay referencia al Templo en un texto tan significativo como de Amós 9:11-15, donde se describe el levantamiento del Tabernáculo de David. Curiosamente, se nos dice que ellos levantarán las ciudades asoladas, plantarán viñas y harán huertos. Pero cuando se trata del Tabernáculo, es el Señor quien acomete la labor restauradora. Además, la restauración según Amós es del Tabernáculo de David, no del Templo. De nuevo hace acto de presencia la nostalgia del desierto, de la infancia de Israel, frente a la acomodación y la monarquía centralista, signos inequívocos de la asimilación sufrida.

Esta restauración es tema del discurso del apóstol Pedro en el pórtico de Salomón: "Así que arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio, y él envíe a Jesucristo, que os fue antes anunciado; a quien de cierto es necesario que el cielo reciba hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo". (Hechos 3:19-21).

En el Concilio de Jerusalem, hacia el año 49 ó 50 d.C., Jacobo vuelve a referirse a la restauración del Tabernáculo caído de David, y lo relaciona a la integración de los gentiles en el pueblo de Dios, tema y razón de aquella asamblea:

"Simón ha contado como Dios visitó por primera vez a los gentiles, para tomar de ellos pueblo para su nombre. Y con esto concuerdan las palabras de los profetas, como está escrito: Después de esto volveré y reedificaré el tabernáculo de David, que está caído; y repararé sus ruinas, y lo volveré a levantar, para que el resto de los hombres busque al Señor, y todos los gentiles, sobre los cuales es invocado mi nombre, dice el Señor, que hace conocer todo esto desde tiempos antiguos." (Hechos 15:14-16).

Curiosamente, el Tabernáculo de David suele ser bastante desconocido para muchos cristianos. Generalmente lo confunden con el Tabernáculo de reunión, en el desierto, antes de entrar en la tierra prometida. Pero la Escritura da claro testimonio de este Tabernáculo anterior a la edificación del Templo:

"Hizo David también casas para sí en la ciudad de David, y arregló un lugar para el arca de Dios y le levantó una tienda.... Así trajeron el arca de Dios, y la pusieron en medio de la tienda que David había levantado para ella; y ofrecieron holocaustos y sacrificios de paz delante de Dios" (1º Crónicas 15:1; 16:1).

Hay un solo Tabernáculo levantado por Dios, no por el hombre, y ése es el Tabernáculo restaurado de David, del que habló Jacobo en el concilio de Jerusalem. Su restauración está íntimamente relacionada con el número completo de los gentiles, injertados en el olivo bueno de las tribus de Israel, para formar el cuerpo del Mesías, del cual Jesucristo es única cabeza. Por eso dice la Escritura: "Para que el resto de los hombres busque al Señor, y todos los gentiles, sobre los cuales es invocado mi nombre... Porque no quiero, hermanos que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles: y luego todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sión el libertador, que apartará de Jacob la impiedad. Y este será mi pacto con ellos, cuando yo quite sus pecados." (Hechos 15:17; Romanos 11:25-27).

Pero vamos a volver al tabernáculo de David para considerar algo importante. Las trompetas sonaban en él continuamente, no sólo en algunas solemnidades. Es decir, que el culto de alabanza era constante: "Y puso delante del arca del Señor ministros de los levitas, para que recordasen y confesasen y loasen al Señor Dios de Israel... También los sacerdotes y Benaía y Jahaziel sonaban continuamente las trompetas delante del arca del pacto de Dios." (1ª Crónicas 16:4,6).

Moisés levantó su Tabernáculo en el desierto; David, el suyo; pero hay un Tabernáculo que levantó Dios, y no el hombre: "Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos, ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre." (Hebreos 8:1-2).

Y el autor de la carta a los Hebreos añade en el capítulo 9:11: "Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación."

Con esto concuerdan las palabras de Juan en el prólogo del Evangelio que lleva su nombre: "Y aquel Verbo fue hecho de carne, y habitó entre nosotros." (Juan 1:14). "Habitó" es el griego "skeno" de "skene", que es "untar brea" en una tienda de campaña (tabernáculo) para impermeabilizarla. Esta es la equivalencia griega del hebreo "Bet-Ha-Kapóret", "propiciatorio"; es decir la cubierta o tapa del Arca de la Alianza: "Y harás un propiciatorio de oro fino, cuya longitud será de dos codos y medio, y su anchura de codo y medio." (Exodo 25:17).

El origen de este término hebreo es la raíz "kufar", "cubrir con brea", y procede del vocablo "kofet", que es "brea" y "rescate". ¡Qué figuras tan hermosas de nuestro bendito Señor y Maestro Jesús de Nazaret!

¡Pronto va a entrar el Tabernáculo de Dios con el arca santa en Sion!

"El que da testimonio de estas cosas dice: Ciertamente vengo en breve. Amén; si ven, Señor Jesús." (Apocalipsis 22:20).

"Yo estoy como olivo verde en la Casa de mi Dios." (Salmo 52:8).

"Y Jacobo soñó: y he aquí una escalera que estaba apoyada en tierra, y su extremo tocaba en el cielo; y he aquí ángeles de Dios que subían y descendían por ella."

(Génesis 28:12).

JERUSALEM Y EL ARCA DE LA ALIANZA

El lugar más importante del Templo de Jerusalem era, sin duda, el Gran Altar sobre el que se ofrecían los sacrificios al Señor. Ocupaba el lugar central de la Casa de Oración del Eterno. Otra dependencia de gran valor era el atrio o cámara interior, donde se ubicaba la gran "Menorá" de oro, el enorme candelero o candelabro de siete ramas o brazos. (Ver Éxodo 25:31-40; 37:17-24; Números 8:2-4). Seis de las siete luces eran encendidas cada tarde, para que ardieran durante la noche, mientras la central permanecía continuamente ardiendo como símbolo de la luz eterna del Altísimo:

"Y mandarás a los hijos de Israel que se traigan aceite puro de olivas machacadas para el alumbrado, para hacer arder continuamente las lámparas." (Exodo 27:20).

El aceite había de ser de oliva, el hebreo "shemén", voz estrechamente vinculada a "shmona", que es el numeral "ocho", el que apunta al mundo venidero, el "octavo día". Las olivas o aceitunas, fruto del olivo, uno de los árboles cultivados más antiguos, son machacadas para producir el aceite. El aceite de las olivas simboliza al pueblo de Israel. ¿Por qué? Porque el aceite no se mezcla con otros líquidos. De ese modo Israel, aunque pueda estar dispersado en los más recónditos lugares del mundo, no se dejará absorber ni asimilar por las naciones, pues Israel conoce el sentido de ser aquello para lo que Dios les ha constituido ser. Además, el aceite nada siempre sobre la superficie de todos los demás fluidos, y aunque puede temporalmente permanecer en el fondo, termina siempre por aflorar a la superficie. Sus enemigos pensarán que sumergiéndole hasta el fondo lograrán aniquilarlo, pero aunque a los ojos de los hombres pueda aparentar estar perdido para siempre, volverá a la superficie, como el aceite puro de oliva. Por eso es que Israel valora el aceite frente a Grecia que coronaba a sus héroes con las ramas del olivo, y también las colocaba junto a las tumbas como signo de reconciliación con los espíritus del bajo mundo. Para Israel, sin embargo, las ramas de

olivo son signo de vida, de renacimiento de la tierra: “Y la paloma volvió a él (Noé) a la hora de la tarde; y he aquí que traía una hoja de olivo en el pico; y entendió Noé que las aguas se habían retirado de sobre la tierra.” (Génesis 8:11). Por eso el salmista puede cantar así: “Pero yo estoy como olivo verde en la casa de Dios; en la misericordia de Dios confío eternamente y para siempre.” (Salmo 52: 8).

El Señor le encarga a Moisés que hable a Aarón y le diga: “Cuando enciendas las lámparas, las siete lámparas alumbrarán hacia delante del candelero.” (Números 8:2). Israel está llamado por el Señor a ser “olivo verde”, pero dejará de serlo si olvida las palabras de Dios:

“Olivo verde, hermoso en su fruto y en su parecer, llamó el Señor tu nombre. A la voz de

recio estrépito hizo encender fuego sobre él, y quebraron sus ramas. Porque el Señor de los ejércitos que te plantó ha pronunciado mal contra ti, a causa de la maldad que la casa de Israel y la casa de Judá han hecho, provocándome a ira con incensar a Baal.” (Jeremías 11:16-17). Y en el capítulo 11 de la Epístola a los cristianos de Roma, el apóstol Pablo compara la inserción de los gentiles en el pueblo de Dios con un injerto contra naturaleza, en el que los gentiles hemos sido injertados, siendo ramas de acebuche –olivo silvestre que produce olivas amargas- en el olivo bueno, cuya raíz es santa: “Pues si algunas de las ramas fueron desgajadas, y tú, siendo olivo silvestre, has sido injertado en lugar de ellas, y has sido hecho participante de la raíz y de la rica savia del olivo, no te jactes contra las ramas; y si te jactas, sabe que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti.” (Romanos 11:17-18).

El Eterno -¡bendito sea Su Nombre!-, que no precisa de luz, le encarga a Aarón, hermano de Moisés, que encienda las lámparas del candelabro, y el Midrash interpreta este acto como que el Señor quiere que su pueblo entienda que la luz brilla en el Santuario como símbolo de la antorcha de la verdad y de la justicia con que Israel ha de alumbrar en el mundo, y así cumplir su llamada profética a ser “Luz a las naciones”. Cuenta el Midrash que los israelitas dijeron al Señor: “¡Dueño del mundo! ¿Tú que extiendes la luz sobre la tierra nos ordenas iluminar tu Santuario? ¿Cómo iluminaremos nosotros a quien creó la luz?” Y el Señor respondió: “No es para mí para quien encenderéis las lámparas, sino para la gente que todavía permanece en tinieblas, a fin de que ellos también sean iluminados y conozcan al Creador. Cuando las lámparas luzcan en mi morada, los pueblos se extrañarán y preguntarán: ¿En honra de quién ilumina Israel el Santuario? Y vosotros responderéis: ¡En honra de Aquél que todo lo ilumina!” (Midrash, Yalcut 378). Del mismo modo, los sabios de Israel entendieron que el simbolismo de la “Menorá” era una llamada a comprender que la paz y la tranquilidad reinan en el universo cuando los corazones de los hombres están iluminados por la Ley de Dios. De ahí que el número siete de las luminarias del candelero también hagan referencia a los siete días de la semana, lo que significa que el hombre y la mujer de Dios han de brillar todos y cada uno de los días, y no sólo un día, por muy sagrado que sea. Por eso Aarón había de prenderlas todas, por cuanto no existe un solo día que no precise de la luz de Dios, y el pueblo del Señor ha de resplandecer en la verdad del Eterno mientras dure el oscurantismo en el mundo.

En Exodo 25:31-40; 37:17-24; y Números 8:2-4, se nos da una descripción muy detallada del candelero de oro, hecho de oro puro y de una sola pieza, con seis brazos, tres a cada lado del testigo o candelero central. Su base tenía la forma de una caja con tres pies. Las instrucciones para confeccionar el candelabro o “Menorá” eran tan complicadas que el propio Moisés no supo cómo hacerlo. De ahí lo más sorprendente: La pre-existencia de un patrón. Dios le muestra a Moisés un modelo en el monte. Todos los detalles pormenorizados sobre el diseño del Tabernáculo, que luego pasaría al Templo, con su mobiliario y sus detalles más minuciosos, responden a una realidad celestial: “Mira y hazlos conforme al modelo que te ha sido mostrado en el monte.” (Exodo 25:40).

Para la tradición de Israel, la “Menorá”, según El Zóhar, explica que se trata del “Árbol de la Vida”, y sus siete brazos son los siete planetas conocidos en aquellos días o las siete palabras que componen en hebreo el primer versículo del libro de Génesis. De ahí que en la tradición de los judíos de Rusia, las “menorot” suelen aparecer decoradas con símbolos del “Árbol de la Vida”, mientras que en las de otras comunidades fueron ornamentadas con motivos diversos, tales como los candelabros italianos del siglo XV, decorados con delfines y tritones, mientras que los de épocas posteriores suelen estar adornados con antorchas y leones.

Las siete lámparas de la “Menorá”, que también representan al séptimo día, arden nutridas por la fuerza del “aceite”, del “octavo día”, que es el mundo venidero. Como dijeron los sabios antiguos, la “Menorá” es una representación gráfica de la vida del Mesías, representada en la luz que une al pasado y al futuro. El profeta Zacarías nos relata una gloriosa visión que el Señor le concede por medio de un mensajero, y en ella se le revela el significado de las siete luminarias de la Menorá:

“Volvió el ángel que hablaba conmigo, y me despertó, como un hombre que es despertado de su sueño. Y me dijo: ¿Qué ves? Y respondí: He mirado, y he aquí un candelabro todo de oro, con un depósito encima, y sus siete lámparas encima del candelabro, y siete tubos para las lámparas que están encima de él; y junto a él dos olivos, el uno a la derecha del depósito, y el otro a su izquierda. Proseguí y hablé, diciendo a aquel ángel que hablaba conmigo: ¿Qué es esto, señor mío? ... Estos siete son los ojos del Señor, que recorren toda la tierra.” (Zacarías 4:1-4, 10).

El Apóstol Juan, en su videncia en la isla de Patmos - donde había sido deportado por la policía de Domiciano - nos da una visión pormenorizada de la adoración celestial y del trono de Dios y del Cordero. Y allí aparece la verdadera Menorá; el modelo mostrado por el Señor a Moisés en el monte:

"Y del trono salían relámpagos y truenos y voces; y delante del trono ardían siete lámparas de fuego, las cuales son los siete espíritus de Dios." (Apocalipsis 4-5).

Es de esta Menorá, de este candelero, de la que Jesús y los apóstoles nos hablan. Es la lámpara que simboliza al creyente, lleno de aceite santo para arder y alumbrar:

"Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre el monte no se puede esconder. Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbrará a todos los que están en casa. Así alumbrará vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos." (Mateo 5:14-16).

"Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo." (2ª Corintios 4:6).

Del mismo modo que la luz de la Menorá caía sobre el altar, así es como la luz de la gloria de Dios resplandece en el rostro de Cristo Jesús:

"YAarón quemará incienso aromático sobre él cada mañana, cuando aliste las lámparas lo quemará. Y cuando Aarón encienda las lámparas al anochecer quemará el incienso; rito perpetuo delante del Señor por vuestras generaciones.... Puso el candelero en el tabernáculo de reunión, enfrente de la mesa, al lado sur de la cortina, y encendió las lámparas delante del Señor, como el Señor había mandado a Moisés." (Exodo 30:78; 40:24-25).

Sabemos por el testimonio bíblico que el Primer Templo de Salomón contenía por lo menos diez candelabros de oro: “Entonces hizo Salomón todos los enseres que pertenecían a la casa del Señor: un altar de oro, y una mesa también de oro, sobre la cual estaban los panes de la proposición; cinco candeleros de oro purísimo a la mano derecha, y otros cinco a la izquierda, frente al lugar santísimo; con las flores, las lámparas y tenazas de oro.” (1º Reyes 7: 48-49). “Hizo asimismo diez candeleros de oro según su forma, los cuales puso en el templo, cinco a la derecha y cinco a la izquierda.” (2º Crónicas 4:7). Después de la destrucción del Primer Templo se perdieron los objetos sagrados, de modo que en la reconstrucción del Segundo Templo se fabricó otra Menorá de oro siguiendo la descripción de la original de los días de Moisés. Después de la destrucción del Segundo Templo, en el año 70 d.C., la Menorá de oro fue robada por los romanos y trasladada a Roma, donde fue exhibida públicamente, según se desprende del bajo relieve del Arco de Triunfo de Tito en Roma, pero ésta no se asemeja en ningún modo al candelabro descrito en la Torá.

En esta dependencia interior, además de la Menorá había también un pequeño altar de oro para el incienso y la mesa de acacia sobre la que se exponían los panes de la proposición: "Y pondrás sobre la mesa el pan de la proposición delante de mí continuamente." (Exodo 25-30).

"Y tomarás flor de harina, y cocerás de ella doce tortas; cada torta será de dos décimas de efa. Y las pondrás en dos hileras, seis en cada hilera, sobre la mesa limpia delante del Señor. Y pondrás también sobre cada hilera incienso puro, y será para el pan como perfume, ofrenda encendida al Señor."(Levítico 24:5-7).

Tendríamos que llenar muchas páginas para explicar todo el rico contenido del número "doce", que siempre es figura de lo corporal, según la tradición de Israel; de todo aquello que se expresa en este mundo como la norma para el tiempo del universo. Son los doce meses del año y las doce constelaciones visibles. De ahí que el "doce" sea también el símbolo de la espera del "decimotercero", el que conduce al "doce" hacia la "unidad". Los doce hijos de Jacob, que se transformarán en las doce tribus de Israel, esperan al decimotercero, a quien finalmente encuentran cuando los dos hijos de José –Efraín y Manasés- conforman una tribu cada uno en lugar de su padre. Doce son también los apóstoles de Jesucristo, en medio de los cuales está el Mesías, que es el decimotercero. Quizás aquí se halle la raíz más sutil de todas las posibles respecto a la pléyade de supersticiones paganas en torno al numeral "trece", como señal del rechazo del Mesías. Es interesante tener presente la enseñanza de la tradición de Israel, que nos recuerda que el hebreo "Ejad", "Uno", se escribe con las letras "Álef", "Jet" y "Resh", cuyos valores numéricos son $1 + 8 + 4 = 13$. De donde los sabios antiguos dedujeron que si "trece" es el valor total de la palabra "uno", eso significaba que el "trece" como séptimo número primo, emparentado con el Séptimo Día de la Creación, representaba el retorno de todas las cosas a su origen, a la unidad armónica de Dios. Pero volviendo a la mesa del pan de la proposición, en el norte del atrio de los sacerdotes, en el Santuario del Templo, estaba ubicado el lugar donde eran sacrificados los animales que iban a ser ofrendados. Ambos elementos, los panes en dos hileras de seis, y las víctimas propiciatorias, fueron vistos por los sabios de Israel como figuras de la materia, de lo que ha de ser renovado o cambiado periódicamente, y, por lo tanto, símbolos de todo lo que pertenece a nuestra vida y a nuestro mundo. De ahí que las víctimas hayan de ser conducidas hacia el norte del atrio de los sacerdotes, a fin de ser ofrecidas, es decir, llevadas más cerca de Dios, de vuelta al origen, mientras que en el sur su sangre es salpicada sobre las cuatro esquinas, símbolo de los cuatro puntos cardinales y de los cuatro elementos fundamentales del universo: Agua, tierra, aire y fuego. Por eso, en el lado sur, se halla, frente a la mesa de los panes de la proposición, el candelabro de las siete luces y los seis brazos. "Tres" frente a "tres", pero el "séptimo" es la respuesta.

"Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son uno. Y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre; y estos tres concuerdan." (1ª Juan 5:7-8). El "Uno" es el "Trece", el que devuelve la unidad, la armonía, la salvación.

Adelantándonos, llegamos al Santo de los Santos, el Lugar Santísimo. Nadie podía penetrar en esta cámara, sino el Sumo Sacerdote, y exclusivamente una vez al año, en el Día de Kipur, el Día de la Expiación, en el décimo día del séptimo mes. El Arca permanecía oculta en el Lugar Santísimo, tras el velo, si bien algunos creen que éste pudiera haberse recorrido durante las fiestas de peregrinaje ("Pésaj", "Pascua", "Shavuot", "Pentecostés" y "Sucot", "Tabernáculos") para que el pueblo pudiera contemplarla desde lejos. Sobre este asunto se halla información en el tratado Yoma 54^a. Los antiguos sabios de Israel dijeron que el hombre, representado por el Sumo Sacerdote, se encontraba en la frontera entre este mundo y el venidero, al traspasar el velo que separaba el Lugar Santo del Lugar Santísimo. Era el encuentro de un solo hombre con el Único, para expiar los pecados de los israelitas y purificar su habitación. A partir de ese punto ya no había nada más. Por eso ordenó Dios que se colocaran las figuras de los querubines sobre el Arca de la Alianza, porque servían de recordatorio de los límites establecidos por el Eterno, al igual que cuando el hombre fue expulsado de Edén, y Dios puso a los querubines al oriente del huerto, y una espada encendida que se revolvía por todos lados para no permitir el acceso al Árbol de la Vida. (Génesis 3:24). Tengamos presente que el Eterno "hace a los vientos sus mensajeros, y a las flamas de fuego sus ministros." (Salmo 104:4).

La descripción minuciosa de esta celebración la hallamos en Levítico 16, y comienza explicando el Señor a Moisés lo que ha de decir a su hermano Aarón: "Di a Aarón, tu hermano que no en todo tiempo entre en el santuario detrás del velo, delante del propiciatorio que está sobre el arca, para que no muera." (Levítico 16:2).

En medio del Lugar Santísimo permanecerá el Arca del Pacto, de madera de acacia cubierta de oro puro, por dentro y por fuera. "Y pondrás en el arca el testimonio que yo te daré. Y harás un propiciatorio de oro fino." (Éxodo 25:16-17). "Hizo también Bezaleel el arca de madera de acacia; su longitud era de dos codos y medio, su anchura de codo y medio, y su altura de codo y medio. Y la cubrió de oro puro por dentro y por

fuera, y le hizo una cornisa de oro en derredor. Además fundió para ella cuatro anillos de oro a sus cuatro esquinas; en un lado dos anillos y en el otro lado dos anillos. Hizo también varas de madera de acacia, y las cubrió de oro. Y metió las varas por los anillos a los lados del arca, para llevar el arca. Hizo asimismo el propiciatorio de oro puro; su longitud de dos codos y medio, y su anchura de codo y medio. Hizo también los dos querubines de oro, labrados a martillo, en los dos extremos del propiciatorio. Un querubín en un extremo, y otro querubín al otro extremo; de una pieza con el propiciatorio hizo los querubines a sus dos extremos. Y los querubines extendían sus alas por encima, cubriendo con sus alas el propiciatorio; y sus rostros el uno enfrente del otro miraban hacia el propiciatorio.” (Éxodo 37:1-9). A “Betzalel ben Uri”, cuyo nombre significa “A la Sombra de Dios Altísimo, hijo de mi Luz”, transliterado “Bezaleel”, según la tradición se le atribuye el trabajo de ejecución del Arca, por haberse dedicado a dicha tarea con mayor esmero que los otros artesanos.

La designación de “Arca del Pacto” o “Arca de la Alianza” es el hebreo “Arón Ha-Berit”, y tiene su origen en la voz “BeRiT”, que traducimos por “Pacto” o “Alianza”, cuyo sentido etimológico radica en el hecho de “cortar por la mitad y pasar por en medio”. Las figuras de los querubines sobre el Arca simbolizaban a los que se nos presentan guardando el acceso al Árbol de la Vida, en el Edén de la primera tierra: “Eché, pues, fuera al hombre, y puso al oriente del huerto de Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida.” (Génesis 3:24). De esto se desprende que el contenido del Arca del Pacto simbolizaría al Árbol de la Vida. De ahí, pues, que la ira de Dios cayera sobre cualquiera que osara tocar o mirar en el interior del Arca: “Entonces Dios hizo morir a los hombres de Bet-semes, porque habían mirado dentro del arca del Señor.” (1º Samuel 6:19).

Recordemos que cuando el pueblo de Israel se encontraba al pie del Monte Horeb, Moisés era ya un anciano de más de 80 años. Fue entonces cuando el Señor le entregó el Decálogo. Se cumplía el tercer mes desde la salida de Egipto. Los sabios de Israel se preguntaron por qué no le dio el Señor la Ley a su pueblo justo al momento de salir de debajo de la garra opresora del faraón. Y la respuesta que nos llega de la tradición es que no fue así porque el Bendito se dijo: “Les haré primero grandes bondades y misericordias para que conozcan mi poder y mi grandeza, y después de eso, recibirán mis Mandamientos y Estatutos. Y los sabios lo explicaron diciendo que aquello se parecía a un rey que quiso tomar esposa. ¿Y qué hizo? Pues se dijo: “La colmaré de regalos y luego la desposaré.” Lo mismo hizo el Eterno -¡bendito sea!-, pues vio al pueblo de Israel desnudo, y lo vistió, según está escrito: “Y te vestí de bordado”; lo vio descalzo, y dijo: “te calcé de tejón”; lo vio pobre, y “lo ciñó de lino y lo cubrió de seda.” (Ezequiel 16:10). Así fue como el Señor llegó al mar con su pueblo, y lo hizo pasar, separando las aguas, partiéndolas en dos, haciendo Alianza. Vio que Amalec venía contra Israel, y lo salvó. Entonces, cuando Israel vio las bondades, las señales y prodigios que el Señor hizo por ellos, abrieron sus corazones a su amor y entraron en Pacto de fidelidad. Cuando el Eterno vio que el pueblo estaba dispuesto a acoger la Santa Ley con todo el corazón, los bendijo y felicitó, como está escrito: “Bienaventurado tú, oh Israel. ¿Quién como tú, pueblo salvo por el Señor, escudo de tu socorro, y espada de tu triunfo?” (Deuteronomio 33:29).

Los sabios antiguos de Israel nos invitan a considerar la fortaleza con que el Eterno dotó a Moisés para que descendiera del monte llevando consigo las dos pesadas tablas de los Mandamientos, desde una altura de 2.150 metros, y después de haber pasado por un riguroso ayuno de 40 días.

El propósito fundamental del Arca de la Alianza sería la conservación y transporte de las tablas del Decálogo. No se trataba de un gran cofre de impresionantes dimensiones, sino tan sólo de dos codos y medio de longitud, por codo y medio de anchura, y codo y medio de altura; es decir, 1,20 x 0,75 x 0,75 metros, según se desprende de los datos que nos llegan en los textos antes citados. No obstante, su peso debía de ser considerable, teniendo en cuenta las características de la madera de acacia, más las cubiertas interior y exterior de oro y toda su ornamentación, además del peso de las propias tablas de la Ley en su interior. La tradición nos dice que con el tiempo dejó de ser transportada a manos de los portadores que sostenían el Arca mediante las varas, igualmente de madera de acacia cubiertas de oro, para ser llevada sobre un carro de cuatro ruedas. Los textos de los libros de Samuel parecen también indicar este pormenor.

La figura del “Arca” no es única en Israel. Ya en Egipto hallamos arcas, cajas, cajones, cofres, baúles y ataúdes construidos para desempeñar funciones religiosas relacionadas con la guarda y protección de algún ídolo. La arqueología ha descubierto numerosas arcas en las que se guardaban imágenes de diversas

divinidades. Evidentemente, la simbología del arca apunta claramente hacia una representación del cielo y de lo sagrado. Sin embargo, y comoquiera que para los egipcios de la antigüedad, al igual que para tantas otras culturas, el acceso a la vida eterna estaba vinculado necesariamente con la muerte, estas arcas sagradas representaban también el símbolo de la vida y su tránsito por medio de la muerte a una vida futura. La prueba la tenemos en el hecho de que estos cofres o arcas, cuando hacían funciones de ataúdes, fueran denominados “señores de la vida”, pues su misión era vista como la de vehículos para el tránsito de esta existencia hacia otra vida. Sin embargo, cuando estudiamos el Arca de la Alianza, comprobamos que se separa del sentido de las arcas de los ritos místicos, pues en ella ordena el Señor que se introduzcan los signos testimoniales del Pacto de Dios con su pueblo, frente al sentido místico-idolátrico de las arcas de los pueblos circunvecinos de Israel.

El Arca del Pacto fue construida para contener las dos Tablas de piedra de los Mandamientos que Moisés recibió en el Monte Sinaí, y que eran el signo de la Alianza de Eterno con su pueblo Israel, y fue divinamente diseñada como un gran condensador de energía eléctrica, capaz de impresionar a los israelitas, y muy particularmente a los enemigos del pueblo de Dios, mediante sus efectos electro-magnéticos, de manera que el precioso testimonio pactual estuviera a salvo de posibles ladrones:

“En el arca ninguna cosa había sino las dos tablas de piedra que allí había puesto Moisés en Horeb, donde el Señor hizo pacto con los hijos de Israel, cuando salieron de la tierra de Egipto.” (1º Reyes 8:9).

Moisés había recibido de parte del Señor este encargo: “Y pondrás en el arca el testimonio que yo te daré.” (Éxodo 25:16). Vemos como una progresión de la periferia hacia el centro: De toda la tierra hacia la de Israel; de la tierra de Israel hacia Jerusalem; de Jerusalem al Monte Santo; del Monte hacia el Templo; del Templo hacia el Lugar Santísimo; de allí al Arca de la Alianza; y del Arca del Pacto al Testimonio de Dios: Las Dos Tablas de los Mandamientos que el Señor entregó a Moisés:

"Y dio (el Señor) a Moisés, cuando acabó de hablar con él en el monte de Sinaí, dos tablas del testimonio, tablas de piedra escritas con el dedo de Dios." (Exodo 31:18).

"En aquel tiempo el Señor me dijo: Lábrate dos tablas de piedra como las primeras y sube a mí al monte, y hazte un arca de madera; y escribiré en aquellas tablas las palabras que estaban en las primeras tablas que quebraste; y las pondrás en el arca. E hice un arca de madera de acacia, y labré dos tablas de piedra como las primeras y subí al monte con las dos tablas en mi mano. Y escribió en las tablas conforme a la primera escritura, los diez mandamientos que el Señor os había hablado en el monte de en medio del fuego, el día de la asamblea; y me las dio el Señor. Y volví y descendí del monte, y puse las tablas en el arca que había hecho; y allí están como el Señor me mandó." (Deuteronomio 10:1-5).

El Talmud interpreta que tanto las Tablas “rotas” como las “enteras” estaban depositadas dentro del Arca. Pero el texto bíblico nos habla de otros dos elementos testimoniales para el futuro: Una porción de maná y la vara de Aarón que reverdeció. Esto parece entrar en contradicción con el mandato original de guardar en el Arca exclusivamente las tablas del Decálogo. Esta adición parece ser una orden posterior del Señor a Moisés:

"Y dijo Moisés: Esto es lo que el Señor ha mandado. Llenad un gomer de maná y guardadlo para vuestros descendientes, a fin de que vean el pan que yo os di a comer en el desierto, cuando yo os saqué de la tierra de Egipto.... Y Aarón lo puso delante del Testimonio para guardarlo, como el Señor lo mandó a Moisés." (Exodo 16:32,34).

Además de procurar la perpetuación del recuerdo del maná, los sabios antiguos de Israel interpretaron el texto del Levítico 23:10, como una manera de hacer memoria igualmente de la forma sobrenatural en que el Señor había alimentado a sus padres: “Habla a los hijos de Israel y diles: Cuando hayáis entrado en la tierra que yo os doy, y seguéis su mies, traeréis al sacerdote una gavilla por primicia de los primeros frutos de vuestra siega.”(Levítico 23:10). Ahora, asentados ya sobre la tierra que el Señor les había otorgado, debían ofrendar al Señor una porción del fruto del trabajo de sus manos, y de ese modo hacer memoria de los días antiguos, cuando el Eterno les nutrió con el fruto, no de su trabajo, sino de la gracia divina. De aquí fue de donde los sabios antiguos infirieron que tal y como hemos sido ayudados, así debemos nosotros también ayudar a otros, particularmente a quienes no pueden mantenerse de su propio trabajo.

"Y aconteció que el día siguiente vino Moisés al tabernáculo del testimonio; y he aquí que la vara de Aarón de la casa de Leví había reverdecido, y echado flores, y arrojado renuevos, y producido almendras.... Y el Señor dijo a Moisés: Vuelve la vara de Aarón delante del testimonio, para que se guarde por señal a los hijos rebeldes; y harás cesar sus quejas de delante de mí, para que no mueran. E hizo Moisés como le mandó el Señor, así lo hizo." (Números 17:8, 10-11).

La presencia en el Arca de la porción de maná y de la vara de Aarón se contempla también en el texto etíope titulado "Kebra Nagast" (M. F. Brooks, traductor, "Kebra Nagast" ("The Glory of the Kings", "La Gloria de los Reyes", The Red Sea Press, 1995, pp. 14, 139), en el cual se da una descripción minuciosa del contenido del Arca del Testimonio. Pero, ¿con qué propósito ordenó Dios posteriormente que se añadieran estos signos al Decálogo en el interior del Arca? Primeramente, el maná, según el testimonio de las Escrituras, descendió del cielo: "Y era el maná como semilla de culantro, y su color como color de bedelio. El pueblo se esparcía y lo recogía, y lo molía en molinos o lo majaba en morteros, y lo cocía en caldera o hacía de él tortas; su sabor era como sabor de aceite nuevo. Y cuando descendía el rocío sobre el campamento de noche, el maná descendía sobre él." (Números 11:7-9). Curiosamente, la similitud entre "Monte", "Colina", el hebreo "Tel", y "Rocío", hebreo "Tal", no puede ser más evidente.

Veamos la descripción del maná que hallamos en diversos textos de las Escrituras, pero antes consideremos el significado de la propia voz "maná". En su obra "Antigüedades de los Judíos", el historiador hebreo Flavio Josefo explica que la palabra "maná" está formada por dos elementos: Primeramente, la partícula "Ma", que es el interrogativo "¿qué?", y el segundo elemento, "Ná", es el demostrativo "esto". (Flavio Josefo, op. cit., III, 1:6.). Ahora bien, la voz "Ná" tiene su raíz semítica en varias lenguas del Cercano Oriente en el vocablo "piedra", "roca", lo que implica que la expresión "maná" podría perfectamente traducirse también por "¿Qué es esta "piedra"?" Esto implica que tanto en la provisión de la comida sólida, como en el suministro de las aguas, la fuente era Cristo, el Mesías, la Roca de la Eternidad.

Curiosamente, el Talmud habla del "Tercer Cielo" como la manifestación de la gloria divina, denominándolo "Shehakim", es decir, "nubes de gracia" o "nubes de arriba", el lugar donde se muele el maná: "Sin embargo, mandó a las nubes de arriba, y abrió las puertas de los cielos, e hizo llover sobre ellos maná para que comiesen, y les dio trigo de los cielos. Pan de nobles comió el hombre; les envió comida hasta saciarles." (Salmo 78:23-25).

"Les diste pan del cielo en su hambre, y en su sed les sacaste aguas de la peña; y les dijiste que entrasen a poseer la tierra, por la cual alzaste tu mano y juraste que se la darías." (Nehemías 9:15).

Así podemos entender más claramente el sentido de las palabras de nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio de Juan: "Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo." (Juan 6:51). Y lo mismo acontece cuando vamos al texto de Apocalipsis, donde la relación entre el "maná", la "piedra" y el "árbol de la vida" resulta evidente: "El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere, daré a comer del maná escondido, y le daré una piedrecita blanca, y en la piedrecita escrito un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino aquel que lo recibe... El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere, le daré a comer del árbol de la vida, el cuál está en medio del paraíso de Dios." (Apocalipsis 2:17; 2:7).

Según entendieron los sabios antiguos, el maná fue no sólo nutrición física para el pueblo, sino alimento espiritual y emblema recordatorio: "Y te acordarás de todo el camino por donde te ha traído el Señor tu Dios estos cuarenta años en el desierto, para afligirte, para probarte, para saber lo que había en tu corazón, si habías de guardar o no sus mandamientos. Y te afligió, y te hizo tener hambre, y te sustentó con maná, comida que no conocías tú, ni tus padres la habían conocido, para hacerte saber que no sólo de pan vivirá el hombre, mas de todo lo que sale de la boca de Dios vivirá el hombre." (Deuteronomio 8:2-3). Así fue como los sabios antiguos entendieron que el maná era la Palabra de Dios al descender a la tierra. Por eso fue que aquellos israelitas que no buscaban el alimento espiritual quedaron insatisfechos al ingerir el maná como mera nutrición física, produciéndoles aburrimiento y rutina por su falta de renovación espiritual. Y aquel manjar que un día les supo delicioso, como miel sobre hojuelas, ahora se les volvía insípido y seco, porque su alma era la que se les había secado, hasta el punto de llegar a recordar con placer y añoranza los días de su esclavitud bajo la garra faraónica, y olvidar los trabajos forzados y el exterminio de sus propios hijos: "Nos

acordamos del pescado que comíamos en Egipto de balde, de los pepinos, los melones, los puerros, las cebollas y los ajos; y ahora nuestra alma se seca; pues nada sino este maná ven nuestros ojos.” (Números 11:5-6). Sin embargo, el resto del pueblo, el remanente, salía a recoger el maná como Palabra de Dios, integral, para satisfacer las carencias del cuerpo y del alma, conforme a la necesidad y la capacidad de cada uno de los hijos e hijas de Dios: “El pueblo se esparcía y lo recogía, y lo molía en molinos o lo majaba en morteros, y lo cocía en caldera o hacía de él tortas; su sabor era como sabor de aceite nuevo.” (Números 11:8). Así es siempre la Palabra del Señor, que ha de ser molida y triturada en nuestros corazones para poder entenderla y asimilarla, y de eso modo beneficiarnos de todos sus ingredientes, de sus nutrientes y bendiciones.

Respecto a la vara de Aarón, es de sumo interés la explicación que hallamos para ella en el “Kebra Nagast” de los etíopes. Allí se nos dice que el material de la vara era la madera del Árbol de la Vida, y la misma madera por la que sus hijos serían liberados de la condenación, es decir, del árbol de la Cruz de Cristo. (M.F. Brooks, traductor, “Kebra Nagast” (“The Glory of the Kings”, “La Gloria de los Reyes”), op. cit., pp. 139-41; 152-3; 166). Aquí conviene tener presente que la madera, de origen vegetal, hemos de entenderla recordando que “Eben”, “Piedra”, proviene del antiguo egipcio, de la voz “Abe”, que es “junco”, “papiro”, y era un término que hacía las funciones de determinativo genérico para todas las plantas, hierbas y flores. Para el “reino vegetal”, en definitiva. Ahora bien, nosotros sabemos que los líquenes y los musgos son los primeros seres vegetales surgidos de la porosidad calcárea o granítica de la tierra. De forma inversa, lo petrificado, “Abeni”, necesita de la intervención de Dios para volver a la vida, para volver al movimiento. El cambio de lo rígido e inerte hacia la respiración y la vida sólo es posible por la implantación del latido de Dios. Ese latido es el murmullo o vibración cósmica, el aleteo del Santo Espíritu de Dios que quiere habitar en el altar del corazón humano: “Y les daré un corazón, y un espíritu nuevo pondré dentro de ellos; y quitaré el corazón de piedra de en medio de su carne, y les daré un corazón de carne, para que anden en mis ordenanzas, y guarden mis decretos y los cumplan, y me sean por pueblo, y yo sea a ellos por Dios.” (Ezequiel 11:19-20).

Finalmente, tenemos las tablas del Testimonio, el Decálogo, propiamente. El Señor las había escrito en el Monte Sinaí, lo que apunta igualmente a las piedras que descendieron del cielo. Necesariamente dos, en el sentido de ser una piedra partida por medio, es decir, señal del “BeRiT”, de “Pacto”. Recordemos que ya los antiguos egipcios, los sumerios y los primeros cristianos se referían a los meteoritos, las piedras del cielo, como “palabras de Dios”.

El Nuevo Testamento también hace referencia al Arca del Pacto y su contenido: “Tras el segundo velo estaba la parte del tabernáculo llamada el Lugar Santísimo, el cual tenía un incensario de oro y el arca del pacto cubierta de oro por todas partes, en la que estaba una urna de oro que contenía el maná, la vara de Aarón que reverdeció, y las tablas del pacto.” (Hebreos 9:3-4).

Poco antes de morir, Moisés terminó la redacción del Pentateuco, y dio instrucciones en este mismo sentido: “Y cuando acabó Moisés de escribir las palabras de esta ley en un libro hasta concluirse, dio órdenes Moisés a los levitas que llevaban el arca del pacto del Señor, diciendo; Tomad este libro de la ley, y ponedlo al lado del arca del pacto del Señor vuestro Dios.” (Deuteronomio 31:24-26).

El Arca recibe en las Escrituras siete nombres eminentemente mesiánicos. En Exodo 25:22 es el “Arca del Testimonio”; en Números 10:33; “Arca del Pacto de Dios”; en 1ª de Reyes 2:26; “Arca del Señor”; en Josué 3:13 es el “Arca del Señor de toda la tierra”; en 1ª Samuel 3:3 es el “Arca de Dios”; en 2ª Crónicas 35:3 es el “Arca Santa” y en el Salmo 132:8, es el “Arca de tu Poder”. Cada uno de estos títulos habla de la presencia de Dios:

“Y levantándose el rey David, puesto en pie dijo: Oídmeme, hermanos míos, y pueblo mío. Yo tenía el propósito de edificar una casa en la cual reposara el arca del pacto del Señor, y para el estrado de los pies de nuestro Dios; y había ya preparado todo para edificar.” (1ª Crónicas 28:2).

“Entraremos en su tabernáculo; nos postraremos ante el estrado de sus pies.

Levántate, oh Señor, al lugar de tu reposo, Tú y el Arca de tu poder.” (Salmo 132:8).

Sólo en dos relatos bíblicos aparece la palabra “Arca”, el hebreo “Tebá”: Para referirse a la embarcación que el Señor ordenó a Noé que construyera para pasar a través del Diluvio de la primera a la segunda tierra, en la cual nos encontramos hoy. También se usa esta voz para referirse a la barquilla en la cual fue depositado Moisés en las aguas del río Nilo. El “Arca” es, en ambos casos, el vehículo de salvación en medio de las aguas. Es un claro símbolo del cuidado de Dios y de la salvación otorgada por el Altísimo. Y las aguas son el obstáculo con que el pueblo de Israel se tiene que enfrentar en su camino a través del Mar Rojo y del río Jordán. Pero “Tebá” no sólo es “Arca”, “Caja” o “Cajón”, sino que primordialmente es “Palabra”, porque lo que nos salva y conduce de un mundo al otro es la Palabra del Eterno, la que no se seca ni se marchita, sino que permanece para siempre. Sin embargo, el “Arca de la Alianza” no es “Tebá”, sino “Arón”, voz cuya equivalencia española sería “Armario”, pues se trataba de un cofre para guardar las señales del testimonio, de la proximidad, de la presencia. El sabor egipcio del término hebreo “Arón” se desprende del empleo de esta voz para designar el ataúd de José: “Y murió José a la edad de ciento diez años; y lo embalsamaron, y fue puesto en un ataúd (“arón”) en Egipto.” (Génesis 50:26).

David sabía muy bien donde encontrar al Señor, y nos lo confiesa en el Salmo 61, entre otros textos: “Yo habitaré en tu tabernáculo para siempre; estaré seguro bajo la cubierta de tus alas.” (Salmo 61:4). El simbolismo del Arca está relacionado primeramente con la propia montaña donde el Señor se manifiesta a Moisés para hacerle entrega del Decálogo. De ahí que los antiguos sabios de Israel hayan contemplado el Arca del Pacto como una especie de sustituto del Monte Sinaí, el microcosmos donde Moisés podía estar en la presencia del Señor de manera extraordinaria. El argumento de los sabios se funda en el hecho de que el Señor se manifiesta en el Arca de la misma manera en que lo hizo en el Monte: “Entonces una nube cubrió el tabernáculo de reunión, y la gloria del Señor llenó el tabernáculo (“gloria” es el hebreo “kavod”, literalmente “peso”). Y no podía Moisés entrar en el tabernáculo de reunión, porque la nube estaba sobre él, y la gloria del Señor lo llenaba. Y cuando la nube se alzaba del tabernáculo, los hijos de Israel se movían en todas sus jornadas; pero si la nube no se alzaba, no se movían hasta el día en que ella se alzaba. Porque la nube del Señor estaba de día sobre el tabernáculo, y el fuego estaba de noche sobre él, a vista de toda la casa de Israel, en todas sus jornadas.” (Éxodo 40:34-38). “El día que el tabernáculo fue erigido, la nube cubrió el tabernáculo sobre la tienda del testimonio; y a la tarde había sobre el tabernáculo como una apariencia de fuego, hasta la mañana. Así era continuamente: la nube lo cubría de día, y de noche la apariencia de fuego.” (Números 9:15-16).

El sentido cósmico del Monte Sinaí –arquetipo del encuentro entre el cielo y la tierra- se desprende del hecho de que en la remota antigüedad a que nos referimos se considerasen metafóricamente “cielo” y “tierra” como “montañas”, y lo que es más, como “montañas gemelas”, por cuanto una no era sino el reflejo o imagen de la otra. Este sistema de pensamiento, tan distante de nuestros esquemas mentales, se halla en los relatos de Gilgamesh, donde se cuenta de la existencia de la montaña subterránea de Mashu, a la que el monarca sumerio Gilgamesh descendía para visitar Utnapishtim en los cielos. Curiosamente, en un texto de los Rollos del Mar Muerto, el titulado “Testamento de Leví”, el sumo sacerdote del mismo nombre se expresa en estos términos: “El cielo se abrió, y yo vi la montaña a mis pies, tan elevada como para llegar al cielo, y yo me encontraba sobre ella. Entonces se me abrieron las puertas del cielo, y el ángel me habló, diciéndome: “Leví, entra...”. (R. Eisenman & M. Wise, “Dead Sea Scroll Uncovered”, Penguin Books, 1992, p. 140).

La relación entre el Arca del Pacto y Jerusalem es indudable: Entra en la tierra promisoría, es capturada por los filisteos, vuelve a la tierra de Israel, es llevada a Jerusalem, ubicada en el Templo como símbolo de la presencia de Dios, y desaparece como si se la hubiera tragado la tierra. Las teorías sobre el paradero del Arca han sido muchas. Algunas, fruto de la imaginación encendida de visionarios y soñadores: Desde quienes piensan que pudiera estar oculta bajo el lugar donde se hallaba el Santo de los Santos, hasta quienes creen que pudiera encontrarse empaquetada en algún sótano del Vaticano. Pero también es cierto que cuando el rey Salomón construyó el Templo, hizo cavar un profundo laberinto de túneles bajo el monte del Templo donde se pudieran ocultar los tesoros de la Casa en cualquier momento de peligro.

El sentido de proximidad es la clave, quizás, para comprender, o cuando menos aproximarnos a la idea de la cercanía del Señor representada por el Arca del Pacto en Jerusalem. De ahí que incluso hoy, cuando el Arca con la porción de maná, la vara de Aarón que floreció, y el testimonio de los Diez Mandamientos no pueden contemplarse, millones de hombres y mujeres testifican del sentimiento de su cercanía.

Unos lo atribuyen a la presencia del Arca y de otros objetos del culto del Templo bajo el monte, en los túneles del laberinto salomónico. Otros, piensan que el Nombre del Señor ejerce una profunda impresión sobre los corazones de los creyentes. Esto es particularmente cierto respecto a la Muralla Occidental, conocida por muchos como "Muro de las Lamentaciones", y en hebreo por "Kotel Ha-Maaravi", "Muro Occidental", o simplemente "Kotel", con sus impresionantes 18 metros de altura de piedra desnuda. Recordemos que cuando los Romanos destruyeron el Templo, toda la estructura circundante quedó bastante devastada. El único remanente fue este muro, que no formaba parte del Templo propiamente dicho, sino que pertenecía a la muralla que Herodes ordenó levantar alrededor del Templo, como contención de la explanada del mismo. Así fue como este Muro Occidental se convirtió en un símbolo de gran importancia por todos los judíos. Por una parte, era el último vestigio del Templo de Jerusalem, y de ahí su extendida denominación de "Muro de los Lamentos" o "Muro de las Lamentaciones", por su relación con la destrucción del Templo y el exilio del pueblo hebreo. Pero, por otra parte, representaba también la esperanza de restauración y retorno a la tierra de Israel, cuando la nación volvería a ser independiente, hogar para todos los hijos de Israel, y el Señor volvería a ser adorado en el lugar de la Casa de Oración para todas las naciones.

Hoy, cuando el proceso de la restauración de todas las cosas ha experimentado el gran avance que supone la realidad del Estado de Israel y la capitalidad de Jerusalem, el Muro Occidental sigue siendo uno de los lugares más sagrados del mundo para el pueblo judío, y enclave para la oración por parte de todos los judíos del mundo que llegan a Jerusalem. No en vano los sabios antiguos de Israel enseñaron que, aunque el Templo fue destruido, la Presencia Divina nunca abandonó el lugar, sino que permanece donde un día se hallaba el Lugar Santísimo, cuyo más próximo punto sería este pedazo de muralla, amada y respetada por todos.

Cuenta la tradición que cuando el Templo estaba en construcción los sabios pidieron a Salomón que se les concediese que sus esclavos construyeran el muro meridional, sobre el cual se derramaría la luz de la Menorá. Los sacerdotes le propusieron al rey encargar a sus sirvientes la edificación del muro septentrional, contra el cual se colocarían los panes de la proposición y las Tablas del Testimonio. Los ciudadanos acomodados se ofrecieron para que sus siervos construyeran el muro oriental, con la intención de reservarse los mejores lugares en el Templo. Pero los pobres ofrecieron su trabajo y su sudor para construir con todo su amor el Muro Occidental. Y tal fue la dedicación y el esmero con que realizaron su labor, que cuando los enemigos invasores atacaron el templo, el Muro Occidental resistió por su solidez. Y la mayor prueba de la eficacia en su construcción radica en el hecho de que allí está en pie hasta el día de hoy. Cuenta una leyenda que si una persona escribe una plegaria e introduce el papel sobre el cual ha escrito su oración en una de las grietas del Muro, esa súplica va directamente hasta la presencia de Dios. Y así fue como se extendió en el curso de los siglos la costumbre de que los judíos de todos los rincones de la tierra enviaran oraciones escritas para ser introducidas en las fisuras del Kotel.

Entre los muchos testimonios de viajeros antiguos a la tierra de Israel, veamos, como ejemplo, el relato de Mossen Jacinto Verdaguer, quien escribe en su diario del viaje que realizó a la Tierra Santa en el año 1889 acerca de la impresión experimentada ante el Kotel, antes de que existiera la gran explanada que hoy se abre ante el Muro: "Más que una plaza es un corredor de doce metros de largo por cuatro de ancho, delante de la única pared que queda del Templo de Salomón. Las piedras están muy desgastadas, y son enormes en la base, para ir disminuyendo en tamaño según van remontándose hasta la cabecera del muro. Todos los viernes del año, a la caída de la tarde, los judíos más fervorosos de la ciudad van llegando para recitar las Lamentaciones de Jeremías y entonar los Salmos de David. Se mantienen erguidos o inclinados en tierra, blandiendo la cabeza, como suelen hacer los orientales. Les he visto llorar y gemir sin decir una sola palabra, con sus cabezas sobre las piedras desnudas, y meter sus manos convulsivamente entre las grietas del muro, como para abrazar y cubrir de besos y de lágrimas aquel trozo de pared, que es todo lo que queda del glorioso reino, de su patria y de su templo. ¡Pobres hijos de Abraham! Como Jesús les dijera a las hijas de Jerusalem: "No lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos." (Lucas 23:28). Sin embargo, como puede observar el viajero, sus lágrimas son estériles, por cuanto no es el arrepentimiento el que las produce..." (Mossen Jacinto Verdaguer, "Obres Completes, Volum IX, Dietari d'un Pelegrí a Terra Santa", Publicació de la Il·lustració Catalana, Barcelona, 1889). Nuestro viajero no pudo entender el alma hebrea. Para él no es posible comprender el sentido judío del arrepentimiento, de la "Teshuvá", el "retorno", el "darse la vuelta" por haber comprobado que "hemos errado en el blanco", que la flecha de nuestra vida no ha llegado a la diana. Al fin y al cabo, el cura Jacinto, lógicamente, confiaba más en su sistema sacramental y en la madera del "confesionario" que en las piedras del Muro. Verdaguer no podía ver el auténtico sentido del

arrepentimiento en las lágrimas y la esperanza de aquellos judíos de hace 114 años, en su retorno a la tierra, hasta quienes llegaba la plegaria de Moisés por su pueblo: "Perdona ahora la iniquidad de este pueblo según la grandeza de tu misericordia, y como has perdonado a este pueblo desde Egipto hasta aquí." (Números 14:19). En el versículo siguiente hallamos la divina respuesta de Aquel en quien no hay cambio ni mudanza: "Entonces el Señor dijo: Yo lo he perdonado conforme a tu dicho." (Números 14:20).

Pero volvamos al tema del Arca. Curiosamente, cuando vamos a los textos de la restauración de Israel en el libro del profeta Jeremías nos encontramos con la profecía que apunta hacia un tiempo en el que el Arca del Pacto no será necesaria. En la visión de la Jerusalem restaurada que nos comparte el profeta nos llevamos la gran sorpresa de comprobar que el Arca de la Alianza no está allí.

"Y acontecerá que cuando os multipliquéis y crezcáis en la tierra, en esos días, dice el Señor, no se dirá más: Arca del pacto del Señor, ni vendrá al pensamiento, ni se acordarán de ella, ni la echarán de menos, ni se hará otra. En aquel tiempo llamarán a Jerusalem: Trono del Señor, y todas las naciones vendrán a ella en el nombre del Señor en Jerusalem; ni andarán más tras la dureza de su malvado corazón." (Jeremías 3:16-17).

¿Dónde, pues, está el Arca del Pacto? La última mención específica del Arca de la Alianza se halla en el Segundo Libro de las Crónicas, durante el reinado de Josías y la celebración de la Pascua: "Josías celebró la pascua al Señor en Jerusalem, y sacrificaron la pascua a los catorce días del mes primero. Puso también a los sacerdotes en sus oficios, y los confirmó en el ministerio en la casa del Señor. Y dijo a los levitas que enseñaban a todo Israel, y que estaban dedicados al Señor: Poned el arca santa en la casa que edificó Salomón hijo de David, rey de Israel, para que no la carguéis más sobre los hombros." (2º Crónicas 35:1-3). ¿Dónde se encuentra el Arca de la Alianza? ¿Cuándo se manifestará? Hay historias para todos los gustos. Abundan los cuentos folklóricos respecto al paradero del Arca y los demás utensilios del Templo. Mientras que algunos han afirmado que debía encontrarse escondida en algún monasterio en Etiopía, otros se inclinan a pensar que pudiera hallarse oculta en alguna de las numerosas cuevas de la región del Mar Muerto, donde fueron encontrados los Rollos de la Comunidad Esenia de Qumram. Incluso en el libro apócrifo de 2º Macabeos, parece ubicarse esta cueva en la orilla oriental del río Jordán, en el Monte Nebo. De hecho, se han realizado numerosas excavaciones en los últimos años, incluida la zona del Mar Muerto al que nos referíamos. Sin embargo, no ha sido hallada ninguna evidencia hasta el presente. En el curso de los siglos se han ido multiplicando las leyendas que hacen referencia al posible paradero del Arca. Una de esas historias dice que cuando iba a ser destruido el Santuario, un ángel bajó del cielo y escondió el Arca con las Tablas de la Ley, junto con el altar y las vestiduras de los sacerdotes, debajo de la tierra, hasta que Dios haga reconstruir el Templo de Jerusalem. Muchos creen que probablemente se halle todavía en el lugar del antiguo Santuario. Son también muchos los que creen que pudiera estar en el laberinto de túneles que mandó construir Salomón bajo el Monte del Templo. Temiendo que Jerusalem pudiera ser sitiada e invadida por enemigos, posiblemente el rey Josías mandó esconderla en este laberinto. El tema se trata en profundidad en el tratado Yoma 53b, y en 54a se encuentra un extenso debate sobre si el Arca puede hallarse en el laberinto, bajo el lugar donde estuvo el Lugar Santísimo, o si fue trasladada a Babilonia.

Sin embargo, creemos que el libro de Apocalipsis responde a nuestras preguntas: "Y los veinticuatro ancianos que estaban sentados delante de Dios en sus tronos, se postrarán sobre sus rostros, y adoraron a Dios, diciendo: "Te damos gracias, Señor, Dios Todopoderoso, el que eres y que eras y que has de venir, porque has tomado tu gran poder, y has reinado. Y se airaron las naciones, y tu ira ha venido, y el tiempo de juzgar a los muertos, y de dar tu galardón a tus siervos los profetas, a los santos, y a los que tomen tu nombre, a los pequeños y a los grandes, y de destruir a los que destruyen la tierra." Y el templo de Dios fue abierto en el cielo, y el arca de su pacto se veía en el templo. Y hubo relámpagos, voces, truenos, un terremoto y grande granizo". (Apocalipsis 11:16-19).

Ya en el tiempo del Exodo se nos habla del modelo que Dios muestra a Moisés. Así se desarrolla la visión de la ciudad celestial preexistente, configurada, según los sabios antiguos de Israel, a partir del gran amor de Dios que excede a todo conocimiento, y es anterior a todas las cosas: "Y harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos. Conforme a todo lo que yo te muestre, el diseño del tabernáculo, y el diseño de todos sus utensilios, así lo haréis." (Exodo 25:8-9).

Tabernáculo, Arca, Templo, todo responde al modelo que el Eterno mostró a Moisés en el monte. El Arca de la Alianza, hecha por mano de hombres, no es trascendente, si bien su hallazgo sería realmente el acontecimiento arqueológico más importante de la historia. Lo de aquí abajo no son sino figuras y sombras de las realidades mismas que están en el cielo de Dios. La propia situación del Arca de la Alianza dentro del Sanctasanctórum es un verdadero misterio de muy difícil explicación, por cuanto según el Talmud de Babilonia (Meguilá 10b), el Arca tenía un largo de 2,5 varas, y estaba ubicada en el Lugar Santísimo, cuyo largo era de 20 varas, y midiendo desde cada uno de los extremos del Arca hacia la derecha y hacia la izquierda, la longitud era de 10 varas hacia cada lado, lo cual equivale a un total de 20 varas de longitud, a pesar de que el largo del Arca era de 2,5 varas. Si sumamos los dos segmentos, la longitud total debería haber sido de $20 - 2,5 = 17,5$ varas. ¿Cómo puede explicarse este fenómeno? Los sabios de Israel, después de los más variopintos debates, llegaron a una conclusión: Este fue uno de los grandes milagros del Templo, por cuanto la consideración de las dimensiones demuestra que en realidad el Arca no podía existir dentro del espacio, por cuanto representaba la presencia del Eterno, y el Señor llena todo el universo, y no solamente el universo perceptible o calculable, por cuanto Él es Señor de todos los mundos, sin que nuestras dimensiones puedan retenerle.

El Tabernáculo de Dios, su Santuario en carne, estarán en medio de su pueblo en el gran Día de Dios, en la Segunda Venida de Cristo, el Siervo Sufriente hecho Mesías Triunfante, por cuanto donde está el Salvador, está también el resplandor de su gloria y el lugar de su presencia:

"Estará en medio de ellos mi tabernáculo y seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo."(Ezequiel 37:27).

Consideremos las palabras del autor de la Carta a los Hebreos: "Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos (no el Tabernáculo antiguo, ni el Templo de Salomón o Primer Templo, ni el Templo de Herodes o Segundo Templo), es decir, no de esta creación, y no por la sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención. Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo? Así que, por eso es mediador de un nuevo pacto, para que interviniendo muerte para la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna." (Hebreos 9:11-15).

"Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos, ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre." (Hebreos 8:1-2).

"Por tanto, Jesús es hecho fiador de un mejor pacto. Y los otros sacerdotes llegaron a ser muchos, debido a que por la muerte no podían continuar; mas éste, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable; por lo cual también puede salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos." (Hebreos 7:22-25).

"Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalem, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. Y oí una gran voz del cielo que decía; He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios." (Apocalipsis 21:2-3).

"Y no vi en ella templo; porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo en ella, y el Cordero. La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera." (Apocalipsis 21:22-23).

No puede ser más evidente que el testimonio de las Sagradas Escrituras inequívocamente señala a Jesucristo como el verdadero Tabernáculo de Dios

entre los hombres.

“Sí, ven, Señor Jesús.” (Apocalipsis 22:20).

*"La palabra de Dios desciende
ante mis ojos como una estrella
que cae."
(Martín Buber).*

JERUSALEM Y LA CRISTIANDAD

Hay una cristiandad que reivindica su legitimidad y su autenticidad sobre la base de pretender ser el "nuevo Israel". Nosotros no participamos de esa patraña, fruto podrido de orgullos y de la jactancia de quienes ignoran la palabra apostólica:

"Pues si algunas de las ramas fueron desgajadas, y tú, siendo olivo silvestre, has sido injertado en lugar de ellas, y has sido hecho partícipe de la raíz y de la rica savia del olivo, no te jactes contra las ramas; y si te jactas, sabe que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti." (Romanos 11:17-18).

Hay una cristiandad que cree que el Señor escogió a las tribus hebreas por un tiempo para ser pueblo de Dios. Fue una especie de experimento. Ahora parece que ha escogido a otros. ¿Y mañana? Nosotros no queremos participar de semejante despropósito, absurdo orgullo pagano que carece de fundamento en las Sagradas Escrituras.

Hay una cristiandad que, aunque no lo expresa claramente, con su actitud está proclamando que el "experimento" de Dios fracasó rotundamente; los Pactos y Alianzas fueron revocados, y la Ley del Señor fue abrogada.

Nosotros no queremos ni pensar en ello, según nos lo ordena el Maestro Jesús":

"No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido." (Mateo 5:17-18).

Paso a paso, día a día, en la medida en que la cristiandad se fue alejando de sus raíces hebreas, deslumbrada por el Imperio Romano, invadida por la filosofía griega, la existencia del pueblo judío fue perdiendo sentido y significado. La cristiandad entró en la paradoja de seguir a Jesús sin su pueblo. Los dirigentes de la cristiandad negaron el acceso a las Sagradas Escrituras a las naciones dominadas por Roma. La institución eclesiástica imperial substituyó y reemplazó a Israel y a las Escrituras. El Talmud fue absolutamente

despreciado. Al ser fruto de la espiritualidad postexflica, no podía tener valor alguno para los cristianos. Israel y su religiosidad no podían ser importantes para una cristiandad enseñada a sentirse el nuevo Israel, el nuevo pueblo de Dios, en una Alianza que abrogaba y anulaba todas las relaciones anteriores del Señor.

Todavía son legión los cristianos que piensan que el papel de Israel fue simplemente preparar al pueblo de Dios, es decir, la Iglesia, y que después de la venida del Mesías, ésta es la que ha ocupado el lugar de aquél. El viejo Israel ya no tiene razón de ser. Esta tesis, disfrazada de reflexión teológica, responde a intereses inconfesables de naturaleza política. Muchos cristianos envenenados por esta ponzoña diabólica, desconocen que se trata de una mentira instrumentalizada por las nuevas tendencias del izquierdismo ateo. Las reuniones del Congreso Mundial de Cristianos por Palestina celebrado en Beirut (1970) y Canterbury (1972) dejaron claramente manifiesto que, con el pretexto de defender la causa de los árabes palestinos, se elabora una pseudo-reflexión teológica con el único y exclusivo propósito de negarle a Israel su derecho a la existencia. Se trata, pues, de una actitud que no es nada más que la continuación del viejo rechazo de todo valor espiritual hebreo después del advenimiento de Jesús de Nazaret.

Esta abominación pesa sobre la conciencia histórica de algunos cristianos. Cada día más. Quizá por eso se suceden en nuestros días las confesiones de culpa, los reconocimientos de tantas ignominias, y las peticiones de perdón. A veces con ecos de exculpación más que de reconocimiento de culpa. A veces, con aires de verdad y sinceridad. Pero, como decía recientemente un articulista israelí, ni quienes realmente son culpables pueden ya reconocerlo, ni quienes tendrían el derecho a perdonar se hallan tampoco vivos para concederlo. Faltan los millones perseguidos, maltratados, asesinados, destruidos. Quizá por eso resulta imposible comprender en profundidad la identidad histórica del pueblo judío, a menos que en alguna medida no hayamos experimentado el hondo dolor de vivir bajo el estigma, no ya de la ilegalidad, sino de la ilegitimidad. Sólo entonces, cuando nos aproximamos a esta experiencia de Israel y su dolor, podemos también gozar con la alegría de Jerusalem y su significado. La presencia del pueblo judío en Jerusalem, en sus calles y plazas, en sus mercados y teatros, en las aulas universitarias y en los demás campos del quehacer humano, son pruebas irrefutables de la obra de restauración anunciada por los profetas desde antiguo. Los teólogos cristianos que, consciente o inconscientemente, no creyeron en el derecho de Israel a la existencia, al retorno al solar ancestral, a recuperar su lugar en la historia, vieron el derrumbamiento de sus esquemas ante el hecho de las nupcias de Israel con Jerusalem:

"Yo soy la rosa de Sarón, y el lirio de los valles.... Mi amado habló, y me dijo: Levántate, oh amiga mía, hermosa mía, y ven. Porque he aquí ha pasado el invierno, se ha mudado, la lluvia se fue; se han mostrado las flores en la tierra, el tiempo de la canción ha venido, y en nuestro país se ha oído la canción de la tórtola." (Cantar de los Cantares 2:1; 2:10-12).

Este distanciamiento de nuestras raíces ha producido muchos males. Algunos verdaderamente irreparables. Pero, incluso en nuestros días, hemos podido comprobar cómo pasaba casi inadvertido para millones de gentiles, seguidores del judío Jesús, la celebración del tres mil aniversario de la conquista y unificación de Jerusalem en los días de David. Apenas hemos visto alguna brevísima referencia en las páginas de diarios y revistas sobre este tercer milenario. La mayor parte de la cristiandad ha vivido estos dos mil años de era cristiana de espaldas a la realidad de Israel y el pueblo hebreo. Poquísimos cristianos han sido conscientes de las diez veces al día que resonaba el nombre de Sion en el corazón de cada judío, desde los Salmos recitados como introducción al servicio de la mañana, hasta la bendición de la Amidá, de cara al oriente, mirando con el corazón hacia Jerusalem:

"Y a Jerusalem, Tu ciudad, retorna con misericordia para morar dentro de ella como prometiste, y reconstrúyela prontamente en nuestros días para la eternidad, y el Trono de David restaura prontamente en ella. Bendito eres Tú, Señor, que reconstruyes a Jerusalem." (Oración de la Amidá).

Así también se recita cada Shabat el canto de Lejá Dodí, redactado y compuesto en el siglo XVI, entre persecuciones y sufrimientos, por Rabí Sholomó Alkabetz, de Safed, y dedicado a Jerusalem:

"Santuario real, ciudad divina; levántate y emerge de en medio de la devastación. Ya demasiado tiempo permaneciste en el valle de lágrimas, y Dios se apiadará de ti con misericordia. Sacúdete el polvo, levántate. Viste tus atavíos de gala." (Lejá Dodí).

Jerusalem ha derramado muchas lágrimas de espaldas a la cristiandad. Incluso, las más de sus penas han sido originadas por quienes deberían haberla consolado más. Sin embargo, no sólo no fue amada y ayudada, sino que los esfuerzos de las autoridades del eclesialismo - la religión de Constantino el Grande y sus sucesores - por evitar que Jerusalem fuese judía llegaron a límites insospechados. Al fin y al cabo, permitir que Sion volviera a estar bajo el cetro de autoridad de Judá significaba que la lógica eclesiástica de su teología del reemplazamiento se desmoronaba ruidosamente. Israel es un acto de igual significado a todos los mandamientos y las ordenanzas de la Santa Ley de Dios.

Un peregrino cristiano de Burdeos relata que en el año 33 d.C llegaban muchos judíos a Jerusalem para orar, lamentarse y rasgar su vestimenta en señal de duelo. Por esta obra (*Itinerarium Hierosolymitanum*) sabemos que los peregrinos cristianos visitaban la cámara donde Salomón escribió sus obras, las casas de Caifás y de Pilato, el árbol sicómoro de Zaqueo, etc. Unos cuantos años después será Jerónimo quien nos describirá los lugares sagrados, desde Dan hasta Berseba. Jerónimo nos relata algo semejante en su comentario al libro del profeta Sofonías, redactado hacia el 392 d.C. Después de la dominación romana hay testimonios de una creciente comunidad judía en Jerusalem. Durante la época de los Cruzados las cosas se invierten, hasta el punto que entre los años 1180 y 1185, según el incansable viajero Petahiah, de Regensburg, sólo vivía en la Jerusalem intramuros un judío, de profesión tintorero. El crecimiento de la comunidad judía vuelve a producirse a partir del fin del período de las Cruzadas. Las aportaciones judías desde la tierra de Israel en los siglos IV y V son de gran importancia, como se desprende del Talmud de Jerusalem. El declive sólo se produciría como consecuencia de la persecución cristiana. Sin embargo, a pesar de todas las dificultades, sería en Tiberias entre los siglos VIII y X, cuando los Masoretas fijaron el texto vocalizado de las Escrituras, con su división en capítulos y versículos para la más fácil localización de los textos. Después serían los seguidores de la tradición talmúdica quienes establecerían importantes comunidades en la tierra de Israel, hasta contabilizar mil academias y centros de estudio en Jerusalem y sus alrededores. En las tierras de Galilea residieron las comunidades judías sin interrupción desde el año 70d.C.

Volvemos a tener noticias del retorno de muchos judíos de Europa a la tierra de Israel en el siglo XIII. Para finales del siglo XV tenemos constancia del retorno a la tierra del afamado Abdías de Bertinoro, autor del comentario de la Mishná, quien se estableció en la creciente comunidad de Jerusalem. El siglo XVI vería un notable crecimiento de las comunidades en las tierras de Galilea, con importantísimos centros de estudio y espiritualidad en la ciudad de Safed. A ello contribuyeron notablemente los expulsados de España, y después de Portugal, a partir de 1492. Esta ciudad, desde su fundación en los últimos días antes de la caída del Segundo Templo, siempre ejerció un poderoso magnetismo sobre los judíos piadosos. El Talmud se refiere a Safed, con el nombre de "Tzefya", incluyéndola entre las ciudades santas de Jerusalem, Hebrón y Tiberiades. Los expulsados de España que se dirigieron a Safed lo hicieron por hallarse allí enterrados algunos de los más destacados estudiosos, como el R. Shimón Bar Iojai. En los siglos XVI, XVII se desarrollaron muchos centros de estudios talmúdicos y cabalísticos, hasta el punto de considerar a Safed el núcleo formativo más importante del judaísmo moderno. En Safed se instaló en 1578 la primera imprenta, no sólo de la tierra de Israel, sino de todo el mundo asiático. La primera obra que saldría de aquel taller de impresión sería el comentario del libro de Ester de Iom-Tov Zahalón, discípulo del R. Iosef Caro. Este empleó treinta años de su vida a la codificación de la ley rabínica en su libro "Shulján Aruj". En Safed residieron durante sus años de esplendor los rabinos Moshé Cordovero e Isaac Luria. Después vendría su decadencia y deterioro. Habría que esperar a la restauración del Estado de Israel para volver a contemplar una Safed recuperada a la cual acuden diariamente judíos de todo el mundo.

Turísticamente hablando Safed es un lugar fenomenal para realizar desde ella excursiones a las hermosas tierras de Galilea. La ciudad vieja de Safed se ha convertido también en los últimos años en un centro favorito para artistas y artesanos. En ella se abrazan el misticismo y el arte, en el corazón de Galilea, a unos veinte kilómetros al noroeste el Lago Kineret, nombre hebreo para la "cítara", por la forma del mismo, y que nosotros conocemos mejor como Mar de Galilea.

A partir del siglo XVIII comenzó a aumentar el número de judíos procedentes del centro de Europa, de tradición azkenazí, particularmente de Polonia, con el reconocido sabio R. Judá el Pío. Para fines del siglo XVIII llegaron los discípulos de Elias de Wilno, gran autoridad talmúdica, así como judíos hasídicos, los hasidim, discípulos del R. Israel Baal Shem Tov. Todos ellos retornaron movidos por el deseo de cumplir el mandamiento para el hombre y la tierra. En los años siguientes nos encontramos con un Napoleón que en

1799 les promete engañosamente a los judíos restaurarles la nación si pasan a sus filas en apoyo de su causa. Luego serán el británico Sir Moses Montefiore y la familia Rothshild quienes consagrarán grandes sumas de dinero, junto con otros filántropos de toda Europa, para el establecimiento de escuelas y academias en la tierra de Israel, especialmente dedicadas a impartir estudios de agricultura, fundamentales para la regeneración de la tierra y la restauración del país.

El año 1881 sería el comienzo del movimiento Sionista moderno, como resultado de los grandes pogroms de Rusia. En ese momento, Warden Cresson, cónsul de los Estados Unidos de América en Jerusalem, escribe en un informe para su gobierno dando el dato de existencia de un millar de judíos en Palestina, dedicados la mayoría de ellos a la agricultura. Millones de hebreos salieron de Rusia a partir de 1881. El antisemitismo se dispararía en Austria, Alemania y Francia. Mientras tanto, muchos judíos europeos se creerían emancipados y aceptados por una sociedad occidental en creciente secularización. Nunca pudieron imaginar que en sus nuevos hogares corrían a veces mayor peligro que en sus países de origen. Después vendrá el Holocausto de la Segunda Guerra Mundial. Las convicciones morales de occidente se vendrían abajo, y con ellas todas las teologías quedarían desnudas y expuestas, mostrando inequívocamente su paganismo y antisemitismo, su intolerancia frente al hecho diferencial, su racismo y xenofobia. Quedaba perfectamente claro que la promesa de igual trato para todos, por parte del nacionalismo liberal de las democracias burguesas del occidente cristiano, no era nada más que una patraña. La incapacidad para respetar, y la dificultad para asimilar, les conduciría en sus borracheras patrióticas a la alternativa de la eliminación del estorbo, a la "solución final", empleando su propio lenguaje asqueroso del cabo Hitler y sus secuaces.

La reconstitución del nuevo Estado de Israel pondría fin a muchas ignominias. El mundo pagano suele expresarse en términos de "el principio del fin". Nosotros afirmamos que este paso en el proceso de la restauración es el principio de un futuro glorioso que las Escrituras conocen y expresan como los "tiempos mesiánicos", el disfrute de la herencia de Abraham para todos sus hijos, también Ismael, y las naciones representadas en los granos de arena de los mares y las estrellas del cosmos; la reconciliación de todas las tribus que forman parte de la "gran familia de Dios"... Encuentro de todos los campamentos en esa llamada que es Jerusalem... En ese reto que es la Ciudad de Paz....

Atrás han quedado las tristes imágenes del pasado: De los judíos del Imperio Romano autorizados solo una vez al año (el día 9 del mes de Av) a venir a presentar sus oraciones ante el muro de Aelia Capitolina; judíos artesanos, asesinados por los cruzados; judíos empobrecidos en la Jerusalem tártara, mameluca, turca, británica, sostenidos a duras penas gracias a los donativos de las comunidades hebreas de la Diáspora. Pero Jerusalem no es una realidad fundamentada en el antisemitismo y las persecuciones, sino en la rica herencia espiritual que ha llevado el conocimiento del Dios único a todos los rincones del mundo.

Mientras los filósofos de la cristiandad se apartaban de las Sagradas Escrituras para discutir acerca del sexo de los ángeles o del número que de ellos podría haber en la punta de un alfiler, los judíos en sus generaciones enseñaban a sus hijos e hijas a soñar con Jerusalem, con pisar sus calles, atravesar sus puertas y elevar sus plegarias ante el Muro Occidental. Allí, ante una pared en ruina, vacía, incompleta, sin contenido físico, sin ninguna de las cosas que habitualmente asociamos a lo santo, Israel ha llorado y soñado. Incluso hoy, cuando Jerusalem ya no es una añoranza ni una esperanza, sino una realidad, los judíos se enfrentan al Muro Occidental porque saben que allí hay más que un montón de piedras. No hay belleza, ni ornamentación elaborada, ni arte, ni figuras, ni estética. Solo piedras y grietas. Como algunos pensadores y poetas han dicho, allí está el gran símbolo de la capacidad de Israel para convertir un sueño en realidad; para transformar la historia en fe, y la fe en historia; para no detenerse ante las dificultades ni ante los obstáculos; para no desalentarse ante la fragilidad y la vulnerabilidad humanas. Mientras el tomismo y la escolástica presentaban la santidad en términos de perfección, Israel aprendía, entre expulsiones, persecuciones y matanzas, la dura lección de la santidad según las Sagradas Escrituras y la realidad de la vida: La santidad como integridad para trabajar y edificar un mundo mejor.

"Así ha dicho el Señor: El día que escogí a Israel y que alcé mi mano para jurar a la descendencia de la casa de Jacob, cuando me di a conocer a ellos en la tierra de Egipto, cuando alcé mi mano y les juré diciendo: Yo soy el Señor vuestro Dios; aquel día que les alcé mi mano, jurando así que los sacaría de la tierra de Egipto a la tierra que les había provisto, que fluye leche y miel, la cual es la más hermosa de todas las tierras." (Ezequiel 20:5-6).

Roma, sede y síntesis del poder y del paganismo, se haría a sí misma "eterna", especialmente durante los siglos II y III. Prudencio habla del imperio como "la suprema obra histórica de la Providencia": "Mirad cómo toda la especie de los mortales se halla bajo el dominio de Rómulo, y cómo se han fundido las costumbres y mentalidades más diversas; así se hallaba predeterminado para que la dignidad del nombre cristiano abarcara hasta los confines de la tierra con un solo vínculo." (Prudencio, Himno II, estrofa 105 y ss.).

Desde los días del Imperio se habla en casi todo occidente de Roma como "la ciudad eterna", pero sólo Jerusalem será revestida de eternidad, según las promesas del Señor. Eso es lo que significa "Jerusalem celestial". No que haya dos ciudades, sino que el mismo que ha prometido revestir nuestra mortalidad, así también restaurará y renovará la ciudad donde puso Su Nombre. Los paganos siguen hablando de la "Ciudad eterna". Nosotros hablamos de "la ciudad del Eterno."

Dijeron los sabios antiguos que en Jerusalem una novia no tiene necesidad de perfumarse pues toda la ciudad está embalsamada con el aroma del incienso."(Yomá 39). Llegará un día en que Jerusalem será la capital de todas las naciones." (Shir Hashirim Rabá 1).

"Ninguna belleza es comparable a la de Jerusalem".(Avot de Rabí Natán,35).

"Diez medidas de belleza fueron distribuidas en el mundo: Nueve para Jerusalem y una para el resto del mundo. También diez medidas de sufrimiento: Nueve para Jerusalem y una para el resto del mundo. Diez medidas de heroísmo: Nueve para Jerusalem y una para el resto del mundo. Diez medidas de sabiduría: Nueve para Jerusalem y una para el resto del mundo." (Avot de Rabí Natán, 48).

El sueño de las generaciones se ha materializado. Jerusalem, la ciudad del Eterno ha entrado en el proceso de redención. Toda la cristiandad debería regocijarse y entonar mil cantos de alabanza ante la proclamación de este milagro. Como dijera el Rabino Shlomo Goren."La ciudad del Eterno, el lugar sagrado del Templo y el Muro Occidental fueron liberados hoy por ustedes, soldados del Ejército de Defensa de Israel, que habéis mantenido nuestro juramento de todos los tiempos: "Si yo me olvidara de ti, oh Jerusalem, olvidada sea mi diestra - la diestra del Señor - que ha cumplido esta redención." (Proclama leída el día 7 de Junio de 1967, después de la liberación del Muro Occidental).

Jerusalem es una luz encendida en el corazón de Israel, en el corazón de todos los judíos del mundo, y también en el alma de muchos cristianos gentiles, conscientes de las raíces judías de nuestra fe, de los esquemas de nuestra esperanza, y de la anticipación mesiánica. Sería un error muy grave pensar en Jerusalem en términos de conquista. Sería un profundo error creer que se trata simplemente de un acontecimiento político. Jerusalem es redención; es resplandor que permanece y alumbra; es final de dispersión, es plegaria en piedra.... Dice Elie Wiesel: "Jerusalem, la faz visible y secreta, la sangre y la savia de lo que nos hace vivir o renunciar a la vida. La chispa que resplandece en las tinieblas, el murmullo que atraviesa los clamores de regocijo, de felicidad. Para los exiliados, una plegaria. Para los otros, una promesa. Jerusalem, ciudad que milagrosamente transforma a todo hombre en peregrino; nadie puede visitarla e irse de ella cambiado.... Rabí Najmán de Brazlav, el narrador de visionario del jasidismo ucraniano, gustaba decir que a él le bastaba ir no importa a donde, para dirigirse a Jerusalem. En cuanto a mí, yo la descubro en el verbo sagrado, sin moverme siquiera." ("El Mendigo de Jerusalem").

No sabemos cuánto tiempo puede quedarle a la cristiandad para volver en sí; para darse la vuelta hacia la fe de Jesús. No sabemos cuántas oportunidades restan para dejar de mirar a los fulgores deslumbrantes de las urbes de los imperios y volverse a Sion. La filosofía sólo ha impregnado a la cristiandad de platonismo. Las reformas sólo han sido volver a empezar. El secularismo ha fracasado sonoramente. Pero el Redentor vendrá a Sión, toda la tierra será colmada de entendimiento y comprensión, la Ley del Señor alcanzará cada rincón de este mundo, y conoceremos la plenitud del gozo sin fin y la abundancia de la paz del Eterno.

Jaím Weizmann relata en sus memorias una conversación mantenida en Manchester con Lord Balfour en 1906. El político británico le preguntó por qué los sionistas rechazaban violentamente la oferta de establecer el Estado de Israel en Uganda. Weizmann respondió: "Señor Balfour, supongamos que yo le ofreciera París en lugar de Londres. ¿Lo aceptaría usted?"

“¡Pero, Doctor, nosotros tenemos Londres!”

"Es verdad, - respondió Weizmann - pero nosotros ya teníamos a Jerusalem cuando Londres no era aún más que un pantano."

Mientras la cristiandad mira hacia una misteriosa Jerusalem celestial en el "más allá", en semejanza a aquellos primeros discípulos que se quedaron boquiabiertos mirando a Jesús ascender a los cielos (Hechos 2: 6-11), el Señor construye y restaura, hasta el día en que Sión sea revestida con la gloria venidera. Por eso dijeron los sabios antiguos que "quién ha nacido en Jerusalem y quien vive con la esperanza de verlo están al mismo nivel."

El propio nombre del movimiento sionista indica que no se trata sólo de un pueblo, sino de la vinculación entre el pueblo y la tierra. Martín Buber señala que el renacimiento nacional judío no toma su designación del nombre del país, sino de Sión, término intercambiable con Jerusalem durante la época bíblica, pero ciertamente más profundo que una mera designación geográfica: Sión representa el significado de la existencia judía, su continuidad en la historia, y la esperanza inquebrantable en las promesas divinas. De ahí se desprende que el derecho de Israel a Sión sea una reivindicación histórica, no simplemente un botín de guerra y conquista. El Sionismo nunca dio a luz guerra y desolación, sino kibutzim, renacimiento espiritual, colegios y universidades, planificación social, desarrollo de las artes y de las ciencias, progreso tecnológico y retorno a la tierra. Fue Esaú, no Jacob, quien volvió por la espada. Israel se ha limitado a luchar y morir por recuperar y mantener el núcleo de su identidad y de su historia.

"Jerusalem está por encima de todas nuestras controversias.... Es la capital histórica judía, es la capital del espíritu hebreo, es la capital de la eternidad de Israel. Debe ser un ejemplo para toda la nación y para todo el pueblo, porque Jerusalem no pertenece solamente a este país, sino a todo el pueblo judío." (David Ben Gurión, 11 de Junio de 1951).

Dice el Talmud que un día vendrá en que todas las congregaciones y todas las casas de estudio se reunirán en Jerusalem. Así lo creemos nosotros, y lo esperamos, y lo anhelamos, como ramas de acebuche injertadas en el Buen Olivo.

Albert Einstein, judío también, sintetizó sus descubrimientos y conocimientos en esa frase que dice: "Parece que algo se mueve en alguna parte." El tiempo es más que un convencionalismo. Tendrá su cumplimiento, como ha acontecido ya en el pasado. La mesa va a aderezarse. Se va a extender el mantel y los invitados vamos a sentarnos libremente para gozarnos y participar. Además, nadie va a quedarse sin plato.

"Cuando partí los cinco panes entre cinco mil, ¿Cuántas cestas llenas de los pedazos recogisteis?. Y ellas dijeron: Doce.

Y cuando los siete panes entre cuatro mil ¿Cuántas canastas llenas de los pedazos recogisteis? Y ellas dijeron: Siete.

Y Jesús les dijo: ¿Cómo aún no entendéis?" (Marcos 8:19-21).

*"El que da testimonio de estas cosas
dice: Ciertamente vengo en breve.
Amén; Sí, ven, Señor Jesús."*

(Apocalipsis 22:20).

JERUSALEM Y EL DÍA DEL SEÑOR

El protagonismo de Jerusalem en cuanto al Día del Señor es notorio en las Sagradas Escrituras. Los Profetas Menores nos dan descripciones muy detalladas y dramáticas:

"¡Ay de los que desean el día del Señor! ¿Para qué queréis este día del Señor? Será de tinieblas, y no de luz; como el que huye de delante del león, y se encuentra con el oso; o como si entrare en casa y apoyare su mano en la pared, y le muerde una culebra. ¿No será el día del Señor tinieblas y no luz; oscuridad, que no tiene resplandor?". (Amós 5:18-20).

En los textos de los profetas posteriores nos ofrecen un cuadro igualmente desolador:

"Destruiré por completo todas las cosas de sobre la faz de la tierra, dice el Señor. Destruiré los hombres y las bestias; destruiré las aves del cielo y los peces del mar, y cortaré a los impíos; y raeré a los hombres de sobre la faz de la tierra, dice el Señor. Extenderé mi mano sobre Judá, y sobre todos los habitantes de Jerusalem y exterminaré de este lugar los restos de Baal, y el nombre de los ministros idólatras con sus sacerdotes; y a los que sobre los terrados se postran al ejército del cielo, y a los que se postran jurando por el Señor y jurando por Milcom; y a los que no buscaron al Señor, ni le consultaron". (Sofonías: 1:2-6).

"Porque cercano está el día del Señor sobre todas las naciones; como tú hiciste se hará contigo; tu recompensa volverá sobre tu cabeza. De la manera que vosotros bebisteis en mi Santo monte, beberán continuamente todas las naciones; beberán, y engullirán, y serán como si no hubieran sido. Mas en el monte de Sión habrá un remanente que se salve; y será santo, y la casa de Jacob será fuego, y la casa de José será llama, y la casa de Esaú estopa, y los quemarán y los consumirán; ni aun resto quedará de la casa de Esaú, porque el Señor lo ha dicho. Y los del Neguev poseerán el monte de Esaú, y los de la Sefela a los filisteos; poseerán también los campos de Efraín, y los campos de Samaria; y Benjamín a Galaad. Y los cautivos de este ejército de los hijos de Israel poseerán lo de los cananeos hasta Sarepta; y los cautivos de Jerusalem que están en Sefarad poseerán las ciudades del Neguev. Y subirán salvadores al monte de Sion para juzgar al monte de Esaú; y el reino será del Señor." (Abdías 15-21).

Los profetas Jeremías y Ezequiel también nos dan su visión del gran Día de Dios: "Y tu no temas, siervo mío de Jacob, ni desmayes, Israel; porque he aquí yo te salvaré de lejos, y a tu descendencia de la tierra de su cautividad. Y volverá Jacob, y descansará y será prosperado, y no habrá quien lo atemorice. Tu, siervo mío Jacob, no temas, dice el Señor, porque yo estoy contigo; porque destruiré a todas las naciones entre las cuales te he dispersado; pero a ti no te destruiré del todo, sino que te castigaré con justicia, de ninguna manera te dejaré sin castigo." (Jeremías 46:27-28).

"He aquí el día, he aquí que viene; ha salido la mañana, ha florecido la vara, ha reverdecido la soberbia... Hijo de hombre y profetiza, y di: Así ha dicho el Señor: Lamentad: ¡Ay de aquel día! Porque cerca está el día, cerca está el día del Señor; día de nublado, día de castigo de las naciones será." (Ezequiel 7:10; 30:2-3).

Pero quizá sea el profeta Isaías quien nos da la exposición más clara del gran Día de Dios: "No os acordéis de las cosas pasadas, ni traigáis a memoria las cosas antiguas. He aquí que yo hago cosa nueva; pronto saldrá a luz; ¿no la conoceréis? Otra vez abriré camino en el desierto, y ríos en la soledad." (Isaías 43:18-19).

"Lo oíste, y lo viste todo; ¿Y no lo anunciaréis vosotros? Ahora, pues, te he hecho oír cosas nuevas y ocultas que tú no sabías. Ahora han sido creadas, no en días pasados, ni antes de este día las habías oído, para que no digas: He aquí que yo lo sabía." (Isaías 48:6-7).

"He aquí que mi siervo será prosperado, será engrandecido y exaltado, y será puesto muy en alto... así asombrará él a muchas naciones; los reyes cerrarán ante él la boca, porque verán lo que nunca les fue contado, y entenderán lo que jamás habían oído." (Isaías 52:13,15).

Quizá una de las descripciones más detalladas del Día del Señor sea la que hallamos en el capítulo 13 de Isaías. Se suceden las imágenes de terror tomadas del escenario de la guerra y la devastación, los sacrificios rituales y los fenómenos astronómicos:

"Vienen de lejana tierra, de lo postrero de los cielos, el Señor y los instrumentos de su ira, para destruir toda la tierra. Aullad, porque cerca está el Día del Señor. Vendrá como asolamiento del Todopoderoso.... He aquí el Día del Señor viene, terrible, y de indignación y ardor de ira, para convertir la tierra en soledad, y raer de ella a sus pecadores. Por lo cual las estrellas de los cielos y sus luceros no darán su luz; y el sol se oscurecerá al nacer, y la luna no dará su resplandor. Y castigaré al mundo por su maldad, y a los impíos por su iniquidad; y haré que cese la arrogancia de los soberbios, y abatiré la altivez de los fuertes....." (Isaías 13:5-6, 9-11).

En el gran Día de Dios nadie escapará por medio alguno. Todas las artimañas y artilugios de los hombres resultarán insuficientes. Será el Día del justo juicio de Dios sobre los hijos de desobediencia. Sólo el pueblo que invoca el Nombre del Señor podrá salvarse de la ira venidera:

"El sol se convertirá en tinieblas, y la luna en sangre, antes que venga el día grande y espantoso del Señor. Y todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo; porque en el monte de Sión y en Jerusalem habrá salvación, como ha dicho el Señor, y entre el remanente el cual él habrá llamado." (Joel 2:31-32). (Comparar con el capítulo 14 de Zacarías).

"Porque he aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho el Señor de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama." (Malaquías 4:1).

El lenguaje de estos textos sobre el gran Día del Señor está tomado de las narraciones de las grandes batallas descritas en Exodo, Josué y Jueces, en las que los elementos obedecen a la voz del Eterno a favor de su pueblo Israel.

"El Señor peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos...Y el ángel de Dios que iba delante del campamento de Israel, se apartó e iba en pos de ellos; y asimismo la columna de nube que iba delante de ellos se apartó y se puso a sus espaldas... Aconteció a la vigilia de la mañana, que el Señor miró al campamento de los egipcios desde la columna de fuego y nube, y trastornó el campamento de los egipcios, y quitó la ruedas de sus carros, y los trastornó gravemente (Exodo 14:14, 19, 24-25).

"Y el Señor dijo a Josué: No tengas temor de ellos, porque yo los he entregado en tu mano, y ninguno de ellos prevalecerá delante de ti.... Y el Señor los llenó con gran mortalidad en Gabaón; y los siguió por el camino que sube a Bet-horón, y los hirió hasta Azeca y Maceda.... Y fueron más los que murieron por las piedras del granizo, que los que los hijos de Israel mataron a espada." (Josué 10:8,10,11b).

"Desde los cielos pelearon las estrellas, desde sus órbitas pelearon contra Sísara." (Jueces 5:20).

¿Qué es lo que realmente nos están diciendo los textos proféticos con tantas y tan ricas figuras e imágenes? Todo el contexto bíblico nos muestra que se trata de la victoria definitiva de Dios sobre la injusticia y la opresión de los hombres y de las tierras. El mal será vencido. Esa es la lección que los profetas nos traen en su contexto de conquista, tomado del Exodo y Josué, y en su contexto del ritual del Salterio:

"Se levantarán los reyes de la tierra, y príncipes consultarán unidos contra el Señor y contra su unguido, diciendo: Rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas."

El que mora en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos. Luego hablará a ellos en su furor, y los turbará con su ira. Pero yo he puesto mi rey sobre Sión, mi santo monte." (Salmo 2:2-6).

El culto a Dios es, pues, una celebración anticipada de ese día de victoria, y en él participamos todos cuantos anhelamos ese acontecimiento. Ese es el sentido del canto de los himnos y la lectura de la Escritura para recordar las intervenciones del Señor en el pasado. Pero también es la expectativa de la inauguración de una nueva era de paz y armonía, prosperidad y seguridad eternas:

"Volverán sus espadas en rejas de arado y sus lanzas en hoces.....Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará, el becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará. La vaca y la osa pacerán, sus crías se echarán juntas; y el león como el buey comerá paja. Y el niño de pecho jugará sobre la cueva del áspid, y el recién destetado extenderá su mano sobre la caverna de la víbora. No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento del Señor, como las aguas cubren el mar." (Isaías 2:4; 11:6-9).

"En aquel día", y "en el Día del Señor", son las expresiones más frecuentes para introducir estos textos que apuntan a la victoria definitiva del Señor sobre el mal y todos los signos de muerte del sistema mundial. Casi todos estos pasajes señalan hacia la "Nueva Jerusalem", la renovación del lugar que Dios escogió para poner en él su Nombre: La tierra de la que manan leche y miel; el país en que las armas se tornan en aperos de labranza; los tiempos de refrigerio para un planeta desgastado y una humanidad envejecida. Esa es la venida escatológica del Mesías para poner fin a este sistema de explotación y muerte. Es el fin de este "mundo"; no de la creación, sino del orden establecido, basado en el egoísmo, la codicia, el afán por el lucro, la acumulación y la guerra. La Escritura lo denomina: "Nuevos cielos y nueva tierra, en las cuales mora la justicia." (2ª Pedro 3:13).

"Porque he aquí yo crearé nuevos cielos y nueva tierra; y de lo primero no habrá memoria, ni más vendrá al pensamiento. Mas os gozaréis y os alegraréis para siempre en las cosas que yo he creado; porque aquí que yo traigo a Jerusalem alegría, y a su pueblo gozo. Y me alegraré con Jerusalem, y me gozaré con mi pueblo; y nunca más se oirán en ella voz de lloro, ni voz de clamor." (Isaías 65:17-14).

El texto continúa con toda una serie de figuras que ilustran esa nueva creación en la que no habrá enfermedad ni muerte; no habrá explotación del hombre por el hombre, ni riqueza diferenciante, ni acumulación especulativa. La transformación será tal que "el lobo y el cordero serán apacentados juntos, y el león comerá paja como el buey; y el polvo será alimento de la serpiente. No afligirán, ni harán mal en todo mi santo monte, dijo el Señor." (Isaías 65:25).

"Porque como los cielos nuevos y la nueva tierra que yo hago permanecerán delante de mí, dice el Señor, así permanecerá vuestra descendencia y vuestro nombre." (Isaías 66:22).

"Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra pasaron y el mar ya no existía más." (Apocalipsis 21:1).

En el gran día de Dios, con la venida del Mesías, todos cuantos vivieron y durmieron con la esperanza mesiánica serán despertados y resucitados, formando el Señor una sociedad justa, en la que todos, viejos y jóvenes, gozaremos de seguridad y paz: "Y se sentará cada uno debajo de su vid y debajo de su higuera, y no habrá quien los amedrente; porque la boca del Señor de los ejércitos lo ha hablado." (Miqueas 4:4).

El Padre volverá a enviar a Jesús, el que vino como Siervo Sufriente, pero en esta ocasión lo hará como Mesías Triunfante, sin ninguna relación ya con el pecado.

"Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará al cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas." (Filipenses 3:20-21).

"Pero el día del Señor vendrá como ladrón en la noche; en el cual los cielos pasarán con grande estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay serán quemadas." (2ª Pedro 3:10).

"E inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas. Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria." (Mateo 24:29-30).

"Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero..... Pero acerca de los tiempos y de las ocasiones, no tenéis necesidad hermanos, de que yo os escriba. Porque vosotros sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá así como el ladrón en la noche; que cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán." (1ª Tesalonicenses 4:16; 5:1-3).

El Señor viene, y viene pronto. Y el encuentro es en la Ciudad Amada:

"Bienaventurados los que lavan sus ropas,

para tener derecho al árbol de la vida,

y para entrar por las puertas en la ciudad." (Apocalipsis 22:14).

*"Pedid por la paz de Jerusalem"
sean prosperados los que te aman."*

(Salmo 122:6).

ORAD POR LA PAZ DE JERUSALEM

Se cuenta la historia de una pequeña comunidad judía en la que todos los varones se reunían cada mañana en la sinagoga para orar antes de ir a sus respectivos quehaceres cotidianos. Al llegar a la casa de oración, se encontraban que el rabino ya estaba allí, con su talit y su tefilin, mirando hacia el oriente. Todos se preguntaban por qué el rabino siempre estaba en la sinagoga antes que ellos. Cada día fueron llegando todos un poco antes. Pero el rabino ya estaba allí en oración. Finalmente, le preguntaron por qué llegaba cada día tan temprano, y qué hacía antes de comenzar la oración. Y el rabino respondió: "Estoy orando para poder orar."

El verbo hebreo para "orar" es "palal", "rogar", "pedir", pero curiosamente siempre se emplea en una construcción reflexiva que literalmente significa "hacerse a uno mismo", "juzgarse a uno mismo". De ahí que sea "girar hacia arriba y hacia fuera". Pero, al tener construcción reflexiva, posee también el sentido de "girar hacia adentro", "hacia uno mismo". De ello se deduce que cuando dirigimos una petición al Señor, estamos al mismo tiempo dirigiéndonos a nosotros mismos en busca de nuestra propia comprensión, de nuestro propio juicio, pues no en vano sus raíces son "palel", la "expresión verbal de un sentimiento", y "lilim", "juez". Se deduce que "orar" es, pues, "juzgarse a sí mismo", presentarse ante el Bendito para hablar de mi conducta relativa frente a los absolutos de Dios; aceptar y someterse al Eterno como juez; orientar nuestra vida- de ahí mirar hacia el este- para recuperar la esperanza en el Señor y en nosotros mismos, por cuanto lo determinante es saber que podemos dirigirnos a Él porque Él nos conoce. En la oración, en su sentido hebreo escritural, hallamos la clave y las fuerzas para seguir siendo humanos, es decir, auténticos y verdaderos, en medio de un mundo en el que abunda la mentira. Por eso es que los sabios de Israel enseñaron que en la oración el hombre logra romper esa visión exclusivamente horizontal de la vida que conduce irremediablemente a la rutina y a la desesperación. Así es como la oración evita y sana de la depresión, pues nos conduce seguramente a la contemplación del atributo divino por excelencia: "Shomer emet leolam", "Su verdad permanece para siempre", porque Él es "guardián de la Verdad", en este mundo y en el venidero. Este es el diálogo entre el hombre y Dios, que se hace respuesta del Eterno al hombre en el estudio y la reflexión de las Sagradas Escrituras. Por eso los sabios antiguos de Israel enseñaron que en estas dos actitudes consiste la mitad de la vida del ser humano; la otra mitad radica en poner esa Palabra por obra.

Jamás habría podido suceder lo que ha acontecido entre judíos y cristianos si la cristiandad hubiera orado cada día por la paz de Jerusalem. Nunca se habría producido el distanciamiento, el odio, la persecución y el Holocausto de millones de hombres, mujeres y niños del pueblo y la familia de Jesús de Nazaret. Sin embargo, cuando el cabo Hitler, el "Aman" del siglo XX, se manifestó en el corazón de la Europa cristiana, ¿Dónde estaban los creyentes discípulos de Jesús el judío? ¿Quiénes, de entre los gentiles, oraban por la paz de Jerusalem? ¿Cuántos levantaron en aquellos días sus corazones en oración a Dios frente a los monstruos de la tragedia y las plagas de todas las antiguas pestes? ¿Es imaginable un Holocausto llevado a efecto por hombres y mujeres enseñados desde la infancia a amar al pueblo de Jesús? ¿Dónde estuvo y dónde está una liturgia cristiana que comprenda la plegaria por la paz de Jerusalem, la ciudad amada de Dios, sobre la cual el bendito Jesús derramó sus lágrimas?

La fe, que traduce las expectativas en afectos, nos es dada para que la sanidad divina alcance cada rincón de nuestra alma. La oración puede producir incluso cambios físicos. Orar por la paz de Jerusalem significa que la paz de Jerusalem alcanza también al orante. Al fin y al cabo, cuando abrimos el corazón, la conciencia, ante la presencia de Dios, no sólo oímos nuestra plegaria, sino al Señor que resuena en nuestro ser como si fuera la palpitación de nuestro corazón, la inhalación y la exhalación del aire de nuestros pulmones, el flujo y el reflujó de las mareas en la bajamar y la pleamar. Como decía Abraham Joshua Heschel: "Orar es percatarnos de la maravilla, recuperar el sentido del misterio que anima a todos los seres, el margen divino en todos los logros de la humanidad. La oración es nuestra humilde respuesta a la inconcebible sorpresa de la vida". Por eso es que la petición de "orar por la paz de Jerusalem" contiene una clara promesa:

"Pedit por la paz de Jerusalem; sean prosperados los que te aman." (Salmo 122:6). Esta promesa de bendición nos hace recordar el Pacto Abrahámico: "Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra". (Génesis 12:2-3).

Esta instancia a orar por la paz de Jerusalem, parece, pues, estar en perfecta concordancia con la voluntad de Dios. Pero para comprender mejor esta petición debemos trasladarnos a los días del rey David. Recordemos que tres veces al año, con motivo de las grandes festividades- Pésaj (Pascua), Sucot (Cabañas), y Shavuot (Pentecostés) - miles de israelitas llegaban a Jerusalem para adorar en la "Casa del Señor", aunque en los días de David todavía no se había levantado la "Casa de Santidad", sino que el Arca estaba en un Tabernáculo. Las multitudes, a su llegada a Jerusalem, entonaban los salmos 120 al 134, conocidos como "Cánticos Graduales" o "de la Ascensión", según iban subiendo por las gradas de la colina del Templo. De ellos, el 122 es el que más jubilosamente expresa el gozo y la alegría de los peregrinos al aproximarse al lugar que el Señor escogió para poner en él Su Nombre.

El mandamiento de "pedir por la paz de Jerusalem" contiene el vocablo "Shalom", que traducimos por "paz", pero cuya raíz tiene el significado de lo "entero" y "completo". Jerusalem significa, pues, "Ciudad de Paz". Por tanto, el salmista está sencillamente haciendo un juego de palabras, ya que pide oraciones por la "paz de la Ciudad de la paz". Aquí es donde conviene insistir en que "Shalom" es mucho más que simple ausencia de guerra, de opresiones y fuerzas negativas. El sentido hebreo original es mucho más rico y positivo: Se trata de bienestar en todos los planos de la existencia humana (espíritu, alma y cuerpo), en lo material y en lo espiritual; armonía con Dios, con el prójimo, y con nosotros mismos. De modo que la segunda parte del versículo 6 contiene la idea de que "quienes oren por la paz de Jerusalem" recibirán bendiciones del Altísimo.

"Sea la paz dentro de tus muros, y el descanso dentro de tus palacios." (Salmo 122:7).

Los "muros" o "murallas" hacen referencia a todas las fortificaciones de Jerusalem. Los "palacios" o "ciudadelas" indican los edificios más prominentes. La preposición "dentro de", vinculada a los muros y las construcciones, confirma la realidad de una armonía y una coherencia interiores que van mucho más allá de la simple ausencia de guerra o de ataques de enemigos desde el exterior. El salmista sabe muy bien que los grandes enemigos de Israel nunca fueron los pueblos circunvecinos, ni los grandes imperios, sino su desobediencia al Señor y la resultante decadencia interna.

Después se nos dan dos razones fundamentales para orar por Jerusalem: "Mis hermanos y mis compañeros", y "la casa del Señor nuestro Dios".

"Por amor de mis hermanos y mis compañeros diré yo: La paz sea contigo. Por amor a la casa del Señor nuestro Dios buscaré tu bien." (Salmo 122:8-9).

El salmista piensa en el bienestar de los habitantes de Jerusalem, y en el bienestar del lugar de adoración. Jerusalem y sus habitantes representan a la comunidad de los hijos de Israel: "Hermanos y amigos, compañeros" (versículo 8); "la casa de nuestro Dios" (versículo 9); y al mencionar "la paz dentro de tus muros" (versículo 7), y "el descanso dentro de los palacios." (versículo 7), se desprende que la armonía entre todos los habitantes de la ciudad es el anhelo de la plegaria.

¿Cómo ha de ser nuestra oración por la paz de Jerusalem hoy? En el año 70 de nuestra era se produjo un gran desastre nacional para el pueblo judío. Las legiones romanas destruyeron la "Ciudad de Paz", y el Templo, centro de adoración durante tantos siglos, fue igualmente destruido. Nunca ha vuelto a reconstruirse. Además, los judíos fueron esparcidos por toda la tierra. Hoy menos de una cuarta parte de la población judía mundial vive en el Estado de Israel. ¿Cómo, pues, hemos de orar hoy por la paz de Jerusalem, cuando ni la mayoría de los judíos ni el Templo se hallan en la tierra de Israel? Debemos, en primer lugar, aplicar el Salmo 122 a las circunstancias actuales. Tengamos presente la promesa del Pacto Abrahámico, que ya hemos citado anteriormente. Recordemos también que Moisés reiteró la maldición, quedando la bendición implícita por contraste: "Y pondrá el Señor tu Dios todas estas maldiciones sobre tus enemigos, y sobre tus aborrecedores que te persiguieron." (Deuteronomio 30:7).

En segundo lugar, debemos orar por todas las naciones donde se encuentran los judíos hoy. Apenas hallamos un país donde no los haya, o donde no hayan morado en el pasado. Tengamos presente que la historia registra con frecuencia cómo se culpó a los judíos de causar problemas producidos por otros, o de origen desconocido o casual, amén de envidias, odios y toda suerte de artimañas satánicas contra el pueblo del Señor. El testimonio bíblico es de aplicación a todas las generaciones y latitudes:

"Y dijo Amán al rey Asuero: Hay un pueblo esparcido y distribuido entre los pueblos de todas las provincias de tu reino, y sus leyes son diferentes de las de todo pueblo, y no guardan las leyes del rey, y al rey nada le beneficia el dejarlos vivir. Si place al rey, decrete que sean destruidos; y yo pesaré diez mil talentos de plata a los que manejan la hacienda, para que sean traídos a los tesoros del rey." (Ester 3:8-9).

No deja de ser curioso y paradójico que el término "chivo expiatorio", aplicado a quien es condenado a sufrir el castigo por culpas ajenas, provenga del contexto del libro de Levítico, un escrito dado al mundo por el pueblo de Israel. Y, sin embargo, los judíos han sido con mucha frecuencia los "chivos expiatorios" de un mundo que vive de espaldas a Dios y a Su Palabra. De aquí se desprende una de las razones para que nosotros oremos por las naciones donde se hallan judíos hasta el día de hoy.

En tercer lugar, orar por la paz de Jerusalem es algo íntimamente relacionado con la necesidad de interceder también por las naciones donde vivimos los cristianos. Tengamos presente que cuando fue destruido el Templo de Jerusalem, los primeros discípulos de Jesús de Nazaret, judíos todos ellos, entendieron que ya no había ninguna necesidad de un Templo con un sistema sacrificial, por cuanto el sacrificio de Jesús era final y definitivo:

"Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención." (Hebreos 9:11-12).

"En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre..... Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios.....porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados." (Hebreos 10:10,12,14).

Ya no hay estructura visible de un Templo en Jerusalem, pero eso no significa que el Eterno carezca de Santuario en esta tierra. El testimonio bíblico es muy claro al respecto:

"¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?..... ¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios." (1ª Corintios 3:16; 6:19-20).

De la misma manera que el salmista oró por amor del Templo de Dios, así debemos nosotros orar por todos los hombres y mujeres del mundo que viven con la esperanza mesiánica en sus corazones. Tan profunda es esta verdad, y su relación entre la predicación del Evangelio y la extensión del Reino de Dios, que en la Primera Carta de Pablo a Timoteo leemos así: "Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres.... Porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad." (1ª Timoteo 2:1, 3-4).

En cuarto lugar, la oración por la paz de Jerusalem implica orar para que muchas almas vengan al conocimiento del Dios de Israel para todas las naciones, y por el cumplimiento de las promesas: ".....que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles; y luego todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sion el Libertador que apartará de Jacob la impiedad." (Romanos 11:25b-26).

Orar por la paz de Jerusalem es también promoverla. Nosotros, que amamos al Señor porque El nos amó primero, debemos orar, decir y actuar, para que cada rincón de la tierra llegue a conocer a Aquel que da la verdadera paz.

Los antiguos hebreos - la familia de Jesús - llamaron a la oración de diversas formas y maneras, pero una de ellas es de gran interés para nosotros respecto a la plegaria por la paz de Jerusalem. Se trata de la designación para la oración llamada "kavaná", que literalmente significa "intención", y que hace referencia a la conexión espiritual del rezo, el propósito que aporta significado a la plegaria. De ahí que nuestras palabras no sean de fundamental importancia en la formulación de las oraciones, sino el propósito o sentido de nuestro acercamiento al Señor, abriendo nuestro corazón ante su presencia, ante su cercanía. Esto llevó a los sabios hebreos del pasado a considerar que era necesario hacer algo para cuando no somos capaces de sentir la "kavaná", la intención que da conexión a las palabras y los propósitos, en cuyo caso corremos el peligro de olvidar nuestro deber de adorar a Dios. Así fue como desarrollaron la "kevá", literalmente "permanencia", llamada también "matbé-a tefilá", es decir, "el orden de la oración", las oraciones diarias de "tefilá", "oración de la mañana"; "minjá", "oración de la tarde"; y "arvit", "oración de la noche". De esta manera las plegarias ocuparon el lugar de los sacrificios en el Templo de Jerusalem. El judeoespañol Maimónides, en su "Guía de Perplejos", libro III, dice que "lo que la oración oral, litúrgica, hizo con los sacrificios, desplazándolos, para darles una forma más espiritual, es lo que nosotros tenemos que hacer con la oración hoy". Ese es el futuro espiritual de Israel, quien fue capaz de congregarse todos los sacrificios en un solo lugar para delimitarlos, y de hacer que todos esos sacrificios fueran ofrendados al Dios único, y a ninguna fuerza más en el mundo. Pero ahí no terminó todo, sino que Israel fue capaz de transformar todos los sacrificios en tradición oral, en palabra. Esa transformación, según Maimónides, lleva a Israel a pagar los sacrificios con las palabras, es decir, con algo que no nos pertenece, sino que forma parte de nuestro "ser" frente a nuestro "tener". Por eso, orar por la paz de Jerusalem significa, después de haber trascendido los sacrificios en palabras, convertir la palabra en reflexión y meditación, y de ese modo sobrepasar el límite temporal de la palabra, en el tiempo y en la significación, para transformarse en ofrenda perpetua. En este sentido se halla una larga discusión talmúdica sobre el origen de las tres oraciones diarias. Unos sabios opinan que se instituyeron en el Templo de Jerusalem, donde los sacrificios diarios tenían lugar por la mañana, por la tarde y por la noche, y de donde, tras la destrucción, pasaron a convertirse en momentos de oración. Otros sabios creen que las tres oraciones se instituyeron para recordar a los tres grandes patriarcas: Abraham, Isaac, y Jacob. En ambos casos queda patente la vinculación entre la plegaria y la base de la existencia del pueblo de Israel y su alcance de bendición a todos los pueblos de la tierra, por cuanto la gran promesa radica en que en la descendencia abrahámica serán bendecidas todas las naciones de la tierra.

Orar por la paz de Jerusalem es entrar en un diálogo con Dios, en el que la palabra y la reflexión del hombre no producen una respuesta inmediata del Señor, sino que nuestra palabra y nuestra meditación son purificadas a través de la oración, y la respuesta de Dios nos llega a través de la lectura y el estudio de las Sagradas

Escrituras. La oración se vuelve una actitud de apertura de corazón ante el Señor, una espera activa en el esfuerzo del estudio de la Palabra, y una permanencia constante en la espera de la escucha de la voz.

"Cuando yo medito en Jerusalem,
tierra de los santos, tierra de Israel,
la Biblia me dice que en ese lugar
todos los creyentes vamos a morar."

("Hatikvá", "Nuestra Esperanza", de N. H. Imber, hoy Himno Nacional de Israel, antiguo cántico sionista que alude al justo derecho de ser un pueblo libre en "Eretz Tzion vi Yerushalaim", "la tierra de Sión y Jerusalem").

Orar es entrar en el pulso de la vida, ser hechos conscientes de la gloria y de las bendiciones del Altísimo, entrar en contacto con las profundidades de nuestra propia alma: "Min Ha-Matzar", literalmente: "Desde las profundidades": "Desde la angustia invoqué al Señor, y me respondió el Señor, poniéndome en lugar espacioso." (Salmo 118:5).

El Señor puede ser invocado desde mi angustia, desde mi soledad, mi desesperación, mi transgresión, mis culpas, mis lamentos, mis temores, mi falta de fe, mis complejos... Desde el polvo de las piedras del Templo.... Desde el abandono y la incompreensión.... Desde el dolor y la sombra del valle de la muerte.... La oración siempre será presencia, y un día en los atrios del Señor vale inmensamente más que mil años alejados del Altísimo: "Porque mejor es un día en tus atrios que mil fuera de ellos. Escogería antes estar a la puerta de la casa de mi Dios, que habitar en las moradas de maldad. (Salmo 84:10). Así es como la oración por la paz de Jerusalem nos traslada hasta los atrios de la Casa, invisibles a los ojos de la carne, pero reales para quienes oramos para gozar de la presencia del Eterno, ¡bendito sea!, configurando un entorno de acercamiento, de proximidad, de fe y compromiso.....

"Nuestra esperanza no estará perdida;

nuestra esperanza, tierra sacrosanta,

de volver a la Tierra Prometida,

donde David fundó la Ciudad Santa.

("Hatikvá", "Nuestra Esperanza").

“Otros pueblos han surgido y levantado su antorcha durante un tiempo, pero su luz se apagó, y ahora están sentados en su penumbra o bien se han desvanecido... El judío los contempló, los venció y ahora es lo que siempre fue, sin mostrar signos de decadencia, ni enfermedades de la edad, ni debilitamiento de sus miembros, ni pérdida de energía; sin dejar de estar alerta con mente lúcida. Todas las cosas parecen ser mortales, excepto el pueblo judío; todas las demás fuerzas pasan, pero el pueblo de Israel permanece... ¿Cuál es el secreto de su inmortalidad?”

Mark Twain.

UN MURO: ¿LAMENTO O ESPERANZA DE SIÓN?

Ya hemos dicho algunas cosas acerca del “Kotel Maaraví”, el Muro Occidental, único remanente de la muralla más próxima al Templo de Jerusalem. Su permanencia nos recuerda un tiempo en que el Señor y su Palabra eran tenidos en honor y respeto. El Templo, a diferencia de las mil y una ideas especulativas acerca de Dios, típicas de la filosofía que la cristiandad suele denominar teología, representaba una prueba irrefutable de la existencia divina, de su presencia en medio del pueblo de Israel. Como se ha dicho, no hay constancia de la existencia de ningún “ateo” entre el pueblo de Dios durante el período del Templo. La Casa de Santidad fue, verdaderamente, el centro universal de espiritualidad por excelencia y antonomasia.

Como hemos explicado, el Templo no existía exclusivamente para el pueblo hebreo, sino que fue erigido desde el principio como “Casa de Oración para todas las naciones”, lo cual prueba su carácter evangelizador. Así lo manifiestan las claras palabras de Salomón:

“Asimismo el extranjero, que no es de tu pueblo Israel, que viniere de lejanas tierras a causa de tu nombre (pues oirán de tu gran nombre, de tu mano fuerte y de tu brazo extendido) y viniere a orar a esta casa, tú oirás en los cielos, en el lugar de tu morada, y harás conforme a todo aquello por lo cual el extranjero hubiere clamado a ti, para que todos los pueblos de la tierra conozcan tu nombre y te teman, como tu pueblo Israel, y entiendan que tu nombre es invocado sobre esta casa que yo edificué.” (1º Reyes 8:41-43).

En semejantes términos se expresa el profeta Isaías: “Y a los hijos de los extranjeros que sigan al Señor para servirle, y que amen el nombre del Señor para ser sus siervos; y a todos los que guarden el día de reposo para no profanarlo, y abracen mi pacto, yo los llevaré a mi santo monte, y los recrearé en mi casa de oración; sus holocaustos y sus sacrificios serán aceptos sobre mi altar; porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos.” (Isaías 56:6-7).

De ahí la explicación talmúdica de por qué eran sacrificados nada menos que setenta toros durante los servicios de la semana de Sucot: Uno en nombre y a favor de cada una de las setenta naciones representativas de toda la humanidad.

Entre los años 1948 y 1967, período de ocupación árabe de Jerusalem, se les prohibió a los judíos el acceso al recinto del Muro Occidental. Esto explica la inmensa alegría que supuso llegar hasta el Monte del Templo en aquel día 7 de Junio del año 1967, durante la denominada “Guerra de los Seis Días”, y por qué el Muro Occidental representa tanto para el pueblo de Israel. Al fin y al cabo, la participación popular en su construcción es un hecho importante a tener en cuenta. Mientras que las familias acomodadas contrataron a trabajadores para las diferentes labores de reconstrucción de Jerusalem y sus murallas, los pobres, a quienes les cayó en suerte la reparación de esta sección de las murallas, levantaron este Muro con sus propias manos, por cuanto carecían de medios económicos para encargar la obra a otros, y su preservación es una prueba irrefutable de la calidad de su construcción, realizada con amor y dedicación, y de la bendición divina. Su existencia es también un emblema tangible de la permanencia del pueblo hebreo, a pesar de los innumerables esfuerzos realizados por sus enemigos para destruirlo. Pero la Palabra del Señor afirma que el Eterno nunca permitirá la remoción de su pueblo:

“Y estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu descendencia después de ti en sus generaciones, por pacto perpetuo, para ser tu Dios, y el de tu descendencia después de ti.” (Génesis 17:7).

Dice el Talmud que cuando fue destruido el Templo de Jerusalem, en el año 70 de nuestra era, se cerraron todas las Puertas del Cielo, excepto una, la llamada “Puerta de las Lágrimas”. Esto explica por qué el Muro Occidental llegó a ser conocido también por el nombre de “Muro de los Lamentos o de las Lamentaciones”. Y entre las numerosísimas leyendas del pueblo judío, hallamos una que reza así: “Cuando los enemigos destruyeron nuestro Templo, los ángeles descendieron de las alturas, y extendiendo sus alas sobre el Muro, exclamaron: “Este Muro, obra de los pobres, no se destruirá.”

Durante la época del Templo, miles y miles de hebreos de todos los rincones de la tierra peregrinaban tres veces al año a Jerusalem, con motivo de las tres grandes festividades de Pésaj (Pascua), Savuot (Pentecostés) y Sucot (Tabernáculos). Hallamos muchos testimonios al respecto en las Sagradas Escrituras. Pero incluso después de la destrucción de la Casa, innumerables fueron los judíos que vinieron al solar del Templo durante el largo exilio de casi dos mil años. Muchos de ellos asumieron riesgos y peligros, e incluso numerosos fueron los que murieron en su intento, mientras a los ojos de muchos gentiles parecía carente de sentido realizar largos y peligrosos viajes tan sólo para orar delante de las viejas piedras del Muro Occidental. El español Yehudá Ha-Leví lo canta en su poema: “Yo estoy en Occidente, pero mi corazón está en Oriente (Jerusalem)”. Los testimonios de los escasos viajeros procedentes de la gentilidad nos describen la imagen de los judíos que oraban y lloraban ante las piedras del Muro, besándolas y acariciándolas, mientras cimbreaban sus cuerpos en cumplimiento de la Palabra:

“Entonces mi alma se alegrará en el Señor; se regocijará en su salvación. Todos mis huesos dirán: Señor, ¿quién como tú, que libras al afligido del más fuerte que él, y al pobre y menesteroso del que le despoja?” (Salmo 35:9-10).

Un ejemplo de entre los testimonios de los viajeros de antaño a la tierra de Israel es el que nos llega del profesor Arthur Penrhyn Stanley, D.D., en su extensa obra, de más de quinientas páginas, titulada “Sinai and Palestine in connection with their History” (“Sinaí y Palestina en relación con su Historia”), ilustrada con una excelente colección de mapas, publicada por John Murray, Albemarle Street, Londres, en 1905, y hallada hace una veintena de años en una de esas encantadoras librerías de antiguo y lance en el viejo Madrid. En el invierno del año 1852 y la primavera de 1853, y en compañía de tres amigos, Penrhyn Stanley visitó las tierras de Egipto, Arabia y la Siria Palestina. Nueve años después de aquel viaje, el profesor visitó de nuevo la tierra de Israel acompañando al Príncipe de Gales, y tuvo entonces ocasión de acceder a lugares a los que no pudo hacerlo en su primer viaje, y de ese modo obtener información adicional que incorporó a la obra citada. Veamos algunas de las observaciones de este intrépido viajero:

“La primera visión de Jerusalem, desde el sur, cuando desde las colinas que dividen el valle de Refaín del valle de Belén se contempla la blanca línea que corona el horizonte, uno sabe que se trata de Jerusalem, un momento que jamás se podrá olvidar... La situación de Jerusalem es singular en diversos aspectos entre las ciudades de Palestina. Su elevación es notable, lo cual es ocasionado, no por estar enclavada en la cima de una de las numerosas colinas de Judea, al igual que la mayoría de las ciudades y pueblos de la región, sino por encontrarse sobre el borde de una de las mesetas... Son estas montañas, comprendidas aquellas que se encuentran más allá del Jordán, las que rodean a la ciudad, y las que en la noche del ataque a Jerusalem por las huestes romanas repitieron en su eco los gritos desesperados de los habitantes de la ciudad cautiva, junto a los alegres vítores de la soldadesca de Tito... Para Nehemías, levantar las murallas de la ciudad fue su principal objetivo en los días de la restauración de la ciudad. El propio Templo era una fortaleza de fuertes cimientos y gigantescas puertas de acceso por todos los lados; las murallas eran altas y grandes, adornadas con piedras preciosas, como imágenes de la Jerusalem Celestial, tanto para el Antiguo como para el Nuevo Testamento; y las figuras de la “principal piedra angular” y de las “piedras vivas” en el Templo de Dios, que aparecen en la imaginería de los Evangelios y de los escritos apostólicos, debieron surgir, en primera instancia, de las vastas masas de piedra, tanto las de la época de Salomón como las de los días de Herodes, que forman parte del impresionante muro que corona el área del Templo...” (Op. cit., pp. 163, 170, 175, 183).

Tomamos un segundo texto, de un viajero mucho más cercano a nuestros días, de la pluma del español José María Gironella, en su obra titulada “Jerusalem en los Evangelios”. Hablando del Muro de las Lamentaciones, nos dice que “hombres y cosas terminan siempre por acercarse a él. Los hombres moviendo todos sus huesos, como es preceptivo (Salmo 35:9-10), e inquiriendo por qué varias palomas blancas se instalan siempre allá arriba, a la derecha, en un hueco cercano a la escalera que conduce a la explanada de la mezquita de Omar. El muro es el desahogo, el pasado y la esperanza. Los guías lo miran pensando: “¡Cuánto dinero nos das!”, pero las plegarias son fervorosas, inquietantes, y los supervivientes de los campos nazis y los que van y vienen del frente palpan aquellas rocas como si palparan la túnica de Moisés. Delante del Muro hay una tapia que separa hombres y mujeres... (José María Gironella, “Jerusalén de los Evangelios”, Editorial Planeta, Barcelona, 1989, p. 16).

Sólo teniendo en cuenta estas consideraciones podemos aproximarnos a la mística con que el Muro Occidental está envuelto. Los sabios antiguos de Israel profetizaron que después de la destrucción del Templo de Jerusalem, la presencia divina no abandonaría su lugar junto a esta parte de la muralla. El comentario talmúdico (Meguilá 3:3) al texto bíblico de Levítico 26:31, donde el Señor afirma que por causa de la desobediencia de su pueblo “haré desiertas vuestras ciudades, y asolaré vuestros santuarios, y no oleré la fragancia de vuestro suave perfume”, enseña que este versículo ha de interpretarse como una promesa de que, a pesar de ser desolados, los santuarios del Señor nunca perderían la santidad de la presencia divina, por muy destruido y abandonado en que pudiera caer su estado. Esta interpretación es dura de entender para la mentalidad occidental, saturada de filosofía griega, y, por tanto, carente del sentido de la fe bíblica; es decir, la capacidad dada por el Eterno para hacer memoria hacia atrás y hacia delante, para fiarse de Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas. Hay, sin embargo, un texto en el Nuevo Testamento que muestra esta dimensión de la fe, más allá de las piedras destruidas, y que pone de manifiesto esta esperanza que conforma nuestra mente para recordar lo pasado y proyectar nuestro recuerdo

en alas de la expectativa de lo que todavía no es, de la certidumbre de lo que está de camino, recordando lo anterior y saludando lo por venir:

“Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve. Porque por ella alcanzaron buen testimonio los antiguos... Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra. Porque los que esto dicen, claramente dan a entender que buscan una patria.” (Hebreos 11:1, 13-14).

La mística judía ha llegado a contemplar al Muro Occidental mucho más allá de lo que a simple vista pueden parecernos las piedras de los basamentos herodianos que constituyen esta porción de la muralla. Ha sido visto como el centro espiritual al que ascienden todas las oraciones de todas las almas del mundo, para subir desde allí a los cielos, hasta la morada del Eterno... “Y si se convirtieren a ti de todo su corazón y de toda su alma, en la tierra de sus enemigos que los hubieren llevado cautivos, y oraren a ti con el rostro hacia su tierra que tú diste a sus padres, y hacia la ciudad que tú elegiste y a la casa que yo he edificado a tu nombre, tú oirás en los cielos, en el lugar de tu morada, su oración y su súplica, y les harás justicia.” (1º Reyes 8:48-49).

La sensación de presencia, de proximidad, es un sentimiento experimentado por miles de hombres y mujeres no judíos ante el Kotel Maaraví. ¿Será porque bajo los pesados basamentos del Muro se hallan enterrados algunos de los objetos sagrados del Templo? ¿Será porque la esperanza de Israel se ha plasmado en la figura emblemática de este lugar histórico? ¿Será porque sobre las viejas piedras queda alguna marca del resplandor de la Shejiná, como enseñaron los autores de la Mishná?

“Nosotras piedras
Cuando alguien nos levanta
Eleva en lo alto tiempos inmemorables...
Cuando alguien nos levanta
Eleva en lo alto el Edén...
Cuando alguien nos levanta
Eleva en lo alto el conocimiento de Adán y Eva
Y la tentación polvorienta de la serpiente.

Cuando alguien nos levanta
Eleva billones de recuerdos en su mano
Que no se diluyen en la sangre
Como la tarde.
Pues nosotros somos monumentos
Que abarcamos todo lo muerto.

Somos una alforja llena de vida.
Quien nos levanta, eleva las tumbas endurecidas de la tierra.
La cabeza de Jacob,
Las raíces de los sueños las mantenemos ocultas para vosotros,
Que dejan surgir ángeles alados
Como sarmientos de bancales.

Cuando alguien nos toca
Toca una Muralla de los Lamentos.
Como el diamante corta vuestros lamentos nuestra dureza
Hasta que la rompe y se torna corazón blando...
Mientras vosotros os volvéis piedras.
Cuando alguien nos toca
Toca las delimitaciones de medianoche
Que suenan a nacimiento y muerte.

Cuando uno nos tira...
Lanza el Edén...

El vino de las estrellas...
Los ojos de los amantes y toda traición...

Cuando alguien nos tira con enojo
Lanza Eones de corazones rotos
Y mariposas sedosas.

Guardaos, guardaos
De lanzar con enojo una piedra...
Nuestra mezcla está llena de alientos.
Están petrificados en secreto
Pero pueden despertar con un beso.”

(Nelly Sachs, Premio de la Paz 1965, Premio Nobel de Literatura 1966, “En las Moradas de la Muerte”, 3ª Edición, Ediciones Grijalbo, S.A., Barcelona, 1972).

*"Y me alegraré con Jerusalem,
y me gozaré con mi pueblo; y
nunca más se oirán en ella
voz de lloro, ni voz de clamor."*

(Isaías 65:19).

RETORNO A SIÓN

Como hemos podido ver, Sión es un sinónimo para Jerusalem, y, por extensión o analogía, para referirnos a todo el conjunto de Israel. El amor a Sión, el anhelo ferviente por regresar al Monte de Dios, ha saturado completamente la vida y todo el quehacer del pueblo hebreo durante los largos años del Exilio. De ahí que el Movimiento Sionista moderno –por cuanto el Sionismo espiritual siempre ha sido una realidad- naciera en Europa en los últimos años del siglo XIX como fuerza política consagrada a procurar el regreso del pueblo judío a la tierra de los padres. La Revolución Francesa, con su declaración de los derechos humanos, había abierto las puertas a los judíos, sacándoles de la miseria sufrida durante toda la Edad Media y Moderna. El 27 de septiembre de 1791, después de un referendun , se les concedía a los judíos la plena emancipación legal, exigiéndoseles que prestaran juramento cívico al cumplimiento de la Constitución, como al resto de la ciudadanía francesa. Sin embargo, al mismo tiempo que se abrían las puertas a la judería europea en general, y a la francesa en particular, el naciente nacionalismo europeo rechazaba a todos los elementos extraños a su propia tradición. De esa época hallamos algunos ejemplares de lo que podríamos denominar “antisemitismo social”, heredero del “antisemitismo religioso” de la Edad Media. Este es el caso del conde Gobineau en su obra titulada “Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas”, publicado en el año 1854, en el que su autor afirmaba que los judíos eran miembros de otra raza distinta a la europea, y que semejante raza podía definirse como perteneciente a una especie de naturaleza humana inferior. En Alemania sería el filósofo Eugen Dühring quien publicaba la obra titulada “La cuestión judía como problema de carácter de raza y su perjudicialidad para la existencia y la cultura”, en la cual abogaba por el exterminio sistemático de toda la judería europea. Corría el año 1880. Estos pestilentes escritos, olvidados por muchos, regresarían a la luz al subir los nazis al poder en Alemania.

Mientras tanto, algunos judíos comprendieron que la “cuestión judía”, eufemismo para referirse a la incomodidad de la presencia de judíos en la vida nacional de los estados, era en realidad un problema nacional, y su solución tenía que pasar por una solución igualmente nacional: El establecimiento de la nación judía. Hallamos entre estos hombres a Moisés Hess (1812-1875), Leo Pinsker (1812-1891) y Theodor Herzl (1860-1904).

Los inicios del Sionismo moderno hemos de buscarlos en el año 1894, cuando el judío Alfred Dreyfus, oficial del ejército francés, fue acusado falsamente de alta traición. A pesar de que los hebreos llevaban gozando de trato igualitario en Francia desde hacía más de un siglo, la generalidad de la población francesa condenó a Dreyfus, con la convicción prejuiciada de que efectivamente debía de ser un traidor por su condición de judío. El famoso escritor, ya muy popular en aquel momento, Emile Zola, se encargó del caso Dreyfus, y consiguió que fuera excarcelado. Aquello sirvió para que muchos judíos de Francia y de otras naciones occidentales se percataran de que, a pesar de llevar muchos años viviendo en libertad y con aparente trato igualitario, por ser judíos nunca estarían a salvo de acusaciones injustas por parte de sociedades fácilmente manipuladas para buscar “chivos expiatorios” en determinados momentos críticos. Esta historia, gracias a Dios, tuvo un final feliz. La falsedad de la acusación fue perfectamente demostrada, y el oficial Dreyfus fue rehabilitado.

En respuesta al caso Dreyfus, el periodista y escritor judío Theodor Herzl, cuya vida se desarrolló entre Budapest y Viena, escribió en el año 1896 una obra que tituló “Der Judenstaat”, “El Estado Judío”, en la cual recogía las ideas que flotaban en el ambiente de toda la judería europea, demostraba argumentalmente que el sionismo debía ser la respuesta lógica a la reacción contra la emancipación judía, y abogaba por la urgente necesidad de crear un Estado hebreo, libre e independiente, en la tierra de Palestina. Recogemos un párrafo de dicha obra: “La cuestión judía existe dondequiera que haya un número considerable de judíos. Donde todavía no existe, será introducida por los nuevos judíos emigrantes. Nosotros nos vamos, naturalmente, a aquellos países donde no se nos persigue, pero, con el solo hecho de nuestra presencia, se engendra de nuevo la persecución.” (Theodor Herzl, “The Jewish State, An Attempt at a Modern Solution of the Jewish Question”, H. Pordes, London, UK., 1972). Los argumentos de Herzl conmovieron a una buena parte, no sólo de la judería europea, sino de la mundial, si bien algunos círculos se manifestaron y opusieron a las tesis sionistas, y argumentaron que en vista de la notable integración de la población hebrea en las naciones occidentales, así como del disfrute de libertades políticas y religiosas, no existía realmente la necesidad de constituir un nuevo Estado de Israel. En el año 1897 se celebró la Primera Conferencia Sionista, en Basilea, Suiza, y a ella asistieron más de doscientos delegados procedentes de diecinueve naciones. Allí quedó claramente demostrado que la mayoría de las comunidades judías estaban a favor de la reconstitución de una patria hebrea. Así nació el Movimiento Sionista moderno, como asociación política. Las metas sionistas experimentaron un notorio avance cuando el Imperio Británico derrotó al ya muy debilitado Imperio Otomano, tomando el control de Palestina en el año 1917. Poco después se emitía la famosa “Declaración Balfour”, conocida por el nombre de Lord Balfour, a la sazón Secretario del “Foreign Office” del Reino Unido. En este documento, el gobierno británico manifestaba estar “a favor del establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío.” En una carta de Balfour dirigida al judío barón Rothschild, le decía así: “Tengo el placer de trasladarle, de parte del Gobierno de Su Majestad, la siguiente declaración de simpatía que ha sido sometida al Gabinete y aprobada por el mismo: El Gobierno de Su Majestad considera favorablemente el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío y empleará todos sus esfuerzos para facilitar la realización de semejante objetivo, quedando claramente entendido que nada se hará que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías existentes en Palestina o los derechos y el status político de que gozan los judíos en cualquier otro país.”

Todo parecía encaminarse suavemente. Desde el primer momento del mandato británico sobre Palestina comenzaron la oleadas de judíos de toda Europa hacia la tierra de Israel. Entre los años 1882 y 1903 se habían establecido en Israel unos veinticinco mil judíos. Entre 1904 y 1913, llegaron cuarenta mil colonos. Entre 1919 y 1922, treinta y cinco mil. Entre 1923 y 1926, sesenta mil. La emigración entre los años 1934 y 1939, con el cabo Hitler ya en el poder, supuso la entrada de doscientos veinticinco mil almas. Durante todo el período del mandato británico, entre 1917 y 1948, llegaron cuatrocientos cincuenta y tres mil. Sin embargo, los acontecimientos políticos llevaron a los británicos a tomar partido, sin duda por motivos oportunistas, en contra de las tesis sionistas que en principio habían defendido. En un intento por congratularse con los árabes y los nazis, el Reino Unido produjo un documento, fechado en 1939, por el que declaraba no considerar oportuna la creación de un estado hebreo en Palestina. Después se produciría la limitación de entrada de judíos a la tierra de Israel hasta un máximo de quince mil por año, lo cual cerró las puertas a los miles y miles de hombres, mujeres y niños que procuraban escapar de Alemania y los demás territorios ocupados por el Tercer Reich. De aquel modo, indirectamente, el Imperio Británico colaboraba con los planes diabólicos del cabo Hitler y sus secuaces hacia el completo exterminio de la judería europea.

En aquella convulsiva década de los años treinta del siglo veinte aparecería la figura grotesca de uno de los más terribles perseguidores del pueblo judío. Adolf Hitler nació el día 20 de abril del año 1889 en la posada del pequeño pueblo de Braunau, en Baviera, Austria. Hacia el año 1911 manifestó su intenso odio hacia los judíos. Y en 1930 inició su partido Nacional Socialista Alemán con el que logró llenar un vacío en la estructura política de Alemania, en un momento en que la nación estaba profundamente endeudada y con unos seis millones de desempleados. Muchos alemanes creyeron ver en él al salvador de la patria, el realizador de los sueños pangermanistas, y el caudillo que conduciría hacia la paz y la prosperidad cual nunca antes había sido posible alcanzar. Comenzó su campaña contra el pueblo judío acusándole de ser el causante de todos los males nacionales, particularmente de la profunda depresión económica. Su fuerza propagadora del ideal programático del régimen sería la tristemente famosa Gestapo, dirigida por un vendedor de fertilizantes llamado Heinrich Himmler.

Tan pronto llegaron al poder, los nazis establecieron un régimen de terror contra los judíos, los gitanos y todos aquellos que consideraron “razas execrables”. Promulgaron leyes que prohibían la ciudadanía a los judíos, convirtiéndoles en apátridas, además del casamiento con gentiles. En uno de sus primeros discursos, Hitler había dicho: “Los judíos nunca fundaron una civilización, aunque han destruido cientos. No poseen nada que ellos mismos hayan creado, que puedan considerar propio de ellos. Todo lo han robado.” Hitler aplicó hasta la saciedad el viejo axioma de que “cuanto mayor sea una mentira, más fácil será que la gente la crea.” Para 1933, eran ya cincuenta los campos de concentración plagados de judíos y demás “seres asociales”. Entre los años 1933 y 1945, Europa se había convertido en un gran cementerio de judíos, cuyos restos mortales se hallaban en fosas comunes secretas o sólo restaba de ellos sus cenizas en los hornos crematorios y en tumbas sin nombre. Cientos de sinagogas fueron incendiadas. Todos los judíos de Alemania y de los territorios conquistados por el Tercer Reich fueron conducidos a campos de concentración para realizar trabajos forzosos, pasar por inhumanos experimentos pseudo-científicos, y finalmente morir en las cámaras de gas.

En “Inside Asia”, John Gunther escribía en el año 1939 afirmando que “el héroe principal en el mundo árabe del momento era Adolf Hitler”. Esto resulta evidente cuando consideramos la presencia de los fascistas italianos en el Norte de África durante la Segunda Guerra Mundial, induciendo a los árabes a adoptar una política antijudía, al estilo de los nazis alemanes y la Francia de Vichy. Conviene aquí recordar algo generalmente ignorado u olvidado respecto a los planes de exterminio de la judería: Los “campos de la muerte” no estuvieron sólo en los territorios europeos ocupados por el Tercer Reich, sino que en Libia, Túnez, Marruecos y Argelia se establecieron nada menos que treinta y tres campos de concentración y trabajos forzados para la población judía de estos cuatro territorios, donde anteriormente habían vivido en paz. Tengamos presente que los dirigentes de Siria, Egipto e Irak fueron aliados del eje Berlín-Roma-Tokio. Gamel Nasser y Anwar Sadat, que llegarían en el futuro a ser presidentes de Egipto, ambos fueron colaboradores de los nazis. Sadat fue encarcelado por los británicos a causa de sus violentas actividades pronazis. Anecdóticamente, recordamos la “carta abierta a Hitler”, que simbólicamente Sadat escribió y mandó publicar en 1953, en la que “le felicitaba desde el fondo de su corazón por sus acciones contra los judíos.” El contingente de antiguos participantes en la causa nazi, que obtuvieron cargos de responsabilidad en los gabinetes del gobierno de Nasser, fue grande, así como el número de instructores militares nazis que empleó en el adiestramiento de las fuerzas armadas egipcias. Curiosamente, “Mein Kampf” (“Mi Lucha”), el ponzoñoso libro de Adolf Hitler, figuraba entre los textos de lectura obligatoria del plan de estudios de la Academia Militar de Egipto. Esto fue así hasta el año 1958, a partir de cuya fecha serían instructores militares soviéticos los que se harían cargo de la formación castrense egipcia.

Lo mismo podemos decir de Fawzi el-Qawukji, líder del terrorismo árabe palestino, quien contaba con antiguos miembros de las SS nazis entre los hombres que invadieron el territorio de Israel en el año 1948, inmediatamente después de la proclamación de “Medinat Israel”, el Estado de Israel. Pero el más ardiente seguidor del cabo Hitler fue, sin duda, el árabe palestino Haj Amin Muhammed el-Husseini, el Mufti de Jerusalem, quien ya en 1929 provocó una “intifada” contra los colonos judíos, superando el alcance de dichos disturbios en el año 1936, cuando ya contaba con importantes aportaciones económicas de los nazis alemanes. El Mufti apostó por la causa de Hitler y su “solución final a la cuestión judía”, en la cual creyó ver la respuesta a su “problema judío” en Palestina. Al alcance de todo aquel que quiera consultar en la hemerotecas, están los periódicos del mes de mayo de 1937, con fotos en las que se aprecia la profusión de carteles por toda Palestina, especialmente durante las manifestaciones realizadas con ocasión del cumpleaños

de Mahoma, con los retratos de Hitler y Mussolini, quienes habían prometido poner fin a la existencia del pueblo de Israel. Después de huir de la jurisdicción británica, y tras el fracaso del golpe de estado contra Irak, con el propósito de establecer un régimen pro-nazi en aquella nación, el Mufti de Jerusalem, acompañado por Emile Goury, Hasan Salame y Fawzi el-Qawukji, dirigentes árabes palestinos favorables al Tercer Reich, se trasladaron a la Alemania de Hitler, quien les concedió audiencia el día 30 de Noviembre de 1941. En el año 1943, el Mufti afirmaba en tono de orgullo que “los alemanes sí que sabían cómo deshacerse de los judíos.” El día 2 de Noviembre de aquel mismo año, Heinrich Himmler, jefe supremo de las SS, enviaba un cable al Mufti diciéndole así: “El Partido Nacional Socialista ha grabado en su bandera el exterminio de la judería mundial. Nuestro partido simpatiza con la lucha árabe, principalmente la de los árabes palestinos contra el judío extranjero.” El día 1 de marzo de 1944, el Mufti de Jerusalem lanzaba una alocución por Radio Berlín instando a todos los árabes del mundo con estas palabras: “¡Matad a los judíos, dondequiera que los halléis! Esto complacerá a Alá, a la historia y a la religión. Esto salvará vuestro honor. ¡Alá esté con vosotros!” El día 29 de noviembre de 1947, siguiendo el dictamen de la comisión organizada a tal efecto, las Naciones Unidas aprobaban el proyecto de partición de Palestina a efectos de crea un estado judío al lado de otro árabe. Así obtendrían su independencia tanto Israel como Jordania. El día 14 de mayo de 1948, a las cuatro en punto de la tarde, David Ben Gurión, en nombre del Consejo Nacional, proclamaba la creación del Estado de Israel, a la misma hora en que el comisario británico abandonaba la ciudad de Haifa. Reproducimos sus emocionantes palabras: “En conformidad, nosotros, los miembros del Consejo Nacional, representado al pueblo judío en Palestina y al Movimiento Sionista Mundial, estamos hoy reunidos juntos en solemne asamblea, el día en que termina para Palestina el mandato británico, y, por virtud del derecho natural e histórico del pueblo judío y de la resolución de la Asamblea General de las Naciones Unidas, proclamamos el establecimiento del estado judío en Palestina, que ha de llamarse “Medinat Israel”.

En 1948, cuando seis ejércitos árabes emprendían la guerra contra el pequeño Estado de Israel, recién reconstituido, invadiendo su territorio, el Mufti clamaba por las ondas: “¡Hermanos musulmanes, declaro la guerra santa! ¡Matad a los judíos! ¡Matadlos a todos!”

Quizás no todos sepan que corre una línea directa del Mufti de Jerusalem al dirigente Yasser Arafat, cuyo verdadero nombre es Abd el-Rahman abd el-Rauf Arafat el-Qud el-Husseini. Sí, efectivamente, se trata del sobrino del enemigo encarnizado del pueblo de Israel. Bernard Lewis, catedrático de Estudios del Cercano Oriente en la Univeridad norteamericana de Princeton, afirma que “la estrecha, y a veces íntima, relación que se desarrolló entre la Alemania Nazi y ciertas secciones de dirigentes árabes palestinos, no fue resultado de un programa alemán para ganarse a los árabes para su causa, sino antes bien de iniciativa árabe.” Esta manifestación del profesor americano vino a apoyar la conclusión a la que llegó el “American Christian Palestine Committee”, que en 1947 afirmaba que “las ideologías fascista y nazi no había sido imitadas por los árabes palestinos, sino más bien un fenómeno paralelo.” Este Comité observó también que “los portavoces árabes que creen que los verdaderos hechos de las actividades árabes pro-nazis han sido olvidadas, están actualmente reclamando una recompensa por la ayuda que, según ellos, fue prestada por los árabes a las naciones democráticas.” Así podemos comprobar la mentira absoluta que Yasser Arafat extendió en su discurso ante las Naciones Unidas, el día 13 de noviembre de 1974, cuando manifestó lo siguiente: “Mientras nosotros condenábamos a voz en cuello las matanzas de los judíos bajo el régimen nazi, el liderazgo sionista parecía estar más interesado en aquel momento en explotar aquellos crímenes para lograr su meta de emigrar a Palestina.”

Es evidente el paralelismo existente entre el espíritu que movió a los nazis y el que arrastra a los actuales enemigos de Israel. El día 1 de abril de 1990, el desaparecido dictador Sadam Hussein, reconocido por el presidente George Bush como un “Hitler moderno”, juró que “en el nombre de Alá haría que el fuego consumiese la mitad de Israel.” Es sabido que Sadam Hussein heredó de su tío una gran admiración para con los principios del nazismo, y cuando ingresó en la escuela secundaria Karch, de Bagdad, se sintió profundamente atraído por los ideales del movimiento nacionalista Ba'ath, cuya filosofía estaba fundamentada en la ideología del Nacional Socialismo Alemán y el Fascismo Italiano.

Pero volvamos por un momento a los días del Tercer Reich en Alemania y media Europa. Entre los numerosísimos testimonios que podemos hallar, escogemos el de Etty Hillesum, quien escribe así en las páginas de su diario correspondientes al 25 de Junio de 1942 sobre la brutalidad de los nazis para con el pueblo judío: “Son despiadados, absolutamente sin piedad. Y nosotros debemos ser lo más piadosos posible.

Es por eso que yo recé temprano esta mañana: “Oh, Dios, los tiempos son demasiado difíciles para los débiles como yo. Sé que vendrá un día nuevo y más bondadoso. Me gustaría tanto seguir viviendo, aunque sea sólo para expresar todo el amor que llevo conmigo. Y hay un solo camino para preparar la nueva era, vivirla ahora aunque sea en nuestros corazones. En algún lugar dentro de mí me siento tan alegre, sin la menor amargura, y tan llena de fuerza y amor. Me gustaría tanto ayudar a preparar la nueva era.” Así fue, más o menos, mi plegaria de esta mañana. De pronto tuve que arrodillarme sobre la dura alfombra del cuarto de baño, y las lágrimas rodaron por mi cara. Y esa plegaria me dio fuerzas suficientes para el resto del día... Siento una profunda indignación moral por un régimen que trata a los seres humanos en esta forma. Pero los hechos se han vuelto demasiado sobrecogedores y demasiado demoníacos para rechazarlos con el resentimiento personal y la amargura... A menudo la gente se exalta cuando digo que realmente no interesa que yo vaya o que otros vayan a la muerte; lo más importante es que deban ir tantos miles.” (Etty Hillesum, “An Interrupted Life: The Diaries of Etty Hillesum, 1941-43, editado por J.G. Gaarlandt, y traducido por Jonathan Cape (Pocket Books, Nueva York, 1985).

Los espantosos acontecimientos del Holocausto obraron para que los pocos hebreos indiferentes a las tesis sionistas fueran convencidos de la imperiosa necesidad de fundar un Estado judío, libre e independiente, en el solar patrio. Habría que esperar a la terminación de la Segunda Guerra Mundial para que muchas naciones del mundo, conscientes de la realidad de lo sucedido, comenzaran a cambiar sus puntos de vista respecto a las metas sionistas. En aquellos meses, el Movimiento Sionista intensificó sus esfuerzos políticos, y en todos cuantos países hallaron libertad para hacerlo, promovieron la causa de Israel hasta crear la atmósfera que movió a la Organización de las Naciones Unidas a votar favorablemente por el establecimiento del moderno Estado de Israel.

La existencia del Estado de Israel no significa que el Movimiento Sionista haya alcanzado sus metas. Desde el nacimiento del nuevo Estado, el Sionismo ha estado bajo constantes ataques por parte de todos los enemigos de Israel, anti-semitas y terroristas de todos los colores. Pero ninguna de las artimañas diabólicas contra el pueblo del Señor ha podido evitar que la nación hebrea crezca y se desarrolle en todos los campos del quehacer humano. Incluso dentro de la Cristiandad, tantos siglos ciega a la realidad del pueblo judío, ha brotado igualmente un gran amor hacia el pueblo de Israel y un creciente interés por conocer las raíces judías de la fe cristiana. La Embajada Cristiana Internacional en Jerusalem y la celebración de varios Congresos Sionistas Cristianos, entre otros fenómenos, son pruebas tangibles de lo que venimos diciendo: El pueblo y la tierra de Israel son dos realidades inseparablemente unidas.

El fin de casi dos mil años de judaísmo en la Diáspora vino a significar el resurgimiento de las instituciones judías, tanto las antiguas como las modernas. Entre ellas tenemos el Parlamento (Kneset) y las Fuerzas Armadas de Israel. El movimiento de los “kibutzim” sirvió para absorber a miles y miles de judíos procedentes del exilio que buscaban sus raíces y poder redescubrir su expresión de la vida judía. Igualmente, las universidades y las “Yeshivot” se erigieron como importantes centros de formación para estudiantes nacionales y extranjeros.

Quizás las palabras de Martín Buber sean las más precisas para que podemos comprender verdaderamente el sentido del sionismo y su vigencia: “En el círculo de jóvenes sionistas al cual yo pertencí, si nos hubieran preguntado: “¿Están luchando por un país judío en Israel?”, les hubieramos contestado: “Estamos luchando por Sión, y para establecer a Sión deseamos la independencia de nuestro pueblo en nuestro país.” Aún hoy, hay muchos sionistas que comparten este sentimiento, y no sólo entre los de más edad; yo mismo conozco a varios que vinieron a este país y que continúan soñando este sueño que hasta ahora no se ha cumplido. Esperan de todo corazón que este país, como sea, pueda constituir el primer paso en dirección a Sión. Este cuasi-sionismo que lucha sólo por tener un país, ha conseguido su objetivo. Pero el verdadero sionismo, el amor a Sión, el deseo de establecer algo como “la ciudad de un gran rey” (Salmo 48:2), y “del rey” (Isaías 6:5), es algo viviente y perdurable. Venid, vayamos a despertar a este sionismo en los corazones que nunca lo han sentido, tanto en la Diáspora como aquí. Porque aquí, en este país, también necesitamos un movimiento que luche por Sión, que aspire a la emergencia de Sión reconstruido del material a nuestra disposición. Necesitamos a los sionistas de Sión, aquí y afuera.” (Martín Buber, “Sinismo y Universalidad”, Volumen 2, Ediciones Porteñas y Departamento de Cultura de Amia, Buenos Aires, R. Argentina, p.252, 1978).

Sión es mucho más que el lugar escogido por el Señor. Dicho de otra manera: Porque es el lugar que Él escogió, todos los angustiados de entre las naciones hallarán en ella refugio: "¿Y qué se responderá a los mensajeros de las naciones? Que el Señor fundó a Sión, y que a ella se acogerán los afligidos de su pueblo." (Isaías 14:32).

"Y creará el Señor sobre toda la morada del monte de Sión, y sobre los lugares de sus convocaciones, nube y oscuridad de día, y de noche resplandor de fuego que eche llamas, porque sobre toda gloria habrá un dosel, y habrá un abrigo para sombra contra el calor del día, para refugio y escondedero contra el turbión y contra el aguacero." (Isaías 4:5-6).

"Moren contigo (monte de la hija de Sión) mis desterrados, Oh Moab, sé para ellos escondedero de la presencia del devastador; porque el atormentador fenecerá, el devastador tendrá fin, el pisoteador será consumido de sobre la tierra. Y se dispondrá el trono en misericordia; y sobre él se sentará firmemente, en el tabernáculo de David, quien juzgue y busque el juicio, y apresure la justicia." (Isaías 16:4-5).

La certeza de la unión de Dios con su pueblo y con Sión es absoluta. La ira del Señor pasa. Lo duradero es su amor. De ahí se desprende esa ambivalencia entre la herida y la sanidad. Y lo que es más: Alcanzará incluso a quienes fueron un día enemigos de Israel:

"Y el Señor será conocido en Egipto, y los de Egipto conocerán al Señor en aquel día, y harán sacrificio y oblación; y harán votos al Señor, y los cumplirán. Y herirá el Señor a Egipto; herirá y sanará, y se convertirán al Señor y les será clemente y los sanará." (Isaías 19:21-22). (Ver también Isaías 10:21-27).

"Herirá y sanará" es la expresión que señala hacia los dos extremos de la tensión de la fe de Israel. Estos son los dos polos de la profecía veterotestamentaria. Pero esta vibración alterna entre el "sí" y el "no", el "ya" y el todavía "no", entre la "ira" y el "amor", entre la "destrucción" y la "redención", se disuelve como la niebla bajo los rayos del sol ante la grata certeza de la perenne unión con el Eterno. El Señor ha usado a los enemigos de Israel para castigarles, pero la unión del Eterno con su pueblo está por encima de todas las realidades. Todo es temporal. Lo eterno es el amor de Dios. Sólo el amor divino excede a todo conocimiento. Por lo tanto, los pueblos que despojaron a Sión sufrirán un tremendo juicio:

"¡Ay! Multitud de muchos pueblos que harán ruido como estruendo del mar, y murmullo de naciones que harán alboroto como bramido de muchas aguas. Los pueblos harán estrépito como de ruido de muchas aguas, pero Dios los reprenderá, y huirán lejos, serán ahuyentados como el tamo de los montes delante del viento, y como el polvo delante del torbellino. Al tiempo de la tarde, he aquí la turbación, pero antes de la mañana el enemigo ya no existe. Esta es la parte de los que nos aplastan, y la suerte de los que nos saquean." (Isaías 17:12-14).

"¿Por qué se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas? Se levantarán los reyes de la tierra, y príncipes consultarán unidos contra el Señor y contra su Ungido, diciendo: Rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas. El que mora en los cielos se reirá. El Señor se burlará de ellos. Luego hablará a ellos en su furor, y los turbará con su ira. Pero yo he puesto mi rey sobre Sión, mi santo monte. (Salmo 2:1-6).

"Porque así ha dicho el Señor de los ejércitos: Tras la gloria me enviará él a las naciones que os despojaron; porque el que os toca, toca a la niña de su ojo." (Zacarías 2:8).

La liberación de Sión y Jerusalem será la liberación de todos los redimidos de todos los tiempos. Jerusalem no es una ciudad santa más. No es simplemente uno de los muchos centros de espiritualidad de la tierra, mero fruto de la iniciativa humana. Sión es el destino de todos los hombres y mujeres en cuyo corazón palpita el anhelo de conocer al Señor de cerca, de recibir sus estatutos, y de andar en sus veredas:

"Entonces el Señor hará volver a tus cautivos, y tendrá misericordia de ti, y volverá a recogerte de entre todos los pueblos adonde te hubiere esparcido el Señor tu Dios. Aun cuando tus desterrados estuvieren en las partes más lejanas que hay debajo del cielo, de allí te recogerá el Señor tu Dios, y de allí te tomará; y te hará volver

el Señor tu Dios a la tierra que heredaron tus padres, y será tuya; y te hará bien, y te multiplicará más que a tus padres.” (Deuteronomio 30:3-5).

Esta liberación será de dimensiones mucho mayores que aquella de los días de Moisés, cuando las tribus hebreas y los extranjeros que salieron entre ellos, fueron liberados de debajo de la garra opresora del imperio del momento:

“No obstante, he aquí vienen días, dice el Señor, en que no se dirá más: Vive el Señor, que hizo subir a los hijos de Israel de tierra de Egipto; sino: Vive el Señor, que hizo subir a los hijos de Israel de la tierra del norte, y de todas las tierras adonde los había arrojado; y los volveré a su tierra, la cual di a sus padres.” (Jeremías 16:14-15).

¡Qué hermosas son las profecías de la restauración de Sión! La figura que el Señor emplea es la de la celebración nupcial, por cuanto el encuentro con el Amado en la tierra es verdadera fiesta de bodas: “Así ha dicho el Señor: En este lugar, del cual decís que está desierto sin hombres y sin animales, en las ciudades de Judá y en las calles de Jerusalem, que están assoladas, sin hombre y sin morador y sin animal, ha de oírse aún voz de gozo y de alegría, voz de desposado y voz de desposada, voz de los que digan: Alabad al Señor de los ejércitos, porque el Señor es bueno, porque para siempre es su misericordia; voz de los que traigan ofrendas de acción de gracias a la casa del Señor. Porque volveré a traer los cautivos de la tierra como al principio, ha dicho el Señor.” (Jeremías 33:10-11).

La redención de Sión es una Nueva Alianza: “Di, por tanto: Así ha dicho el Señor Eterno: Yo os recogeré de los pueblos, y os congregaré de las tierras en las cuales estáis esparcidos, y os daré la tierra de Israel. Y volverán allá, y quitarán de ella todas sus idolatrías y todas sus abominaciones. Y les daré un corazón, y un espíritu nuevo pondré dentro de ellos; y quitaré el corazón de piedra de en medio de su carne, y les daré un corazón de carne, para que anden en mis ordenanzas, y guarden mis decretos y los cumplan, y me sean por pueblo, y yo sea a ellos por Dios.” (Ezequiel 11:17-20).

“Mas vosotros, oh montes de Israel, daréis vuestras ramas, y llevaréis vuestro fruto para mi pueblo Israel; porque cerca están para venir. Porque he aquí, yo estoy por vosotros, y a vosotros me volveré, y seréis labrados y sembrados. Y haré multiplicar sobre vosotros hombres, a toda la casa de Israel, toda ella; y las ciudades serán habitadas, y edificadas las ruinas. Multiplicaré sobre vosotros hombres y ganado, y serán multiplicados y crecerán; y os haré morar como solíais antiguamente, y os haré mayor bien que en vuestros principios; y sabréis que yo soy el Señor.” (Ezequiel 36:8-11).

"El Señor fundó a Sión y que a ella se acogerán los afligidos de su pueblo... El remanente volverá , el remanente de Jacob volverá al Dios fuerte." (Isaías 14:32, 10:21).

La liberación de Sión tendrá dimensiones extraordinarias: "Como pastor apacentará su rebaño; en su brazo llevará los corderos, y en su seno los llevará; pastoreará suavemente a las recién paridas.....Ciertamente consolará el Señor a Sión; consolará todas sus soledades, y cambiará su desierto en paraíso, y su soledad en huerto del Señor; se hallará en ella alegría y gozo, alabanza y voces de canto...." (Isaías 40:11; 51:3).

"Yo soy - dice Jesús - el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen, así como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; y pongo mi vida por mis ovejas. También tengo otras ovejas que no son de este redil; aquellas también debo traer, y oirán mi voz; y habrá un rebaño, y un pastor." (Juan 10:14-16).

Dios ha decidido escribir su Ley en los corazones de los suyos: "Porque habrá día en que clamarán los guardas en el monte de Efraín: Levantaos, y subamos a Sión, al Señor nuestro Dios. Porque así ha dicho el Señor: Regocijaos en Jacob con alegría, y dad voces de júbilo a la cabeza de naciones; haced oír, alabad y decid: Oh Señor, salva a tu pueblo, el remanente de Israel... Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo." (Jeremías 31:6-7, 33b).

Y el profeta Isaías contempla este acontecimiento como algo que ya se ha realizado por cuanto ha sucedido en el corazón de Dios: "En las alturas abriré ríos, y fuentes en medio de los valles; abriré en el desierto estanques de aguas, y manantiales de aguas en la tierra seca. Daré en el desierto cedros, acacias, arrayanes y olivos;

pondré en la soledad cipreses, pinos y bojés juntamente, para que vean y conozcan, y adviertan y entiendan todos, que la mano del Señor hace esto, y que el Santo de Israel lo creó.” (Isaías 41:18-20).

“Los que esperan al Señor tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas, correrán, y no se cansarán, caminarán, y no se fatigarán.” (Isaías 40:31).

“Yo deshice como una nube tus rebeliones, y como niebla tus pecados; vuélvete a mí, porque yo te redimí.” (Isaías 44:22).

La liberación de Israel y el retorno a Sión no son acontecimientos exclusivos para Israel, sino que en el lenguaje de Isaías se describen como eventos de significado universal. Los pueblos de la tierra vendrán a Sión desde las naciones más lejanas, y proclamarán: “Ciertamente en ti está Dios, y no hay otro fuera de Él.” (Isaías 45:14). Entonces se entonará al Señor un cántico nuevo: “Cantad al Señor un nuevo cántico, su alabanza desde el fin de la tierra; los que descendéis al mar, y cuantos hay en él, las costas y los moradores de ellas. Alcen la voz el desierto y sus ciudades, las aldeas donde habita Cedar; canten los moradores de Sela, y desde la cumbre de los montes den voces de júbilo. Den gloria al Señor, y anuncien sus loores en las costas.” (Isaías 42:10-12).

Los cielos y las profundidades de la tierra, los montes y todo árbol del bosque romperán en cántico: “Cantad loores, oh cielos, porque el Señor lo hizo; gritad con júbilo, profundidades de la tierra; prorrumpid, montes, en alabanza; bosque, y todo árbol que en él está; porque el Señor redimió a Jacob, y en Israel será glorificado.” (Isaías 44:23).

El alcance no es sólo universal, sino cósmico, y esto se desprende de textos como los que hallamos en Isaías: “Porque he aquí que yo crearé nuevos cielos y nueva tierra; y de lo primero no habrá memoria, ni más vendrá al pensamiento... Porque como los cielos nuevos y la nueva tierra que yo hago permanecerán delante de mí, dice el Señor, así permanecerá vuestra descendencia y vuestro nombre.” (Isaías 65:17; 66:22).

“El pequeño vendrá a ser mil, el menor, un pueblo fuerte. Yo el Señor, a su tiempo haré que esto sea cumplido pronto... Y conocerás que yo soy el Señor, que no se avergonzarán los que esperan en mí.” (Isaías 60:22; 49:23).

El profeta Isaías sabía que el remanente sobreviviría, por cuanto la desunión del Señor con su pueblo es inconcebible: “Tras la gloria me enviará él a las naciones que os despojaron; porque el que os toca, toca a la niña de su ojo... Y el Señor poseerá a Judá su heredad en la tierra santa, y escogerá aún a Jerusalem.” (Zacarías 2: 8, 12). Y desde Sión el Libertador hará fluir la redención para todas las naciones, transformando el mundo en el fin de los días:

“Los pecadores se asombraron en Sión, espanto sobrecogió a los hipócritas. ¿Quién de nosotros morará con el fuego consumidor? ¿Quién de nosotros habitará con las llamas eternas? El que camina en justicia y habla lo recto; el que aborrece la ganancia de violencias; el que sacude sus manos para no recibir cohecho; el que tapa sus oídos para no oír propuestas sanguinarias; el que cierra sus ojos para no ver cosa mala; éste habitará en las alturas; fortaleza de rocas será su lugar de refugio; se le dará su pan, y sus aguas serán seguras.” (Isaías 33:14-16).

El Mesías será el constructor de la Nueva Jerusalem: “Por tanto, el Eterno, el Señor dice así: He aquí que yo he puesto en Sión por fundamento una piedra, piedra probada, angular, preciosa, de cimiento estable; el que creyere, no se apresure.” (Isaías 28:16). La ciudad maltratada, zarandeada, vilipendiada y humillada tantas veces, será reconstruida, redimida, y asentada sobre fundamentos de zafiro y aporillada con carbunco: “Pobrecita, fatigada con tempestad, sin consuelo; he aquí que yo cimentaré tus piedras sobre carbunco, y sobre zafiros te fundaré. Tus ventanas pondré de piedras preciosas, tus puertas de piedras de carbunco, y toda tu muralla de piedras preciosas. Y todos tus hijos serán enseñados por el Señor, y se multiplicará la paz de tus hijos. Con justicia serás adornada; estarás lejos de opresión, porque no temerás, y de temor, porque no se acercará a ti. Si alguno conspirare contra ti, lo hará sin mí; el que contra ti conspirare, delante de ti caerá. He aquí que yo hice al herrero que sopla las ascuas en el fuego, y que saca la herramienta para su obra; y yo he creado al destructor para destruir. Ninguna arma forjada contra ti prosperará, y condenarás toda lengua que se

levante contra ti en juicio. Esta es la herencia de los siervos del Señor, y su salvación de mí vendrá, dijo el Señor.” (Isaías 54: 11-17).

Esa es la visión que el Señor le concedió al profeta Ezequiel, con todo género de detalles en cuanto a la reconstrucción de la ciudad, convertida toda ella en santuario del Eterno: “Me llevó luego a la puerta, a la puerta que mira hacia el oriente; y he aquí la gloria del Dios de Israel, que venía del oriente; y su sonido era como el sonido de muchas aguas, y la tierra resplandecía a causa de su gloria. Y el aspecto de lo que vi era como una visión, como aquella visión que vi cuando vine para destruir la ciudad; y las visiones eran como la visión que vi junto al río Quebar; y me postré sobre mi rostro. Y la gloria del Señor entró en la casa por la vía de la puerta que daba al oriente. Y me alzó el Espíritu y me llevó al atrio interior; y he aquí que la gloria del Señor llenó la casa.” (Ezequiel 43:1-5) (Ver todo el relato a partir del capítulo 40 de Ezequiel). Esta es la ciudad-santuario anhelada por todos los que nos han precedido en la esperanza mesiánica, desde Abraham, padre de la fe, cuyas metas y valores son absolutamente incompatibles con los de los reinos de este mundo. Así lo expresa el autor de la Carta a los Hebreos: “Por la fe (Abraham) habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa; porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios... Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta. Salgamos, pues, a él, fuera del campamento, llevando su vituperio; porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir.” (Hebreos 11: 9-10; 13: 12-14).

“Al que venciere, yo (Jesucristo) lo haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá de allí; y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalem, la cual descende del cielo, de mi Dios, y mi nombre nuevo... Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalem, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido.... Vino entonces a mí uno de los siete ángeles que tenían las siete copas llenas de las siete plagas postreras, y habló conmigo diciendo: Ven acá, yo te mostraré la desposada, la esposa del Cordero. Y me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto, y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalem, que descendía del cielo, de Dios, teniendo la gloria de Dios. Y su fulgor era semejante al de una piedra preciosísima, como piedra de jaspe, diáfana como el cristal” (Apocalipsis 3:12; 21:2, 9-11).

La ciudad, que en las Escrituras es siempre símbolo del lugar de culto a los ídolos, adquiere otro carácter completamente diferente en Jerusalem. En ella se halla la Casa de Santidad, el único templo en el cual el ídolo está ausente. El único en el que Quien está presente es el Señor que es Espíritu de Santidad. Jerusalem es el puente entre el séptimo y el octavo días. Ellos dos forman los cimientos del Templo Nuevo, y representan la distancia entre los dos mundos, el presente y el venidero.

El Eterno -¡bendito sea su Nombre!- salvará a Sión, y no lo hará mediante su rigor, en cuyo derecho estaría por su soberanía absoluta, sino por su compasión. Contemplará a Sión como el Rey que escucha los quejidos de los prisioneros, de su pueblo en medio de la civilización de Edom. Su corazón se quebrantará ante los gritos y los llantos de los condenados a muerte, en medio de una civilización que le niega y camina alejándose de su Ley. Así lo canta el salmista sufriente y angustiado, cuando derrama su lamento delante del Señor:

“Te levantarás y tendrás misericordia de Sión, porque es tiempo de tener misericordia de ella, porque el plazo ha llegado. Porque tus siervos aman sus piedras, y del polvo de ella tienen compasión. Entonces las naciones temerán el nombre del Señor, y todos los reyes de la tierra tu gloria; por cuanto el Señor habrá edificado a Sión, y en su gloria será visto; habrá considerado la oración de los desvalidos, y no habrá desechado el ruego de ellos. Se escribirá esto para la generación venidera; y el pueblo que está por nacer alabará al Señor, porque miró desde lo alto de su santuario; el Señor miró desde los cielos a la tierra, para oír el gemido de los presos, para soltar a los sentenciados a muerte; para que se publique en Sión el nombre del Señor, y su alabanza en Jerusalem, cuando los pueblos y los reinos se congreguen en uno para servir al Señor.” (Salmo 102:13-22).

“El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor.” (Lucas 4:18-19).

“Misericordioso y clemente es el Señor; lento para la ira, y grande en misericordia. No contendrá para siempre, ni para siempre guardará el enojo. No ha hecho con nosotros conforme a nuestras iniquidades, ni nos ha pagado conforme a nuestros pecados. Porque como la altura de los cielos sobre la tierra, engrandeció su misericordia sobre los que le temen. Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros vuestras rebeliones. Como el padre se compadece de los hijos, se compadece el Señor de los que le temen. Porque él conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo.” (Salmo 103:8-14).

Israel, Jerusalem y el Mesías son las realidades que despiertan el gozo indescriptible de la redención final en el corazón y el alma de todos cuantos han vivido y vivimos con la esperanza mesiánica grabada en lo más profundo de nuestro ser: “Por amor de Sión no callaré, y por amor de Jerusalem no descansaré, hasta que salga como resplandor su justicia, y su salvación se encienda como una antorcha... Hasta que restablezca a Jerusalem, y la ponga por alabanza en la tierra... Alegraos con Jerusalem, y gozaos con ella, todos los que la amáis.” (Isaías 62:1, 7; 66:10).

El primer peldaño en el ascenso ya está dado. La tradición lo llamó “Atjaltá digueulá” (“Comienzo de la Redención”). Así lo entendieron muchos a partir del año 1967, cuando la Ciudad de David fue unificada de nuevo, revitalizándose la raíz más antigua de su nombre –“Shalem”- “completa”, “entera”, “íntegra”.

El tiempo se acorta. Nuestra historia toca a su fin. Pero el reloj de Dios no ha dejado de medir los tiempos y las sazones que quedan bajo su sola potestad. Donde está el Salvador, allí está la “shejiná”, el resplandor de la divina presencia, aunque sea un territorio limitadísimo. Desde él irradiará el resplandor de su gloria hasta los últimos rincones de esta tierra y de todos los mundos. Y nosotros anhelamos el cumplimiento de todas las cosas, con el advenimiento del Deseado de las naciones:

“En aquel tiempo devolveré yo a los pueblos pureza de labios, para que todos invoquen el nombre del Señor, para que le sirvan de común consentimiento.” (Sofonías 3:9).

“Cercano está el Señor a todos los que le invocan, a todos los que le invocan de verás. Cumplirá el deseo de los que le temen; Oirá asimismo el clamor de ellos, y los salvará. El Señor guarda a todos los que le aman, mas destruirá a todos los impíos.” (Salmo 145:18-21).

“Aquel cuya sabiduría es superior a sus actos, pierde su sabiduría.” (Pirké Avot, 3,9).

“Con rodillas vacilantes y corazón desfallecido
te llamo, Señor.
Todo mi ser se angustia
cuando en el mar se pasma el remo
y a los marineros no les responden los brazos;
y yo en el puente,
entre el cielo y el mar,
tambaleándome, como en una danza.
¿Pero esto qué es, si llego a danzar
dentro de ti, Jerusalem?”

(Yehudá Ha-Leví. Traducción de Rosa Castillo, Editorial Altalena, Madrid, 1983).

“Seguimos caminando... Y llegamos a
la falda del Gólgota. Allí le arrebató
las “Tablas” a Moisés y parto por las bisagras
el Decálogo: Los dos mandamiento
-son dos nada más-
y hago una cruz con ellos

“los brazos en abrazo hacia la tierra,
el astil disparándose a los cielos”

(¿Estos versos los escribí yo hace veinte siglos
o los escribí esta mañana?... ¿Cuándo he escrito
yo estos versos?).

Subimos... subo yo solo.
Moisés no quiere subir, no puede (¡ya subirá!).
Moisés me aguarda ahora sentado en
la piedra fronteriza que separa
el Antiguo del Viejo Testamento.

¡Subo yo solo! Y clavo la cruz
en la misma giba del cerro...
¡En el Gólgota!
Este es el centro de la Historia, del mundo.
Desde aquí, de pie, ahora, contemplo
en síntesis mística y poética
todo el “Nacimiento”.

No hay cuna ni pesebre: nadie ha nacido aquí,
sólo una cruz vacía: nadie ha muerto
-¿O nace y muere un Dios todos los días?...

Cristo, te amo,
no porque bajaste de una estrella,
sino porque me descubriste
que el hombre tiene sangre,
lágrimas, congojas,
llaves, herramientas
para abrir las puertas cerradas de la luz.

Sí, tú nos enseñaste que el hombre es Dios...
Un pobre Dios crucificado como tú...

Y aquel que está a tu izquierda en
el Calvario, el mal ladrón,
también es un Dios.

¡Todos los días nace y muere un Dios!
Y el que está crucificado en esa cruz
es el pueblo judío...

Y yo también...
Y todos los hombres de la tierra.”

(León Felipe, “Discurso Poemático” pronunciado en el Salón de Actos de la Comunidad Judía de México, el día 31 de julio de 1967, con motivo de la entrega nominal y simbólica, que el Embajador de Israel, señor Shimshon Arad, le hizo al poeta León Felipe, de un bosque plantado en Israel con su nombre y en su honor.”, Ed. Finisterre, México D.F., 1970).

“¿A qué se parece la historia de Israel? A uno que, siguiendo su camino, se encontró con un lobo; logró escapar de él y comenzó a contar la historia del lobo. Después se encontró con un león del que también logró huir. Olvidó entonces la historia del lobo para comenzar a relatar aquella del león. Luego se encontró con una serpiente de la que igualmente se salvó. Olvidó entonces las otras dos historias precedentes, y comenzó a

contar a todos aquella de la serpiente. Tal sucede a Israel. Sus últimas tribulaciones le hacen olvidar las anteriores.”

(Gemará).

Pondremos fin a estas páginas recordando un breve pero sabroso cuento que nos relata Martín Buber, de aquellos que de niño escuchaba a sus maestros sobre el Mesías:

“Un día le pregunté:

Maestro, ¿Por qué no viene el Mesías? ¿A quién espera?

Y mi maestro me respondió:

-“A ti te espera, a ti...”

(Martín Buber, “Cuentos Jasídicos”).

Joaquín Yebra.

Vallecas-Villa, Enero de 2003.